HERÓDOTO

HISTORIA

LIBRO V

TERPSÍCORE

EDITORIAL GREDOS

HERÓDOTO

HISTORIA

Libro V TERPSÍCORE

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

CARLOS SCHRADER

EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 39

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por M.ª EMILIA MARTÍNEZ-FRESNEDA.

PRIMERA EDICIÓN, 1981.
2.ª REIMPRESIÓN.

Depósito Legal: M. 1647-1992.

ISBN 84-249-1477-5. Obra completa.
ISBN 84-249-0086-3. Tomo III.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2001.

LIBRO QUINTO

TERPSÍCORE

SINOPSIS

Los persas en Tracia y Macedonia (1-27).

Megabazo somete Perinto, en la Propóntide, y la costa egea de Tracia (1-2).
Costumbres de los tracios (3-8).
Los territorios al norte del Istro (9-10).
Darío recompensa a Histieo de Mileto y a Coes de Mitilene (11).
Deportación del pueblo peonio a Asia (12-17).
Campaña de Megabazo en Peonía (15-16).
Misión de los persas en Macedonia, que accede a someterse. Asesinato de los embajadores persas (17-21).
Ascendencia griega de los reyes de Macedonia (22).
Darío, a instancias de Megabazo, se lleva a Susa a Histieo, prometiéndole altos honores (23-24).
Nombramiento de nuevos funcionarios persas. Conquistas de Ótanes (25-27).

Revuelta de Jonia (28-126).

Antecedentes inmediatos de la sublevación jonia: la cuestión entre Naxos y Mileto. Intrigas de Aristágoras (28-30).
Fracaso de la expedición combinada contra Naxos (31-34).
Aristágoras, temiendo verse derrocado e instigado, además, por un mensaje secreto enviado por Histieo, decide rebelarse contra los persas (35).
Planes de los jonios. Derrocamiento de los tiranos e instauración de democracias en Jonia (36-38).

Aristágoras se traslada a Esparta en demanda de apoyo para los sublevados (39-54).

Historia de Anaxándridas, rey de Esparta, y de sus hijos Cleómenes y Dorieo. Aventuras de éste en Occidente (39-48).

Aristágoras trata de convencer a Cleómenes para que ayude a los jonios, cosa que no consigue (49-51).

Digresión sobre el camino que unía Susa con Sardes (52-54).

Aristágoras busca apoyo en Atenas. Digresión sobre la historia ateniense desde la muerte de Hiparco hasta la llegada de Aristágoras (55-96).

Asesinato de Hiparco (55-56).

Excurso sobre los Gefireos, familia a la que pertenecían los tiranicidas. Introducción en Grecia del alfabeto fenicio (57-61).

Hipias es derrocado merced a los manejos de los Alcmeónidas y a la intervención de Esparta (62-65).

Reformas democráticas de Clístenes. Digresión sobre Clístenes de Sición, abuelo de su homónimo (66-69).

Contrarrevolución fracasada de Iságoras, adversario de Clístenes, ayudado por el rey espartano Cleómenes (70-72).

Contactos de Atenas para aliarse con Persia (73).

Los espartanos y sus aliados invaden el Ática. Fracaso de la expedición (74-76).

Atenas inicia una ofensiva triunfal contra beocios y calcideos. Intervención de Egina en apoyo de Tebas (77-81).

Digresión sobre los orígenes de la enemistad existente entre Atenas y Egina (82-89).

Esparta, ante el auge de Atenas, decide reponer a Hipias en la tiranía. Oposición de los corintios, cuyo portavoz alude a las inconveniencias de la tiranía mediante un largo excurso sobre los Cipsélidas (90-93).

Digresión sobre las luchas entre Atenas y Mitilene por la posesión de Sigeo (94-95).

Intrigas de Hipias ante Artáfrenes. Atenas rompe abiertamente con los persas (96).

Atenas resuelve apoyar a los jonios sublevados (97).

Los peonios, instigados por Aristágoras, regresan a Europa (98).

Expedición combinada de los jonios contra Sardes. Toma e incendio de la ciudad. Derrota de los griegos en Éfeso (99-102).

Extensión de la revuelta al Helesponto, Caria y Chipre (103-104).

Darío jura odio eterno a los atenienses (105).

Desde Susa, Histieo regresa a Jonia, fingiendo ante Darío que se dispone a sofocar la rebelión (106-107).

Fracaso de la sublevación (108-123).

Sumisión de Chipre (108-115).

Campañas de los generales persas en Asia Menor (116-123).

Huida y muerte de Aristágoras (124-126).

VARIANTES RESPECTO A LA EDICIÓN OXONIENSIS DE HUDE

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
6, 1	τὰς [δὲ] παρθένους	τὰς δὲ παρθένους
6, 1	τὰς [δὲ] γυναῖκας	τὰς δὲ γυναῖκας
17, 2	ὑπερβάντα	ὑπερβάντι (Abicht).
22, 1	οἱ... ἀγῶνα Ἑλλήνων	οἱ... ἀγῶνα Ἑλληνοδίκαι (A B C P).
23, 1	μισθὸν δωρεὴν	δωρεὴν μισθὸν (Abicht).
31, 1	τοὺς φυγάδας ἐξ αὐτῆς	τοὺς φυγάδας [ἐξ αὐτῆς] (del. Cobet, Krüger).
33, 2	ἔξω μὲν κεφαλὴν	ἔξω μὲν ⟨τὴν⟩ κεφαλὴν (coniecit Hude).
43	Ἡρακλείην τὴν ἐν Σικελίῃ	Ἡρακλείην γῆν τὴν ἐν Σικελίῃ (Stein).
49, 5	ὡς ἐγὼ φράσω,	ὡς ἐγὼ φράσω.
52, 4	Ζάβατος ὀνομαζόμενος	Ζάβατος ⟨ὡυτὸς⟩ ὀνομαζόμενος (Weissenborn).
59	ἐὼν ἀπό	ἑλὼν ἀπὸ (Meineke).
62, 2	[κάτοδος]	⟨ἡ⟩ κάτοδος (add. Schaefer).
69, 2	τότε πάντως	πάντων τότε (Schaefer).
82, 3	ἔφερε [καρπὸν]	ἔφερε καρπὸν (codd. pl.).
88, 2	†τοῖσι δὲ Ἀργείοισι καὶ τοῖσι Αἰγινήτῃσι† καὶ	τοῖσι δὲ Ἀργείοισι καὶ τοῖσι Αἰγινήτῃσι δόξαι (Stein).
89, 1	πρὸς Αἰγινήτας	πρὸς Αἰγινητέων (Legrand).

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
92, β 1	καὶ †οὗτοι†	καὶ οὗτοι
92, γ 2	λαβόντα [τὸ παιδίον]	λαβόντα τὸ παιδίον
92, η 3	συμφορήσας δὲ ἐς ὄρυγμα	συμφορήσας δὲ ⟨τὰ ἱμάτια⟩ ἐς ὄρυγμα (add. Stein).
118, 2	ἐμοὶ Πιξωδάρου	ἐμοὶ ⟨ἢ⟩ Πιξωδάρου (add. Van Herwerden).

Megabazo somete Perinto, en la Propóntide, y la costa egea de Tracia

Entretanto, los persas que, por orden de Darío, se habían quedado en Europa, al mando de Megabazo[1], a los primeros habitantes del Helesponto a quienes sometieron fue a los perintios[2], que no querían ser súbditos de Darío y que ya en cierta ocasión habían sido severamente derrotados por los peonios[3]. En efecto, resulta que 1

2

[1] Después de la digresión sobre la historia de Cirene, y la geografía y etnografía de Libia (el llamado *lógos libio),* que ocupa la última parte del libro IV, Heródoto reemprende el hilo de la narración, interrumpido en IV 144, 3. El relato que precede a la revuelta de Jonia (V 1-28) abarca las campañas de los generales persas en la Europa cisdanubiana (la primera de ellas realizada, en 513/512 a. C., por ochenta mil [?] soldados —cf. IV 143, 3—, a las órdenes del general persa *Bagabāza* [= Megabazo], que gozaba de gran crédito ante Darío; cf. IV 143), sometiendo la zona de los estrechos, Tracia y Peonia; y consiguiendo, al parecer, una sumisión nominal de Macedonia. Todo lo cual ponía al imperio persa a las puertas mismas de Tesalia.

[2] En realidad, los perintios estaban asentados en la costa tracia de la Propóntide (= Mar de Mármara). Como en otras ocasiones (cf. IV 38, 2; 95, 1; 138, 2; V 103, 2; VI 26, 1; 33, 1), en el Helesponto, Heródoto incluye el Bósforo, la Propóntide y el Helesponto propiamente dicho, de acuerdo con una designación habitual en la Atenas de la segunda mitad del siglo v a. C. Cf. *supra,* nota IV 162.

[3] Los peonios constituían un pueblo de origen tracio o ilirio (se ha pensado también en un origen mixto), dividido en diversas tribus (cf. Estrabón, VII, frag. 20; y Esteban de Bizancio, *s. v. Amydōn),* y establecido al norte de Macedonia, entre los valles del Axio y del Estrimón. Conocidos ya por Homero (que los consideraba originarios de Amidón, ciudad sita a orillas del río Axio, apareciendo en la *Ilíada* como aliados de los troyanos;

los peonios de la zona del Estrimón, en vista de que un oráculo de su dios[4] les había ordenado marchar contra los perintios y atacarlos, si estos últimos, cuando se hallasen acampados frente a ellos, los desafiaban pronunciando a voces su nombre (pero no atacar, si no los provocaban con sus gritos), los peonios, digo, siguieron el dictado del oráculo.

Cuando los perintios se hallaban acampados frente a ellos en las afueras de la ciudad[5], justo entonces, respon-

---

cf. II 848-850; XVI 287-288), las presiones macedónicas y tracias hicieron que, en el siglo v a. C., sólo quedasen grupos de peonios en la Macedonia oriental (en el curso medio del Estrimón). Cf. Tucídides, II 98-99; Polibio, XXIII 10, 4; Livio, XL 3, 3; Estrabón, VII, fr. 41; y, en general, B. Lenk, *s. v. Paiones, Real Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft* (= *R. E.*), XVIII 2 (1942), cols. 2403 y sigs.

[4] No contamos con informaciones precisas sobre la religión de los peonios y, de ahí, que no pueda identificarse con seguridad la divinidad oracular a que alude Heródoto en este pasaje. Una cita de Hesiquio *(s. v. Dialos)* se refiere a la existencia de un dios peonio que quizá presentaba rasgos comunes con Dioniso (lo cual podría estar en relación con la existencia de un santuario oracular, consagrado a una divinidad asimilada a Dioniso, entre la tribu tracia de los *satras;* cf., *infra,* VII 111, 2). Cf. B. Lenk, *Paiones, R. E.*, col. 2408.

[5] En las afueras de la ciudad de los perintios. Como Perinto fue fundada por colonos samios a finales del siglo vii a. C. (la fecha de su fundación se sitúa entre 602-600 a. C., cf. Estrabón, VII, fr. 55; Pseudo-Escimno [C. Müller, *Geographici Graeci Minores,* I, 225, París, 1855]; Plutarco, *Quaestiones graecae* 57, y G. Busolt, *Griechische Geschichte bis zur Schlacht bei Chaeroneia,* I, 2.ª ed., Gotha, 1893, pág. 470), el episodio que narra el historiador tendría lugar entre esa fecha y el año 513-512 a. C. Aparentemente, resulta extraño que los peonios del Estrimón atacaran una ciudad distante unos 400 km. de sus tierras, y la explicación de que un oráculo lo hubiese ordenado resulta poco satisfactoria. Ph.-E. Legrand *(Hérodote. Histoires. Livre V,* París, 1946, págs. 15-16) ponía en tela de juicio la historicidad del ataque peonio contra Perinto, pensando en una equivocación por parte de Heródoto —o de su fuente de información, perintia

diendo a un desafío que les hicieron, tuvo lugar un triple combate singular; y, así, enfrentaron a un hombre con otro hombre, a un caballo con otro caballo y a un perro con otro perro[6]. Los perintios se alzaron con la victoria en dos de di- 3
chos duelos y, cuando se pusieron a entonar el Peán alborozados, los peonios consideraron que el oráculo se refería precisamente a eso[7] y debieron de decirse entre sí: «Ahora que, posiblemente, se está cumpliendo el vaticinio de nuestro dios, momento es de que pasemos a la acción». Así pues, por haber entonado el Peán, los peonios atacaron a los perintios y se impusieron netamente, dejando con vida a un exiguo número de enemigos.

---

posiblemente—, al identificar a los atacantes con los peonios del Estrimón (en contra de esta interpretación, aunque sin aportar argumentos concluyentes, cf. B. Virgilio, *Commento storico al quinto libro delle 'Storie' di Erodoto*, Pisa, 1975, págs. 42-43). Con todo, es posible que el enfrentamiento entre peonios y perintios se sitúe en el marco de las correrías que cimerios y treres (un pueblo cimerio o tracio) llevaron a cabo por Asia Menor, desde los tiempos del reinado de Asarhaddón en Asiria (hacia 680-669 a. C.), hasta el de Aliates en Lidia (hacia 607-560 a. C.).

[6] Los caballos y los perros de caza de Peonia eran famosos en la Antigüedad. Cf. Mimnermo, fr. 14, F. R. Adrados, *Líricos griegos. Elegíacos y yambógrafos arcaicos*, I, Barcelona, 1956; Pólux, V 46 y 47.

[7] El Peán (del dórico *paián* = jónico, *paión*) era un himno o canto, dirigido principalmente a Apolo, en el que se celebraba una victoria —como en este caso—, o en el que se pedía a la divinidad el triunfo (sobre sus orígenes, cf. F. R. Adrados, *Orígenes de la lírica griega*, Madrid, 1976, págs. 81 y sigs.). El estribillo del canto consistía en las palabras «Ié peón» (= griego, *Ié Paiōn;* un grito ritual, quizá sin sentido, que secundariamente se consideró como un epíteto de Apolo, equivalente a «sanador»), forma que coincidía con el singular del gentilicio «peon(io)» (= griego, *Paiōn*). De ahí la interpretación del oráculo.

2 Esto es, en suma, lo que en cierta ocasión les había ocurrido a manos de los peonios. Pero, en aquellos momentos, dado el valeroso comportamiento de los perintios en defensa de su libertad, los persas de Megabazo lograron
2 imponerse gracias a su superioridad numérica. Una vez reducida Perinto, Megabazo atravesó Tracia[8] al frente de su ejército, sometiendo a la autoridad del rey todas las ciudades y todos los pueblos establecidos en dicha zona, pues las órdenes que había recibido de Darío consistían en conquistar Tracia.

Costumbres de los tracios

3 Por cierto que el pueblo tracio es —después, eso sí, de los indios— el más numeroso del mundo[9]. Y, si estuviese regido por un único caudillo o siguiera unas directrices comunes[10], en mi opinión resultaría invencible y

[8] De Este a Oeste, siguiendo la costa del Egeo, como se desprende de V 10. Con ocasión de la campaña escítica, Darío había sometido ya —al menos temporalmente— a las tribus tracias establecidas en la costa del Mar Negro, desde el Bósforo al Danubio (cf. IV 93; 118, 5).

[9] Comienza en este punto, extendiéndose hasta el capítulo 10, el llamado *lógos tracio;* es decir, una digresión geográfico-etnográfica, sobre los tracios y sus costumbres, similar —aunque más bien breve— a los excursos de este tipo, usuales en el historiador, y consistentes en la descripción de un país a medida que los persas, en su expansión imperialista, entran en contacto con él y lo someten (de acuerdo con la tesis que considera que el armazón de la obra de Heródoto está compuesto por unas *Persiká,* o «Historia de Persia»; cf. G. de Sanctis, «La composizione della Storia di Erodoto», *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica* 4 (1926), 289 y sigs.). Heródoto creía que el pueblo tracio era muy numeroso pues fijaba el límite septentrional de Tracia en el Danubio, y suponía que el río se hallaba situado mucho más al norte de lo que en realidad se encuentra (cf., *supra,* IV 99, 1, y nota IV 375); de ahí que, en su configuración del mundo, Tracia fuera muy extensa. Sobre la primacía de la India en cuanto a población, cf. III 94, 2, y 98 y sigs.

[10] Sobre disensiones intestinas entre las tribus tracias, cf. VI 34 y 37. Pese a que Heródoto habla en ocasiones de un «rey de los tra-

sería, con ventaja, el pueblo más poderoso de la tierra. Pero lo
cierto es que esa unión de los tracios es inviable y no hay posi-
bilidad de que alguna vez llegue a producirse; de ahí que, como
es natural, carezcan de poderío. Poseen diversos gentilicios[11] 2
según sus respectivas zonas de residencia, pero, en general, to-
dos ellos observan costumbres similares, salvo los getas, los
trausos y las tribus que habitan al norte de los crestoneos[12].

Por lo que a estos tracios se refiere, ya he indicado lo 4
que hacen los getas, que se creen inmortales[13]. Por su parte,
los trausos se atienen, en líneas generales, a las mismas
costumbres que los demás tracios[14], si bien, con ocasión del

---

cios», sin duda a ese monarca lo consideraba jefe de una sola tribu (cf. VI 39, 2, para Óloro, que era rey de los tracios sapeos; y VII 137, 3, para Sitalces, rey de los tracios odrisas).

[11] A lo largo de su obra, el historiador llega a mencionar hasta veinticinco tribus tracias (cf. B. Virgilio, *Commento storico...*, págs. 45-46). Por otros autores antiguos (fundamentalmente, Tucíd., II 96, y Plinio, *Historia Natural* IV 43 y sigs.), conocemos los nombres de más de cincuenta tribus tracias. Cf., en general, J. Wiesner, *Die Thraker*, Stuttgart, 1963, págs. 13-23.

[12] Los getas vivían entre los Balcanes y el Danubio, y habían sido sometidos por Darío con ocasión de la campaña que el monarca persa realizó contra Escitia (cf. IV 93 y sigs.). Pese a que Livio (XXXVII 41) situaba a los trausos junto a la desembocadura del Hebro, en realidad habitaban en las estribaciones de los montes Ródope y en el valle del río Travo, que desemboca en el Egeo no lejos de Abdera (cf. E. Oberhummer, *s. v. Trausi, R. E.*, VI A, 2 [1937], cols. 2245-2246). Los crestoneos habitaban en la Crestónica, una región situada al norte de Macedonia, entre los cursos del Axio y el Estrimón (cf. VII 124; VIII 116; y E. Oberhummer, *s. v. Krestoner, R. E.* XI, 2 [1922], col. 1718). No se sabe a ciencia cierta qué tribus tracias eran las que residían al norte de los crestoneos.

[13] Cf. IV 94-95, y Pomponio Mela, I 18. Heródoto se refiere a las ceremonias cuatrienales que los getas realizaban para enviar emisarios a entrevistarse con Salmoxis, su divinidad (sobre la misma, cf. nota IV 365).

[14] Las más destacables de esas costumbres las refiere Heródoto en V 6-8.

nacimiento y de la muerte de uno de los suyos, obran como
2 sigue: en el primer caso, los parientes del recién nacido toman asiento a su alrededor y se lamentan ante la serie de males que, por el hecho de haber nacido, deberá sufrir la criatura, enumerando[15] todas las desventuras propias de la vida humana; en cambio, al que fallece le dan sepultura entre bromas y manifestaciones de alegría, alegando que, libre ya de tan gran número de males, goza de una completa felicidad[16].

5 Por otra parte, los tracios que habitan al norte de los crestoneos hacen lo siguiente: cada uno cuenta con varias esposas[17]. Pues bien, cuando uno de ellos muere, se suscita entre sus mujeres una gran porfía, así como un profundo interés[18] entre sus amigos, para determinar qué esposa era

[15] Posiblemente las lamentaciones consistían en una especie de letanía, en la que se entonaban las desventuras propias de la vida humana. Para una costumbre similar entre los pueblos eslavos, cf. G. Kazarow, «Zu Herodotos V, 4», *Philologische Wochenschrift* 60 (1940), 410 y sigs.

[16] Esta actitud de los trausos (sobre la que nos informan también Pomponio Mela, II 18; Valerio Máximo, II 6, 12; Nicolao de Damasco, fr. 117; F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker* [= *F. Gr. Hist.*], 90, Berlín-Leiden, 1923...; Hesiquio, *s. v. Traûsos;* y Zenobio, V 25) debía de responder a la creencia en una vida feliz en el más allá. Un pasaje de una tragedia perdida de Eurípides *(Cresfontes,* fr. 449, A. Nauck, *Tragicorum Graecorum Fragmenta,* Hildesheim, 1964 [= 1888]), que tradujo Cicerón *(Tuscul. disput.* I 48, 115), se hace eco de esta actitud pesimista ante la vida humana que, por otra parte, se hallaba en consonancia con el pesimismo de que hacen gala algunos autores griegos (cf. Teognis, 425-428; Sófocles, *Edipo en Colono* 1225-1228; etc.).

[17] La poligamia estaba generalizada entre todos los tracios (cf. Eurípides, *Andrómaca* 215-218; Estrabón, VII 3, 4), siendo una característica específica de las tribus tracias aquí aludidas la inmolación de la esposa favorita a la muerte del marido.

[18] O bien, «así como una profunda rivalidad», suponiendo que, entre los amigos del difunto, se incluyeran parientes de sus distintas esposas.

la favorita del marido. Y la que consigue el honor de resultar elegida, se ve colmada de elogios por hombres y mujeres, siendo degollada, acto seguido, sobre la tumba por su pariente más próximo. Y, una vez degollada, recibe sepultura con su marido[19]; mientras que las demás esposas se sienten sumamente desoladas, pues esta situación[20] constituye para ellas una grandísima afrenta.

He aquí ahora una norma que rige entre los demás tra- 6
cios: ponen en venta a sus hijos, exportándolos[21]. Además, no mantienen a sus doncellas a buen recaudo, sino que les permiten mantener relaciones con los hombres, a su antojo. En cambio, vigilan celosamente a sus esposas (a estas últimas se las compran a sus padres a un elevado precio). Lle- 2
var tatuajes está considerado como un signo de nobleza[22],

Cf. J. E. Powell, *A Lexicon to Herodotus*, Hildesheim, 1977 (= 1938), pág. 336.

[19] Esteban de Bizancio, *s. v. Getía*, también atribuye a los getas esta costumbre, que se halla basada en la creencia de que el muerto necesita de aquellas cosas o personas de que ha gozado durante la vida. Cf. IV 71, 4, para una costumbre similar entre los escitas; y los testimonios de Cicerón, *Tuscul. disput.* V 27, 78; Eliano, *Historias varias* VII 18; y Diodoro, XIX 33, 2-34, 6, referidos a otros pueblos.

[20] Es decir, conservar la vida a la muerte de su marido.

[21] Principalmente al mundo helénico, ya que los griegos (además de utilizar como esclavos a los prisioneros de guerra; cf. P. Ducrey, *Le traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce antique,* París, 1968, *passim)* conseguían sus esclavos en los mercados de Tracia, Iliria, Frigia, Lidia, Caria, Escitia, etc. Cf., entre otros, Eurípides, *Orestes* 1507-1508; *Alcestis* 675-678; Aristófanes, *Aves* 763; *Caballeros* 44.

[22] Heródoto destaca esta costumbre porque, entre los griegos, los tatuajes (denominados *stígmata,* «estigmas», ya que «tatuar» es un término tomado a los indígenas de la isla de Tahití, en la Polinesia, a través del inglés *to tattoo)* constituían unos signos infamantes, ya que con ellos —más bien con hierros al rojo— se marcaba a los esclavos (cf. Aristófanes, *Aves* 760; Esquines, *De falsa legatione* 79; Lucia-

y de baja ralea no llevarlos. Permanecer ocioso[23] lo consideran el mayor de los honores y, a quien trabaja la tierra, el mayor de los infames: lo más decoroso es vivir de la guerra y del pillaje. Éstas son sus costumbres más destacables.

7 Adoran tan sólo a los siguientes dioses: a Ares, a Dioniso y a Ártemis[24]. Sin embargo sus reyes, a diferencia de los demás ciudadanos, al dios que más adoran es a Hermes; además, sólo juran por esta divinidad y aseguran que, personalmente, descienden de Hermes[25].

NO, *Timón* 17; DIÓGENES LAERCIO, V 46; etc.). Estos tatuajes de los tracios (cf. también CICERÓN, *De off.* II 7, 5; DIÓN CRISÓSTOMO, XIV 19) indicaban la casta, la tribu o el tótem, siendo varios los pueblos antiguos que se caracterizaban por llevar tatuajes (cf. ESTRABÓN, VII 5, 4, para los ilirios; JENOFONTE, *Anábasis* V 4, 32, para los mosinecos; y POMPONIO MELA, II 10, para los agatirsos).

[23] Referido a las actividades comerciales y, especialmente, a las agrícolas. Cf. TÁCITO, *Germania* 14, 3, para similar actitud entre los germanos.

[24] Como en otras ocasiones similares, nos encontramos ante una *interpretatio graeca;* en este caso, de las divinidades tracias. Con el nombre de Ares hay que identificar quizá al *Plistoro* mencionado en IX 119, divinidad a la que se ofrecían sacrificios humanos; tal vez fuese una especie de divinidad suprema —y de ahí que se la nombre en primer lugar— de carácter guerrero. Dioniso (el origen tracio de su culto orgíaco se admite frecuentemente; cf. H. JEANMAIRE, *Dionysos,* París, 1951, págs. 94 y sigs.; 430 y sigs., y 488) encarnaría a un dios de culto orgiástico, en relación con el éxtasis y el vino; posiblemente a la divinidad tracia *Sabazio.* Ártemis quizá represente a *Bendis,* una diosa de la naturaleza (que incluso recibía culto en Atenas; cf. PLATÓN, *República* 327a; JENOFONTE, *Helénicas* II 4, 11). En cualquier caso, es presumible suponer que los tracios contaron con más divinidades que las aquí citadas (cf., *supra,* nota II 213, para los Cabiros; y IV 95, para la inclusión de Salmoxis entre los dioses de los tracios).

[25] La identificación del Hermes tracio plantea algunos problemas. Se ha pensado que se trata de un dios del viento. Pero el que los reyes se consideraran descendientes suyos permite otra interpretación: suponer que representa a una divinidad solar cuyo culto estaba reser-

Las ceremonias fúnebres en honor de los tracios acaudalados se desarrollan como sigue: exponen el cadáver por espacio de tres días y, tras inmolar toda suerte de víctimas, se dan un banquete[26] después de una serie de lamentaciones previas. Posteriormente celebran sus exequias incinerándolo o, simplemente, inhumándolo; y, tras haber erigido un túmulo, celebran un certamen atlético integrado por todo tipo de competiciones, en el que se conceden los más importantes premios debido al carácter singular de las pruebas[27]. 8

---

vado a los *basileîs;* es decir, a la clase dominante. Este dualismo religioso podría reflejar una diferenciación clasista de la sociedad tracia, en la que la clase aristocrática, con unas costumbres específicas (tatuajes, dedicación a la guerra y el pillaje), veneraba a una divinidad solar; mientras que la clase proletaria veneraba fundamentalmente a divinidades de carácter agrícola y ctónico. Este dualismo social y religioso podría ser consecuencia de un dualismo étnico: un pueblo de invasores indoeuropeos, que venerarían a un dios solar, se habría impuesto a una población indígena preindoeuropea. Cf. R. Pettazzoni, «La religione dell' antica Tracia», *Serta Kazaroviana* I, Sofía, 1950, págs. 291-299 (= *Essays on the History of Religions*, Leiden, 1954, págs. 81-94).

[26] La costumbre de celebrar un festín con ocasión de un funeral se daba también entre los escitas (cf. IV 71) y es, asimismo, mencionada por Homero *(Ilíada* XXIII 29).

[27] El historiador pretende poner de relieve la diferencia existente entre estas competiciones de los tracios y los certámenes atléticos que celebraban los griegos, en los que los premios que se otorgaban a los vencedores de las distintas pruebas eran de poca importancia material (cf. VIII 26, 3). Por otra parte, en los juegos griegos intervenían más de dos competidores en cada prueba (cf. V 22, 2), en tanto que, en los de los tracios, los participantes actuaban en «duelos singulares». Con todo, es posible otra interpretación. H. Stein *(Herodoti Historiae*, V, Dublín-Zurich, 1970 [= 1894, 5.ª ed.], pág. 9) traduce: «wobei die grössten Preise für den Einzelkampf je nach seiner Bedeutung ausgesetzt werden»; y Ph.-E. Legrand *(Hérodote. Livre V..., ad locum):* «où les prix les plus importants sont proposés, avec raison, aux vainqueurs en combat singulier»; añadiendo (en nota 1, pág. 21): *«Mounomachiês,* qu'il ne faut pas rattacher á *katà lógon,* ne désigne pas toute

En esto consisten, pues, las ceremonias fúnebres de los tracios.

Los territorios al norte del Istro

9 Por otra parte, sobre la zona situada al norte ya de la región que nos ocupa[28], nadie puede especificar a ciencia cierta quiénes son los sujetos que la habitan; sin embargo, parece indudable que las comarcas sitas más allá ya del Istro constituyen un territorio desértico que carece de límites[29]. Tan sólo he podido averiguar que, al otro lado del Istro, habita un pueblo que recibe el nombre de siginas[30] y que utiliza una indumentaria médica[31].

---

espèce d'épreuves où n'entreraient en compétition que deux adversaires, mais en particulier le combat de deux hommes armés. Cette épreuve étant la plus dangereuse, il était natúrel que, suivant une juste proportion *(katà lógon),* le prix fût alors le plus importante».

[28] Es decir, Tracia.

[29] Como en otros casos (cf., por ejemplo, IV 17, 2), el horizonte geográfico de Heródoto se ve delimitado por una zona desértica, al configurar los límites de los conocimientos empíricos (cf. H. Edelmann, «Ἐρημίη und ἔρημος bei Herodot», *Klio* 52 [1970], 79 y sigs.). No obstante, el historiador procura dar siempre una nota de objetividad a su falta de informaciones precisas sobre tales zonas, justificando generalmente el carácter desértico de esos lugares por su riguroso clima (como hace en esta ocasión; cf. el capítulo siguiente). La ilimitada extensión del desierto, que, según Heródoto, se hallaba al N. del Istro (= Danubio), responde al desconocimiento del historiador sobre los límites nórdicos de Europa (cf. IV 45, 1), ya que el mundo griego no mantenía relaciones comerciales con las regiones situadas en esas latitudes (la ruta del ámbar, de la que Heródoto poseía nociones muy vagas, constituía la única vía de comunicación; cf., *supra,* notas III 587 y 589).

[30] Apolonio de Rodas (IV 320) sitúa a los siginas en el delta del Danubio; y Estrabón (XI 11, 8) en el Cáucaso (el testimonio de Ctesias, fr. 55, *F. Gr. Hist.* 688, no tiene relación con el pueblo aquí citado). Como el propio Heródoto indica que este pueblo se extendía hasta las proximidades del Adriático, hay que situarlo en el valle medio del Danubio.

[31] Es decir, una indumentaria caracterizada fundamentalmente por un gorro para la cabeza, como las tiaras que llevaban los persas (cf. III 12, 4,

Por cierto que los caballos de esas gentes tienen todo el 2
cuerpo cubierto de un tupido pelaje, cuya longitud alcanza hasta cinco dedos. Además, son pequeños, chatos e incapaces de llevar a un jinete; sin embargo, uncidos a carros, son sumamente veloces[32]; de ahí que los naturales de esa zona se desplacen en dichos vehículos.

---

y nota III 64), y por unos pantalones, similares a los *anaxirides* persas, cf. nota III 433 (con todo, también podría tratarse, aunque es menos probable, de un vestido largo y amplio, con mangas acampanadas, cf. III 84). En cualquier caso, el atuendo de los siginas sería «de tipo médico» por la similitud de las prendas, no porque hubiese habido un contacto cultural entre ambos pueblos.

[32] Posiblemente tenemos aquí una alusión al «caballo de *Przewalski*», único representante actual de antiguos caballos salvajes y que es considerado como el más próximo, desde el punto de vista de su morfología, al caballo representado en el arte paleolítico. Este tipo de caballo fue descubierto en 1879 por el capitán de caballería rusa N. M. Przewalski, con ocasión de una expedición por las estribaciones meridionales del Altai. Actualmente está casi extinguido, ya que las expediciones científicas realizadas en 1967 y 1968 por el Instituto de Biología de la Academia de Ciencias de Mongolia tan sólo lograron hallar diez ejemplares en la región de los montes Tachijn Shar Narun (el número existente en la actualidad en diversos zoológicos europeos alcanza la cifra de unos doscientos ejemplares).

El «caballo *Przewalski*» es un animal pequeño (su alzada no supera los 140 cm., y su longitud ronda los 125), de constitución robusta y miembros cortos, pero estilizados en sus extremos. La cabeza es bastante corta, pero grande y pesada, al igual que el cuello. En general, cf. J. Altura, J. M. Apellaniz, *Las figuras rupestres paleolíticas de la cueva de Altxerri (Guipuzcoa)*, San Sebastián, 1976, págs. 214-218.

La información de Heródoto (aunque del texto griego se infiere que no constató personalmente los datos que facilita; cf., sin embargo, para un tipo de caballo semejante, Aristóteles, *Hist. anim.* VI 24, 1; *De gen. anim.* II 8, 24) es, pues, muy interesante zoológicamente, pues demostraría la reducción del hábitat de este tipo de caballo, que en el paleolítico existía en Europa Occidental y que, en el siglo v a. C., había emigrado ya a Europa Oriental.

3 Las fronteras de ese pueblo se extienden hasta las proximidades de los énetos del Adriático[33]. Según ellos, son colonos de los medos[34], pero yo no acierto a explicarme cómo es que el origen de esas gentes se remonta a unos colonos medos; aunque todo ha podido suceder en el curso de los siglos. En cualquier caso, los ligures que habitan más arriba de Masalia[35] llaman «siginas» a los

[33] Los énetos (es decir, los *vénetos)* ocupaban la zona comprendida entre el valle del Adigio, al Sur, y se extendían, por el Adriático, hasta Iliria (Heródoto los consideraba de origen ilirio, cf. I 196, 1, cosa que responde a la realidad). La precisión del historiador tiene por objeto distinguirlos de los énetos de Paflagonia, conocidos ya por Homero *(Ilíada* II 852), de quienes, según algunos autores antiguos (cf. Meandro de Mileto, fr. 4, *F. Gr. Hist.* 491, *apud* Estrabón, XII 3, 25), descenderían los aquí citados, que llegaron a Italia, mandados por Antenor, tras la guerra de Troya. Hoy en día se considera que se trata de un pueblo indoeuropeo, pues las inscripciones vénetas que se han conservado (más de doscientas, con grafías propias, semejantes, en algunos aspectos, a las etruscas y réticas) permiten afirmarlo, por su parentesco con los idiomas del grupo itálico. Estrabón, V 1, 4, y Polibio, II 17, 5 mencionan también su posible origen céltico (posiblemente a partir de Éforo, el primer historiador de las migraciones celtas; cf. Polibio, XXXIV 1, 3).

[34] Es posible que Heródoto —o su informador— sufriera una confusión y que los siginas (o algunas tribus de ese pueblo) estuvieran relacionados con los *maidoí* (= medos), una tribu tracia (cf. Tucíd., II 98, 2), que debía de estar asentada en el curso medio del Estrimón y que pudo trasladarse al alto Axio.

[35] La precisión de Heródoto pretende diferenciar a estos ligures de otro pueblo del mismo nombre establecido en la costa anatólica del mar Negro (cf. VII 72, 1). Los ligures ocuparon vastas regiones de Europa Occidental, pero su territorio se fue reduciendo por la penetración de los elementos indoeuropeos. En el siglo vi a. C., los ligures propiamente dichos se extendían del Ródano al Arno, y por el valle del Po. Masalia (= Marsella) había sido fundada por colonos foceos hacia el año 600 a. C.

buhoneros, y los chipriotas dan ese nombre a los venablos[36].

Al decir de los tracios, sin embargo[37], las tierras sitas más allá del Istro las ocupan enjambres de abejas[38], y a ellas se debe la imposibilidad de progresar hacia el norte. Sea como fuere, a mi juicio esta afirmación de los tracios carece de verosimilitud, pues, de hecho, esos animales son muy sensibles al frío. En realidad, a mí me parece que las tierras nórdicas[39] son inhabitables por la crudeza de sus inviernos.

---

[36] Algunos críticos consideran que esta aclaración de Heródoto es una glosa interpolada por algún escoliasta (como ocurre en Apolonio de Rodas, II 99, respecto al mismo concepto). Sobre la actividad de los buhoneros aquí citados, cf. P. Schmitt, «Un peuple spécialisé dans le négoce á travers la Celtique», *Geographie commerciale de la Gaule,* Tours, 1977, págs. 271 y sigs. En Chipre el término «siginas» (cf. Aristóteles, *Poética* 21, 1475b) designaba en concreto a unas puntas de lanza, hechas de bronce, que pueden datarse en el período geométrico; cf. V. Karageorghis, «Notes on sigynnae and obeloi», *Bulletin de corresp. hellénique* 94 (1970), 35-44.

[37] La aclaración de la fuente permite deducir que las informaciones que Heródoto transmite en el capítulo anterior no eran de origen tracio. Posiblemente el historiador las recogió en Occidente, quizá —salvo la precisión del empleo en Chipre de la palabra «siginas»— de una obra escrita, pues, en la *Historia,* Masalia sólo es citada una vez; precisamente en ese pasaje (la posibilidad de obtener noticias sobre Europa Occidental estaba muy restringida para los griegos del siglo v a. C., por el dominio que los cartagineses ejercían en la zona; cf. nota III 587).

[38] En ello debe de haber una alusión a los insectos y mosquitos que proliferan en las regiones húmedas.

[39] En griego dice «las (regiones situadas) bajo la Osa». Para el empleo de un sistema de orientación espacial en Heródoto, cf., *supra,* nota I 16.

2 Esto es, pues, lo que se cuenta de ese país, cuyas costas, en definitiva, Megabazo estaba sometiendo a la autoridad de los persas[40].

11 *Darío recompensa a Histieo de Mileto y a Coes de Mitilene*

Por su parte Darío, en cuanto llegó a Sardes, una vez cruzado el Helesponto[41], tuvo en cuenta el servicio que le había prestado Histieo de Mileto, así como el consejo que le brindara el mitileneo Coes[42], e hizo que ambos se presentaran en Sardes, permitiéndoles que eligieran su re-
2 compensa. Pues bien, Histieo, como era tirano de Mileto, no pidió una segunda tiranía, simplemente solicitó Mircino, una comarca del territorio de los edonos, con el propósito de fundar una ciudad en ella[43]. Esto es, en suma, lo que escogió Histieo; mientras que Coes, dado que no era tirano, sino

[40] Vuelve a aparecer, como es frecuente en la *Historia*, un caso de *Ringkomposition*, o «composición anular» (cf. nota III 664), con el que se cierra el *lógos tracio* y se enlaza con la narración central, interrumpida en V 2, 2.

[41] Darío regresaba entonces a Asia tras la campaña de Escitia (cf. IV 143, 1). Y lo hizo por el Helesponto, en lugar de atravesar el Bósforo (donde había estado tendido el puente construido por el ingeniero samio Mandrocles; cf. IV 87, 1), porque esta última zona se había sublevado contra los persas (cf., *infra*, V 26).

[42] Respectivamente, oponerse al parecer de Milcíades, cuando éste —siguiendo el consejo de los escitas— era partidario de destruir el puente que los jonios habían tendido sobre el Istro (cf. IV 136, 3-137); y aconsejar a Darío que dicho puente no fuera destruido, una vez que el ejército persa había penetrado en Escitia (cf. IV 97).

[43] Los edonos habitaban en Tracia, al norte del monte Pangeo, en el valle del río Angites. En esa zona (rica en madera, oro y plata; cf., *infra*, V 23, 2), Histieo fundó, a orillas del Estrimón, la ciudad de Mircino, que controlaba la ruta costera de Tracia. La importancia económica y estratégica del lugar era muy considerable, y de ahí los posteriores intentos por asegurarse el control del mismo que realizaron los atenienses en 476-475 y 465-464 a. C., y que concluyeron en 437-436 con la fundación de Anfípolis en la desembocadura del Estrimón.

un simple ciudadano, solicitó la tiranía de Mitilene[44]. Y, una vez satisfechos los deseos de los dos, ambos se dirigieron a los lugares que habían elegido.

Deportación del pueblo peonio a Asia

12 Entretanto ocurrió que Darío, en virtud de cierto hecho del que fue testigo, concibió el deseo de ordenarle a Megabazo que sometiera a los peonios y que, desde Europa, los deportase a Asia. El hecho en cuestión fue el siguiente[45]. Pigres y Mastias eran unos peonios que, cuando Darío hubo regresado a Asia, se llegaron a Sardes en compañía de una hermana suya, esbelta a la par que agraciada, porque, en su fuero interno, deseaban erigirse en tiranos de su pueblo. 2 Aguardaron entonces a que Darío tomara asiento, en audiencia pública, en las afueras de la capital de los lidios, e hicieron lo siguiente: ataviaron a su hermana lo mejor que pudieron y la enviaron a por agua con un cántaro en la cabeza; además con un brazo[46] llevaba a un caballo de la brida y, de paso, iba hilando lino. 3 Cuando la mujer pasó ante

[44] Lo que, a la postre, iba a acarrearle la muerte (cf. V 38, 1). Coes había figurado como general de los mitileneos en la campaña escítica de Darío (cf. IV 97, 2), y, una vez erigido en tirano, cooperó decididamente con los persas. Cf. V 26; 37, 1; y H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen*, Múnich, 1967, I, pág. 95; II, pág. 575.

[45] Como es natural, la razón que impulsó a Darío a ordenar la deportación de los peonios (una práctica usual en las monarquías orientales; cf. D. Ambaglio, «Il motivo della deportazione in Erodoto», *Rendiconti dell' Istituto Lombardo* 99 [1975], 378 y sigs.) no se debió a la anécdota que cuenta el historiador, sino al peligro que, para los fines expansionistas persas en Europa, suponía la presencia en Tracia de un pueblo tan belicoso como el de los peonios.

[46] En griego dice «el brazo», porque con él la mujer llevaba la brida del caballo y en esa mano tenía, además, el copo de lino del que iba hilando y el huso en el que devanaba lo hilado.

Darío, despertó la atención del monarca, pues su compor-
tamiento no respondía a las costumbres persas o lidias, ni
a las de ningún pueblo de Asia[47]. Dado, pues, que des-
pertó la atención del monarca, éste envió a algunos de sus
guardias con la orden de que observaran cuidadosamente
4 lo que la mujer iba a hacer con el caballo[48]. Como es natu-
ral, los guardias siguieron sus pasos y, por su parte, ella, al
llegar al río[49], abrevó al caballo; hecho lo cual, y tras ha-
ber llenado el cántaro de agua, regresó por el mismo ca-
mino, con el recipiente de agua sobre la cabeza, al tiempo
que con un brazo llevaba al caballo de la brida e iba ma-
nejando el huso.

13 Entonces Darío, perplejo ante los informes que recibió
de sus observadores y ante lo que estaba viendo con sus
propios ojos, ordenó que la condujeran a su presencia.
Cuando compareció la mujer, se personaron también sus
hermanos, que seguían el desarrollo de los acontecimientos
desde algún lugar no muy alejado. Y al preguntar Darío de
qué país era ella originaria, los jóvenes manifestaron que
2 eran peonios y que aquella mujer era hermana suya. El mo-
narca, entonces, replicó que quiénes eran los peonios, que
en qué parte del mundo se hallaba su país y cuál era el ob-
jeto de su llegada a Sardes. Ellos le explicaron que habían
acudido para ponerse a su entera disposición, que Peonia se

[47] Porque en Asia las mujeres libres solían permanecer recluidas en sus casas, siendo las esclavas quienes realizaban esos menesteres. Pero que la mujer peonia no era una esclava quedaba evidenciado por las ropas que vestía.

[48] A Darío (que, en su calidad de persa, pertenecía a un pueblo en el que los caballos se consagraban al servicio de los dioses, o les eran ofrecidos en sacrificio; cf. I 136, 2; 189, 1; VII 40, 2-4; 113, 2) le llamaba la atención que una mujer pudiese ocuparse del cuidado de un caballo, porque esa tarea, en Persia, la desempeñaban los hombres.

[49] Posiblemente el Pactolo, que atravesaba Sardes (cf. V 101, 2).

hallaba situada a orillas del río Estrimón, que el Estrimón no estaba lejos del Helesponto y que los peonios descendían de colonos teucros, originarios de Troya[50]. Punto por punto, 3 esto fue, en suma, lo que le respondieron. Por su parte Darío les preguntó si también todas las mujeres de su país eran tan laboriosas; y a esta nueva pregunta ellos se apresuraron a contestar afirmativamente, pues lo cierto es que lo habían preparado todo precisamente con vistas a dicha afirmación[51].

14 Darío, entonces, escribió unas letras a Megabazo, a quien había dejado en Tracia al frente del ejército, ordenándole que desalojara a los peonios de sus predios y que los condujera ante su persona en unión de sus hijos y de sus

---

[50] Llegados con ocasión de una migración de pueblos del noroeste de Asia Menor producida con anterioridad a la guerra de Troya (cf., *infra*, VII 20, 2, donde se relata dicha migración). El gentilicio «teucro» era otra denominación de los troyanos, derivado de Teucro, mítico antepasado de la familia real de Troya. Como se ve, la respuesta de Pigres y Mastias recoge, en orden inverso, las preguntas de Darío. Recordar el origen asiático del pueblo peonio suponía considerarlo, en cierta manera, súbdito en potencia de Darío, «pues los persas reivindican como algo propio Asia y los pueblos bárbaros que la habitan» (cf. I 4, 4); indicar que Peonia no estaba lejos del Helesponto implicaba que su conquista no sería difícil para los persas; manifestar que habían acudido para ponerse a disposición de Darío tenía como fin conseguir alguna recompensa de parte del monarca.

[51] Si bien, el resultado de su plan trajo consigo algo que no esperaban: la deportación de los peonios. En realidad, este pasaje de Heródoto carece de historicidad y, posiblemente, se trata de la transposición de un «cuento» lidio de carácter etiológico sobre Misia (cf. Nicolao de Damasco, fr. 71, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 90, que sitúa la historia en tiempos del rey lidio Aliates, hacia 607-560 a. C.). Desde luego, Pigres es un nombre de origen cario y Mastias puede tener un origen anatólico; según esto, originariamente los protagonistas del episodio no habrían sido peonios, sino anatolios. Cf. Ed. will, «Hérodote et la jeune péonienne», *Revue des Études Grecques* 80 (1967), 176 y sigs.

2 mujeres. Sin pérdida de tiempo, un jinete portador del mensaje partió al galope en dirección al Helesponto, lo atravesó y entregó la misiva a Megabazo, quien, una vez que la hubo leído, se hizo con unos guías y, desde Tracia, se dirigió contra Peonia.

Campaña de Megabazo en Peonia

15 Al tener noticias de que los persas marchaban contra ellos, los peonios se reunieron y, desde sus tierras, dirigieron sus fuerzas a la costa[52], en la creencia de que los persas
2 iban a intentar la invasión por dicha zona. Los peonios, pues, estaban preparados para rechazar el ataque de las tropas de Megabazo. Sin embargo los persas, al tener noticias de que los peonios habían agrupado sus efectivos y de que mantenían vigilada la vía de acceso del litoral, como disponían de guías, se deviaron por la ruta del interior[53] y, sin que los peomios se percataran, cayeron sobre sus ciudades, que se hallaban faltas de defensores; y, dado que atacaron unas ciudades indefensas,
3 se apoderaron de ellas fácilmente. Entonces los peonios, al tener conocimiento de la ocupación de sus ciudades, se dispersaron rápidamente y regresaron a sus respectivos lugares de residencia, rindiéndose a los persas. Así fue, en definitiva, como las tribus peonias de los siriopeonios, de los peoples[54] y

[52] Como se deduce de todo el contexto en que Heródoto sitúa la campaña de Megabazo contra los peonios, probablemente a la zona de la desembocadura del Estrimón.

[53] Desde la desembocadura del río Nesto a la del Estrimón existían dos rutas. La más accesible corría paralela a la costa, bordeando el monte Pangeo por el sur, a través de la región de Pieria. La segunda vía de acceso era una ruta de montaña (que atravesaba el territorio de los sapeos y bordeaba por el norte el monte Pangeo, siguiendo el curso del río Angites), menos apta que la primera para el avance de un ejército (cf., *infra,* VII 109-113, y 121).

[54] Los siriopeonios estaban establecidos en el curso bajo del Estrimón (su nombre derivaba de la ciudad de Siris —cf. VIII 115, 3—, la más im-

de los habitantes de la zona que se extiende hasta el lago Prasíade[55] se vieron desalojados de sus predios y conducidos a Asia.

Por cierto que los peonios que residen en las proximidades del monte Pangeo, [de las tribus de los doberes, los agrianes y los odomantos[56]], y del mismísimo lago Prasíade, 16

---

portante del territorio que ocupaba ese pueblo); mientras que los peoples residían al noroeste de los siriopeonios, curso arriba del Estrimón (y, por el testimonio del historiador en VII 113, 1, parece ser que no todos los miembros de esta tribu fueron deportados a Asia).

[55] El lago Prasíade plantea problemas de localización exacta, ya que puede identificarse con el lago que en la actualidad recibe el nombre de *Butkovo,* situado a la derecha del Estrimón —a unos 60 km. de su desembocadura—, y que debía de constituir el antiguo cauce del río; o bien con el lago llamado hoy en día *Doiran,* situado a unos 25 km. al oeste del anterior, en la frontera entre Yugoeslavia y Grecia. En favor de la primera localización parecen atestiguar las precisiones topográficas del propio Heródoto, al indicar, en V 17, 2, la existencia de una ruta desde el lago Prasíade hasta Macedonia a través del monte Disoro, y al afirmar, en V 16, 2, que los habitantes del lago traían la madera para sus viviendas desde el monte Orbelo, cosa que sólo podrían haber hecho siguiendo el curso del Estrimón. No obstante, como este último dato (cf. nota V 59) puede no responder a la realidad y debido, sobre todo, a que en el actual lago Doiran se han encontrado restos de un antiguo establecimiento palafítico (cf. B. Saria, *s. v. Prasiás límne, R. E.,* XXII, 2 [1954], cols. 1698-1699), también la localización del lago Prasíade en esta zona es factible (cf., por ejemplo, el mapa de S. Lauffer, *Das klassische Griechenland,* Darmstadt, [s. a.], ed. J. Perthes).

[56] Posiblemente la mención de estas tres tribus constituye una interpolación. Los doberes eran una tribu peonia que habitaba al norte del Pangeo (cf. Estrabón, VII, fr. 36; y Plinio, *Hist. Nat.* XX 27); y los agrianes también eran peonios, establecidos en el curso alto del Estrimón (cf. Tucíd., II 96, 3). Por su parte, los odomantos eran una tribu tracia que habitaba al norte de los doberes (cf., *infra,* VII 112; Tucíd., II 101; y Estrabón, VII, fr. 36). El historiador lo que quiere poner de relieve es que los persas no se adentraron en las zonas montañosas situadas al norte del Pangeo y al este del Estrimón. Identificando el lago Prasíade con el lago Butkovo, cabe dedu-

no fueron sojuzgados en ningún momento por Megabazo, pese a que incluso tuvo lugar una tentativa para someter a los habitantes del lago, lugar en el que están asentados de la siguiente manera: en medio del lago se alza una plataforma, ensamblada sobre unos elevados postes, a la que, desde tierra firme, se accede tan sólo por una estrecha pa-
2 sarela[57]. Primitivamente todos los residentes en la plataforma debieron de erigir de manera solidaria los postes que la sostienen; pero, posteriormente, para su erección se han venido ateniendo a la siguiente norma: por cada mujer con quien contraen nupcias (y cada individuo se casa con numerosas mujeres[58]), el interesado coloca bajo la plataforma tres postes que traen de un monte cuyo nombre es Orbelo[59].

3 Sus viviendas, por otra parte, son como sigue: cada uno posee, en la plataforma, una cabaña —lugar en el que resi-

---

cir que el punto máximo del avance persa, en su campaña contra los peonios, llegó hasta esa zona del valle del Estrimón.

[57] Traduzco considerando como enálage los dos adjetivos que aparecen en el texto, que literalmente dice: «...que, desde tierra firme, posee un estrecho acceso por una única pasarela». Ésta es la primera mención en una fuente de la Antigüedad a palafitos, que, desde el neolítico a la Edad del Bronce, abundaron en Europa, sobre todo por las regiones en torno a los Alpes, y que brindaban a sus moradores una magnífica defensa ante posibles agresiones (de ahí que la pretendida tentativa de Megabazo contra ese hábitat lacustre fracasara).

[58] Sobre la poligamia entre los tracios, cf. nota V 17.

[59] El monte Orbelo (el actual *Pirin Dagh*, en la frontera greco-búlgara) se hallaba a unos 100 km. de la costa del Egeo, entre los cursos del Estrimón y el Axio. Dada la distancia entre dicho monte y el lago Prasíade, quizá haya que pensar que los habitantes del lago no se procuraban la madera en él, sino en el monte Disoro, en cuyas estribaciones se encontraba precisamente el lago, y que poseía abundantes árboles.

de— y una trampilla[60] que, a través del tablado del suelo, va a dar al lago. (A los niños pequeños, ante el temor de que se resbalen y caigan al agua, los atan del pie con una soga.)

A los caballos y a las bestias de carga les dan peces a 4 modo de forraje[61], pues hay una abundancia tan grande de pescado que, si uno abre la trampilla y, con la ayuda de una cuerda, deja caer al lago una cesta vacía, al cabo de una espera no muy prolongada la saca repleta de peces. Por cierto que cuentan con dos clases de peces, que ellos denominan *pápraces* y *tilones*[62].

Misión de los persas en Macedonia, que accede a someterse. Asesinato de los embajadores persas

17 Así pues, los peonios que pudieron ser sometidos fueron conducidos a Asia. Por su parte, Megabazo, tras haber sometido a los peonios, envió a Macedonia una delegación compuesta por siete persas[63] que, después de su

[60] La trampilla (el término griego presenta problemas lingüísticos y se han propuesto diversas conjeturas) no tenía por qué estar en el interior de las cabañas. Cada cabeza de familia poseería la suya para, con una barca, desplazarse por el lago.

[61] Ateneo, VIII 35, 345e, cuenta algo similar referido a los bueyes de Tracia. Probablemente se dejaría secar el pescado y, una vez triturado, se ofrecería como alimento a los animales (la harina de pescado siempre ha sido un alimento fundamental para los animales de granja y sigue figurando en los piensos compuestos).

[62] No se conoce el tipo específico de peces a que alude el historiador (los *tilones* también son mencionados por Aristóteles, *Hist. anim.* VIII 20, 915b, quien tampoco los describe). Debe de tratarse de peces comunes en los ríos y lagos mediterráneos.

[63] La embajada persa a Macedonia, cuya historicidad es generalmente aceptada, tuvo lugar en 512 a. C. La sumisión de Tracia y de Peonia ponía a los persas a las puertas de Macedonia, y aquéllos no dejaron de actuar como lo habían venido haciendo hasta entonces desde tiempos de Ciro: con la pretensión constante de extender sus dominios. Sobre la especial importancia y significado del número siete entre los persas, cf.

propia persona, eran quienes gozaban de más prestigio entre el ejército. Dichos individuos eran enviados a la corte de Amintas[64] para reclamarle, en nombre del rey Darío, la tie-
2 rra y el agua[65]. Por cierto que, desde el lago Prasíade, hay un trayecto sumamente corto hasta Macedonia[66]: lindando con el lago se encuentra primeramente la mina, de la que, con posterioridad a estos hechos[67], se obtenía un talento de

---

H. Castritius, «Die Okkupation Thrakiens durch die Perser und der Sturz des athenischen Tyrannen Hippias», *Chiron* 2 (1972), 1 y sigs.; especialmente, pág. 2, nota 8.

[64] El rey macedonio tenía su sede, por aquellas fechas, en Egas, ciudad a la que se debieron de encaminar los embajadores persas y donde, de admitir su realidad, habrían tenido lugar los hechos que en los capítulos siguientes narra el historiador. Amintas I (que reinó de 540 a 498 a. C.) se caracterizó durante su mandato, pese a que desde la fecha en que la embajada persa llegó a su corte estuvo sometido a Persia, por su apertura hacia el mundo griego. Cf. P. Cloché, *Histoire de la Macédonie jusqu'à l'evénement d'Alexandre le Grand,* París, 1960, págs. 31-34.

[65] La entrega de tales presentes, que venía a constituir una señal de sumisión (cf., *supra,* IV 126), era una fórmula típica de la diplomacia persa en sus relaciones —siempre en términos de superioridad— con otros países (cf., por ejemplo, V 73, 2). Pero la fórmula, además de indicar una petición formal de sumisión, posiblemente implicaba asimismo una exigencia para usufructuar la tierra y el agua, en el caso de que un ejército persa tuviera que atravesar el territorio del Estado al que se dirigía dicha demanda.

[66] Heródoto, al conceder a Macedonia unas fronteras próximas al lago Prasíade, se está refiriendo a una situación propia del siglo v a. C., ya que, en la época inmediatamente posterior a la campaña de Darío contra Escitia, Macedonia llegaba por el Norte sólo hasta el río Axio. Fue el hijo de Amintas, Alejandro I (que reinó de 498 a 454 a. C.), quien, tras la retirada persa de Tracia a raíz de las guerras médicas, extendió su reino hasta el Estrimón y se apoderó de Pidna. Cf. P. Cloché, *Histoire de la Macédonie...,* págs. 49-51.

[67] No inmediatamente después, sino con posterioridad a 479-478 a. C., cuando Alejandro pudo independizarse de la soberanía persa y extendió las fronteras de su reino a las regiones de Migdonia, al norte de la

plata diario que iba a parar al erario de Alejandro; y, rebasada la mina —una vez franqueado el monte que recibe el nombre de Disoro[68]—, uno se halla en Macedonia.

18 Pues bien, cuando los comisionados persas que he citado llegaron a la corte de Amintas, se presentaron ante él y, en nombre del rey Darío, le reclamaron la tierra y el agua. Amintas se avino a entregar lo que solicitaban[69] y les brindó su hospitalidad, mandando preparar un suntuoso banquete y dispensando a los persas una cordial acogida. Una 2
vez concluido el banquete, los persas, que estaban bebiendo a discreción[70], le dijeron lo siguiente: «Amigo macedonio, nosotros, los persas, cuando ofrecemos un gran banquete, tenemos por costumbre, en tal ocasión, incluir entre los asistentes a nuestras concubinas, así como a nuestras legíti-

---

Calcídica, Bisaltia, al oeste del Estrimón, y Crestonia, al norte de Macedonia propiamente dicha. Cf. A. Daskalakis, *The hellenism of the ancient Macedonians*, Tesalónica, 1965, págs. 204-208.

[68] Este monte separaba el valle del Estrimón de la región de Crestonia, y era rico también en yacimientos de oro (cf. Apiano, *Bell. civil.* IV 106). Un talento de plata equivalía, según el sistema de pesos monetarios atenienses, a 25,92 kg. El rendimiento anual que Alejandro I obtenía de esa mina era, pues, elevadísimo (por ejemplo, la primera tributación vigente entre los miembros de la liga delo-ática ascendía, en total, a 460 talentos anuales; cf. Tucíd., I 96).

[69] B. Virgilio («L'atteggiamento filoateniese e antipersiano della Macedonia con Aminta I e Alessandro I Filelleno», *Commento storico...*, pág. 138) supone que la embajada persa se dirigió a Egas, desde el lago Prasíade, por esa ruta directa que describe el historiador. La pronta aceptación de Amintas a someterse al rey Darío quizá pueda explicarse por la proximidad del ejército persa que, a las órdenes de Megabazo, estaría operando en la zona del lago.

[70] Tanto los macedonios (cf. Polibio, VIII 11; Arriano, *Anábasis* IV 8, 2) como los persas (cf., *supra*, I 133, 3-4; Eliano, *Historias varias* XII 1) tenían fama de grandes bebedores.

mas esposas[71]. En vista, pues, de que tú nos has acogido con verdadera afabilidad, de que nos agasajas espléndidamente y de que te avienes a entregarle al rey Darío la tierra
3 y el agua, sigue nuestra costumbre». «Persas —respondió a esto Amintas—, entre nosotros, concretamente, no rige esa costumbre, sino la de que los hombres estén separados de las mujeres. No obstante, puesto que vosotros, que sois quienes mandáis[72], solicitáis este nuevo favor, también veréis satisfecha esta petición».

Sin decir nada más, Amintas mandó que fueran a por las mujeres, que acudieron en cuanto las llamaron, sentándose,
4 las unas junto a las otras, frente a los persas. Éstos, entonces, al contemplar la hermosura de las mujeres, se dirigieron a Amintas diciéndole que semejante proceder carecía de toda lógica, pues mejor hubiera sido que, de buenas a primeras, las mujeres hubiesen excusado su asistencia, antes que acudir y, en vez de sentarse a su lado, hacerlo frente a ellos
5 para tormento de sus ojos. Bien a su pesar, Amintas les mandó, pues, que se sentaran junto a ellos; y, apenas las mujeres hubieron obedecido, los persas, como estaban borrachos perdidos, empezaron a toquetearles los pechos y hasta es posible que alguno intentara besarlas.

19 Amintas, que, como es natural, estaba viendo lo que sucedía, permanecía impasible, pese a la indignación que le embargaba, porque temía sobremanera a los persas. Sin embargo, su hijo Alejandro, que se hallaba presente, vien-

---

[71] Semejante costumbre (que era aborrecida por los griegos; cf. Iseo, III 14) no existía entre los pueblos orientales. Debe de tener razón Plutarco (*Quaest. conviv.* I 1, 2) al afirmar que los persas sí admitían en sus banquetes a las concubinas, pero no a sus legítimas esposas.

[72] Tanto por su poderío militar, como por su calidad de huéspedes.

do también lo que ocurría, debido a su juventud[73] y a que
no había conocido desgracia alguna[74], fue totalmente inca-
paz de seguir conteniéndose, por lo que, montando en cóle-
ra, le dijo a Amintas lo siguiente: «Padre, ten en cuenta tu
edad: retírate a descansar y no continúes en esta orgía; que
yo me quedaré aquí donde estamos, para proporcionar a
nuestros huéspedes todo lo que sea menester. Ante estas 2
manifestaciones, Amintas, comprendiendo que Alejandro
iba a llevar a cabo un golpe de mano, le dijo: «Hijo, dado
que estás ardiendo de ira, creo comprender tus palabras:
quieres alejarme de aquí y perpetrar un golpe de mano. Pues
bien, para evitar que labres nuestra ruina, yo te ruego que no
cometas ningún atentado contra esos individuos; limítate
simplemente a ser un espectador de los hechos. Y, en cuanto
a lo de que me retire, voy a seguir tu consejo».

Pero, cuando Amintas, tras haberle formulado ese ruego, 20
se hubo ausentado, Alejandro les dijo a los persas: «Ami-
gos, las mujeres aquí presentes están a vuestra entera dispo-
sición, tanto si queréis hacer el amor con todas o sólo con
un determinado número de ellas (sobre este particular voso-
tros mismos decidiréis). Pero, como prácticamente ya se 2
acerca el momento de acostaros y veo que estáis bien borra-
chos, permitid, si os parece oportuno, que estas mujeres va-
yan ahora a darse un baño y, a su regreso, una vez bañadas,
podréis haceros cargo de ellas[75]». Dicho esto, en vista de 3

[73] El futuro Alejandro I contaría a la sazón unos 16 ó 18 años, pues había nacido entre 530-528 a. C., y la embajada tuvo lugar en el año 512 a. C. (cf. A. Daskalakis, *The hellenism of the ancient Macedonians...*, págs. 149-157).

[74] Como en otros pasajes de la *Historia* (cf., por ejemplo, I 207, 1), el historiador coincide con Esquilo *(Agamenón* 176-178) en la línea de que el sufrimiento engendra conocimiento.

[75] El verbo aquí empleado tiene también connotación sexual. Toda esta historia sobre la embajada persa en Macedonia se halla salpicada de

de que los persas se mostraban de acuerdo, mandó a las mujeres que salieran de la sala y que se dirigieran al *gineceo*[76]. Acto seguido, el propio Alejandro hizo que unos jóvenes imberbes, cuyo número coincidía con el de las mujeres, se vistiesen con la ropa de estas últimas, les proporcionó unos puñales, y les facilitó el acceso a la sala[77]; y, al tiempo que les facilitaba la entrada, les dijo a los persas lo
4 siguiente: «Persas, me parece que se os ha obsequiado con un completísimo banquete en el que nada ha faltado, ya que, además de todo cuanto poseíamos, tenéis, asimismo, a vuestra disposición todo aquello que hemos podido conseguir para agasajaros; y, concretamente —cosa esta que excede toda norma de hospitalidad—, os ofrecemos, con generosa prodigalidad, a nuestras propias madres y hermanas,

detalles inverosímiles y poco lógicos: poner en labios de un persa la afirmación sobre una costumbre inexistente, que justificará el asesinato preparado por Alejandro; la expresión «para tormento de sus ojos, que no es usual en los autores griegos (cf. PLUTARCO, *Alejandro* 21, 4); que Amintas, el anfitrión, se ausente y deje a un muchacho encargado de atender a los huéspedes; el argumento de este último para que las mujeres salgan de la sala; el que luego ellas —que habían acudido con la cara descubierta— sean suplantadas por hombres; etc.

[76] El *gineceo* era la sala en que las mujeres libres hacían su vida en la casa, donde pasaban la mayor parte del tiempo, pues, en Grecia, la mujer libre de clase acomodada llevaba una vida de práctica reclusión. Sólo abandonaba la vivienda conyugal con ocasión de algunos acontecimientos familiares —bodas, funerales—, fiestas religiosas de la ciudad, o para comprar objetos de uso personal; e, incluso en esos casos, había de ir necesariamente acompañada por una sirvienta.

[77] El ardid de suplantar a una persona, vistiendo sus ropas, para asesinar a un enemigo, es frecuente en la tradición «estratagemática». Cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 4-7; PAUSANIAS, IV 4, 3; PLUTARCO, *Pelópidas* 11; *Solón* 8, 5-6; POLIENO, *Strategemata* I 20, 2.

con el fin de que comprobéis a la perfección que, por nuestra parte, recibís los honores a que verdaderamente sois acreedores, y para que, de paso, podáis explicar al rey que os ha enviado que un griego, un gobernador de Macedonia[78], os ha dispensado una buena acogida tanto en la mesa como en la cama. Dicho esto, Alejandro hizo que, al lado de cada persa, se sentara un macedonio disfrazado de mujer; y, cuando los persas trataron de meterles mano, los macedonios acabaron con ellos.

Así fue como encontraron la muerte esos sujetos, y con 21
ellos también su comitiva; ya que, como es natural, su sé-
quito lo componían carruajes, servidores y toda una gran
cantidad de bagajes[79]. Pues bien, todo eso fue lo que, en
unión de la totalidad de los embajadores, hicieron desapare-
cer los macedonios. Y por cierto que, posteriormente, los 2

[78] Probablemente, esta pretensión de Alejandro de ser griego no es anterior a la muerte de su padre, y debe de estar motivada porque el monarca macedonio, con posterioridad a las guerras médicas, fue declarado en Atenas *próxenos kaì evergétēs* (el título de «Filoheleno», con que se conoció a Alejandro I, es de tradición tardía; cf. *Schol.* THUCYD., A 57, 2). Con el término «gobernador» (= griego, *hýparchos)* se denominaba, antes del siglo IV a. C., a los sátrapas nombrados por el rey persa para el gobierno de una provincia. Posiblemente ésa era la denominación despectiva con que, en la Grecia de los albores del siglo V a. C., se designaba al rey de Macedonia, por su dependencia de Persia. En la historia de la embajada que narra Heródoto, este término adquiere valor irónico, pues va a ser un *hýparchos*, en teoría el máximo velador de los intereses persas en alguna zona alejada, quien va a acabar con los integrantes de la delegación persa.

[79] El texto griego dice «todo el mucho equipo»; quizá la presencia del artículo se deba a que fuese el habitual en casos semejantes de embajadas persas. JUSTINO, VII 3, incide, aunque con ligeras variantes, en los mismos términos que Heródoto, sobre la suerte de los embajadores persas, debida a la acción de Alejandro.

persas llevaron a cabo, no mucho tiempo después[80], una concienzuda investigación para hallar a dichos individuos, pero Alejandro detuvo astutamente sus averiguaciones mediante la entrega de una elevada suma y de su propia hermana, cuyo nombre era Gigea: Alejandro detuvo las indagaciones entregándole lo que he dicho al persa Búbares[81], el jefe de los encargados de buscar a los desaparecidos. Así fue, en definitiva, como se detuvieron las pesquisas y la muerte de aquellos persas se mantuvo en silencio[82].

---

[80] Según se desprende de la actuación de Alejandro, al entregar a su hermana a un persa, ese «no mucho tiempo después» implica en realidad más de catorce años, ya que Alejandro sucedió a su padre Amintas en 498 a. C. Este dato, y otros más, sospechosamente extraños, que cita el historiador, parece abonar el convencimiento de que la historia del asesinato no es cierta.

[81] Búbares era hijo de Megabazo (cf. VII 22, 2), y fue uno de los superintendentes persas en las tareas de excavación del canal que Jerjes mandó abrir en la península de Acté (cf. VII 24). Del matrimonio con Gigea, Búbares tuvo, al menos, un hijo, al que puso por nombre Amintas (cf. VIII 136, 1).

[82] O bien, «en definitiva, que la muerte de aquellos persas, que se produjo en tales circunstancias, se mantuvo en silencio» (cf. B. Virgilio, *Commento storico...*, pág. 226). Resulta sorprendente que el jefe de una comisión encargada de localizar a unos embajadores persas desaparecidos dejara corromperse, ya que el asunto era especialmente grave. Posiblemente, la historia del asesinato de los emisarios persas fue inventada en los círculos de la corte macedonia con fines propagandísticos, para justificar la entrega en matrimonio de una hermana de Alejandro a un noble persa (cf. A. Momigliano, *Filippo di Macedone*, Florencia, 1934, pág. 5), ya que el carácter antipersa del rey macedonio —que, por ejemplo, no trató de sublevarse con ocasión de la revuelta jonia— no se puso de manifiesto hasta la segunda guerra médica (cf. VII 173; VIII 34; 140; IX 44). Lo más probable es que el propio Búbares fuese el jefe de los embajadores persas en 512 y que en Egas se prendase de Gigea, consiguiendo que Amintas le concediera su mano.

Ascendencia griega de los reyes de Macedonia

Por otra parte, que estos des- 22
cendientes de Perdicas son griegos, como ellos mismos pretenden, yo personalmente me hallo en condiciones de afirmarlo y, de hecho, en posteriores capítulos lo demostraré[83]; además, los propios Helanódicas[84], que supervisan los juegos olímpicos, deter-
minaron que así era. En efecto, en cierta ocasión en que 2
Alejandro se decidió a tomar parte en la competición y, con ese propósito, bajó a la pista[85], los griegos que iban a competir con él en la carrera pretendieron excluirlo de la misma, alegando que la prueba no estaba abierta a participantes

---

[83] Cf., *infra*, VIII 137-139. Perdicas I vivió en la primera mitad del siglo VII a. C. y fue el fundador del estado macedonio, extendiendo sus dominios desde Egas hasta el golfo Termaico. Heródoto debió de informarse personalmente de la pretendida ascendencia griega de la casa real de los Argéadas durante su estancia en Macedonia (cf. Suda, *s. v. Hellánikos: «Helánico vivió en compañía de Heródoto en la corte de Amintas* [debe de ser un error por Alejandro], *rey de Macedonia...»).* Al afirmar ese carácter griego de los reyes macedonios, el historiador se hacía eco de la simpatía que, en su época, Atenas sentía hacia Macedonia. Hay que destacar, sin embargo, que los reyes macedonios se consideraban a sí mismos reyes griegos de un pueblo bárbaro, con lo que se diferenciaban étnicamente de sus súbditos. Cf. A. Momigliano, «Re e popolo in Macedonia prima di Alessandro Magno», *Athenaeum* 13 (1935), 3-21.

[84] Los Helanódicas constituían un colegio de nueve o diez miembros (inicialmente sólo fueron dos), elegidos entre las mejores familias de la ciudad de Élide, que se encargaban de organizar y presidir las Olimpíadas, proclamando a los vencedores e imponiendo sanciones a los infractores al reglamento. Sobre los orígenes y funciones de estos «jueces griegos», cf. C. Durantez, *Las Olimpíadas griegas* (Comité Olímpico Español), [s. l.], 1977, págs. 161-163.

[85] O bien, «bajó a Olimpia» (desde Macedonia). Cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre V...*, pág. 30, nota 4. Para la interpretación propuesta en mi versión, cf. Sófocles, *Traquinias* 505; Platón, *Leyes* 834e.

bárbaros, sino reservada a griegos. Sin embargo, una vez que Alejandro hubo demostrado que era argivo[86], se dictaminó que era griego y disputó la carrera del estadio, en la que llegó igualado con el primero[87]. En suma, que así fue, poco más o menos, como sucedió lo que he contado.

Darío, a instancias de Megabazo, se lleva a Susa a Histieo, prometiéndole altos honores

23 Entretanto Megabazo llegó al Helesponto con los peonios que llevaba consigo, atravesó acto seguido el estrecho y se llegó a Sardes. Entonces, en vista de que Histieo de Mileto estaba fortificando ya la localidad que, de acuerdo con sus deseos, había tenido la suerte de que le regalara Darío como recompensa por haber custodiado el puente de barcas[88] (por cierto que ese lugar, cuyo nombre es Mircino, se halla situado a orillas del

---

[86] Por ser descendiente del Heráclida Témeno que, después de conquistar Argos, emigró a Macedonia (cf., *infra,* VIII 137). Sin duda, la finalidad que perseguía Alejandro I al acudir a Olimpia era, precisamente, conseguir que fuera públicamente reconocido como griego. Olimpia se convirtió en el centro de difusión de tal propaganda genealógico-política, que fue admitida por la mayoría de los autores griegos (cf. Tucíd., II 99; V 80; en contra, como cabía esperar, Demóstenes, *Filípicas* III 31). Cf. A. Daskalakis, «L'origine de la maison royale de Macèdonie et les légendes relatives de l'antiquité», *Archaia Makedonía,* Tesalónica, 1970, págs. 155 y sigs.

[87] La carrera del estadio, o carrera simple, era la prueba de velocidad más importante, en la que se recorría, en línea recta, una sola vez la longitud del recinto deportivo de Olimpia, que tenía exactamente 192,27 m. Los atletas participaban completamente desnudos y la pista se hallaba enarenada. Como el nombre de Alejandro no figura entre los vencedores olímpicos, hay problemas para determinar en qué Olimpíada participó. L. Moretti («Olympionikai», *Memoria Accad. Naz.* 8 [1957], 81), a partir de Píndaro, frs. 120 y 121, B. Snell, *Pindari fragmenta,* Leipzig, 1964, ha apuntado como probable la Olimpíada 71, correspondiente al año 496 a. C.

[88] Cf., *supra,* V 11, 1, y nota V 43.

río Estrimón), Megabazo, que se había enterado de lo que estaba haciendo Histieo, nada más llegar a Sardes con los peonios, le dijo a Darío lo siguiente: «Majestad, ¡qué es lo 2
que has hecho! ¡Has permitido a un griego de cuidado, a la par que astuto, fundar una ciudad en Tracia, en una zona en la que abunda la madera idónea para la construcción de navíos, donde hay muchos troncos para hacer remos y minas de plata, y en cuyos alrededores reside una numerosísima población de griegos, así como de bárbaros, que, si dan con un caudillo, harán, tanto de día como de noche, lo que dicho individuo les ordene! Impide, pues, lo que está haciendo ese 3
sujeto, para que no te encuentres con una guerra intestina[89]. Pero, para impedírselo, mándale comparecer en un tono amistoso; y, cuando lo tengas en tus manos, procura que ese individuo no regrese jamás al mundo griego».

Con estas palabras Megabazo convenció fácilmente a 24
Darío, ya que sus previsiones sobre el futuro parecían atinadas. Entonces el monarca, sin pérdida de tiempo, despachó un emisario a Mircino con el siguiente mensaje: «Histieo, he aquí el comunicado del rey Darío[90]: 'Por más que refle-

---

[89] O, como sugieren W. W. How, J. Wells (*A commentary on Herodotus*, II, Oxford, 1968 [= 1928], pág. 9), «of your own making». La riqueza de la zona que Darío le había concedido a Histieo también es puesta de relieve por Tucíd., IV 108, al referirse a la fundación de Anfípolis (que fue construida a unos 7 km. de Mircino) por parte de los atenienses. De las palabras de Megabazo puede deducirse el temor que, para las futuras campañas expansionistas de los persas en Grecia, podría entrañar la prosperidad de una ciudad, situada en la ruta costera de Tracia (cf. Diodoro, XII 68, 2), y el talante político de Histieo (en una zona habitada por una población que «...si estuviese regida por un único caudillo... resultaría invencible»; cf. V 3, 1), que, aprovechando lo favorable de las circunstancias, podía, con el tiempo, pensar en independizarse.

[90] Cf. nota III 215.

xiono, no consigo hallar hombre alguno más solícito que tú para con mi persona y mis intereses; y sé que esto es verdad, pues lo he comprobado no con palabras, sino con
2 hechos. Dado, pues, que en estos momentos tengo el propósito de llevar a cabo grandes planes[91], preséntate ante mí sin falta para que pueda hacerte partícipe de ellos'». Con su confianza depositada en estas palabras y, a la vez, considerando un honor poder convertirse en consejero del rey,
3 Histieo acudió a Sardes. Y, a su llegada, Darío le dijo lo que sigue: «Histieo, te he hecho venir por el siguiente motivo: en cuanto regresé de Escitia y tú te alejaste de mi vista, en ese breve intervalo ninguna otra cosa he deseado, hasta la fecha, con tanta intensidad como poder verte y que charlaras conmigo, ya que me he percatado de que el bien más preciado del mundo es un amigo inteligente y solícito, dos cualidades de las que, según sé por propia experiencia, te hallas dotado y de las que puedo dar fe en lo
4 que a mis intereses se refiere. En suma, como has obrado acertadamente al presentarte, voy a hacerte ahora una proposición; se trata de la siguiente: renuncia a Mileto y a la ciudad que acabas de fundar en Tracia, y sígueme a Susa; tuyo será todo lo que yo poseo, y además compartirás mi mesa[92] y serás mi consejero».

---

[91] A diferencia de lo que ocurre en la conversación mantenida entre Darío y Atosa (cf. III 134), donde el monarca manifestaba tener planes para la conquista de Escitia, en este caso la argumentación debe de ser exclusivamente retórica. No obstante, en dicha conversación, el rey también manifestaba su propósito de dirigirse en el futuro contra Grecia (cf. III 134, 6).

[92] Lo cual constituía un señaladísimo honor, pues el círculo de los «comensales» del rey persa (como ocurría en otras cortes orientales; cf. *II Samuel* IX 7, 11; *I Reyes* II 7) era muy reducido. Cf. nota III 677.

Nombramiento de nuevos funcionarios persas. Conquistas de Ótanes

Tras pronunciar estas palabras 25
y nombrar para el cargo de gobernador de Sardes a Artáfrenes[93], que era hermano suyo por parte de padre, Darío partió hacia Susa llevando entre su séquito a Histieo. Por otra parte, para el cargo de general de las tropas de la costa había designado a Ótanes[94] (a su padre Sisamnes, que había figurado entre los jueces reales[95], el rey Cambises mandó degollarlo y desollarlo de la cabeza a los pies, porque había pronunciado un pronun-

---

[93] Artáfrenes (que corresponde, en persa antiguo, a *Artafarnah* [nombre bitemático que significa algo así como «el glorioso»], por lo que en griego debería transcribirse *Artaférnēs,* y así se lee en algunos manuscritos; pero, probablemente, se pronunciaba y escribía Artáfrenes por influencia de la palabra griega *phrḗn,* que designa la sede de sentimientos y afectos, de la voluntad, inteligencia, etc.) fue, pues, nombrado sátrapa de Lidia (la satrapía se llamaba *Sparda* por el nombre persa de Sardes). Tenía autoridad sobre las circunscripciones tributarias de Lidia y Jonia, ya que, a pesar de lo que dice el historiador en III 90, 1, Jonia no constituía una unidad político-territorial que tuviera a su frente a un sátrapa, como lo prueba el que, en V 30, 5, se diga que Artáfrenes tenía bajo su mando todas las zonas costeras de Asia. El nombramiento de Artáfrenes tuvo lugar en 512 a. C. Cf. E. Herzfeld, *The Persian Empire,* Wiesbaden, 1968, págs. 310-311.

[94] No se trata del mismo personaje que organizó el complot contra los magos (cf., *supra,* III 68 y sigs.), ya que dicho Ótanes (= *Utāna)* pertenecía a una familia distinta (cf. *Inscripción de Behistun* § 68). Según G. Busolt *(Griechische Geschichte...,* II, págs. 18-19), el motivo de la sustitución tenía como justificación el asesinato no castigado de los embajadores enviados a la corte de Amintas I. El pasaje es importante porque testimonia la existencia, al lado de un sátrapa —que contaba con sus propias fuerzas—, de un general directamente nombrado por el rey y que no era responsable ante el sátrapa (cf. Jenofonte, *Helénicas* I 4, 3). Con ello, el monarca persa coartaba el poder casi omnímodo de los sátrapas. Cf. E. Meyer, *Geschichte des Altertums,* III, Stuttgart, 1900, págs. 34 y sigs.

[95] Sobre los jueces reales, cf. nota III 164.

ciamiento improcedente[96] por cierta suma de dinero; y, cuando le hubieron arrancado la piel, el monarca ordenó que la cortaran en tiras y que, con ellas, forrasen el trono en el
2 que Sisamnes tomaba asiento para impartir justicia. Una vez tapizado el trono, Cambises, en sustitución de Sisamnes, a quien había hecho ajusticiar y, luego, desollar, designó para el cargo de juez al hijo de Sisamnes, recomendándole que, al emitir sus fallos, tuviera presente en qué trono se hallaba sentado[97]).

26 Pues bien, el tal Ótanes, el sujeto que se sentaba en el citado trono, sucedió por aquel entonces a Megabazo en el mando de las tropas, y se apoderó de las ciudades de los bizantinos y de los calcedonios[98], apoderándose también de

---

[96] Es decir, «una sentencia injusta». La traducción propuesta pretende reflejar la paronomasia que presenta el texto griego *(dikēn ádikon edíkase)*. Cf. VII 194 para un delito similar.

[97] Desollar a una persona había sido un castigo aplicado usualmente en Asiria, siendo, posteriormente, adoptado por los persas con tal profusión que «ser desollado vivo» fue considerado en la Antigüedad el castigo persa por excelencia (cf. Diodoro, XV 10; Plutarco, *Artajerjes* 17). Este caso concreto (que también es referido por Valerio Máximo, VI 3) es un reflejo, sea o no cierto, de la leyenda negra que circulaba en el siglo v a. C. sobre Cambises, y de la que Heródoto se hace eco en varias ocasiones (cf., sobre todo, III 30-37, y K. H. Waters, *Herodotos on Tyrants and Despots*, Wiesbaden, 1971, págs. 53-56). Al castigo, ya de por sí sangriento, Cambises añade una nota de crueldad para con el muerto.

[98] Como el tirano de Bizancio, Aristón, había tomado parte junto a los persas en la campaña de Darío contra Escitia (cf. IV 138, 1), hay que pensar que las dos ciudades se sublevaron contra los persas ante los problemas que Darío pudo tener al norte del Danubio (cf. H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen...*, I, págs. 86-87). Aunque Heródoto no da informaciones al respecto, cabe suponer que también Calcedonia había estado sometida a los persas con anterioridad, ya que el puente de barcas sobre el Bósforo se había tendido en las proximidades de dicha ciudad (cf. IV 85, 1).

Antandro, que se halla situada en la Tróade, así como de Lampònio[99]; y, con unas naves que le proporcionaron los lesbios, se apoderó de Lemnos e Imbros[100], islas ambas que, por aquellas fechas, todavía se encontraban habitadas por pelasgos[101].

27 A fe que los lemnios se batieron con verdadero denuedo, pero, a pesar de la resistencia que opusieron, al final fueron aniquilados. Entonces, a los lemnios supervivientes, los persas les impusieron como gobernador a Licareto, el hermano de Meandrio (aquel individuo que había detentado el poder en Samos[102]). El tal Licareto murió en Lemnos en 2 el ejercicio de su cargo[103]* * *[104]. Y por cierto que el móvil

---

[99] Antandro y Lamponio se hallaban situadas en la costa norte del golfo de Atramitio y eran colonias de Mitilene. Como, a renglón seguido, Heródoto dice que los lesbios facilitaron naves a los persas, es presumible que Antandro y Lamponio se hubieran independizado de Mitilene, que demandaría apoyo persa para recobrarlas (de hecho, durante la Guerra del Peloponeso, seguían dependiendo de Mitilene; cf. Tucíd., III 50; IV 52), ya que las relaciones entre mitileneos y persas eran cordiales (cf., por ejemplo, III 13, 1). Y un filopersa, Coes, era a la sazón tirano de Mitilene (cf. V 11, 2).

[100] Con lo que los persas se hacían con el dominio de todo el Egeo norte. La campaña de Ótanes tuvo lugar en 512-511 a. C.

[101] Para los griegos, los pelasgos habitaban en Grecia y el Egeo antes de la llegada de los helenos, y eran autóctonos. En zonas marginales —como en este caso— seguirían hablando una lengua no griega. Su identificación histórica no es segura.

[102] Cf., *supra*, III 142-148. Literalmente «que había reinado», pero el verbo empleado en griego *(basileúein)* se utiliza también para indicar un mando no legal y no admitido unánimemente.

[103] Licareto (que ya había pretendido erigirse en tirano de Samos; cf. III 143, 2) fue designado gobernador de Lemnos en 511 a. C., y durante la sublevación jonia ya había muerto. Cf. H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen...*, I, págs. 82-83; II, págs. 567-568.

[104] El texto debe de presentar una laguna; o bien todo el capítulo 27 hasta este punto es una interpolación (cf. W. W. How y J. Wells, *A commentary on Herodotus*, II..., *ad locum*, para las posibles soluciones propues-

de la campaña era el siguiente: iba esclavizando y sometiendo a todos esos pueblos[105], bajo la acusación de que unos habían desertado durante la expedición contra Escitia, en tanto que otros habían hostigado al ejército de Darío cuando, desde dicho país, volvía de regreso.

28 *Antecedentes inmediatos de la sublevación jonia: la cuestión entre Naxos y Mileto. Intrigas de Aristágoras*

Todo esto, en suma, fue lo que llevó a cabo Ótanes mientras estuvo al frente de las tropas. Posteriormente —pero no por mucho tiempo[106]—, amainaron las calamidades; sin embargo, Naxos y Mileto fueron las causantes de que se reanudaran nuevamente[107] las calamidades que sufrieron los jonios. Resulta que, por su opulencia, Naxos su-

---

tas). En cualquier caso, hay que entender: «...el móvil de la campaña [persa] era el siguiente: [Ótanes] iba esclavizando y...».

[105] La aparente insistencia (podría pensarse en una histerología) se debe a que Ótanes realizaba primero la conquista, con la consiguiente reducción de los habitantes a la condición de súbditos de Darío, y posteriormente los sometía a regímenes afectos al imperio, que eran establecidos en los territorios conquistados.

[106] La poca precisión de Heródoto parece implicar que el historiador desconocía la exacta duración de ese intervalo de paz, que perduró durante algo más de diez años (de 511 a 500 a. C.).

[107] El pasaje ha sido diversamente interpretado. Legrand *(Hérodote. Livre V..., ad locum)* indica que «les ioniens n'avaient pas souffert, semble-t-il, des représailles d'Otanès. Mais Hérodote comprend souvent sous leur nom d'autres Grecs asiatiques qui avaient lié partie avec eux et partagé leur sort». Pero, como lo que el historiador va a contar ahora es la sublevación de Jonia, es indudable que las calamidades que de ella iban a derivarse para todos los griegos de Asia no podían parangonarse con las que la campaña de Ótanes causó —y a unas comunidades específicas— en la zona del Bósforo y el norte del Egeo. Por su parte, How, Wells *(A commentary...,* II, pág. 10) señalan que «the first occasion would seem to be rather the conquest under Cyrus (cf. I 161-171) than the recent operations, which did not affect Ionia». No obstante, considerar que las primeras

peraba a las demás islas[108], mientras que, por aquellas mismas fechas, Mileto, que a la sazón había alcanzado precisamente su máximo cenit, constituía sin ningún género de dudas el orgullo de Jonia[109]. No obstante, con anterioridad a los hechos a que me remito, había sido víctima de las más enconadas disensiones internas por espacio de dos generaciones[110], hasta que los parios devolvieron el orden a la ciudad (pues el caso es que, de entre todos los

---

calamidades que habían sufrido los jonios tuvieron lugar cuando Hárpago conquistó Jonia en 547 a. C., supone olvidar (cf. I 6, 2; 26-27) que ya Creso había sometido a los jonios a su autoridad. Lo más probable, a mi juicio, es que la expresión adverbial *tò deúteron* (= «otra vez») no implica necesariamente un referente inicial (sean las campañas que en época de Ciro acaudilló Hárpago, o las recientes de Ótanes), sino que, como en III 88, 1 (cf., *supra,* nota III 435), hace hincapié en una pura y simple repetición de las calamidades en que, desde el reinado de Creso en Lidia (hacia 560/547 a. C.), periódicamente se había visto inmersa Jonia.

[108] Pues era la más extensa de todas las Cícladas, sobre las que, además (cf. V 31, 2), poseía hegemonía política. El auge de Naxos en esta época se debía al fuerte incremento comercial y artesanal propugnado por el gobierno democrático que regía la isla. Cf. R. Herbst, *s. v. Naxos* (5), *R. E.*, XVI, 2 (1935), sobre todo cols. 2087-2090.

[109] La razón del auge de Mileto se debía a su sagaz política exterior, ya que el tirano Trasibulo había firmado un tratado de paz, hacia el año 600 a. C., con el rey lidio Aliates (cf., *supra,* I 22, 4); y, posteriormente, ese tratado fue renovado con Ciro en 547 a. C., por lo que Mileto se había visto a salvo de invasiones. Cf. H. Bengtson, *Die Staatsverträge des Altertums,* II, Múnich-Berlín, 1962, 4-5.

[110] Las dos generaciones que mediaron entre la tiranía de Trasibulo (cuyo fin debe situarse hacia 595-590 a. C.) y la de Histieo, que se alzó con la tiranía de Mileto hacia 525 a. C. Cf. S. Mazzarino, *Fra Oriente e Occidente,* Florencia, 1947, págs. 222-233 (si bien presenta, para Trasibulo, una cronología en exceso baja).

griegos, los milesios escogieron como mediadores a gentes de esa isla).

29 Y por cierto que los parios reconciliaron[111] a los milesios de la siguiente manera: cuando sus más prestigiosos ciudadanos llegaron a Mileto, al ver la terrible miseria en que realmente se hallaba sumida la población, manifestaron que deseaban recorrer detenidamente su país. Pues bien, en el curso de su inspección, recorrieron todo el territorio de Mileto; y, cada vez que, en medio de la devastación que reinaba en la zona, veían un campo bien cultivado, anotaban el
2 nombre de su propietario. Después de haber visitado toda la comarca, en la que hallaron pocos campos en dichas condiciones, nada más regresar a la capital, convocaron una asamblea y, para dirigir la ciudad, designaron a aquellas personas cuyos campos habían encontrado bien cultivados, ya que, según sus declaraciones, consideraban que dichos individuos se ocuparían también de los asuntos del Estado con tanto celo como de los suyos propios; y al resto de los milesios, que hasta entonces habían sido presa de las disensiones, les ordenaron que los obedecieran[112].

[111] El recurso de subsanar las diferencias entre dos Estados, o entre los miembros de un Estado entre sí, por medios pacíficos, recurriendo a la intervención de árbitros neutrales, tenía en Grecia una larga tradición. Cf. V. Martin, *La vie internationale dans la Grèce des cités (VI^e-IV^e s. av. J.-C.)*, París, 1940, págs. 491 y sigs. En Heródoto encontramos otros ejemplos de tales arbitrajes (cf., por ejemplo, IV 161).

[112] Los parios, pues, concedieron el gobierno de Mileto a los terratenientes; una solución que, en principio, debió de satisfacer a los persas. Plutarco *(Quaest. Gr.* 32) cuenta la inestabilidad política que reinó en Mileto en el período comprendido entre la tiranía de Trasibulo y la de Histieo. El conflicto enfrentó a los oligarcas adinerados y al proletariado. Al margen de la intervención de los parios, el fin del enfrentamiento civil en Mileto pudo producirse, probablemente, por el apoyo que los persas prestaron a la causa de Histieo, que ocupó la tiranía.

Así fue, en suma, como los parios devolvieron la paz 30
a los milesios. Y voy a relatar ahora cómo las ciudades que he mencionado fueron por aquellas fechas[113] las

---

Cf. H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen...*, I, págs. 100-102; II, págs. 578-579.

[113] Aproximadamente, en el año 500 a. C. (si bien, hay que indicar que, en general, la cronología de la revuelta jonia no puede establecerse de manera satisfactoria; cf. N. G. L. Hammond, «Studies in Greek Chronology», *Historia* 4 [1955], 385 y sigs.). Heródoto, que es nuestra fuente fundamental sobre la sublevación jónica y las guerras médicas (pero no la única; sobre otras, cf. H. Bengtson, *Griechische Geschichte von den Anfängen bis in der römische Kaiserzeit*, 2.ª ed., Múnich, 1960, págs. 147 y sigs.), considera que las causas de la revuelta fueron bastante ocasionales. Pero ello (además de que su actitud hacia los jonios es negativa, y considera que la empresa era absurda y estaba predestinada al fracaso) no es así ya que existían unas verdaderas causas remotas y profundas. Pese a que la autoridad persa no era en las ciudades griegas de Asia Menor excesivamente opresiva, la única condición impuesta por Darío —la obediencia a un poder de naturaleza autocrática— constituía precisamente un aspecto conflictivo. Y, si bien la tradición política griega ofrecía un instrumento cómodo para el mantenimiento de esa obediencia —las tiranías (cf., a ese respecto, IV 133, 136-137, sobre el papel de los tiranos de Asia Menor)—, se daba el inconveniente de que la época histórica de las tiranías había pasado ya, con lo que el odio que los griegos asiáticos sentían hacia ese tipo de gobierno sólo acarreaba a los persas mayor hostilidad.

Junto a esta cuestión de orden político, es posible que, como causa remota de la rebelión, hubiese también un problema económico (aunque este punto es problemático, ya que, en V 28, el historiador dice que Mileto estaba en su apogeo, por lo que podría ser que, en realidad, no existiese, y que se haya querido ver como causa de descontento). Fundamentalmente, la nueva fijación tributaria del imperio establecida por Darío (cf. III 89 y sigs.), y quizá los favores que los persas dispensaron a los puertos fenicios (recuérdese que la flota persa que operaba en el Mediterráneo estaba integrada principalmente por navíos fenicios; cf. III 19, 2), en detrimento de los puertos de los griegos de Asia Menor (por ejemplo, el establecimiento comercial griego de Náucratis experimentó en esta época un descenso

causantes de que se iniciaran las calamidades que sufrió Jonia.

Ciertos individuos adinerados fueron desterrados de Naxos por el régimen democrático [114]; y, al verse exilia-
2 dos, se dirigieron a Mileto [115]. Se daba entonces la circunstancia de que el gobierno de Mileto se hallaba en

---

en su tráfico comercial; cf. H. Prinz, *Funde aus Naukratis* [Klio, Beiheft 7], 1908, pág. 81).

Lo que sí puede afirmarse tajantemente es que la *vera causa* del descontento que reinaba entre los griegos de Asia con respecto al poder persa residía en su ansia de libertad política, y que la campaña que Darío había llevado a cabo contra los escitas (al margen de que el relato que Heródoto hace de la misma sea poco preciso y, en ocasiones, erróneo) había revelado que los persas no eran invencibles. En general, cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte,* II, 1, Estrasburgo, 1916, págs. 8 y sigs.; y H. Berve, *Griechische Geschichte,* 2.ª ed., Friburgo, 1951, I, págs. 225 y sigs.

[114] En Naxos, desde mediados del siglo vi a. C., imperaba una tiranía que ejercía Lígdamis (cf. I 64, 2), gracias al apoyo que le prestó Pisístrato (posiblemente en 546-545 a. C.; cf. Aristóteles, *Constitución de Atenas* 15, 3; Ateneo, VIII 39, 348a-c). Hacia 524 a. C. la tiranía naxia fue derrocada por los espartanos con ocasión de la guerra que estos últimos sostuvieron con Polícrates de Samos (cf., *supra,* III 44-49; 54-59), ya que Lígdamis apoyaba a los samios (cf. Polieno, *Strategemata* I 23, 2). A la caída de la tiranía en Naxos, la isla sufrió una seria inestabilidad política, motivada por el enfrentamiento entre los aristócratas y el pueblo. De este pasaje de Heródoto se desprende que, en el año 500 a. C., la facción popular logró hacerse con el poder y que los aristócratas se vieron forzados a exiliarse. Cf. H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen...,* I, págs. 78-79; II, pág. 564.

[115] En principio puede resultar extraño que unos oligarcas acudan a un régimen tiránico en demanda de apoyo (aunque el propio Heródoto muestra otros ejemplos; cf. V 63 y 90; asimismo, cf. Tucíd., II 33). Sin embargo, en este caso el motivo de ello se debe a la propia política interior de Mileto. Los parios habían propugnado un gobierno oligárquico para Mileto. En estos momentos, la tiranía milesia va a prestar su apoyo a los oligarcas naxios, porque Naxos y Paros estaban enfrentadas.

manos[116] de Aristágoras, hijo de Molpágoras, que era yerno y, a la vez, primo de Histieo, hijo de Liságoras, a quien Darío tenía retenido en Susa. De hecho, Histieo era tirano de Mileto, pero se daba la casualidad de que, por aquel entonces —cuando los naxios, que mantenían lazos de hospitalidad con él desde hacía tiempo, llegaron—, se encontraba en Susa.

A su llegada a Mileto, los naxios apelaron a Aristágoras 3
por si, fuera como fuese, podía proporcionarles un contingente armado para regresar a su patria. Entonces Aristágoras, tras considerar que, si los exiliados lograban regresar a la isla gracias a su intervención, podría imperar en Naxos[117], valiéndose del pretexto que le brindaba el vínculo de hospitalidad que les unía a Histieo[118], les dio la siguiente respuesta: «Yo, 4

[116] Literalmente, «era regente de Mileto». Como en otros casos (cf. III 122, 4), vemos que era frecuente que los tiranos, si debían ausentarse de su ciudad, delegaran su autoridad en una persona afecta a ellos, a quien *confiaban* (eso significa la raíz del sustantivo empleado en griego) el gobierno.

[117] Aparentemente, porque su plan iba a consistir en acompañar a los exiliados con un ejército hasta Naxos y, una vez allí, colocar la isla bajo la autoridad de Darío, esperando, con ello, que el monarca le agradeciese los servicios prestados concediéndole la tiranía de Naxos. Pero la suposición que Heródoto atribuye a Aristágoras carece de verosimilitud, ya que un pariente próximo de Histieo —un sujeto que para los persas resultaba sospechoso, y por eso había sido «invitado» a trasladarse a Susa— no hubiera tenido ninguna posibilidad de ser nombrado gobernador de Naxos. Y esto debía de saberlo Aristágoras mejor que nadie. En la actualidad se cree que Aristágoras esperaba que la empresa que tenía como objeto repatriar a los oligarcas a Naxos iba a ser encomendada únicamente a la flota griega, de la que él sería general; con ello los jonios podrían haber iniciado la revuelta contra los persas contando con el factor sorpresa. Cf. J. A. S. Evans, «Histiaeus and Aristagoras. Notes on the Ionian Revolt», *American Journal of Philology* 84 (1963), 113-128.

[118] Como Histieo se hallaba ausente de Mileto, Aristágoras desempeñaba todas sus funciones. Por ello, al llegar los naxios, la responsa-

personalmente, no estoy en condiciones de proporcionaros un
contingente lo suficientemente poderoso como para repatria-
ros contra la voluntad de los naxios que rigen la isla; pues
tengo entendido que cuentan con ocho mil hoplitas[119] y con
numerosos navíos de combate; sin embargo, pondré todo mi
5 empeño en conseguirlo. Y he pensado en lo siguiente: resulta
que Artáfrenes es amigo mío; y, para que lo sepáis, Artáfrenes
es hijo de Histaspes y hermano del rey Darío, y, además, tiene
bajo su mando todas las zonas costeras de Asia[120], por lo que
cuenta con abundantes tropas y con numerosas naves. En mi
opinión, pues, ésa es la persona que podrá hacer realidad lo
6 que deseemos». Al oír esto, los naxios encargaron a Aristágo-
ras que gestionase las cosas lo mejor que pudiera y le autori-
zaron a prometer dádivas y dinero para sufragar la expedi-
ción, asegurándole que ellos correrían con los gastos, ya que
abrigaban firmes esperanzas de que, cuando apareciesen en
Naxos, los naxios harían todo lo que ellos ordenaran; y lo
mismo esperaban de los demás isleños, pues ninguna de las
islas de zona [—las Cícladas—] se hallaba aún sometida a
Darío[121].

---

bilidad del vínculo de hospitalidad que les unía a Histieo recae en la persona de Aristágoras.

[119] La cifra es desmedida para una isla de las dimensiones de Naxos (ese potencial de hoplitas era el que normalmente poseía Esparta; cf., *infra,* VII 234). Quizá en el número aludido haya que entender incluidas las fuerzas de las islas que dependían de los naxios. Cf. K. J. Beloch, *La popolazione del mondo greco-romano,* Milán, 1909, pág. 201.

[120] Cf. nota V 93.

[121] El dominio persa sólo se extendía a las islas adyacentes a la costa de Asia Menor, como, por ejemplo, Samos. Precisamente, el primer intento por someter islas más alejadas de la costa había tenido lugar con ocasión de la campaña de Ótanes, en 512-511 a. C., relatada en V 26.

Fracaso de la expedición combinada contra Naxos

Al llegar a Sardes, Aristágoras 31 le contó a Artáfrenes que Naxos no era una isla de grandes dimensiones, pero que, ello no obstante, era hermosa y fértil; que se hallaba próxima a Jonia; y que además contaba con numerosos bienes y muchos esclavos[122]. «Envía, pues, una expedición contra ese lugar, al tiempo que repatrías a la isla a los ciudadanos que han sido desterrados [de ella]. Y, si así lo haces, tengo, 2 ante todo, a tu disposición grandes sumas de dinero, sin contar los fondos necesarios para la expedición (pues es de justicia que nosotros, sus promotores, suministremos dichos fondos); pero es que, además, anexionarás a los dominios del rey una serie de islas[123]: la propia Naxos y las que de ella dependen[124], Paros, Andros y otras más, que reciben el nombre de Cícladas. Tomando como base esas islas, podrás 3 atacar fácilmente Eubea, una isla extensa y próspera —no inferior a Chipre[125]—, y sumamente fácil de someter. Cien

---

[122] Naxos posee una extensión de unos 450 km^2 y es la mayor de las Cícladas. Su producto más celebrado en la Antigüedad era el vino (en las monedas de Naxos aparecía simbolizada una copa). Aun admitiendo que Naxos fuera en esta época la isla más próspera de la zona, su posición debió de declinar rápidamente, pues en Salamina sólo participó con cuatro navíos (cf. VIII 46, 3), y, como miembro de la liga delo-ática, pagaba casi una tercera parte de la cantidad que tributaba Paros.

[123] El argumento más importante para ganarse a Artáfrenes, ya que la rivalidad entre los sátrapas y los generales directamente nombrados por el rey era permanente (y Ótanes había anexionado ya Imbros y Lemnos).

[124] El término implica conexión tanto política como geográfica. La hegemonía de Naxos sobre las Cícladas, y la propia talasocracia naxia, debía de remontarse a la época de la tiranía de Lígdamis, entre 546/5-524 a. C.

[125] Aristágoras exagera defendiendo su causa, ya que Eubea posee una superficie de 3.580 km^2, frente a los 9.280 km^2 de Chipre (que es citada aquí como término de comparación por estar ya sometida al rey; cf. III

naves bastan para conquistarlas todas». Entonces Artáfre-
4 nes le respondió en los siguientes términos: «Estás proponiendo unos planes favorables a los intereses del rey y todas tus sugerencias son acertadas, salvo lo relativo al número de las naves: al llegar la primavera[126], en lugar de cien naves tendrás a tu disposición doscientas. Pero es menester que el rey en persona dé también su aprobación a estos proyectos[127]».

32 Al oír esta respuesta, Aristágoras, como es natural, regresó a Mileto la mar de contento. Por su parte Artáfrenes, que había enviado un emisario a Susa para transmitir las proposiciones de Aristágoras, cuando el propio Darío le hubo dado su aprobación personal, mandó pertrechar doscientos trirremes[128] así como un contingente muy numeroso de tropas, integrado por persas y por diversos aliados[129],

---

19, 3; 91, 1). La expresión «isla extensa y próspera», vaga y grandilocuente, es propia de la lengua épica.

[126] Probablemente la primavera del año 499 a. C.

[127] Los sátrapas sólo tenían poder militar para controlar el orden en su provincia, y su derecho a declarar la guerra solamente abarcaba a tribus insurrectas dentro, o en las fronteras, de su provincia. Pero, para importantes expediciones fuera de sus satrapías, necesitaban la expresa aprobación del rey. Cf. O. Leuze, *Die Satrapieneinteilung in Syrien und im Zweistromlande* (Schriften der Königsberger Gelehrten-Gessellschaft, 4), 1935, págs. 45 y sigs.

[128] Cf. nota III 234.

[129] Aplicado a un contexto persa, el término aliado (en griego *sýmmachos)* debe entenderse en el sentido de que un Estado, que ha capitulado ante las fuerzas del rey (como las diversas ciudades griegas de Asia Menor, que eran súbditas de los persas), tiene que aportar un determinado número de tropas cuando la potencia a la que estaba sometido lo solicita. Cf. E. Bikerman, *Remarques sur le droit des gens dans la Grèce classique,* Bruselas, 1950, pág. 107, nota 33; y G. Walser, «Zum griechisch-

nombrando general de las mismas a Megábatas, un persa de la casta de los Aqueménidas[130], que era primo suyo y de Darío (el sujeto con cuya hija —si es que realmente es verdad lo que se cuenta— se comprometió, cierto tiempo después de estos sucesos, el lacedemonio Pausanias[131], hijo de Cleómbroto, movido por su apasionado deseo de convertirse en tirano de Grecia[132]). Y, tras haber nombrado general a

persischen Verhältnis vor dem Hellenismus», *Historische Zeitschrift* 220 (1975), 529-542.

[130] Los Aqueménidas (del persa *Haḫāmanišiya*, que significa «de afable corazón») constituían una casta de la tribu de los pasargadas (junto a los marafios y los maspios, las tribus sobre las que había imperado el padre de Ciro, en el reino de Anzan, antes de independizarse de los medos). Recibían tal nombre de su antepasado Aquémenes (= persa, *Haḫāmaniš*). Darío pertenecía a una línea colateral de dicha casta (cf. nota III 354).

[131] Se refiere a la época en que Pausanias traicionó a los griegos y vivió desterrado en Persia; probablemente al año 474 a. C., tras la caída de Bizancio en manos griegas (la cronología, sin embargo, es controvertida; cf. A. Lippold, «Pausanias von Sparta und die Perser», *Rheinisches Museum* 108 [1965], 320 y sigs.; y P. Oliva, *Sparta and her social problems*, Amsterdam-Praga, 1971, págs. 146-152). Tucíd. (I 128) da una versión diferente de los hechos: Megábatas (= persa, *Bagapāta)* era sátrapa de Frigia cuando Pausanias tanteó la posibilidad de pasarse a los persas, con idéntico propósito al que aquí indica Heródoto; es decir, hacerse con el poder en toda Grecia en nombre de los persas. No obstante, las pretensiones de Pausanias —según Tucídides, quien incluso cita literalmente una carta del general espartano— iban más alto, ya que deseaba casarse con una hija del propio Jerjes (cf., asimismo, Diodoro, XI 44-45; Plutarco, *Cimón* 6; *Arístides* 23, 7; Pausanias, III 17, 7-9). Hay que destacar, en cualquier caso (advirtiendo que Heródoto se basa en una tradición oral y Tucídides en un testimonio literario, que, de ser genuino, resulta irrefutable), que Heródoto hace hincapié a lo largo de su obra en las cualidades positivas de Pausanias (cf., por ejemplo, IX 76; 78; 88), procurando minimizar su orgullo y lujuria (cf. VIII 3; IX 82). En general, sobre Pausanias, cf. IX 10.

[132] Con el apoyo persa. La carta que, según Tucíd., I 128, dirigió a Jerjes decía (cito la trad. de F. R. Adrados, *Tucídides. Historia de la guerra*

Megábatas, Artáfrenes hizo que el ejército partiera al encuentro de Aristágoras.

33 Megábatas recogió en Mileto a Aristágoras, al destacamento jonio y a los naxios, y, aparentemente, zarpó con rumbo al Helesponto; pero, al llegar a la altura de Quíos, fondeó sus naves en Cáucasa [133], con ánimo de lanzarse des-
2 de allí sobre Naxos con el viento del norte a favor. Sin embargo, como el destino no quería que los naxios sucumbieran a causa de esta expedición [134], resulta que tuvo lugar el siguiente incidente: con ocasión de una ronda que llevó a cabo por los cuerpos de centinelas apostados en las naves, Megábatas se encontró con que, a bordo de una nave mindia [135], no había nadie que montara guardia. Entonces el persa, considerando que aquello constituía una falta grave, ordenó a los miembros de su escolta que fueran en búsqueda

---

del Peloponeso, Madrid, 1967, pág. 202): «Yo, Pausanias, generalísimo de Esparta, queriendo hacerte un favor, te devuelvo estos hombres que hice prisioneros [se refiere a algunos parientes de Jerjes capturados en Bizancio], y te propongo, si te parece bien, casarme con tu hija y someterte Esparta y el resto de Grecia. Creo tener poder suficiente para lograrlo en inteligencia contigo. Si esto te conviene, envía al mar un hombre fiel, para que en adelante tratemos por intermedio de él». Sobre el valor de la misma, cf. P. J. Rhodes, «Thucydides on Pausanias and Themistocles», *Historia* 19 (1970), 387 y sigs.

[133] Cáucasa era una localidad situada en la costa sudoriental de la isla de Quíos y debía de contar con un amplio puerto, dado que en la expedición tomaban parte doscientos trirremes. Cf. F. Chamoux, «Caucasa. En marge d'Hérodote V, 33», *Revue des Études Grecques* 88 (1975), XV.

[134] Naxos cayó nueve años más tarde, en 490 a. C., con ocasión de la expedición que acaudilló Datis (cf. VI 96). Sobre el destino ineluctable que se cierne sobre el ser humano, cf. P. Hohti, «Über die Notwendigkeit bei Herodot», *Arctos* 9 (1975), 31 y sigs.

[135] Mindo era una ciudad de Caria, sita en la extremidad occidental de la península de Halicarnaso.

del capitán de aquella nave, cuyo nombre era Escílax, y que lo ataran, medio colgando[136] por una tronera de la línea inferior de la nave; de manera que le dejaron la cabeza fuera y el cuerpo dentro. Con Escílax atado, uno le comunicó a 3
Aristágoras que Megábatas estaba afrentando a su huésped mindio, a quien había mandado atar. Aristágoras, pues, se fue a interceder por su amigo ante el persa[137], pero, como no vio satisfecha ninguna de sus demandas, se fue a desatarlo personalmente. Al enterarse, Megábatas se indignó muchísimo y se encaró vehementemente con Aristágoras; pero éste le replicó: «¿Qué tienes tú que ver con este asunto? 4
¿No te ha enviado Artáfrenes para obedecerme y para dirigir la flota a donde yo mande? ¿Por qué te inmiscuyes en todo?». Esto fue lo que le contestó Aristágoras. Entonces Megábatas, irritado por lo ocurrido, al caer la noche envió a Naxos, a bordo de un navío, a unas cuantas personas para que informasen a los naxios de todo lo que se estaba gestando contra ellos[138].

[136] Literalmente «dividiéndolo», pues, al estar el cuerpo metido en la tronera, en cierto modo lo dividen, dejando la cabeza fuera. Cf. E. Assmann, «Herodot 5, 33, 2 und die θαλάμιαι», *Berlin. Philol. Wochenschr.* 39 (1919), 277 y sigs., que cita numerosos ejemplos de semejante castigo en la tradición marinera antigua.

[137] Pues la relación de hospitalidad recíproca significaba un vínculo religioso que obligaba moralmente a uno de los huéspedes (en este caso Aristágoras) a salir en defensa del otro (Escílax).

[138] La historia de la traición de Megábatas no debe de responder a la realidad, ya que resulta inverosímil que un persa de sangre real hiciera fracasar, por una rencilla personal, una expedición aprobada expresamente por Darío; con lo que, por vengarse de un tirano griego, corría el riesgo de ser severamente castigado. Además, el que posteriormente fuese nombrado sátrapa de Frigia (cf. Tucíd., I 129, 1) tiende a contradecir la historicidad de esta traición.

34 De hecho, lo cierto es que los naxios no se esperaban, ni mucho menos, que dicha expedición fuera a dirigirse contra ellos[139]. No obstante, cuando recibieron el aviso, se apresuraron a introducir en la plaza cuanto tenían en los campos, se aprovisionaron tanto de víveres como de agua, en previsión de un probable asedio, y reforzaron su perímetro defen-
2 sivo[140]. Y, mientras los naxios se preparaban para afrontar una guerra que parecía inminente, los expedicionarios, tras abandonar Quíos, arrumbaron sus naves hacia Naxos, topándose con unos enemigos que ya se habían puesto a cu-
3 bierto y a quienes sitiaron por espacio de cuatro meses. Pero, cuando a los persas se les había agotado todo el dinero que habían traído consigo y Aristágoras se había gastado, además, una elevada suma de su propio peculio, en vista de que el asedio requería una cifra superior, los expedicionarios, en esa tesitura, construyeron unos cuantos fortines para los exiliados naxios[141] y regresaron al continente fracasados[142].

---

[139] Aunque tenían motivos para temerlo, ya que la dependencia en que, con respecto a Persia, se hallaban Samos, Quíos, Lesbos, y, recientemente, las campañas de Ótanes contra Imbros y Lemnos demostraban el interés que los persas tenían por controlar las islas del Egeo. Además, del texto de Heródoto se desprende que los naxios podían estar enterados de que los persas estaban preparando una expedición naval, tomando en consecuencia una serie de precauciones.

[140] El texto plantea problemas (cf. W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus*, II..., págs. 13-14), y se han propuesto otras lecturas (cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre V*..., pág. 89, nota 1).

[141] Para que pudiesen resistir en la isla y aprovecharan, si se daba el caso, alguna situación favorable para apoderarse de ella. Cf. Tucíd., III 85; IV 46, para medidas similares adoptadas en Corcira durante la guerra del Peloponeso.

[142] Dado que se habían pasado cuatro meses sitiando Naxos, la llegada del otoño pudo influir también para que se produjera la retirada de los expedicionarios.

Aristágoras, temiendo verse derrocado e instigado, además, por un mensaje secreto enviado por Histieo, decide rebelarse contra los persas

Aristágoras, pues, no se encontraba en condiciones de cumplir la promesa que le había hecho a Artáfrenes; pero es que, además, las demandas que le hacían para que sufragara los gastos de la expedición lo ponían en un aprieto; estaba, por otra parte, seriamente preocupado debido al fracaso que había sufrido el ejército y por haberse enemistado con Megábatas; y, finalmente, suponía que iba a verse desposeído del poder que detentaba sobre Mileto[143]. 35

Ante aquella serie de motivos de preocupación, tomó la 2
determinación de rebelarse[144], pues coincidió que, justamente por aquellas mismas fechas, acababa de llegar de Susa el hombre de la cabeza tatuada[145], a quien Histieo había

[143] Pues el cargo de *epítropos* (cf. V 30, 2) que ocupaba sustituyendo a Histieo, el tirano de la ciudad, sólo podía seguir manteniéndolo contando con la aprobación de los persas.

[144] La narración de Heródoto sobre la rebelión jónica está plagada de mala voluntad hacia los autores de la insurrección, sobre todo contra Aristágoras (cf. G. DE SANCTIS, «Aristagora di Mileto», *Rivista di Filologia* 59 [1931], 48 y sigs.), a quien convierte en un personaje ambicioso e intrigante, cuando, en la historiografía moderna —y admitiendo el oportunismo de Aristágoras, que decidió sacar de la sublevación el máximo provecho personal—, se tiende a relacionarlo con el partido democrático que existía en las comunidades griegas de Asia Menor, contrario a las tiranías afectas a los persas. Cf. P. TOZZI, «Erodoto e le responsabilità dell'inizio della rivolta ionica», *Athenaeum* 65 (1977), 127 y sigs.

[145] El empleo en griego del artículo («el hombre...») indica que se trataba de una anécdota bien conocida de la gente. Es posible que Aristágoras aprovechara esta circunstancia para llevar a cabo la sublevación, aunque los motivos que animaban a Histieo eran diferentes (regresar a toda costa a Mileto), y pese a que ambos no compartieran los mismos criterios. De hecho, ciertos problemas que plantea la narración de Heródoto sobre la sublevación jónica se explican admitiendo una oposición personal y de intereses entre el tirano de Mileto y su *epítropos*.

enviado para encargarle a Aristágoras que se sublevase contra
3 el rey. En efecto, Histieo, que deseaba incitar a Aristágoras a rebelarse, en vista de que los caminos se hallaban vigilados[146], sólo encontró un medio para transmitirle el encargo con garantías de éxito: afeitarle totalmente la cabeza al más leal de sus esclavos, tatuarle un mensaje, y esperar a que le creciera nuevamente el pelo; y, en cuanto le creció lo suficiente, lo envió a Mileto, dándole como única orden[147] que, una vez llegado a Mileto, indicase a Aristágoras que le afeitara el cabello y le echase una ojeada a la cabeza (los signos tatuados incitaban, como ya he señalado antes, a la
4 rebelión[148]). Histieo actuaba de esta manera puesto que se sentía sumamente contrariado por su estancia forzosa en Susa. Pues bien, abrigaba fundadas esperanzas de que, si se producía una rebelión, le permitirían trasladarse a la costa; y, en cambio, estaba convencido de que, si Mileto no llevaba a cabo un levantamiento, jamás podría regresar ya a dicha ciudad.

Cf. P. B. Meanville, «Aristagoras and Histiaieos. The leadership struggle in the Ionian Revolt», *Classical Quarterly* 27 (1977), 80 y sigs.

[146] Porque, en la ruta principal que conducía de Susa a Sardes y a la costa del mar Egeo —la única, por otra parte, que ofrecía seguridad para un viajero— había apostados diversos cuerpos de centinelas. Cf., *infra*, V 52.

[147] El esclavo, pues, desconocería el contenido del mensaje. Aulo Gelio, XVII 9, racionaliza la historia, afirmando que al esclavo se le afeitó y tatuó la cabeza para curarle una enfermedad ocular; y de ahí su ignorancia del mensaje («servo suo diu oculos aegros habenti capillum ex capite omni tamquam medendi gratia deradit»). Este sistema para enviar mensajes secretos es citado por otras fuentes antiguas; cf. Eneas Táctico, XXXI 28-29; y J. A. de Foucault, «Histiée de Milet et l'esclave tatoué», *Rev. Études Grecques* 80 (1967), 181-186.

[148] Según Polieno, *Strategemata* I 24, la inscripción decía: «Histieo a Aristágoras: subleva Jonia».

Planes de los jonios. Derrocamiento de los tiranos e instauración de democracias en Jonia. Aristágoras se traslada a Esparta en demanda de apoyo para los sublevados

En suma que, ante estas consideraciones, Histieo decidió enviar el mensaje; y, por su parte, la concurrencia simultánea de todas estas circunstancias influyó en la determinación de Aristágoras. 36

El caso es que mantuvo un cambio de impresiones con sus partidarios[149] y les reveló sin ambages su propia decisión y el contenido del mensaje remitido por Histieo. Pues bien, to- 2
dos los asistentes se mostraron de acuerdo al respecto, pronunciándose por la rebelión; tan sólo el logógrafo Heca-

[149] Mientras que en los capítulos precedentes Heródoto sólo ha aludido a la ambición personal de Aristágoras (conseguir la tiranía de Naxos) y a sus temores, una vez fracasada la expedición contra los naxios, la referencia en este pasaje a unos conspiradores permitió suponer (cf. G. B. Grundy, *The Great Persian War*, Londres, 1901, págs. 84 y sigs.) que el plan de la sublevación jonia había sido fraguado con anterioridad a la expedición contra Naxos, y que el papel de Aristágoras ante Artáfrenes consistió en: 1. Conseguir movilizar y concentrar a toda la flota jonia, proponiendo un ataque contra los naxios. 2. Informar a los naxios de los propósitos de la expedición mandada por Megábatas, que no habría sido el delator. Con todo, la hipótesis es indemostrable y lo único que puede afirmarse del relato del historiador es su poca consistencia general, motivada principalmente por el carácter oral de las fuentes que debió de utilizar para la narración del levantamiento jonio. Cf. G. Nenzi, «Le fonti di Erodoto sull'insurrezione ionica», *Rendiconti Acad. Naz.* 5 (1950), 106 y sigs. Lo que sí parece indudable es que, tras el fracaso de Naxos —y admitiendo el relato de Heródoto como cierto—, Aristágoras no habría conseguido arrastrar a toda Jonia en una revuelta concebida para salvaguardar sólo sus intereses personales. La sublevación debió de ser preparada con anterioridad a la expedición contra los naxios (que, precisamente, habría de ser el primer acto de la revuelta) y Aristágoras sería su caudillo, sin que sean ciertas las acusaciones de Heródoto sobre los móviles personales del *epítropos* de Mileto. Cf. M. Lang, «Herodotus and the Ionian Revolt», *Historia* 17 (1968), 24 y sigs.

teo[150] trató, inicialmente, de impedir que se emprendiera una guerra contra el rey de los persas, enumerando todos los pueblos sobre los que imperaba Darío y el poderío de que disponía. Pero, como no conseguía convencerlos, en una segunda intervención les aconsejó que procuraran alzarse
3 con la hegemonía marítima al amparo de su flota. En ese sentido —prosiguió diciendo—, sólo veía un medio de lograrlo (pues sabía perfectamente que el poderío milesio era limitado): tenía fundadas esperanzas de que lograrían hacerse dueños del mar, si se apoderaban de los tesoros —que había consagrado el lidio Creso— depositados en el santuario de los Bránquidas[151]; además, así ellos podrían hacer uso
4 de los tesoros y los enemigos no los saquearían. (Por cierto que los tesoros en cuestión eran cuantiosos, tal y como he indicado en el primero de mis relatos[152].) Pues bien, esta te-

---

[150] El famoso geógrafo y viajero milesio que vivió en la segunda mitad del siglo VI a. C. y los dos primeros decenios del V. Fue uno de los primeros prosistas jonios y compuso, entre otras obras, una *Periḗgēsis,* o «viaje alrededor del mundo conocido», donde trataba de Europa, Asia, Egipto y Libia. El viaje que realizó por tierras del imperio persa le permitía conocer el potencial de Darío, pero posiblemente esta intervención de Hecateo en el contexto de la sublevación jonia fue creada *ex eventu* por la tradición popular.

[151] El santuario de los Bránquidas (una familia encargada, hereditariamente, del culto y que recibía ese nombre del mítico fundador del santuario, llamado Branco —un nombre a relacionar, quizá, con el sánscrito *brahman* y el latín *flamen)* era el templo de Apolo en Dídima, localidad situada a unos 11 km. al sur de Mileto, que fue destruido en 494 a. C. (cf., *infra,* VI 21).

[152] Que no corresponde al libro primero actual, sino al primer *lógos* (o narración histórico-geográfico-etnográfica); es decir, al *lógos lidio,* que se narra en I 6-94. Aquí, concretamente, hace referencia a I 92, 2. La división de la obra herodotea en nueve libros fue realizada por la filología alejandrina, y aparece atestiguada por vez primera en la *Crónica de Lindos* II C, 38 (cf. C. BLINKENBERG, *Lindos. II. Inscriptions,* Berlín-Copenhague, 1941, pág. 173), y en DIODORO, XI 37, 6.

sis no prevaleció[153], pero, pese a ello, decidieron rebelarse y que uno de ellos zarpara, con rumbo a Miunte[154], al encuentro de la flota que había regresado de Naxos (ya que a la sazón se encontraba en dicho lugar), para que tratase de

---

[153] Hay indicios que podrían probar lo contrario, pues, en diversas excavaciones realizadas en la costa egea de Asia Menor, se han hallado hasta catorce *estateras* (moneda, generalmente de oro, que tenía un peso superior a los 4 gr.) y numerosas *héctai* (= 1/6 de estatera) de electron, pertenecientes a las diversas ciudades jónicas que se sublevaron contra Persia. Y lo más destacable es que esas monedas presentan acuñados unos símbolos —diferentes según las distintas ciudades— de carácter político (democrático en su mayoría) que no hacen referencia a los símbolos heráldicos peculiares de las acuñaciones de las ciudades. Ello permite pensar que, con ocasión de la revuelta, se emitió en las ciudades jonias una acuñación especial para sufragar los gastos de la guerra; y el metal necesario para la emisión podría haberse obtenido del templo de Apolo en Dídima. Cf. G. Nenci, «La monetazione della rivolta ionica nei suoi aspetti economici e politici», *Studi A. Fanfani,* I, Milán, 1962, págs. 71-83. Pese a que, en general, la historiografía moderna admite el testimonio de Heródoto a este respecto (cf., por ejemplo, Ed. Will, *Le monde Grec et l'Orient. Le V^e siècle [510-403]*, París, 1972, pág. 87), lo que sí es cierto es que las ciudades sublevadas acuñaron una moneda de idéntico peso, e idéntico reverso, lo que es una prueba de la existencia de cierta coordinación. Cf. R. Meiggs, «Electrum Staters of the Ionian Cities», *The Athenian Empire,* Oxford, 1972, págs. 441-442.

[154] En la Antigüedad, Miunte se encontraba en el golfo de Mileto, junto a la desembocadura del río Meandro. En época de Estrabón (64 a. C. - 25 d. C.) ya se encontraba a unos 4 km. de la costa, por los aluviones depositados por el río. En la actualidad el lugar de la antigua Miunte dista más de 20 km. del mar Egeo, pues todo el golfo de Mileto se ha visto colmatado por los aluviones del Meandro. La acción transcurre en otoño o invierno del año 499 a. C., y de ahí que la flota jonio-persa esté fondeada.

prender a los estrategos[155] que se hallaban a bordo de las naves.

37 Para esta misión fue enviado Yatrágoras, quien, mediante una estratagema, prendió a Olíato de Milasa, hijo de Ibanolis, a Histieo de Termera[156], hijo de Timnes, a Coes —el sujeto a quien Darío recompensara con Mitilene[157]—, hijo de Erxandro, a Aristágoras de Cime[158], hijo de Heraclides, y a otros muchos, con lo que, como es natural, Aristágoras, que se disponía a tomar todo tipo de medidas para luchar contra Darío, se había declarado en franca rebeldía.
2 Ante todo, fingió abolir la tiranía[159] y, para que los milesios le secundaran de buena gana en la rebelión, estableció en Mileto la *isonomía*[160]; y, posteriormente, adoptó también idéntico proceder en el resto de Jonia: depuso a algunos tiranos y, con ánimo de congraciarse con las ciudades, puso a

---

[155] Los estrategos eran generales en jefe. En este caso, los estrategos del cuerpo expedicionario vuelto de Naxos eran tiranos y afectos a Darío.

[156] Milasa y Termera eran dos ciudades carias (el nombre de Ibanolis es de origen cario). Milasa, situada en el valle del río Ciberso, al sudeste de Mileto, era la residencia de los dinastas de Caria. Termera se hallaba en la península de Halicarnaso, frente a la isla de Cos.

[157] Cf., *supra,* IV 97, 2; V 11.

[158] Cime era una ciudad eolia. El tirano Aristágoras también había tomado parte en la expedición de Darío contra los escitas. Cf. IV 138, 2.

[159] Esta afirmación de Heródoto ha sido considerada errónea y debida al juicio negativo del historiador para con Aristágoras, ya que parece cierto que el caudillo jonio abolió realmente la tiranía. Cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks. The Defence of the West, 546-478 B. C.,* Londres, 1962, pág. 197.

[160] Es decir, la igualdad de derechos civiles y políticos de los ciudadanos. Este concepto era la consigna política que más escuetamente expresaba el carácter propio de la democracia, y era el término utilizado para designar un régimen democrático antes de que el concepto de «democracia» se generalizase. Cf. nota III 400.

disposición de las mismas a los que había hecho prender a bordo de las naves que habían tomado parte en la expedición naval contra Naxos, enviando sin compasión a los diferentes tiranos a la ciudad de la que cada cual era originario.

Pues bien, los mitileneos, en cuanto tuvieron en su poder a Coes, lo sacaron a extramuros y lo lapidaron; en cambio los de Cime se limitaron a desterrar al que había sido su tirano, y lo mismo hicieron también la mayor parte de las demás comunidades. Se produjo, pues, un derrocamiento general de tiranos en las ciudades[161]. 38 2

Por su parte Aristágoras de Mileto, tras el derrocamiento de los tiranos, recomendó a las distintas ciudades que designasen estrategos[162] en cada una de ellas y, acto seguido, a bordo de un trirreme se dirigió personalmente a Lacedemonia en misión oficial, pues, como es natural, necesitaba procurarse algún aliado importante[163].

---

[161] La abolición de la tiranía afecta a Darío en las ciudades jónicas fue probablemente seguida de la transformación de la antigua confederación cultual panjónica, que antaño había desempeñado un importante papel (cf. I 141, 4, en su lucha contra Ciro), en un organismo político provisto de un consejo común, nombrándose delegados *(próbouloi)* en las distintas ciudades para mantener reuniones en el Panionio (sobre este lugar, cf. I 148, 1). En general, cf. E. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, págs. 300 y sigs.

[162] A diferencia de los «estrategos» mencionados en V 36, 4 (que eran tiranos con plenos poderes militares), en este caso se trata de magistrados con poderes civiles y militares, pero, sobre todo, *elegidos* para un período de tiempo determinado y con obligación de rendir cuentas de su gestión. No obstante, los jonios no parecen haber conseguido la creación de un mando coherente, ni de una doctrina estratégica razonable. Y quizá lo que más en falta se echaba era una idea clara de las metas de la insurrección.

[163] Al igual que había hecho Creso antes de entrar en guerra con los persas (cf. I 56), Aristágoras se dirige a Grecia para procurarse un aliado poderoso: ante todo a Esparta (cf. V 49-51) y, posteriormente, al fracasar

39 *Aristágoras en Lacedemonia. Historia de Anaxándridas, rey de Esparta, y de sus hijos Cleómenes y Dorieo. Aventuras de éste en Occidente*

Por cierto que, en Esparta, ya no seguía reinando Anaxándridas[164], hijo de León, sino que había muerto; y era su hijo Cleómenes quien ocupaba el trono, al que había accedido no por su valía personal, sino por derechos de primogenitura[165]. Resulta que Anaxándridas se había casado con una hija de su hermana[166] y la amaba apasionadamente, a pesar de

en Laconia, a Atenas. Pero, al igual que en el libro I se incluyen dos excursos sobre la historia de Atenas (I 56-64) y de Esparta (I 65-70) hasta la época de Creso, Heródoto introduce ahora dos digresiones sobre la historia de Esparta (cf. V 39-48) y de Atenas (V 55-96) hasta la llegada de Aristágoras; es decir, hasta el invierno del año 499 a. C. Sin embargo, parece indudable que Aristágoras visitó otras ciudades, además de Esparta y Atenas, para tratar de conseguir ayuda para la causa jonia. El relato del historiador, al circunscribir el viaje del milesio a ambas ciudades, es un reflejo anacrónico de la doble hegemonía que existía en Grecia en época de Heródoto.

[164] Heródoto aborda la historia de Esparta, enlazándola con el excurso sobre el mismo tema incluido en el libro primero (cf. caps. 65 y sigs.), a partir de Anaxándridas, contemporáneo de Creso (cf. I 67, 1). Los reyes aquí citados pertenecían a la familia de los Agíadas. León reinó entre 590-560, aproximadamente, y Anaxándridas (II) lo hizo de 560 a 520 a. C. Cf. W. G. Forrest, *A History of Sparta, 950-192 B. C.*, Londres, 1968, págs. 21-22.

[165] Tal y como, por otra parte, establecía la ley (cf., *infra*, V 42, 2). La sucesión hereditaria en ambas casas reales de Esparta —la de los Agíadas y la de los Euripóntidas— recaía directamente en el primer hijo varón nacido después del advenimiento al trono del padre. Sólo a falta de hijo, la dignidad real pasaba a manos del pariente agnado varón más próximo.

[166] Las dos Casas reinantes en Esparta vivieron siempre en discordia (cf. V 75), y su separación se sostenía de intento, ya que ambas conservaban sus moradas, enterramientos y funciones de culto aparte. Esto hacía que, además, abundaran los matrimonios endogámicos en ambas estirpes. Así, por ejemplo, Leónidas se casó con su sobrina Gorgo (cf. VII 239), y Arquídamo con su tía Lampito (cf. VI 71).

que no le daba hijos. Así las cosas, los éforos[167] manda- 2
ron llamarlo y le dijeron: «Desde luego, si tú no velas por ti mismo, a fe que nosotros no debemos asistir impasibles a la posible extinción del linaje de Eurístenes[168]. En una palabra: puesto que tu actual esposa no te da descendencia, repúdiala y cásate con otra; que, si así lo haces, darás satisfacción a los espartiatas[169]». Sin embargo, Anaxándridas respondió diciendo que no iba a hacer ni una cosa ni la otra, y que ellos no le brindaban un atinado consejo al incitarlo a repudiar a la esposa que tenía —una mujer que, en su opinión, era intachable—, para que pudiera contraer matrimonio con otra; de manera que no pensaba obedecerlos.

Ante estas manifestaciones, los éforos y los gerontes[170] 40
estudiaron el caso y le hicieron a Anaxándridas la siguiente

---

[167] Sobre sus funciones, cf. nota III 747. La tradición antigua atribuía la creación del eforato a Licurgo (cf., *supra,* I 65, 5; Jenofonte, *Const. de los lacedemonios* 8, 3-5; Platón, *Epíst.* 8, 354b; Éforo, fr. 149; F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 70), o al rey Teopompo, que reinó hacia 720-675 a. C. (cf. Aristóteles, *Política* V 10, 26-27, 1313a; aunque el testimonio de Plutarco, *Licurgo* 7, 1, parece invalidarlo, al afirmar que la lista de los éforos constituía la lista epónima más antigua, con un origen que puede remontarse a 755 a. C.).

[168] Uno de los Heráclidas (esto es, descendientes de Heracles) que conquistaron el Peloponeso, y a quien, junto a su hermano Proeles, le correspondió Lacedemonia. Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica,* Madrid, 1975, págs. 256 y sigs. Eurístenes era el antepasado de los Agíadas.

[169] Cf., *supra,* nota III 748.

[170] Los éforos, que ejercían un derecho de intervención en todas las esferas de la vida espartana, tanto en los asuntos internos como en los negocios extranjeros, tenían autoridad —como garantes del mantenimiento de las leyes establecidas por Licurgo— para citar a su presencia no sólo a los funcionarios anuales, sino que podían proceder de la misma manera contra la persona de los reyes. Pero, en ese caso, estaban obligatoriamente asistidos por una comisión de jefes de las princi-

proposición: «Como vemos que estás realmente interesado por la mujer que tienes, haz lo que te vamos a indicar, sin oponerte a ello, para evitar que los espartiatas tomen, res-
2 pecto a tu caso, alguna otra medida. No te pedimos que repudies a tu actual esposa; al contrario, sigue dispensándole todas las atenciones que en la actualidad le dispensas, pero, sin abandonarla a ella, cásate con otra mujer que pueda darte hijos[171]». Ésta fue, poco más o menos, la propuesta que le hicieron y que Anaxándridas aceptó, por lo que, a partir de entonces, contó con dos esposas y residió en dos hogares, una situación totalmente insólita en Esparta[172].

---

pales familias (los ancianos o *gerontes)*, denominada «Consejo de los Ancianos» (= *Gerusía)*, compuesta de veintiocho miembros vitalicios, mayores de sesenta años (es decir, exentos ya del servicio militar obligatorio), y elegidos entre los espartiatas más acreditados. Cf. A. Andrewes, «The government of classical Sparta», *Ancient Society and Institutions. Studies presented to V. Ehrenberg*, Oxford, 1966, págs. 1-20.

[171] Esta insistencia de las autoridades espartanas quizá sea debida a que Anaxándridas no contara con ningún agnado que pudiera sucederle, lo cual sí hubiera puesto en peligro la continuidad sucesoria de los Agíadas.

[172] Cf. Pausanias, III 3, 9. Los griegos consideraban la monogamia como una prueba de la mayor excelencia de su civilización frente a la poligamia, la poliandria o la promiscuidad que se daba entre los pueblos bárbaros. Sin embargo en Atenas, con posterioridad al año 430 a. C. —debido a la guerra contra los peloponesios y a la epidemia de peste que azotó la ciudad en 430-429 a. C.—, parece ser que la bigamia fue tolerada *de facto*, pese a no ser reconocida *de iure*. Y el propio Pericles fue autorizado a legitimar el hijo que había tenido con Aspasia, que no era esposa suya, sino una cortesana milesia (cf. Plutarco, *Pericles* 24-37). Es posible, pues, que, debido a la situación «irregular», y de todos conocida, en que vivían Pericles y Aspasia, Heródoto declarara en este pasaje que la bigamia era inusitada, no en Grecia, sino concretamente en Esparta.

41 Al cabo de no mucho tiempo, la segunda mujer dio a luz precisamente al tal Cleómenes, con lo que ella traía al mundo un sucesor para el trono de Esparta[173]. Pero he aquí que, por una curiosa coincidencia, la primera mujer, que hasta ese momento había sido estéril, se quedó embarazada poco más o menos por aquel entonces. Y, pese a que estaba en- 2
cinta de verdad, los parientes de la segunda mujer, al enterarse de su embarazo, empezaron a meterse con ella, asegurando que fingía al alardear de su estado, ya que su propósito era simular el parto. Ante la indignación de aquella gente, en el último momento, los éforos, debido a la incredulidad reinante, montaron guardia alrededor de la mujer y asistieron a su parto.

3 Después de haber traído al mundo a Dorieo, esta mujer tuvo seguidamente a Leónidas, e inmediatamente después tuvo a Cleómbroto[174] (con todo, también hay quienes aseguran que Cleómbroto y Leónidas eran mellizos). Por su parte, la madre de Cleómenes —es decir, la segunda esposa de Anaxándridas—, que era hija de Prinátadas, el hijo de Demármeno[175], ya no tuvo ningún otro hijo.

---

[173] Como la minoridad del heredero al trono alcanzaba hasta los treinta años, Cleómenes debió de haber nacido con anterioridad al año 550. Cf., *infra*, nota V 178.

[174] Prueba de su fecundidad, ya que, de haber deseado fingir el parto, lo más verosímil es que sólo lo hubiera hecho una vez. Leónidas (I) fue rey de Esparta de 490 a 480 a. C., al suceder a su hermanastro Cleómenes I, con cuya hija Gorgo se había casado. Mandó las fuerzas que, en 480 a. C., defendieron hasta la muerte el paso de las Termópilas frente al ejército de Jerjes (cf., *infra*, VII 201-228; DIODORO, XI 4-11). Cleómbroto fue, a la muerte de su hermano Leónidas, tutor-regente durante la minoridad de su sobrino Plistarco, aunque por muy poco tiempo, ya que, al parecer (cf. IX 10), murió poco después de Leónidas.

[175] A partir de VI 65, 2, cabe deducir que la madre de Cleómenes descendía del famoso Quilón (por eso, quizá, da Heródoto su genealogía), lo que en parte podría explicar que los éforos hubiesen forzado a Anaxán-

42 Pues bien, según cuentan, Cleómenes no se encontraba en su sano juicio —estaba, más bien, ligeramente desequilibrado[176]—, en tanto que Dorieo descollaba a la cabeza de todos los jóvenes de su edad, por lo que se hallaba plenamente convencido de que, en razón de su valía personal, sería
2 él quien obtendría el trono[177]. Tan sumamente persuadido estaba de ello que, cuando, a la muerte de Anaxándridas, los lacedemonios, con arreglo a su ley, nombraron rey a Cleómenes[178], el mayor de sus hijos, Dorieo se molestó muchísimo y,

---

dridas a tomarla por esposa, ya que Quilón (a quien se incluía entre los «Siete Sabios»; cf. PLATÓN, *Protágoras* 343a) fue, según DIÓGENES LAERCIO (I 68), el éforo que incrementó el poder del eforato por encima de los reyes. Cf. G. L. HUXLEY, *Early Sparta*, Londres, 1962, págs. 69 y sigs.

[176] O bien, «y, además, tenía un carácter sumamente colérico» (para la traducción propuesta, cf. W. W. HOW, J. WELLS, *A commentary on Herodotus*, II..., pág. 16). Según T. LENSCHAU, «König Kleomenes von Sparta», *Klio* 31 (1938), 412 y sigs., las noticias sobre el carácter psíquicamente inestable de Cleómenes (cf., además, VI 75) las habría obtenido Heródoto de fuentes espartanas hostiles a Cleómenes.

[177] Cabe suponer que el convencimiento de Dorieo se debería a una posible incapacitación de Cleómenes por su deficiencia mental (que sería algún tipo de paranoia persecutoria; cf. VI 75, 1, y D. KOURETAS, «Caractérisation psychobiographique de quelques personnages marquants de l'antiquité hellénique», *Platon* 28 [1976], 59 y sigs.). De hecho, Cleómenes se agravó con el paso de los años y acabó suicidándose (cf. VI 75, 3; y A. GIUSTI, «Il suicidio di Cleomene», *Atene e Roma* 10 [1954], 54 y sigs.).

[178] La fecha del comienzo del reinado de Cleómenes es controvertida. Poseemos dos *termini ante quos:* 1. Su relación con Meandrio de Samos, que hay que fechar en 520-519 a. C. (cf., *supra*, III 148; y PLUTARCO, *Apophth. Lac.* 224a). 2. La recomendación que Cleómenes hace a los plateos, ante su petición de ayuda contra los tebanos, de que recurran a Atenas (cf., *infra*, VI 108), firmándose, en 519 a. C., un tratado entre Atenas y Platea (cf. TUCÍD., III 55; 68, 5; y H. BENGTSON, *Die Staatsverträge des Altertums*, II..., núm. 119, pág. 15; la fecha, con todo, es problemática). El *terminus post quem* hay que situarlo en el año 523 a. C., ya que, en 525-524, los espartanos apoyaron a los exi-

como consideraba una afrenta ser súbdito de Cleómenes, solicitó a los espartiatas un grupo de personas y se las llevó a fundar una colonia, sin haber consultado al oráculo de Delfos a qué lugar debía ir a fundarla[179] y sin haber observado ni una sola de las normas habituales[180]. Debido a la indignación que le embargaba, dirigió sus navíos a Libia (por cierto que unos naturales de Tera le sirvieron de guías[181]). Al llegar a 3

liados samios contra Polícrates (cf. III 46-47; 54-56) y Cleómenes no es mencionado, cuando hay que pensar que lo habría sido en III 46, 1, ya que Heródoto demuestra conocer bien las vicisitudes del reinado de Cleómenes (cf. III 148; V 39; 41-42; 54; 64; 70; 72-76; 90; VI 50-51; 61; 64-66; 73-76; 78-81; 84; 85; 92; 108; VII 148; 205; 239). Pese a todo, se ha propuesto una cronología más temprana, cf. V. MERANTE, «Sulla cronologia di Dorieo e su alcuni problemi connessi», *Historia* 19 (1970), 272 y sigs.

179 Lo cual (a pesar de que al oráculo délfico no solía preguntársele a qué lugar había que dirigir una expedición colonizadora, sino si aprobaba el proyecto de fundar una colonia en un lugar que previamente se le indicaba) constituía una falta grave, ya que los oráculos, y concretamente el de Apolo en Delfos, tuvieron una gran importancia en las empresas colonizadoras. Cf. H. W. PARKE, D. E. WORMELL, *The Delphic Oracle*, Oxford, 1956, I, págs. 49-81.

180 Fundamentalmente, no haberse llevado, al partir, el fuego sagrado —que, junto al altar de Hestia, se encontraba en el edificio público más importante de la ciudad—, para denotar así su unión con la metrópoli. Cf. M. LOMBARDO, «La concezioni degli antichi sul ruolo degli oracoli nella colonizzazione», *Ricerche sulla colonizzazione greca* (Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa), 1972, págs. 63 y sigs.

181 La razón de que gentes de la isla de Tera les sirvieran de guías estribaba en que los tereos descendían de los espartanos (cf. IV 147 y sigs.), y en que habían sido ellos quienes, precisamente, fundaron Cirene (cf. IV 150 y sigs.), por lo que su conocimiento de las costas orientales de África (a la que Heródoto denomina siempre Libia) era superior al de otros griegos. Cf. F. CHAMOUX, *Cyrène sous la monarchie des Battiades*, París, 1953, págs. 104-114.

Cínipe[182], se instaló en un bellísimo paraje de Libia, a orillas de un río. Pero, a los dos años, fue expulsado de allí por los libios macas y por los cartagineses, y regresó al Peloponeso[183].

43 Allí Antícares, un sujeto natural de Eleón, le aconsejó, basándose en los oráculos de Layo[184], que colonizara la región de Heracles, en Sicilia[185], asegurándole que toda la co-

---

[182] La región más rica de toda África, según Heródoto (cf. IV 198), y que se hallaba situada en el *Uadi El Khaham*, en la costa occidental de la Gran Sirte, que desemboca al sudeste de Lebda (Leptis Magna). Es posible que la empresa colonizadora de Dorieo fuese apoyada por Cirene; cf. Ed. Will, «Miltiade et Dorieus», *Nouvelle Clio* VII-IX (1955-1957), 127-132.

[183] Según la cronología tradicional, la estancia de Dorieo en Libia se fecha entre 520-517 a. C. (aunque la datación no es segura; cf. V. Merante, «Sui rapporti greco-punici nel Mediterraneo occidentale nel VI sec. a. C.», *Kokalos* 16 [1970], 98 y sigs.). Sobre los libios macas, cf. IV 175, 1. El fracaso de Dorieo hay que atribuirlo fundamentalmente a los cartagineses, que no permitían la ingerencia de establecimientos griegos, por el peligro competitivo que representaban, en los territorios situados en la esfera de su control político-económico.

[184] En Eleón, una localidad de Beocia, cercana a Tanagra, existía un oráculo regido por los «Bácidas», una casta de profetas (a pesar de que, en VIII 20, Heródoto habla de Bacis como si se tratara del nombre propio de un legendario adivino), que ganaron fama con el auge de la religión extática en los siglos VII y VI a. C. (cf. E. Rohde, *Psyche. Seelencult und Unsterblichkeitsglaube der Griechen* = *Psique. El culto de las almas y la creencia en la inmortalidad entre los griegos* [trad. S. Fdez. Ramírez], Barcelona, 1973, págs. 329 y sigs.; y O. Kern, *s. v. Bakis*, *R. E.*, II, 2 [1896], cols. 2801-2802). Probablemente, Antícares debía de ser un *chrēsmológos,* un adivino que se servía de una colección de oráculos que en el siglo VI a. C. se atribuirían a Layo (¿vaticinios que se le dieron a Layo?; ¿que hablaban de él?; ¿o que habían sido recogidos por él?), el padre de Edipo. También Sófocles, *Edipo Rey* 906-907, menciona estos «oráculos de Layo».

[185] La lectura de los manuscritos en este punto plantea problemas, ya que presentan *Hērakleíēn tēn en Sikelíēi;* es decir, «que colonizara Heraclea de Sicilia». Según esto, Dorieo tenía que convertir en colonia griega

marca de Erix[186] pertenecía a los Heráclidas, ya que la había conquistado el propio Heracles[187]. Al oír esto, Dorieo se encaminó a Delfos para preguntar al oráculo si lograría apoderarse de la comarca a la que pensaba dirigirse; y la Pitia le respondió que lo conseguiría. Entonces Dorieo volvió a ha-

---

una ciudad existente en esa zona y denominada Heraclea. Sin embargo (y a pesar del testimonio de DIODORO, IV 23, 3), en la región a que luego se alude no existía una ciudad así llamada.

[186] Monte de unos 750 m. de altura, situado en el noroeste de Sicilia, donde había un santuario consagrado a Afrodita, que reemplazó, como diosa a la que se rendía culto, al dios fenicio *Melqar* (asimilado por los griegos a Heracles).

[187] El décimo trabajo de Heracles (sobre ellos, cf. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica...,* págs. 218 y sigs., especialmente 232-233) consistió en llevar vivas a Micenas, desde los confines del Océano, las vacas de Geriones (cf. IV 8), un legendario monstruo de tres cuerpos. Cuando Heracles regresaba a Grecia, al llegar a Sicilia, uno de los animales penetró en el campo de Erix, hijo de Posidón, que se apoderó de la res; lo cual hizo que ambos lucharan, acabando Heracles por dar muerte a Erix (cf. APOLODORO, II 5, 10; DIODORO, IV 23, 1-3; PAUSANIAS, III 16, 4-5). Los Heráclidas eran los descendientes de Heracles, y los reyes de Esparta consideraban antepasado suyo a dicho héroe (cf., *infra,* VII 204). En el caso concreto de la región reivindicada en Sicilia, la *interpretatio graeca* distorsiona un hecho real (la existencia de un culto fenicio en el monte Erix), ya que en esa zona de Sicilia no se veneraba a Heracles, sino al dios tirio *Melqar* (forma fenicia del dios *Baal,* por los atributos que, como dios guerrero, le caracterizaban), culto que se extendió entre los elimos, un pueblo siciliota, por influencia de los establecimientos fenicios instalados en el occidente de Sicilia. En la tentativa colonizadora de Dorieo sigue subyaciendo el conflicto púnico-griego por el control del comercio en el Mediterráneo occidental. Cf. J. BÉRARD, *La colonisation grecque de l'Italie méridionel et de la Sicile dans l'antiquité,* París, 1956, págs. 261 y sigs.

cerse cargo del contingente de colonos que había conducido a Libia y se trasladó a Italia, costeándola[188].

44 Y por cierto que, al decir de los sibaritas, por aquellas fechas estos últimos, en unión de su rey Telis, se disponían a marchar en son de guerra contra Crotón[189]. Pero entonces los crotoniatas, llenos de terror, pidieron a Dorieo que les prestara auxilio y vieron satisfecha su petición; pues el caso

---

[188] La segunda empresa colonizadora de Dorieo se fecha en 513-512 a. C. (cf. B. Virgilio, «Per la cronologia di Cleomene e Dorieo», *Commento storico...*, pág. 150), aunque se han propuesto otras dataciones.

[189] Crotón había sido fundada, a finales del siglo viii a. C. (según la tradición, por colonos aqueos procedentes del Peloponeso), en la Magna Grecia, y rivalizó política y económicamente, sobre todo en el siglo vi a. C., con Síbaris, que había sido fundada al oeste del golfo de Tarento (según la tradición, en las mismas fechas que Crotón, por colonos originarios principalmente de Acaya; cf. V. Merante, «Sulla date di fondazione di Sibari, Crotone e Siracusa», *Klearchos* 29-32 [1966], 105 y sigs.), en una zona muy fértil y que gozaba de una favorabilísima situación para el control del comercio del sur de Italia. Según Diodoro (XII 9), la causa próxima de la guerra —que, en realidad, se debía a motivos de supremacía económica— fue la expulsión de quinientos ciudadanos de las mejores familias de Síbaris a instancias del tirano Telis (sobre él, cf. H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen...*, I, pág. 158; II, pág. 610), que se refugiaron en Crotón; donde, hacia el año 535 a. C., Pitágoras había fundado su famosa escuela filosófica, cuyos discípulos controlaban el partido oligárquico que gobernaba la ciudad. Telis habría exigido la entrega de los exiliados, por temor a que tramasen algún intento armado para apoderarse de Síbaris, y, ante la negativa de los crotoniatas, decidió atacar esta última ciudad. Heródoto debió de conocer los argumentos dispares de crotoniatas y sibaritas (pues, con ocasión de la caída de Síbaris, sus habitantes se dispersaron por localidades vecinas) durante su estancia en la colonia panhelénica de Turios, creada en el lugar que antaño ocupara Síbaris, en cuya fundación —inspirada por Pericles— participó personalmente el historiador en 444-443 a. C. Cf. V. Ehrenberg, «The foundation of Thurioi», *American Journal of Philology* (1948), 149 y sigs.

es que Dorieo unió sus fuerzas a las que marcharon contra Síbaris y les ayudó a conquistar dicha ciudad[190]. Esto es, en 2
suma, lo que, según las afirmaciones de los sibaritas, hicieron Dorieo y sus camaradas. Sin embargo, los crotoniatas aseguran que, en su guerra contra los sibaritas, no cooperó con ellos ningún extranjero, con la única excepción del adivino Calias, un eleo de la familia de los Yámidas[191]; y este sujeto lo hizo por el siguiente motivo[192]: huyó de la corte de Telis, el tirano[193] de Síbaris, y se pasó a su bando, porque, con ocasión de un sacrificio que celebraba a propósito de la guerra contra Crotón, los presagios obtenidos de las vícti-

---

[190] La caída de Síbaris se fecha tradicionalmente a partir de DIODORO, XI 90, 3, quien la sitúa 58 años antes del arcontado de Lisícrates en Atenas (cargo que ejerció en el año cuarto de la octogésimo primera Olimpíada; es decir, en 453-452 a. C.), de donde resulta el año 511-510 a. C. Cf. R. VAN COMPERNOLLE, *Étude de chronologie et d'historiographie siciliotes*, Bruselas-Roma, 1960, págs. 237-241.

[191] Los Yámidas eran una familia de adivinos que se consideraban descendientes de Yamo, un héroe natural de Olimpia, hijo de Apolo, a quien su padre había enseñado el lenguaje de los pájaros y el arte de la interpretación de los presagios que se obtenían de las víctimas. Junto a la familia de los Clitíadas, controlaban las funciones oraculares del templo de Zeus en Olimpia. Cf., *infra*, IX 33; PÍNDARO, *Olímp.* VI; PAUSANIAS, III 11, 6; 12, 8; VI 2, 4; VIII 10, 5; asimismo, H. W. PARKE, *The oracles of Zeus*, Oxford, 1968, págs. 174-178.

[192] Literalmente, «de la siguiente manera»; es decir, su cooperación con Crotón habría consistido en revelar a los crotoniatas que los oráculos no eran favorables para Síbaris. Para la traducción propuesta, cf. A. BARGUET, *Historiens grecs*, I, París, 1964, pág. 374.

[193] Es de destacar que, en V 44, 1, Heródoto ha denominado a Telis «rey», y ahora lo llama «tirano». Como ha demostrado K. H. WATERS, *Herodotos on Tyrants and Despots...*, págs. 6-7, el historiador utiliza, indistintamente, los términos griegos *týrannos, basileús* y *moúnarchos* para referirse a los tiranos.

mas no le habían resultado favorables. Esto es lo que, por su parte, sostienen los de Crotón.

45 Y, en apoyo de sus afirmaciones, unos y otros esgrimen las siguientes pruebas: los sibaritas aducen la existencia, cerca del cauce seco del Cratis[194], de un recinto sagrado y de un templo, que, según ellos, Dorieo erigió en honor de Atenea, venerada bajo la advocación de *Cratia,* tras haber cooperado en la toma de la ciudad[195]; y, por otra parte, consideran que la muerte del propio Dorieo[196] constituye una prueba concluyente, ya que pereció por haberse extralimitado ante las predicciones del oráculo[197]; pues, en realidad, si no lo hubiese contravenido lo más mínimo, si se hubiera atenido al objetivo de su misión, habría conquistado la región de Erix y, una vez conquistada, la habría conservado en su poder, en lugar de perecer tanto él como su ejército.

---

[194] El Cratis, que desemboca en el golfo de Tarento, era el río a orillas del cual se hallaba erigida Síbaris. Según Estrabón, VI 1, 13, después de alzarse con la victoria, los crotoniatas desviaron su cauce en dirección a Síbaris para que no quedara rastro de la ciudad. Cf. también Diodoro, XI 90; XII 9.

[195] Pese a la tesis de G. Gianelli *(Culti e miti della Magna Grecia,* Florencia, 1963, págs. 105-107) sobre la probable existencia de ese templo erigido por Dorieo, llama la atención que Heródoto, al parecer, no viera el templo, cuando sí confirma la recompensa que recibió en Crotón el adivino Calias. Este hecho hizo que K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...,* I, 1, pág. 384, nota 1, pensara que Dorieo no participó en la contienda entre Crotón y Síbaris, sosteniendo que la tradición relativa a su intervención surgió posteriormente, para justificar el aparente fallo que el oráculo de Delfos había cometido en su predicción.

[196] Cf., *infra,* V 46, 1.

[197] Dorieo (cf. V 43) había preguntado al oráculo de Delfos «si lograría apoderarse de la comarca a la que pensaba dirigirse» (sin especificar cuál iba a ser la meta de su viaje). La Pitia le respondió afirmativamente, por lo que, al tomar Síbaris, la predicción del oráculo ya se había cumplido. Pretender, acto seguido, conquistar la comarca de Erix era, pues, extralimitarse.

Por su parte los crotoniatas aducen que, en el territorio de 2
Crotón, al eleo Calias le fueron concedidas, con carácter extraordinario, un buen número de prerrogativas que, en mis días, todavía disfrutaban los descendientes de Calias; mientras que no se les concedió nada a Dorieo y a sus descendientes. Y es indudable —dicen— que, si Dorieo hubiese cooperado con ellos en la guerra sibarítica, se le hubiera otorgado una recompensa muy superior a la de Calias. En fin, éstas son las pruebas que unos y otros alegan respectivamente; y, de las dos versiones, cada cual puede adherirse a aquella que le convenza.

Con Dorieo también se hicieron a la mar, para colaborar 46
con él en la fundación de la colonia[198], otros espartiatas: Tésalo, Parébatas, Céleas y Eurileonte, quienes, tras arribar a Sicilia con toda la expedición, murieron en el curso de una batalla al ser derrotados por los fenicios y los egesteos[199]. El único dirigente de los colonos que sobrevivió a ese desastre

[198] En griego se emplea el substantivo *synkístai* (que, literalmente, significa «cofundador»), un término técnico, propio de la terminología colonizadora, que señala a las personas que, en una empresa de colonización, proporcionaban un grupo de marineros-soldados-colonos, y que quizá colaboraban también económicamente. Cf. B. Virgilio, «I termini di colonizzazione in Erodoto e nella tradizione preerodotea», *Atti Accad. Scienze di Torino* 106 (1972), 345 y sigs. (en particular, cf. págs. 359-360).

[199] Las luchas de Dorieo y de los griegos de Sicilia contra los fenicios (es decir, los cartagineses o los habitantes de las colonias fenicias de Sicilia), instalados en el oeste de Sicilia, fueron más duraderas de lo que Heródoto indica. De hecho, es posible que Dorieo muriese poco antes de la muerte de Cleómenes en 489 a. C. (cf. J. Bérard, *La colonisation grecque de l'Italie...*, pág. 263); y, en todo caso, las luchas continuaron hasta la batalla de Hímera, en 480 a. C. (cf., *infra*, VII 158 y 165-166). La animadversión de Egesta (una ciudad habitada por los elimos, un pueblo siciliano, en el noroeste de Sicilia) hacia los griegos fue permanente; cf. Tucíd., VI 2.

2 fue Euríleonte, que reunió a los supervivientes del ejército, se apoderó de Minoa[200], la colonia de los selinusios, y ayudó a estos últimos a liberarse de su tirano[201] Pitágoras. Sin embargo, poco después —tras haber derrocado a dicho sujeto—, el propio Eurileonte intentó alzarse con la tiranía de Selinunte y, de hecho, consiguió ejercer el poder, aunque fue por poco tiempo, ya que los selinusios se sublevaron contra él y lo asesinaron, a pesar de que se había refugiado en el altar de Zeus *Agoreo*[202].

47 Otro compañero de Dorieo —junto a quien halló la muerte— fue un natural de Crotón, Filipo, hijo de Butácidas, quien, por haberse comprometido con una hija de Telis de Síbaris, se vio desterrado de Crotón. Pero, como no pudo llevar a feliz término la boda, se trasladó a Cirene a bordo de un navío. Posteriormente, abandonó dicha ciudad y tomó parte en la empresa colonizadora con un trirreme de su pro-

[200] Minoa se hallaba situada en la costa suroccidental de Sicilia y, según la tradición, había sido fundada por Minos (de ahí su nombre), cuando los cretenses llegaron a Sicilia (cf., *infra,* VII 170). Sin embargo, dicho nombre debieron de dárselo los megareos que fundaron Selinunte (cf. Tucíd., VI 4), ya que Minoa era una colonia de esta última ciudad, porque así, precisamente —es decir, Minoa—, se llamaba una pequeña isla próxima a Mégara (cf. Tucíd., III 51). Posiblemente Minoa ocupó el lugar de un antiguo establecimiento fenicio denominado *Makara* por estar bajo la protección del dios *Melqar.* Como esta divinidad fue identificada por los griegos con Heracles (cf. II 44), la ciudad acabó siendo denominada Heraclea Minoa. Selinunte se encontraba en la costa, a unos 50 km. al oeste de Heraclea Minoa.

[201] Literalmente, «su soberano»; pero, cf. nota V 193.

[202] Zeus protector de la plaza pública (= *ágora,* lugar en el que se alzaba una estatua de la divinidad) y de las asambleas que en ella tenían lugar.

piedad y con un grupo de hombres a quienes mantenía con
su propio peculio. Este sujeto había obtenido la victoria en
los juegos olímpicos[203] y era el griego más apuesto de su
época. Precisamente, debido a su apostura recibió de los 2
egesteos honores que nadie más ha alcanzado: sobre su
tumba erigieron un templete[204] y lo veneran, como a un hé-
roe, con sacrificios propiciatorios.

Así fue, en suma, como murió Dorieo, cuando, si se hu- 48
biera resignado a ser súbdito de Cleómenes y hubiese per-
manecido en Esparta, habría llegado a ser rey de Lacede-
monia, pues Cleómenes no estuvo en el poder durante
mucho tiempo[205] y, además, murió sin descendencia mas-
culina; tan sólo dejó una hija, cuyo nombre era Gorgo[206].

---

[203] Quizá en la Olimpíada sexagésimo quinta (= 520 a. C.), o en la siguiente (= 516 a. C.). Cf. L. Moretti, «Olympionikai»..., núm. 135, pág. 76.

[204] Un *hērōion*, que primitivamente era el lugar en que estaba enterrado el héroe al que se rendían honores. Frente a una primera generación de héroes míticos, con el paso de los tiempos fueron heroizados, por distintos motivos, una serie de simples mortales: porque habían prestado señalados servicios a un Estado, porque habían fundado una ciudad, etc. Las comunidades consideraban que, una vez desaparecidos, esos mortales podían seguir ejerciendo una influencia benéfica. Sobre la heroización concreta de Filipo, cf. T. J. Dunbabin, *The Western Greeks*, Oxford, 1948, pág. 335.

[205] En realidad Cleómenes reinó por espacio de más de treinta años (aproximadamente, de 520 a 489 a. C.), por lo que el error de Heródoto es ciertamente sorprendente, sobre todo teniendo en cuenta que, en otros pasajes de la *Historia* (cf. III 148; VI 73), el historiador demuestra conocer bien su cronología. Sobre la causa de esta extraña afirmación, cf. W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus*, II..., pág. 348.

[206] Hay que destacar que, en esta ocasión, los éforos no intervinieron, como en el caso de Anaxándridas (cf. V 39-40), porque la sucesión al trono estaba asegurada, ya que Cleómenes tenía dos hermanastros (cf. V 41, 3). Gorgo se casó con su tío Leónidas (cf. VII 205, 1; 239, 4).

49 *Aristágoras trata de convencer a Cleómenes para que ayude a los jonios, cosa que no consigue*

Pues bien, Aristágoras, el tirano de Mileto[207], llegó a Esparta cuando Cleómenes detentaba el poder. Como es natural mantuvo una entrevista con él, llevando consigo, al decir de los lacedemonios, una lámina de bronce en la que figuraba grabado un mapa[208] de toda la tierra, así como la

[207] Heródoto hace hincapié en que Aristágoras seguía siendo tirano de Mileto para resaltar el hecho de que su actitud democrática (cf. V 37, 2) era solamente ficticia. Sigue, pues, patente la tendenciosidad del historiador para con la figura de Aristágoras; cf. nota V 144. El viaje de Aristágoras a Esparta (los detalles relativos a su estancia allí son novelescos y ficticios) debió de producirse en invierno del año 499.

[208] Lo cual debía de constituir, por aquellas fechas, una novedad para los sencillos espartanos. El mapa (literalmente, «un contorno», pues eran las costas lo que se describía sobre todo) más antiguo del que se tienen noticias es una tablilla babilonia del tiempo de Sargón de Akkad (hacia 2350 a. C.), en la que se representaba a Babilonia rodeada por el Océano y en la que, al noroeste, figuraban «los países que no ven el sol». Un papiro egipcio del siglo XIII a. C. contiene, por su parte, un mapa de las minas de oro existentes entre el Alto Egipto y el mar Rojo. Cf. A. FORBIGER, *Handbuch der alten Geographie,* Graz, 1966, vol. I. En Grecia, los mapas de la tierra aparecieron en la primera mitad del siglo VI a. C. Según la tradición (cf. DIÓGENES LAERCIO, II 1; AGATÉMERO, I 1; ESTRABÓN, I 7 = ANAXIMANDRO, frs. A 1 y 6; H. DIELS, W. KRANZ, *Die Fragmente der Vorsokratiker* [= *D K*], Dublín-Zúrich, 1972 [= 6.ª ed., 1951]), el filósofo Anaximandro de Mileto «fue el primero que se atrevió a representar la tierra habitada en una lámina de metal». No es mucho lo que se sabe sobre el mapa de Anaximandro. Las críticas de Heródoto a los geógrafos jonios (cf. II 21 y IV 36, 2) permiten suponer que, en dicho mapa, la tierra sería un círculo perfecto, rodeado por las aguas de un Océano exterior; y, en virtud de la ley de la simetría, las distintas zonas de la tierra (África [= Libia], Asia y Europa) tendrían las mismas dimensiones, siendo el Mediterráneo el centro teórico de la tierra. Cf. P. PÉDECH, *La geographie des grecs,* París, 1976, págs. 33 y sigs.

No obstante, es muy probable que el mapa que Aristágoras llevó a Esparta fuera el que, sobre el modelo del de Anaximandro, perfiló

totalidad del mar y todos los ríos[209]. Y, en el curso de la entrevista, Aristágoras le dijo lo siguiente: «Cleómenes, no te extrañes por mi interés en venir hasta aquí, pues la situación, en la actualidad[210], es la siguiente: los hijos de los jonios[211] son esclavos, en lugar de hombres libres, lo cual constituye, principalmente para nosotros, un baldón y una amargura inmensa; pero también lo es para vosotros, más que para otros griegos, por cuanto que estáis a la cabeza de

---

Hecateo (cf. AGATÉMERO, I 1). Razones de cronología abogan por esta hipótesis. Del testimonio de DIÓGENES LAERCIO *(loc. cit.)* se deduce que Anaximandro murió entre los años 548 y 545 a. C., por lo que nos encontramos con una fecha anterior a la creación del imperio persa. Como el mapa de Aristágoras presenta una particular descripción del imperio aqueménida —incluida la zona en la que se hallaba Susa—, hay que convenir en que, en este pasaje, Heródoto se está refiriendo al mapa de Hecateo (cf., además, P. TOZZI, «Studi su Ecateo di Mileto», *Athenaeum* 41 [1963], 322, nota 12). Posiblemente, el mapa que vio Cleómenes en Esparta era el mismo que Hecateo pudo enseñar a sus conciudadanos milesios cuando trató de disuadirlos de sus propósitos revolucionarios, aludiendo a los pueblos que dependían de los persas (cf. V 36, 2; y V. EHRENBERG, *Ost und West*, Leipzig, 1935, pág. 105).

209 No se hace referencia a las montañas porque no eran más que obstáculos a salvar, mientras que los mares y los ríos eran las vías de comunicación y, por lo general, determinaban las fronteras entre los pueblos. A notar que en el texto se habla del mar en singular, pues, en la geografía jonia, el Océano exterior se comunicaba con todos los mares conocidos, incluido el Caspio (cf. nota I 522). *Vid.* el «mapa de Hecateo» en pág. 91.

210 En estas palabras puede haber una referencia a la anterior embajada que los jonios habían despachado a Esparta en 547 a. C., cuando presumían el inminente ataque de Ciro; cf. I 152.

211 Esta expresión, similar a otras que aparecen en la *Historia*, es de inspiración homérica. Cf. nota I 65. Con ella se pretende resaltar el noble carácter de los jonios.

3 la Hélade[212]. En esta tesitura, liberad —¡por los dioses de
Grecia!— de su actual esclavitud a los jonios, un pueblo de
vuestra misma sangre[213]. Y podéis culminar la empresa con
facilidad, pues los bárbaros no son gente bizarra, mientras
que vosotros, en el terreno militar, habéis alcanzado las má-
ximas cotas en razón de vuestro arrojo. Por otra parte, sus
armas de combate son las siguientes: arcos, flechas y una
lanza corta; y van a las batallas con *anaxirides* y con tur-
4 bantes en la cabeza, de manera que resultan una presa fá-
cil[214]. Además, los habitantes de ese continente[215] poseen
más riquezas que todos los demás pueblos de la tierra jun-
tos; principalmente oro, pero también cuentan con plata, co-
bre, ropas recamadas, acémilas y esclavos. Todo esto, con
sólo desearlo de veras, podría ser enteramente vuestro.

[212] A finales del siglo vi a. C., Esparta era el Estado más poderoso de Grecia y Heródoto lo manifiesta en repetidas ocasiones. Cf. I 69, 2 (afirmación de Creso en ese sentido); I 152, 3 (actitud de Esparta ante Ciro, como una primera potencia acostumbrada a mandar); VI 108; VII 161, 2; VIII 2, 2; etc. En general, cf. W. G. Forrest, *A History of Sparta...*, págs. 85 y sigs.

[213] Pese a que el carácter de Aristágoras está hábilmente perfilado como el de un charlatán que trata de embaucar a los sencillos lacedemonios con su labia, apelando a cualquier tipo de argumento, los propios espartanos, en VIII 144, 2, afirman la uniformidad de los pueblos griegos, que poseen los mismos antepasados, la misma lengua, los mismos dioses y las mismas costumbres.

[214] Para la descripción de la indumentaria persa en campaña, cf. VII 61 y sigs. (los *anaxirides* eran una especie de bombachos; cf. I 71, 2; III 87). Semejante equipo de combate resultaba embarazoso, tenía poco valor en defensa y escasa eficacia ofensiva; sobre todo, comparado con lo poderosamente armados que iban los hoplitas griegos (sobre su armamento, cf. nota III 620), fuerzas de infantería pesada en cuyo empleo eran particularmente diestros los lacedemonios.

[215] Asia.

Y por cierto que esos pueblos, que confinan unos con 5
otros, se hallan establecidos como voy a indicarte. Con los
jonios, que están aquí[216], lindan ahí los lidios, que ocupan
una región fértil y que poseen grandes sumas de dine-
ro[217]». (Y, a medida que citaba esos pueblos, iba señalan-
do su situación en el mapa de la tierra que llevaba grabado
en la lámina de metal.) «Con los lidios —siguió diciendo
Aristágoras— lindan hacia el Este los frigios, que son es-
tos de aquí; de todos los pueblos del mundo son, que yo
sepa, los que más ganados poseen y más productos agrí-
colas cosechan[218]. Con los frigios lindan los capadocios, a 6
quienes nosotros llamamos sirios[219]. Con estos últimos
confinan los cilicios, que se extienden hasta el mar que
aquí ves[220], en el que se encuentra —hela ahí— la isla de
Chipre; ese pueblo satisface al rey un tributo anual de qui-
nientos talentos[221]. Con los citados cilicios lindan los ar-

---

[216] Aristágoras va enumerando, con precisiones concretas sobre el mapa del que es portador (el pasaje es pródigo en demostrativos deícticos), los distintos pueblos sometidos a los persas. Y lo hace de Oeste a Este, desde el mar Egeo hasta Susa, siguiendo las zonas que atravesaba el «camino real» (cf. V 52).

[217] Ya que el río Pactolo poseía arenas auríferas (cf. I 93, 2). La riqueza de Lidia era proverbial en la Antigüedad (cf. I 50, 2; 69, 4).

[218] Principalmente ganado lanar (piénsese en la lana de Angora) y afamados vinos. Cf. HOM., *Ilíada* III 184; ARISTÓFANES, *Aves*, 493.

[219] Capadocios, pues los persas los llamaban *Katapatuka*. Sobre la denominación griega de «sirios», cf. nota I 15.

[220] El Mediterráneo.

[221] Unos 16.845 kg. de plata (cf. III 90, 3), ya que, en este caso, se trata del talento de plata babilonio (cf. III 89, 2), que equivalía a 7/6 del ático, usual en los restantes pasajes. Sobre la extensión de Cilicia como distrito tributario de los persas, cf. nota III 461. Para la enumeración de los tributos que los distintos pueblos satisfacían a los persas, cf. III 90-96.

menios —que están situados ahí, y que también poseen
mucho ganado— y, con los armenios, los matienos[222], que
7 ocupan esa zona. Con estos últimos linda Cisia[223], la re-
gión que aquí ves, en la que, precisamente a orillas de ese
río de ahí, el Coaspes[224], se halla situada la famosa Susa,
donde reside el gran rey y donde, asimismo, se encuentran
las cámaras de sus tesoros[225]. Si tomáis esa ciudad, en
adelante podréis rivalizar tranquilamente con Zeus en lo
que a riquezas se refiere.

---

[222] Los matienos (cf. III 94, 1) se extendían desde el este del río Halis (cf. I 72, 2) hasta *Susiana* (sus núcleos de población más importantes debían de residir en el Azerbeidján). No obstante, su localización exacta no está bien determinada.

[223] En el fondo del golfo Pérsico. El nombre oficial de la satrapía cisia era el de *Susiana,* que correspondía al antiguo Elam.

[224] Un afluente oriental del Tigris (es el actual río *Kerkha),* que desaguaba a unos 100 km. de su desembocadura. El agua de este río poseía para los persas especiales propiedades (cf. I 188, 1; y nota I 482).

[225] Los reyes de Persia no residían permanentemente en Susa. Según Jenofonte *(Anábasis* III 5, 15; *Ciropedia* VIII 6, 22), el monarca persa pasaba en Susa la primavera, y el verano en Ecbatana, por su clima más benigno en esa estación; mientras que el resto del año tenía su sede en Babilonia. En Heródoto, sin embargo, Susa es siempre la capital del imperio (cf., asimismo, *Nehemías* I 1; *Esther* I 2; *Daniel* VIII 2), pues el historiador ignoraba la existencia de Pasargada y Persépolis (= *Parsa),* donde los reyes persas eran enterrados. Cf. A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire,* Chicago, 1948, págs. 162-171. No obstante, Susa sí que era la sede más importante del erario real (cf. Arriano, *Anábasis* III 16; aunque también en Persépolis, Pasargada y Ecbatana había importantes tesoros, cf. Diodoro, XVII 71; y Arriano, *Anábasis* III 19). Según Diodoro (XVII 66), cuando Alejandro tomó Susa, en 331 a. C., encontró en el tesoro real la suma de 9.000 talentos en monedas de oro (más de 233 toneladas), y 40.000 talentos en lingotes (más de 1.030 toneladas de oro).

Así pues, lo que tenéis que hacer es aplazar las luchas[226] 8 que, por una zona realmente no muy grande ni tan productiva, y por pequeños territorios fronterizos, mantenéis contra los mesenios, que cuentan con fuerzas parejas a las vuestras, así como contra los arcadios y los argivos[227], que no poseen nada que se parezca al oro o a la plata, unos bienes que pueden empujar a cualquiera a morir combatiendo por el deseo de poseerlos; porque, cuando se os presenta la ocasión de imperar con facilidad sobre Asia entera[228], ¿vais a

[226] El texto permite otra interpretación: «Lo cierto, sin embargo, es que vosotros os veis obligados a entablar batalla tras batalla por un país realmente no muy grande ni tan productivo, y por pequeños territorios fronterizos, con los mesenios...; y, sin embargo, cuando se os presenta la ocasión...» (cf. M. F. GALIANO, *Heródoto*, Barcelona, 1951, pág. 125, para una traducción en ese sentido). No obstante, la versión que propongo recoge mejor el juego de palabras que aparece en el texto griego con el verbo *anabállein*. Aristágoras dice a los espartanos que *aplacen* sus luchas contra sus vecinos, y Cleómenes, «lacónicamente», le responde que *aplaza* la decisión a tomar.

[227] En las palabras de Aristágoras se resume la política expansionista espartana emprendida desde el siglo VII a. C.; política que, en el siglo VI, por el peligro que la misma comportaba, supuso un freno a la evolución socio-cultural de Esparta. Hacia el Oeste, los espartanos ocuparon Mesenia (la región «no muy grande ni tan productiva»), a cuyos habitantes redujeron a la condición de hilotas en el curso de dos guerras; cf: III 47; IX 35 y 64. Por el Norte, Esparta halló una fuerte oposición en Arcadia, y en 550 a. C. se vio obligada a pactar con Tegea (cf. I 66; VI 74; IX 35). En el Nordeste, Esparta y Argos se enfrentaban por la posesión de dos pequeñas zonas cerealistas (los «pequeños territorios fronterizos» a que alude Aristágoras): la Cinuria y la región de Tirea; cf. I 82; VI 76 y sigs.; VIII 73; IX 35. En general, cf. P. OLIVA, *Sparta and her social problems...*, págs. 102 y sigs., y 132 y sigs.

[228] Con toda seguridad Aristágoras no sugeriría algo semejante a Cleómenes, ya que la idea de llevar la guerra contra los persas al propio continente asiático no empezó a cobrar cuerpo entre los griegos hasta los años que siguieron al fin de la segunda guerra médica. La petición de ayuda formulada por los jonios debía de perseguir el envío de un contingente espartano para sostener la guerra en territorio jonio, a fin de conse-

9 preferir alguna otra opción?». Esto fue lo que manifestó Aristágoras. Y entonces Cleómenes le replicó en los siguientes términos: «Extranjero milesio, aplazo la respuesta que he de darte hasta dentro de dos días».

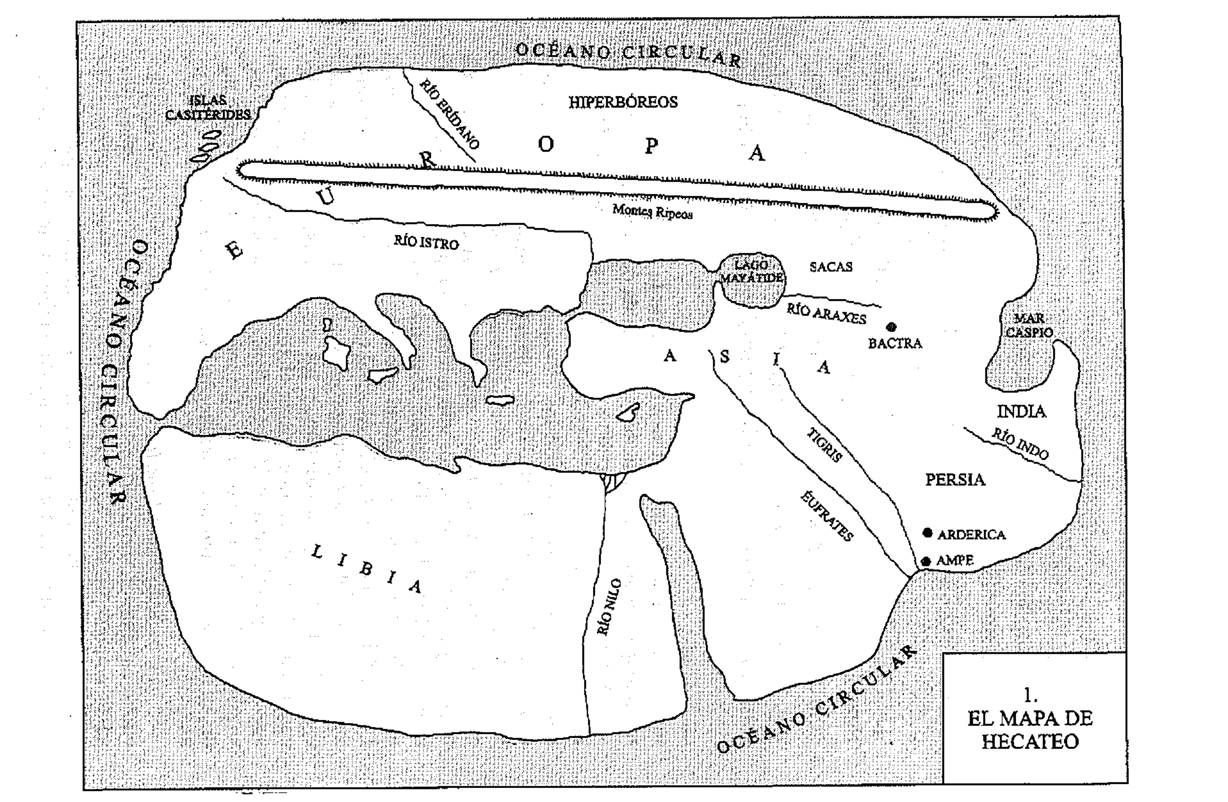
50 Por el momento no pasaron de ahí. Cuando llegó el día fijado para la respuesta y se presentaron en el lugar convenido, Cleómenes le preguntó a Aristágoras cuántos días de camino había desde el mar de Jonia[229] hasta la corte del rey.
2 Pero Aristágoras, que iba actuando en todo momento con astucia y que lo estaba embaucando hábilmente, en aquel instante cometió un error; pues, cuando no debía decir la verdad, si realmente quería atraer a los espartiatas a Asia, resulta que respondió diciendo que había tres meses de ca-
3 mino. Entonces Cleómenes dejó a Aristágoras con la palabra en la boca, cuando este último se disponía a seguir hablando del camino, y le dijo: «Extranjero milesio, sal de Esparta antes de que el sol se ponga, pues el plan que propones es de todo punto inadmisible para los lacedemonios, ya que pretendes llevarlos a tres meses de camino del mar[230]».

---

guir (mediante una serie de rápidas victorias que forzaran a los persas a llegar a un acuerdo de suspensión de hostilidades) que la administración persa adoptase unas medidas menos lesivas, política y económicamente, para los deseos de los jonios de Asia Menor (cf. nota V 113). Sin embargo, el pasaje es tendencioso y pretende justificar —con la respuesta de Cleómenes en V 50, 3— la conducta de los espartanos, negándose a socorrer a sus hermanos de raza (ya que la fuente del relato herodoteo sobre la misión de Aristágoras en Esparta es de origen lacedemonio, como el historiador señala en V 49, 1). Cf. F. Jacoby, *Herodotos, R. E.*, Suppl. II, cols. 438-439.

[229] Es decir, el mar Egeo.

[230] A pesar de que pueda admitirse (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, I, pág. 548, nota 7) que, en esta época, un rey espartano



1.
EL MAPA DE
HECATEO

51 Dicho esto, Cleómenes se dirigió acto seguido a su casa. Por su parte Aristágoras cogió un ramo de olivo[231] y se encaminó al domicilio de Cleómenes; y una vez que, en calidad de suplicante, hubo entrado dentro, pidió a Cleómenes que hiciera salir a la criatura y que le prestase atención (pues resulta que, junto a Cleómenes, se encontraba su hija, cuyo nombre era Gorgo; precisamente era el único vástago que tenía y, a la sazón, contaba ocho o nueve años de edad). Pero Cleómenes le invitó a decir lo que quisiera, sin verse
2 coartado por la presencia de la niña. En esa tesitura, Aristágoras, sin más preámbulos, empezó por prometerle de entrada diez talentos, si accedía a satisfacer sus demandas. Y,

---

tuviera la facultad de ordenar personalmente la expulsión de un extranjero que acudía a Lacedemonia en demanda de ayuda militar (en el siglo v a. C. la decisión competía a la Asamblea espartana, cf. Tucíd., I 67; 72; 79; 87; Jenofonte, *Helénicas* VI 4, 3; etc.; y quienes debían tratar, en primera instancia, con los embajadores solicitantes eran los éforos; cf. Tucíd., I 131; VIII 12; Jenofonte, *Helénicas* II 2, 13; 19; III 1, 1; V 2, 9; 11; VI 4, 17; *Const. de los lacedemonios* 11, 2; etc.), la entrevista Aristágoras-Cleómenes presenta una estrecha analogía estructural y narrativa con un episodio oriental, del que existen versiones babilonia, asiria e hitita. En él se cuenta que algunos mercaderes semitas solicitaron a Sargón de Akkad que interviniera contra el rey *Nur Dagan,* del país de *Purushanda.* Al igual que en el relato de Heródoto, Sargón pedía explicaciones precisas sobre el camino que iba desde su corte al país del rey en cuestión, y los mercaderes, que primero le enumeraban las riquezas que poseía el rey *Nur Dagan,* le señalaban sobre un mapa (cf. nota V 208) las distintas regiones que había que atravesar. Cf. A. M. Pizzagalli, «Un modello orientale dell'episodio di Aristagora e Cleomene», *Rendiconti Istituto Lombardo* 70 (1937), 75 y sigs.

[231] Se trata de una *hiketēría,* un ramo de olivo (generalmente envuelto en lana; cf., *infra,* VII 141, 1) que una persona, que desea ponerse, como suplicante, bajo la protección divina, lleva en sus manos para indicar su condición de tal. Aristágoras obra así porque un suplicante tenía derecho a entrar en un domicilio particular y a ser escuchado.

en vista de que Cleómenes rehusaba, Aristágoras fue aumentando progresivamente la cifra, hasta que llegó a prometer cincuenta talentos[232], momento en el que la niña exclamó: «Padre, si no te alejas de aquí, el extranjero acabará por sobornarte». Entonces Cleómenes, a quien, como es 3
natural, le había hecho gracia la sugerencia de la niña, se retiró a otra habitación[233], por lo que Aristágoras abandonó definitivamente Esparta, sin que le fuera posible añadir nuevos detalles a propósito del camino que va hasta la corte del rey.

---

[232] Las cifras equivalen, respectivamente, a unos 260 y a 1.269 kg. de plata. Si Aristágoras se decidió a actuar así, fue porque sabía que los dirigentes espartanos tenían una merecida fama de venales. No obstante, Cleómenes se distinguía por su incorruptibilidad (cf. III 148, 2, para una tentativa análoga por parte de Meandrio, el secretario de Polícrates de Samos).

[233] En su calidad de suplicante, Aristágoras era inviolable, por lo que Cleómenes no podía echarlo de su casa, y de ahí que se limitara a retirarse a otra habitación. La precocidad de Gorgo aparece como un anticipo de su posterior agudeza; cf. VII 239, 4. En realidad, la negativa espartana a prestar ayuda a los jonios se debía a la política peloponesia que por estas fechas seguía Esparta. Al margen de que el ejército lacedemonio era exclusivamente terrestre y carecía de experiencia en campañas realizadas lejos de su territorio, el constante peligro que suponía la sojuzgada Mesenia (cuyos levantamientos eran posibles en cualquier momento), las diferencias con Argos por problemas fronterizos (cf. nota V 227) y la necesidad de cohesionar la liga peloponesia (en los años inmediatamente anteriores a la llegada de Aristágoras a Lacedemonia, Corinto se había negado a seguir las directrices espartanas; cf. V 75-76 y 93) impedían a Esparta destacar tropas fuera del Peloponeso: Cf. G. L. Huxley, *Early Sparta...*, págs. 28 y sigs.

52 *Digresión sobre el camino que unía Sardes con Susa*

He aquí, en ese sentido, los pormenores de dicha ruta[234]: a lo largo de todo su recorrido hay postas reales y magníficas posadas[235]; y, además, la totalidad de la ruta discurre por regiones habitadas y seguras. Precisamente a través de Lidia y de Frigia hay veinte postas que jalonan el camino, en una

[234] La descripción que hace Heródoto de la «ruta real» puede tener como base directa el mapa que Aristágoras llevó a Esparta; es decir, el de Hecateo (cf. E. Herzfeld, *The Persian Empire...*, págs. 100 y 228). Pero la determinación de las distancias en parasangas (cf. Jenofonte, *Anábasis* I 2 y sigs.; Ctesias, *Pers. Epit.* 64) debe proceder de algún documento oficial persa (cf. nota III 450). La vía descrita por el historiador era una de las varias que unían las diversas satrapías del imperio con Susa y las demás capitales de Persia. En este caso se trata de la vía occidental, que conducía desde Susa hasta Sardes (según la habitual *interpretatio graeca* de los fenómenos de toda índole de que hace gala Heródoto, su descripción se realiza en orden inverso al que figuraría en un documento de origen persa). La importancia de estas calzadas —semejante red viaria no volverá a darse, a gran escala, en la Antigüedad hasta el Imperio Romano— era, más que comercial, fundamentalmente militar y, en general, seguían trazados de rutas utilizadas ya en el II milenio a. C. Durante las excavaciones que se realizaron en la ciudad frigia de Gordion, al sudoeste de Ankara, se exhumó un trecho de la calzada mencionada en este pasaje. Su anchura era de 6 m., y se hallaba bordeada por sillares; el firme estaba formado por un pavimento uniformemente empedrado, sobre un basamento de grandes piedras, que podía soportar el peso de grandes carros. Cf. R. S. Young, «The Gordion campaign of 1957», *American Journal of Archaeology* 62 (1958), 139 y sigs.; y «Gordion on the Royal Road», *Proceedings of American Philos. Society* 107 (1963), 348-364.

[235] Las postas reales contaban con caballerizas para los correos reales (cf. VIII 98) y disponían de diferentes aposentos, desde simples habitaciones para los correos, hasta lujosos salones que utilizaban los grandes personajes de la corte y el propio monarca en sus viajes por el imperio; estando reservadas, en suma, para misiones y funcionarios oficiales. Por

extensión de noventa y cuatro parasangas y media[236]. Inmediatamente después de Frigia se halla el río Halis, a 2 orillas del cual se alzan unas puertas que es totalmente imprescindible franquear para poder cruzar el río; asimismo, en dicho lugar, se halla apostada una poderosa guarnición[237]. El viajero que pasa a Capadocia, y que recorre dicha región, tiene a su disposición, hasta las fronteras de Cilicia, veintiocho postas, en una extensión de ciento cuatro parasangas. Y, en las fronteras de este último país, tendrás que atravesar dos puertas y que pasar ante dos puestos de guardia[238].

---

su parte, las posadas eran caravasares accesibles a los particulares. Cf. W. M. Calder, «The Royal Road in Herodotus», *Classical Review* 39 (1925), 7 y sigs.

[236] Según testimonios del propio historiador (cf. II 6, 3; V 53), la parasanga era una medida de longitud persa que equivalía a 30 estadios (= 5,32 km.), aunque sus dimensiones no eran unánimemente aceptadas por todos los autores antiguos. De acuerdo con los cálculos de Heródoto, 94,5 parasangas equivalían a cerca de 503 km., cifra que, en efecto, responde a la distancia existente entre Sardes y el río Halis. Sobre las conversiones metrológicas, cf. nota III 70.

[237] Que hubiese unas puertas y un cuerpo de guardia en el paraje por el que se cruzaba el Halis parece implicar la existencia de un puente (probablemente el mencionado en I 75, 3), que, además, sería necesario en una calzada permanente, ya que, aunque el río es fácilmente vadeable en verano, en invierno las riadas impiden cruzarlo a pie. La calzada real tomaba, partiendo de Sardes, una dirección NE; para evitar el desierto existente en la zona central de la península anatólica, siguiendo los valles de los ríos y una antigua ruta hitita (el puente sobre el Halis estaba situado en la región de Pteria [cf. I 76, 1], a unos 50 km. al oeste de Ḫattuša, la antigua capital del reino hitita). Cf. J. Garstang, «Hittite military roads in Asia Minor», *American Journal of Archaeology* 47 (1943), 35 y sigs.

[238] Las dos puertas no aluden a las famosas «Puertas Cilicias», que, a través de los montes Tauros, comunicaban Tarso, en Cilicia, con Tiana, en Capadocia (cf. Jenofonte, *Anábasis* I 2, 21). En este caso, las «dos puertas» deben de referirse a un nuevo puente, protegido con puertas en ambos extremos, sobre el Halis, ahora en

3 Una vez atravesado dicho paraje, y en el trayecto a través de Cilicia, el viajero cuenta con tres postas, en una extensión de quince parasangas y media[239]. La frontera entre Cilicia y Armenia la constituye un río que se cruza en barca, cuyo, nombre es Éufrates[240]. En Armenia hay quince postas donde poder alojarse, en una extensión de cincuenta y seis parasangas y media, en el curso de las cuales hay un

---

su valle superior (del que Heródoto parece ser que desconocía el curso exacto, ya que, en I 6, 1, le atribuye una dirección Sur-Norte). La nueva referencia a puestos de guardia se debe a que el río Halis constituía la línea divisoria de Asia Menor (cf. JENOFONTE, *Ciropedia* VII 6, 1), de manera que, al este del río, la zona se encontraba bajo la directa dependencia militar del ejército del Gran Rey, mientras que, al oeste, el control lo ejercían las fuerzas de los sátrapas. Ciento cuatro parasangas equivalen, aproximadamente, a 553 km.

[239] Unos 82,5 km. El que Heródoto atribuya tan poco trecho al trayecto del camino real a través de Cilicia se debe a que, para el historiador, esa región era mucho más extensa de lo que lo fue en época helenística, pues, por el norte —que era la zona por la que pasaba la ruta—, alcanzaba la zona sudoriental de Anatolia hasta el Éufrates (la posterior Comagene). El camino real, por lo tanto, sólo la atravesaba por el estrecho saliente nororiental de Melitene.

[240] La distancia que da el historiador entre el primer puente sobre el Halis y el Éufrates es muy elevada (635,5 km. = 104 + 15,5 parasangas) para pensar que la calzada real discurriera en línea recta (entre el curso medio del Halis y la ciudad de Melitene, a orillas del Éufrates, hay en línea recta unos 380 km.). Es posible que entre ambos puntos la antigua ruta hitita, sobre la que se construyó luego el camino real, describiera una curva ascendente hacia el Norte, en dirección al mar Negro (Sínope era el puerto comercial donde confluían las caravanas del interior de Anatolia), y que luego descendiera hacia el Sur, para alcanzar el Éufrates y las vías de penetración a Asiria y Babilonia. Heródoto, al indicar que el Éufrates se cruzaba en barca, debía de hacerse eco de la inexistencia de un puente en la zona, a diferencia de los que había para franquear el Halis. Esa traducción, pues, es preferible a la de «navegable».

puesto de guardia[241]. A través de dicha región corren cuatro ríos que se cruzan en barca, y que es totalmente imprescindible atravesar. El primero es el Tigris; mientras que, por su parte, el segundo y el tercero tienen el mismo nombre, Zábato; si bien no se trata del mismo río ni proceden del mismo lugar, ya que el río citado en primer término procede de Armenia, en tanto que el otro proviene del país de los matienos. El cuarto río se llama Gindes (se trata de aquel que, en cierta ocasión, Ciro dividiera en trescientos sesenta canales[242]). El viajero que, desde esa región —es decir, Armenia—, penetra en el territorio de los matienos cuenta con ⟨treinta y⟩ cuatro postas, ⟨en una extensión de ciento treinta y siete parasangas[243]⟩. Y quien, desde dicho lugar, alcanza 4 5 6

[241] Las cincuenta y seis parasangas y media (= unos 300 km.) asignadas al camino real en su trayecto por Armenia abarcan únicamente desde el paso del Éufrates, a la altura de Melitene, hasta el lugar en que el río Centritas se unía al Tigris para formar el gran Tigris, a unos 200 km. al norte de la antigua Nínive. En esa zona (en territorio matieno ya) se cruzaría el Tigris y, a partir de allí, la ruta discurriría paralelamente al río (aunque alejada unos 150 km. de su curso).

[242] Cf., *supra,* I 189, 1.

[243] La adición al texto tiene por objeto adecuar los totales dados por el historiador (111 postas y 450 parasangas; cf. V 52, 6; 53) a los parciales de las distintas regiones que atravesaba la ruta real (de lo contrario sólo resultarían 313 parasangas), y, de paso, subsanar la omisión de la distancia que la calzada recorría a través del territorio de los matienos. Pero, por otra parte, por la longitud atribuida a la ruta a su paso por Armenia, y a partir de otros pasajes del historiador (cf. I 189, 1; 202, 3), no hay duda de que los cuatro ríos que, según Heródoto, se cruzaban en barca en Armenia, hay que referirlos al territorio de los matienos. De ahí que H. Stein, *Herodoti Historiae,* V..., págs. 50-51, considerara necesaria la transposición de la frase final del parágrafo quinto (desde «El viajero que desde esa región...», hasta «...ciento treinta y siete parasangas») al comienzo del parágrafo cuarto, con lo cual los cuatro ríos se cruzarían a lo largo de los casi 729 km. (= 137 parasangas) que el camino real recorría a través del territorio de los matienos; una cifra bastante cercana a la realidad (por Matiena, en este caso, hay que entender la mayor parte

la región de Cisia, cuenta con once postas, en una extensión de cuarenta y dos parasangas y media[244], hasta el río Coaspes (río que también se cruza en barca), a orillas del cual se halla erigida la ciudad de Susa. El total de postas que he citado es de ciento once[245]; así que el viajero que se dirige de Sardes a Susa tiene a su disposición otras tantas hospederías para alojarse.

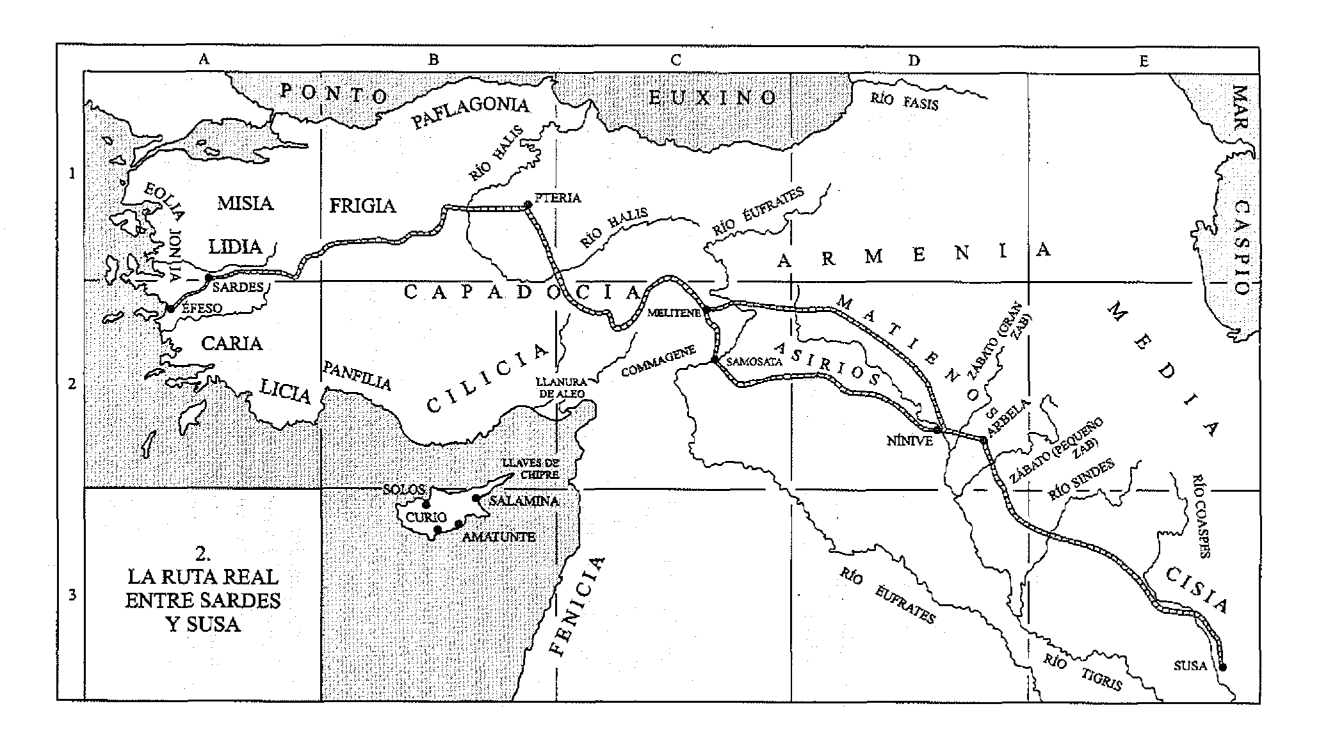
53 Ahora bien, si la medición de la ruta real en parasangas es correcta, y si la parasanga equivale a treinta estadios, cosa que ciertamente responde a la realidad, desde Sardes hasta el palacio real, que recibe el nombre de «palacio de Memnón»[246], hay trece mil quinientos

de Asiria). Los dos ríos que el historiador denomina Zábato corresponden al Gran Zab, que desagua en el Tigris a unos 30 km. al sur de la antigua Nínive, y al Pequeño Zab, también afluente del Tigris por la izquierda y que desagua unos 100 km. más abajo que el primero. El Gindes desembocaba a unos 250 km. curso abajo del Pequeño Zab, algo al sur de la actual Bagdag.

[244] Unos 225 km. Susa se hallaba situada en la margen izquierda del Coaspes, y de ahí que la ruta (que, una vez cruzado el Gindes, seguía el curso del Coaspes por la región de Susiana) atravesara también el río para llegar a la capital.

[245] Lo que suponía, aproximadamente, una posta cada cuatro parasangas (= 21,3 km.). Y cabe deducir que ese intervalo entre las distintas postas debía de estar establecido de manera equidistante y regular, pues los promedios que arrojan las cifras entre parasangas y postas en las diferentes regiones que atravesaba la ruta real son bastante uniformes: *Lidia y Frigia:* parasangas 94,5; postas 20; promedio entre postas 4,7 parasangas. *Capadocia:* parasangas 104; postas 28; promedio 3,7: *Cilicia:* parasangas 15,5; postas 3; promedio 5,1. *Armenia:* parasangas 56,5; postas 15; promedio 3,7: *Matiena:* parasangas 137; postas 34; promedio 4. *Cisia* (= Susiana): parasangas 42,5; postas 11; promedio 3,8.

[246] Según la tradición, Memnón era hijo de Aurora y de Titono, hermano de Príamo. Rey de Etiopía, acudió durante el asedio



2.
LA RUTA REAL
ENTRE SARDES
Y SUSA

estadios, dado que hay cuatrocientas cincuenta parasangas[247]. Pues bien, si cada día se recorren ciento cincuenta estadios, en el viaje se emplean exactamente noventa días[248].

54 Así pues, Aristágoras de Mileto estaba en lo cierto al decirle al lacedemonio Cleómenes que, hasta la corte del rey, había tres meses de camino. Pero, si se desea aún más precisión en los cálculos, he de hacer patente, a título personal, la siguiente puntualización: al trayecto indicado hay que
2 añadir la distancia que media de Éfeso a Sardes. Y concluyo diciendo que, desde el mar de Grecia[249] hasta Susa (pues esta última es la que recibe el nombre de «ciudad de Mem-

---

de Troya en ayuda de su tío, al frente de sus huestes, y pereció en combate singular a manos de Aquiles (cf. Quinto de Esmirna, *Posthomerica* II 388-548). Los detalles de la leyenda de Memnón son bastante tardíos, cuando se situaba la Etiopía en que había reinado Memnón en África. No obstante, el propio Heródoto alude en dos ocasiones a «etíopes de Asia» (cf. III 94, 1; VII 70, 1), y, en el siglo v a. C., además de Egipto (piénsese en las colosales estatuas de Amenofis III erigidas en Tebas de Egipto llamadas «Colosos de Memnón»), se consideraba que su patria había sido Cisia (cf. Platón, *Leyes* 685c), por lo que se deducía que Susa había sido la capital de su reino. Diodoro, en II 22, siguiendo el testimonio de Ctesias, afirma que Memnón construyó el palacio de Susa y que, en realidad, fue enviado a Troya por el rey de los asirios, ya que Troya era vasalla de Asiria. Es posible que, en esta relación entre Susa y su palacio con la figura de Memnón, haya un eco de un antiguo dios guerrero hitita. Cf. G. Contenau, *La civilisation des Hittites et des Hurrites du Mittanni*, París, 1953, pág. 208.

[247] Unos 2.397,5 km. (un estadio = 177,6 m.).

[248] Según afirma en IV 101, 3, Heródoto consideraba que, en un día de camino, podían recorrerse normalmente 200 estadios (= 35,5 km.). Pero, en ese pasaje, debe de referirse a un viajero sin muchos bagajes. El cálculo que aquí se hace, a base de 150 estadios diarios (= 26,6 km.; cf. V 54, 2, donde afirma que de Éfeso a Sardes se tardaban tres días), ha de entenderse para un ejército, con lo que ello suponía de impedimenta, armas, etc.

[249] El mar Egeo.

nón»), hay en total catorce mil cuarenta estadios, pues de Éfeso a Sardes hay quinientos cuarenta estadios[250]. Así que los tres meses de viaje se ven incrementados en tres días.

Aristágoras busca apoyo en Atenas. Digresión sobre la historia ateniense. Muerte de Hiparco

Por su parte Aristágoras, al verse expulsado de Esparta, se dirigió a Atenas, que se había librado de sus tiranos de la siguiente manera: después de que Aristogitón y Harmodio, que por sus antepasados pertenecían a una familia gefirea[251], asesinaran a Hiparco, hijo de Pisístrato y hermano del tirano Hipias[252], a pesar de una visión que, con una 55

---

[250] Las cifras equivalen, respectivamente, a 2.493,5 y 96 km. La ruta de Éfeso a Sardes (sobre la coincidencia con Heródoto entre la distancia que separaba ambas ciudades, cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 2, 11) remontaba el curso del río Caístrio, salvando a continuación el macizo del Tmolo.

[251] Es decir, una familia originaria de Gefira, antiguo nombre de la ciudad de Tanagra, en Beocia (cf. el cap. 57 sobre el origen de los gefireos). Posiblemente esta particularidad gentilicia de Harmodio y Aristogitón fue la causa remota del asesinato de Hiparco (al margen de los datos ocasionales sobre la pasión que Hiparco sentía por Harmodio, el amante de Aristogitón; cf. TUCÍD., V 54 y sigs., y ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 18, 2; aunque este último presenta notables discrepancias con el relato tucidídeo), ya que los gefireos estaban excluidos de ciertas participaciones colectivas de los atenienses (cf. V 57, 2). En general, cf. CH. W. FORNARA, «The cult of Harmodius and Aristogeiton», *Philologus* 94 (1970), 155 y sigs.

[252] Sobre la historia de Pisístrato y de su tiranía, cf. I 59-64 (y J. G. HIND, «The 'Tyrannis' and the exiles of Pisistratus», *Classical Quarterly* 68 [1974], 1-18). La afirmación de Heródoto puede entenderse como una manifestación en contra de dos errores generalizados en Atenas: 1. Que Hiparco hubiese sido el hijo mayor de Pisístrato y, por lo tanto, su sucesor en la tiranía (también TUCÍD., I 20, y V 54, insiste en este punto, afirmando la sucesión en la persona de Hipias). 2. Que Harmodio y Aristogitón hubieran liberado a Atenas de la tiranía (como recordaba un famoso escolio recogido por ATENEO, 695a), ya que Hipias siguió en el ejercicio de su cargo. El propio Heródoto, en VI 123, afirma la decisiva intervención de los Alcmeónidas en el derrocamiento de la tiranía, por lo que es muy

clarísima referencia [a su triste destino], había tenido en sueños; después, repito, de dicho incidente, los atenienses siguieron viviendo, por espacio de cuatro años[253], bajo un régimen tiránico que no mitigó su anterior despotismo, sino que lo acentuó todavía más[254].

56 Por cierto que la visión que Hiparco había tenido en sueños consistió en lo siguiente. En el transcurso de la noche anterior a las Panateneas[255], Hiparco creyó ver junto a él a un hombre de elevada estatura y bien parecido que le dirigía estos enigmáticos versos[256]:

---

posible que la magnificación de Harmodio y Aristogitón fuera promovida por círculos contrarios a los Alcmeónidas (cf. A. J. PODLECKI, «The political significance of the 'Tyrannicide'-cult», *Historia* 15 (1966), 129 y sigs.).

[253] Hiparco fue asesinado en el año 514, e Hipias se mantuvo en el poder hasta el año 511-510 (aunque, como indican TUCÍD., VI 59, 2; y ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 19, 2, no fueron cuatro años completos).

[254] Aparte de que otras fuentes insisten en ello (cf. TUCÍD., VI 59: «tras el asesinato de Hiparco, la tiranía se volvió más dura con los atenienses»), el recuerdo de Hipias, como exponente de tirano cruel, estuvo siempre presente en el espíritu de los atenienses; cf. ARISTÓFANES, *Avispas* 502; *Lisístrata* 618, 1151.

[255] Las Panateneas eran las principales festividades cívico-religiosas que se celebraban en Atenas en honor de Palas Atenea. Las fiestas tenían lugar todos los años en el mes de *Hecatombeon* (correspondiente a julio-agosto, según nuestro calendario), y recibían el nombre de «Pequeñas Panateneas», para distinguirlas de las «Grandes Panateneas», que eran de carácter cuatrienal y se celebraban el año anterior al de los Juegos Olímpicos. La ceremonia principal tenía lugar el día 28 del citado mes ático y consistía en una procesión nocturna que llevaba en comitiva el manto de Atenea hasta la Acrópolis (la escena aparece representada en el friso del Partenón). Cf. L. DEUBNER, *Attische Feste*, Berlín, 1956, págs. 22-35.

[256] El carácter enigmático de la profecía se plasma en el segundo de los versos (ambos son hexámetros), ya que el significado del primero es claro. La aparición insta a Hiparco (= el león) a morir (= sufrir lo insufrible; en el texto griego aparece una triple paronomasia) resignadamente. No obstante, el segundo verso plantea problemas de

«Resígnate, león, a sufrir lo insufrible con sufrida ente-
[reza;
todo hombre, si comete desafueros, ha de penar la pena».

En cuanto despuntó el día, Hiparco confió abiertamente el caso a los intérpretes de sueños[257]; pero, poco después, se desentendió de la visión y se fue a organizar la procesión[258] durante la cual, precisamente, perdió la vida. 2

---

interpretación teniendo en cuenta que Hiparco hizo caso omiso de la advertencia. Ello permite conjeturar que no habría sido Hiparco el autor del desafuero aludido, y que, según Tucíd., VI 56, habría consistido en un agravio que Hiparco infligió a una hermana de Harmodio, lo que desencadenó la cólera de este último y su deseo de acabar con aquél. Quizá tenga razón Aristóteles *(Const. Atenas* 18, 2) cuando afirma que fue Hegesístrato (cf., *infra,* V 94), un hermanastro de Hiparco, quien se enamoró de Harmodio y afrentó a su hermana, lo que hizo que el asesinato de Hiparco no correspondiera a un golpe de mano preparado ex profeso con esa finalidad. Según esto, la interpretación de la profecía podría entenderse en el sentido de que Hiparco debía aceptar la pérdida de su hermanastro (= sufrir lo insufrible), por haber cometido Hegesístrato una acción inicua. Sólo admitiendo la inocencia de Hiparco resulta explicable que no prestara excesiva atención a la visión que tuvo en sueños. Con todo, se han propuesto otras interpretaciones. Cf. F. Jacoby, *Atthis,* Oxford, 1949, págs. 152-169.

[257] Los Pisistrátidas fueron grandes impulsores de las corrientes religiosas misticistas (cf. A. Andrewes, *The Greek Tyrants,* Londres, 1956, págs. 113-115), siendo muy estrecha su relación con famosos adivinos de la época (cf. VII 6, 3; con Onomácrito, el apóstol del orfismo).

[258] Dentro de la política que en Grecia siguieron los tiranos en relación con los cultos populares, Pisístrato, concretamente, pretendió realizar una fusión del *ethos* popular y el aristocrático. Así, se preocupó por el culto de divinidades no homéricas, como Deméter (cf. K. J. Judeich, *Topographie von Athen,* Múnich, 1931, págs. 64 y sigs.), y de apoyar el desarrollo de la tragedia; pero también ejerció una amplia protección sobre los dioses homéricos, produciéndose una creciente «olimpización» de la religión ática. Dentro de esta úl-

57 *Excurso sobre los Gefireos. Introducción en Grecia del alfabeto fenicio*

Los Gefireos, clan al que pertenecían los asesinos de Hiparco, eran —según sus propios testimonios— originarios de Eretria; ahora bien, merced a mis averiguaciones personales, yo he llegado a la conclusión de que eran fenicios[259]; fenicios integrantes del contingente que, con Cadmo[260], llegó a la comarca que hoy en día recibe el nombre de Beocia (en dicha región habitaron la zona de Tanagra[261], que fue el territorio que en el reparto les deparó la suerte).
2 Los cadmeos fueron los primeros en ser desalojados de allí por los argivos; y, posteriormente, los citados Gefireos se

tima faceta hay que enmarcar la solemne celebración de las Grandes Panateneas, en las que los tiranos participaban personalmente, ya que tanto Tucíd. (I 20), como Aristóteles *(Const. Atenas* 18), coinciden en que Hiparco fue asesinado en el Cerámico mientras dirigía la procesión.

259 Lo más probable, sin embargo, es que los Gefireos procedieran de Eubea, tal y como el propio clan pretendía (cf. K. J. Davies, *Athenian Propertied Families 600-300 B. C.,* Oxford, 1972, págs. 472-479). Es posible que el historiador, haciendo gala de su erudición (e influido quizá por Hecateo, fr. 118, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.,* 1) relacionase el nombre de Gefira (antiguo nombre de Tanagra) con la ciudad de *Gabhara,* al sur de Fenicia, y de ahí que atribuyera un origen oriental a los Gefireos.

260 Cadmo, mítico rey de Tiro, llegó a Beocia (que no recibió ese nombre hasta después de la guerra de Troya —cf. Tucíd., I 12, 3—, y de ahí la precisión de Heródoto) en busca de su hermana Europa, que había sido raptada por Zeus, fundando, seis generaciones antes de la guerra de Troya, la ciudadela «cadmea» en la ciudad que posteriormente se llamó Tebas. Cf. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...,* págs. 172-175.

261 A orillas del río Asopo, en la parte oriental de Beocia. Sobre el antiguo nombre de Gefira para designar a esta localidad, cf. Estrabón, IX 2, 10; y Esteban de Bizancio, *s. v. Géphyra.*

vieron desalojados por los beocios[262], dirigiéndose a Atenas[263]. Los atenienses, entonces, se avinieron a que fuesen conciudadanos suyos bajo ciertas condiciones, ya que les impusieron una serie de prohibiciones que no fueron numerosas y que no merecen destacarse[264].

Y por cierto que, al instalarse en la región que he citado, 58
esos fenicios que llegaron con Cadmo —entre quienes se contaban los Gefireos— introdujeron en Grecia muy diversos conocimientos, entre los que hay que destacar el alfabeto, ya que, en mi opinión, los griegos hasta entonces no disponían de él[265]. En un principio se trató del alfabeto que

---

[262] Los hechos a que alude Heródoto pertenecen a época *mítica*, por lo que no pueden datarse con precisión. Los «cadmeos» —es decir, los tebanos descendientes de Cadmo— fueron expulsados de Beocia por los *Epígonos* (los argivos), hijos de los siete caudillos que marcharon contra Tebas en apoyo de las reivindicaciones al trono por parte de Polinices (cf., por ejemplo, los *Siete contra Tebas* de Esquilo, o las *Fenicias* de Eurípides), una generación antes de la guerra de Troya. La migración de los beocios a la región que hasta entonces se llamaba *Cadmea*, la fecha Tucíd. (I 12, 3) sesenta años después de la guerra troyana.

[263] Atenas hace aquí referencia al Ática en general. Cf., *infra*, V 61, 2; 76; VIII 50, 2; IX 17, 1; Hom., *Odisea* III 278; Sófocles, *Edipo en Colono* 24; etc. Según Plutarco, *Moralia* 628d, los Gefireos se establecieron en las proximidades del demo de Afidna, en el norte del Ática (lo cual puede reafirmar la hipótesis de su origen eubeo).

[264] Posiblemente esas prohibiciones eran de índole religiosa. Entre ellas debía de figurar la imposibilidad de que una doncella gefirea pudiese participar como *canéfora* (es decir, como portadora de un canastillo con objetos sagrados para los sacrificios) en las procesiones de carácter nacional ateniense. Precisamente el agravio que Hiparco (o Hegesístrato) infligió a la hermana de Harmodio consistió en despedirla del grupo de las *canéforas*, cuando la habían llamado expresamente para ello. Cf. Tucíd., VI 56, 1.

[265] Junto a un escolio al *Ars Grammatica* de Dionisio Tracio (cf. A. Hilgard, *Grammatici Graeci* I, 3, Leipzig, 1901, págs. 182-184), este pasaje de Heródoto es nuestra fuente más detallada sobre el origen del alfabeto griego. Hay que destacar la interpretación del historiador en dos planos: 1. Su independencia de la tradi-

siguen utilizando todos los fenicios; pero, posteriormente, con el paso del tiempo, a la vez que introducían modificaciones en el sonido de las letras, lo hicieron también con su
2 grafía[266]. Por aquellas fechas, en la mayoría de las regiones, sus vecinos eran griegos de raza jonia, que fueron quienes adoptaron las letras del alfabeto, que los fenicios les habían enseñado, y las emplearon introduciendo en ellas ligeros

---

ción mítica, que atribuía la invención del alfabeto a personajes legendarios (como Palamedes, Prometeo, Museo, Orfeo, etc.). 2. Su afirmación de que el alfabeto griego procede del fenicio, cosa que —junto a la derivación del fenicio del alfabeto de Ugarit— se admite unánimemente (cf. un estado de la cuestión en M. Guarducci, *Epigrafia greca,* I, Roma, 1967, págs. 43-48 y 60-104). La interpretación de Heródoto fue seguida en la Antigüedad por otros autores (cf. Diodoro, III 67, 1; V 58, 3; Lucano, *Farsalia* III 220-224), si bien, y por el alto concepto que en el mundo griego se tenía de la cultura egipcia, una parte de la tradición clásica consideraba el alfabeto griego derivado de Egipto (cf. Platón, *Filebo* 18b-c; *Fedro* 274c-275a; Plinio, *Hist. Nat.* VII 192-193; Tácito, *Anales* XI 14; etc.).

[266] El alfabeto fenicio poseía veintidós signos, que representaban únicamente sonidos consonánticos, y apareció en el siglo xiii a. C. Las colonias fenicias, con sus activos contactos comerciales, lo extendieron por toda la cuenca mediterránea. Cf. M. Dunand, *Byblia Grammata,* Beirut, 1945. Naturalmente, la teoría herodotea sobre la derivación del alfabeto griego del fenicio debió de surgir al comparar la grafía, los nombres y el orden de las letras griegas y fenicias; pero es indudable que al historiador le llamaba más la atención la grafía que el sonido (aunque no menciona que la escritura fenicia, al igual que ocurre con las inscripciones griegas más tempranas, se ejecutaba de derecha a izquierda), y de ahí que no conociera las modificaciones más importantes que los griegos introdujeron al adaptar el alfabeto fenicio a su propia lengua: utilización de algunas consonantes (como *aleph, he, yod, ayin)* para representar las vocales *a, e, i, o;* la creación de letras compuestas; y la desaparición de algunas silbantes. Cf. H. Grassl, «Herodot und die griechische Schrift», *Hermes* 100 (1972), 169 y sigs.

cambios[267]; y, al hacer uso de ellas, convinieron en darles —como, por otra parte, era de justicia, ya que habían sido fenicios quienes las habían introducido en Grecia— el nombre de «caracteres fenicios»[268]. Semejantemente, los jonios, desde tiempos remotos, denominan «pieles» a los rollos de papiro, dado que antaño, ante lo raros que eran los rollos de papiro[269], utilizaban pieles de cabras y de ovejas. Y todavía en mis días, hay muchos bárbaros que, para escribir, siguen empleando ese tipo de pieles[270].

---

267 Con lo cual, y a partir del primitivo alfabeto fenicio, se había producido una doble modificación. La primera, la de los cadmeos sobre el alfabeto fenicio; la segunda, la de los jonios (fundamentalmente gráfica, como se desprende del texto griego) sobre las modificaciones «cadmeas». A pesar de la razón que asiste a Heródoto en su teoría sobre el origen fenicio para el alfabeto griego, el historiador se equivoca al pensar que la propagación del mismo se realizó en Europa. Los contactos comerciales fenicios con las islas del Egeo permiten afirmar que la difusión se realizó probablemente a partir de Creta occidental. Cf. H. Jeffery, «Archaîa grámmata: some ancient greek views», *Festschrift für E. Grumach*, Berlín, 1967, págs. 152-164.

268 Nombre que todavía se conservaba en el siglo v a. C. Cf. R. Meiggs, D. Lewis, *A selection of greek historical inscriptions*, Oxford, 1969, núm. 30, págs. 62-66, fr. B, líneas 37-38 (se trata de una inscripción religiosa hallada en la isla de Teos y que data del año 470 a. C., aproximadamente).

269 El empleo del papiro está atestiguado en Egipto más o menos desde el año 3000 a. C. La planta era tan abundante en los pantanos del Delta (en la actualidad su cultivo ha desaparecido de Egipto) que constituía el símbolo jeroglífico del Bajo Egipto. Su utilización era muy diversa, pero la más importante, por los pingües beneficios que reportaba al faraón (ya que su fabricación con esa finalidad era un monopolio real; y de ahí, probablemente, su nombre: *pa-perô*, «el real»), era como material de escritura. La comercialización del papiro con destino a su exportación a Grecia debió de producirse durante el reinado de Psamético I (663-609 a. C.), cuando Egipto se abrió para los comerciantes griegos (cf. II 154, 4).

270 Diodoro, II 32, afirma que los documentos oficiales persas se denominaban «pieles reales», por el material empleado para escribir.

59 Precisamente, en el santuario de Apolo Ismenio[271], en Tebas de Beocia, he visto con mis propios ojos, grabados sobre tres trípodes, caracteres «cadmeos»[272], la mayoría de los cuales son similares a los caracteres jónicos. Uno de los trípodes tiene la siguiente inscripción:

«Anfitrión me consagró de entre el botín que a los Teléboas
[tomara»[273].

[271] Así llamado porque estaba erigido sobre una colina, cerca de la puerta oriental de Tebas, que dominaba el valle del río Ismeno. Según PAUSANIAS, IX 10, 2, fue el templo que contó con más ofrendas en trípodes de oro.

[272] Es posible que las inscripciones grabadas en los trípodes estuviesen escritas en caracteres griegos arcaicos y en estilo *bustrófedon,* concepto que designa la dirección de la escritura que, como en los surcos arados por los bueyes (el término es un derivado parasintético de *boûs,* «buey», y *stréphein,* «dar vueltas»), presenta una línea de derecha a izquierda, la siguiente de izquierda a derecha, y así sucesivamente. Este procedimiento de escritura supone un paso de la dirección semítica de derecha a izquierda (conservada también en la inscripción latina de la fíbula de Preneste) a la después usual de izquierda a derecha. Las inscripciones deben de remontarse al siglo VII a. C. (aun cuando los trípodes pudieran ser más antiguos) y tratarse de falsificaciones llevadas a cabo por los propios sacerdotes para poner de relieve la antiquísima fama del templo. Cf. M. GUARDUCCI, *Epigrafia greca,* I..., págs. 44 y 489.

[273] Anfitrión, el padre putativo de Heracles, era hijo del rey de Tirinto y mató accidentalmente a su tío Electrión, rey de Micenas y padre de su esposa Alcmena, por lo que, desterrado, se dirigió a Tebas para ser purificado (ya que quien vertía sangre fuera de la guerra quedaba impuro, hasta que, mediante una ceremonia ritual, se le liberaba de la impureza), cosa que realizó Creonte, el cuñado de Layo (sobre el ceremonial de la purificación, cf. APOLONIO DE RODAS, IV 639 y sigs.). Los Teléboas eran un pueblo de Acarnania que habían atacado Micenas durante el reinado de Electrión, por lo que Alcmena exigió a su esposo que tomara venganza, haciéndolo aliado con los tebanos. Cf. A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica...,* págs. 165-167.

Este hecho, en cuanto a su datación, podría situarse en época de Layo[274], hijo de Lábdaco, nieto de Polidoro y bisnieto de Cadmo.

Un segundo trípode dice en versos hexámetros[275]: 60

«El pugilista Esceo, tras su victoria, me consagró —ofren-
[da
primorosa— para honrarte, diestro arquero Apolo».

Esceo podría tratarse del hijo de Hipocoonte (si es que realmente fue ese sujeto el oferente, y no otra persona que tuviera el mismo nombre que el hijo de Hipocoonte[276]), que vivió en época de Edipo[277], hijo de Layo.

El tercer trípode dice, también en hexámetros: 61

«Laodamante en persona, en tiempos de su reinado, consa-
[gró un trípode —ofrenda

---

[274] Pues Anfitrión había vivido cuatro generaciones después de Cadmo (cf. II 44, 4). El problema que suponía datar hechos acaecidos en época mítica era insuperable, por lo que Heródoto suele basarse en grandes gestas tradicionalmente conocidas: el viaje de los Argonautas (en que participó Heracles), la guerra de Troya (acaecida dos generaciones después de la vida de Heracles) y la toma de Tebas por los *Epígonos* (más o menos, contemporánea a la guerra de Troya). Y el historiador (cf. II 145, 4) calculaba unos 900 años desde Heracles hasta su época. El sistema, como puede comprobarse, era muy impreciso, pero Heródoto carecía de otro más fiable. (Cf., para las fechas aproximadas, W. W. How y J. Wells, *A commentary on Herodotus*, I, Oxford, 1967 [= 1928], págs. 438-439.)

[275] Las tres inscripciones están en hexámetros.

[276] Con posterioridad a sus famosos trabajos, Heracles, entre otras hazañas que llevó a cabo, mató en Esparta a Hipocoonte y a sus hijos, porque habían dado muerte a un primo suyo (cf. Apolodoro, II 7, 3; Diodoro, IV 33, 5-6; Pausanias, III 15, 3-6). Pero como, aparentemente, no existía relación alguna entre Esceo y Tebas, Heródoto se cuida de señalar la posibilidad de que quien consagró el trípode no fuera ese Esceo.

[277] Pues lo había matado Heracles, hijo putativo de Anfitrión, y éste había sido contemporáneo de Layo, padre de Edipo, como se dice en el capítulo anterior.

primorosa—, para honrarte a ti, Apolo, dios de certero tino».

2 Justamente durante el reinado del tal Laodamante, hijo de Eteocles, los cadmeos se vieron desalojados por los argivos[278], y se dirigieron al país de los enqueleos[279]. Por su parte los Gefireos se quedaron donde estaban, pero, posteriormente, fueron obligados por los beocios a retirarse en dirección a Atenas[280]. (En Atenas, precisamente, tienen erigidos unos santuarios, de cuyo culto están rigurosamente excluidos los demás atenienses; entre otros templos, cuyas ceremonias difieren de las de los demás recintos sagrados[281], cuentan, en concreto, con un santuario y unos misterios consagrados a Deméter *Acaya*[282].)

---

[278] Los *Epígonos* (cf. nota V 262). A la muerte de Eteocles, hijo de Edipo, a manos de su hermano Polinices, se hizo cargo del trono de Tebas su tío Creonte. Laodamante accedió al trono a la muerte de este último.

[279] Cf. Pausanias, IX 5, 7. Los enqueleos constituían una tribu que habitaba en el sur de Iliria (cf., *infra*, IX 43, 1). Según una tradición que cuenta Apolodoro, III 4, 2, los enqueleos habían pedido a Cadmo que se trasladara a su país, porque se hallaban en guerra con una tribu vecina y un oráculo les había predicho la victoria, si eran acaudillados por Cadmo. Éste accedió a su petición y, tras la victoria, fue nombrado rey de los enqueleos. De ahí que, cuando los cadmeos fueron desalojados de Tebas por los *Epígonos*, se dirigieran al país del que había sido monarca su epónimo (sobre otro eco de esta migración al caer Tebas, cf. I 56, 3).

[280] Cf. notas V 262 y 263.

[281] Es decir, de los demás recintos sagrados «del Ática». Las manifestaciones cultuales de los Gefireos diferían, pues, de las normalmente practicadas en el Ática. Indudablemente, la existencia en la región ática de unos santuarios para el culto exclusivo de los Gefireos implica que entre éstos y los atenienses había diferencias étnicas debidas a su distinto origen (autóctonos éstos, inmigrantes aquéllos).

[282] Es decir, a Deméter *Dolorosa*. Según Plutarco, *De Iside et Osiride* 69, esta advocación hacía referencia al dolor (en griego *áchos*) que la diosa sentía por la desaparición de su hija Perséfone, raptada por Hades. Cf., asimismo, Aristófanes, *Acarnienses* 709.

Hipias es derrocado merced a los manejos de los Alcmeónidas y a la intervención de Esparta

En fin, he contado ya la visión que tuvo en sueños Hiparco y cuál era el origen de los Gefireos, clan al que pertenecían los asesinos de Hiparco; pero, dicho esto, todavía me falta abordar el tema que iba a narrar en un principio, relatando cómo los atenienses se vieron libres de sus tiranos. 62

Mientras Hipias, que estaba indignado[283] con los ate- 2
nienses por la muerte de Hiparco, seguía detentando la tiranía, los Alcmeónidas, que constituían una familia de origen ateniense[284] y que vivían en el exilio por huir de los Pisistrátidas[285], en vista de que no habían tenido éxito en la tentativa armada que, con el concurso de los demás exiliados atenienses, habían llevado a cabo para regresar a su patria (al contrario, después de haber fortificado Lipsidrio, lugar situado al norte de Peonia, sufrieron una severa derrota en

[283] En la frase puede haber una velada alusión a posibles represalias de Hipias, tal y como cuentan Tucíd., V 59, 1, y Aristóteles, *Const. Atenas* 19, 1.

[284] Heródoto, que a lo largo de su obra muestra una clara simpatía por los Alcmeónidas (cf. VI 125; y F. D. Harvey, «The political sympathies of Herodotus», *Historia* 15 [1966], 254 y sigs.), debe tener presente la contraposición existente sobre el lugar del que eran originarias otras familias adversarias de los Alcmeónidas, ya que, frente a los Pisistrátidas (cf. V 65), o a la familia de Iságoras (cf. V 66), aquéllos se consideraban atenienses autóctonos. Cf. K. J. Davies, *Athenian Propertied Families...*, págs. 368-385.

[285] Cf., *supra,* I 64, 3. Los Alcmeónidas residían por aquellas fechas en Delfos; cf. P. de la Coste Messelière, «Les Alcméonides à Delphes», *Bulletin de Correspondence Hellénique* 70 (1946), 271-287.

su intento por volver a Atenas y liberar la ciudad[286]); en esa tesitura, repito, los Alcmeónidas, que recurrían a todo tipo de tretas para luchar contra los Pisistrátidas, consiguieron que los Anfictiones les adjudicaran la contrata para terminar las obras del templo que en la actualidad hay en Delfos, y
3 que por aquel entonces todavía no existía[287]. Y, como anda-

---

[286] Peonia debía de estar situada en las estribaciones del Parnés, y Lipsidrio sería un fortín emplazado en el monte, a unos 20 km. de Atenas. Aristóteles, *Const. Atenas* 19, 3, precisa la situación de Lipsidrio y recuerda la derrota de los Alcmeónidas citando un escolio (los *escolia* eran canciones que se entonaban en los banquetes; su nombre, *skoliós*, «oblicuo», parece deberse a que el orden en que correspondía cantar a cada uno de los comensales una de estas canciones no era seguido, sino saltando de uno a otro más alejado) que decía:

«¡Ay, Lipsidrio, ay! ¡Qué traidor has sido
para mis camaradas! ¡A qué hombres de pro aniquilaste!
¡Valerosos en el campo de batalla, y de noble cuna,
que entonces demostraron la hidalguía de sus padres!».

Esta tentativa de los Alcmeónidas por derribar la tiranía de Hipias ha suscitado entre los críticos divergencias sobre su datación. Según la secuencia histórica que presenta Heródoto, habría que fecharla en 513 a. C., después del asesinato de Hiparco (cf. F. Jacoby, *Atthis...*, pág. 339, nota 53), aunque también se ha pensado que pudo tener lugar con anterioridad al año 514 (cf. H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen...*, I, pág. 68; II, págs. 558-559).

[287] El primitivo templo de Delfos se quemó en 548 a. C. (cf. Pausanias, X 5, 13) y, según Heródoto (cf. II. 180, 1, y nota II 628), el incendio se debió a causas fortuitas. El gasto de las obras para reconstruirlo ascendió a 300 talentos (= 7.776 kg. de plata) y, para recaudar fondos, se hizo una colecta por todo el mundo griego, en la que incluso llegó a participar el faraón Amasis (cf. II 180, 2). Los Anfictiones constituían el conjunto de delegados de cada uno de los pueblos que integraban la asamblea de la anfictionía, una confederación religiosa o política de ciudades vecinas o políticamente afines. En este caso se trata de la anfictionía pileo-délfica —que reunía a jonios, dorios y pueblos de Grecia Central—, cuyos delegados se citaban en Delfos en primavera y, en otoño, en las Termópilas, y que tenían a su cargo la organización de los juegos píticos, la gestión de los bienes del templo de Apolo y la defensa de los inte-

ban bien de fondos y pertenecían a una familia que, desde hacía ya mucho tiempo, gozaba de gran prestigio, hicieron construir el templo con más lujo de lo que preveía el proyecto; concretamente, y pese a que habían acordado hacer el templo de piedra toba, remataron su fachada con mármol pario[288].

Pues bien, resultó que, al decir de los atenienses, esos sujetos, durante su estancia en Delfos, persuadieron a la Pitia a fuerza de dinero[289] para que, cada vez que acudiesen a consultar el oráculo ciudadanos de Esparta, ya fuese a título privado o en misión oficial, les prescribiera liberar Atenas. 63
Entonces los lacedemonios, en vista de que siempre recibían del oráculo la misma respuesta, despacharon, al frente de un ejército, a Anquimolio[290], hijo de Aster, un individuo que 2

reses de la divinidad. Cf. V. Ehrenberg, *Der Staat der Griechen*, Leipzig, 1958, págs. 108 y sigs.

288 Los restos arquitectónicos de la fachada este del templo de Apolo en Delfos, hallados en el curso de las excavaciones de la misión francesa, confirman la afirmación del historiador. Cf. T. Homolle, «Monuments figurés de Delphes: les frontons du temple d'Apollon», *Bulletin de Corr. Hellénique* 26 (1902), 587-639, especialmente págs. 597-627.

289 Diversas fuentes antiguas (cf. Filócoro, fr. 115, *F. Gr. Hist.* 328; Isócrates, XV 232; Demóstenes, XXI 144; Aristóteles, *Const. Atenas* 19, 4) aseguran que los Alcmeónidas emplearon una parte del dinero que los Anfictiones pusieron a su disposición, para reconstruir el templo de Delfos, en sobornar a los lacedemonios y conseguir que atacaran a Hipias (la magnificencia de los materiales empleados en el nuevo templo de Apolo pudo costearse una vez derribada la tiranía en Atenas, para mostrar su agradecimiento a Delfos por el dinero que antes pudieron utilizar para sus fines). No obstante, el propio Heródoto subraya la inmensa fortuna de los Alcmeónidas (cf. VI 125) y la historia que refieren los autores del siglo IV a. C. debe de ser una invención posterior.

290 O Anquímolo (cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 19, 5). Como era costumbre en Esparta, los reyes no tomaban parte en las expediciones militares cuando éstas eran de carácter naval (cf. III 54; VIII 42, 2). La incursión de Anquimolio tuvo lugar en 512-511 a. C.

gozaba de gran prestigio entre sus conciudadanos, para que expulsara de Atenas a los Pisistrátidas (a pesar, no obstante, de que estos últimos mantenían con ellos vínculos de hospitalidad sumamente cordiales; pues anteponían su obediencia al dios a su lealtad a los hombres[291]). A las tropas las enviaron por mar a bordo de unos navíos.

3 El caso es que Anquimolio atracó en Falero[292] e hizo que el ejército desembarcase. Pero, por su parte, los Pisistrátidas, informados con antelación de sus planes, habían solicitado ayuda de los tesalios, pues tenían concertada una alianza militar con ellos[293]. Y, ante su demanda, los tesalios, de común acuerdo, les enviaron mil jinetes al mando de su propio rey, Cíneas, un sujeto natural de Condea[294]. Tras haber conseguido dichos aliados, los Pisistrá-

---

[291] En realidad, si Esparta colaboró en la caída de Hipias, no fue por odio a la tiranía o, como se pretende en este caso, por su obediencia a la Pitia (el propio PLUTARCO, *De Herod. malignitate* 23, lo negaba), sino por su deseo de incluir a Atenas en el número de sus aliados, extendiendo la confederación peloponesia al norte del Istmo. Cf. J. A. O. LARSEN, «Sparta and the Ionian Revolt. A study of Spartan foreign policy and the genesis of the Peloponnesian League», *Classical Philology* 27 (1932), 136 y sigs. Por otra parte, la política de los Pisistrátidas había sido siempre pro-argiva (cf. I 61, 4), cosa que para Esparta resultaba peligrosa.

[292] El antiguo puerto de Atenas, situado al sur de la ciudad. Mantuvo una gran actividad durante los siglos VII y VI a. C., pero cayó en desuso cuando, a comienzos del siglo V, se construyó el complejo portuario del Pireo.

[293] La alianza entre Atenas y la liga tesalia debía de remontarse a tiempos de Pisístrato (Hegesístrato, uno de los hijos del tirano, recibía el sobrenombre de «Tésalo»; cf. TUCÍD., I 20, 2; VI 55, 1; ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 17, 3). Cf. H. BENGTSON, *Die Staatsverträge des Altertums*, II..., págs. 6-7, núm. 108.

[294] Los manuscritos presentan la lectura *Koniaîon*, pero la única ciudad conocida con el nombre de Conio se encontraba en Frigia (cf. PLINIO, *Hist. Nat.* V 32), y Cíneas era tesalio, por lo que se han propuesto diversas correcciones (*Gonnaîon*, por ejemplo, con referencia a

tidas tomaron las siguientes medidas: mandaron talar la 4
llanura de Falero, con lo que convirtieron dicha zona en un terreno apto para las evoluciones de la caballería; y, posteriormente, lanzaron a los jinetes tesalios contra el campamento enemigo. En su embestida, la caballería aniquiló a un considerable número de lacedemonios —entre quienes se contaba el propio Anquimolio— y obligó a los supervivientes a buscar refugio en las naves. Así fue, en suma, como concluyó la primera expedición llegada de Lacedemonia (y por cierto que la tumba de Anquimolio se encuentra en Alópece, en territorio ático, cerca del templo de Heracles sito en Cinosarges[295]).

---

la ciudad de Gono, cerca del valle del Tempe; cf., *infra,* VII 128, 1; 173, 4). No obstante, mantengo la lectura de Hude, a partir de una corrección propuesta por Kip en 1910 *(Thessalische Studien,* Diss., Halle, pág. 140), ya que, según se ha demostrado recientemente (cf. L. Piccirilli, «Considerazioni su Kineas re dei Tessali», *Athenaeum* 49 [1971], 136-146), la ciudad de la que procedía Cíneas era Condea, situada al norte de Tesalia.

Tucíd., I 102; IV 78, también afirma que, en cuestiones de política exterior, las ciudades tesalias actuaban unitariamente, tras reunirse sus delegados (cf. J. A. O. Larsen, *Greek Federal States,* Oxford, 1968, págs. 12-26; 281-294). No obstante, en Tesalia no había un único rey, por lo que Cíneas —que es posible que lo fuera de su ciudad— sería simplemente nombrado comandante (= *tagós)* de las fuerzas de caballería tesalia (la fuerza de choque más importante con que contaban los tesalios), que fueron enviadas en socorro de Hipias.

[295] Alópece era un *demo* del Ática, mientras que Cinosarges (cf. VI 116) era un recinto sagrado llamado así porque en él Heracles había dado muerte a Cerbero. En dicho recinto se encontraba, además del templo dedicado a Heracles, un gimnasio, donde, en el siglo iv a. C., se abrió una escuela filosófica cuyos miembros, por el nombre del lugar, recibieron el apelativo de cínicos. Con todo, la localización de ambos lugares plantea problemas; cf. How y Wells, *A commentary on Herodotus,* II..., págs. 30-31.

64 Poco después los lacedemonios organizaron una expedición más numerosa y la enviaron contra Atenas[296]; como general del ejército designaron a su rey Cleómenes, hijo de Anaxándridas, y en esta ocasión no mandaron las tropas por
2 mar, sino por tierra firme. Al irrumpir los invasores en el Ática, la caballería tesalia inicialmente les presentó batalla, pero, no mucho después, se dio a la fuga y, de sus efectivos, cayeron más de cuarenta hombres; por su parte, los supervivientes, tal y como estaban, regresaron a Tesalia sin perder un instante[297]. Cleómenes se presentó entonces en la ciudad y, con el apoyo de los atenienses que querían ser libres, sitió a los tiranos[298], que se habían recluido en la fortaleza pelárgica[299].

---

[296] Esta segunda expedición lacedemonia tuvo lugar en 511-510 a. C.

[297] Según Frontino (*Strategemata* II 2, 9), Cleómenes, para dificultar la maniobrabilidad de la caballería tesalia en la llanura de Falero (aunque, con toda seguridad, los lacedemonios en esta ocasión invadieron el Ática por la zona de Eleusis), hizo lo contrario de lo que había sido dispuesto un año antes por Hipias: «planitiem, in qua dimicaturus erat, arboribus prostratis impedivit et inviam equiti fecit».

[298] Es decir, a Hipias y a los miembros de su familia. Se ha pensado (cf. U. von Wilamowitz, *Philologische Untersuchungen*, Berlín, I, 1898, págs. 97 y sigs.) que en esta época Atenas no estaba amurallada y que por eso Cleómenes pudo apoderarse de la ciudad. No obstante, como ciertos testimonios antiguos permiten suponer lo contrario (cf., *infra*, IX 13, 2; Tucíd., I 89, 3; VI 57, 3), probablemente Cleómenes logró entrar en la ciudad gracias al apoyo interno de los atenienses contrarios a la tiranía.

[299] Al parecer se trataba de un fortín adosado a la vertiente NO de la acrópolis (no obstante, los problemas que plantea su identificación son numerosos; cf. A. W. Gomme, *A historical commentary on Thucydides*, II, Oxford, 1956, págs. 63-65), así llamado porque, en esa zona de la acrópolis, solían anidar cigüeñas (en griego, *pelargós)*.

Y a fe que los lacedemonios no hubieran podido redu- 65
cir a los Pisistrátidas de ninguna de las maneras (pues no tenían pensado establecer un asedio en regla y, por otra parte, los Pisistrátidas se habían aprovisionado convenientemente de víveres y de agua), sino que, al cabo de unos cuantos días de sitio, habrían regresado a Esparta. Pero he aquí que se produjo un incidente imprevisto que fue fatal para unos y decisivo, en cambio, para el éxito de los otros: resulta que los hijos de los Pisistrátidas fueron capturados mientras trataban de sacarlos en secreto del
país para ponerlos a salvo. Ante este contratiempo, todos 2
los planes de los tiranos se vieron trastocados y, para recuperar a los niños, se plegaron a las condiciones que los atenienses querían; es decir, a abandonar el Ática en el
plazo de cinco días. Sin más demora partieron, entonces, 3
hacia Sigeo[300], a orillas del Escamandro, después de haber imperado en Atenas por espacio de treinta y seis años[301]. Por cierto que los Pisistrátidas también eran originarios de Pilos y descendientes de Neleo[302], dado que tenían los mismos antepasados que las familias de Codro y Me-

[300] En la Tróade, a la entrada occidental del Helesponto. Sobre la toma de la ciudad por Pisístrato, cf. V 94. Según Tucíd., VI 55, 1, sólo Hipias, de entre los hijos de Pisístrato, había tenido descendencia.

[301] Esta cifra se obtiene teniendo en cuenta los dos exilios que, mientras ocupaba la tiranía, sufrió Pisístrato (cf. I 64, 1). De 561-560 a 556-555 a. C., primera tiranía de Pisístrato; de 545-544 a 539-538, segunda tiranía; y de 535-534 a 510, establecimiento definitivo del régimen en Atenas. Cf. G. Sanders, «La chronologie de Pisistrate. Essai d'interprétation», *La Nouvelle Clio* 7-9 (1955-1957), 161 y sigs.

[302] Neleo había sido hijo de Posidón y el fundador de Pilos, en Mesenia. Murió a manos de Heracles, junto a sus hijos (de los doce que tenía sólo se salvó Néstor, el anciano caudillo que aparece entre los griegos sitiadores de Troya), por una afrenta que había infligido al héroe. Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, pág. 248.

lanto, quienes, pese a su carácter de inmigrantes, habían
4 sido tiempo atrás reyes de Atenas[303]. Y, en memoria de dicho origen, Hipócrates[304] le impuso a su hijo precisamente el nombre de Pisístrato, nombre que adoptó en honor de Pisístrato, hijo de Néstor.

5 Así fue como los atenienses se desembarazaron de sus tiranos. Pero, antes de seguir adelante[305], voy a contar todos los hechos dignos de mención que, desde el momento de su liberación, llevaron a cabo, o en los que se vieron implicados, con anterioridad a que Jonia se sublevara contra Darío y a que Aristágoras de Mileto llegase a Atenas para solicitar su ayuda.

Reformas democráticas de Clístenes en Atenas. Digresión sobre Clístenes de Sición, abuelo de su homónimo

66 Atenas, que ya antes era poderosa, vio por aquel entonces —al desembarazarse de sus tiranos— acrecentado su poderío. En la ciudad descollaban dos hombres: el alcmeónida Clístenes (precisamente el individuo que, según dicen, sobornó a la Pitia[306]) e Iságoras, hijo de Tisandro,

---

[303] Codro y Melanto, descendientes de Néstor, fueron dos legendarios reyes de Atenas. El primero —hijo o hermano de Melanto— fue héroe de una leyenda según la cual, en una invasión de los peloponesios contra el Ática, un oráculo reveló que Atenas se salvaría si moría el rey Codro; éste, disfrazado de campesino, se enfrentó a los enemigos, muriendo. Según la misma leyenda, los peloponesios desistieron de su empresa y se contentaron con la conquista de Mégara.

[304] Sobre Hipócrates, padre de Pisístrato, cf. I 59, 1-3. La pretensión de los Pisistrátidas de descender de Neleo y del mítico rey Codro debió de originar una genealogía difundida por los propios tiranos. Cf. J. K. Davies, *Athenian Propertied Families...*, pág. 445.

[305] Es decir, narrando la llegada de Aristágoras a Atenas, cosa que el historiador no hará hasta el cap. 97. La digresión sobre la historia de Atenas, que a continuación prosigue Heródoto, abarca, pues, desde 510 (fin de la tiranía) a 499 a. C. (llegada de Aristágoras).

[306] Cf. V 63, 1; nota V 289; y P. J. Bicknell, «The exile of the Alkmeonidai during the Peisistratid tyranny», *Historia* 19 (1970), 129 y sigs.

que pertenecía a una ilustre familia, si bien no puedo precisar su origen (los miembros de su familia, empero, ofrecen sacrificios a Zeus Cario[307]). Estos dos sujetos se disputaron 2
el poder[308] y Clístenes, al verse en inferioridad de condiciones, se ganó al pueblo para su causa[309]. Posteriormente, dividió en diez tribus a los atenienses, que a la sazón estaban

[307] Es poco verosímil pensar que la familia de Iságoras venerase a Zeus Cario (sobre él, cf. I 171, 6), y PLUTARCO, *De Herod. malignitate* 23, se oponía a ello tajantemente. Es posible que se tratara del Zeus que se veneraba en Caria, la ciudadela de Mégara. En todo caso, hay que notar que la falta de noticias que muestra Heródoto sobre la familia del rival político de Clístenes (y el descrédito con que aparece representado el propio Iságoras) se debe, sin duda, a la fuente del historiador, que representaba las tesis de los Alcmeónidas, tendentes a magnificar la figura de Clístenes. Cf. G. R. STANTON, «The introduction of ostracism and Alcmeonid propaganda», *Journal of Hellenic Studies* 90 (1970), 181 y sigs.

[308] Fundamentalmente, la elección al arcontado, magistratura que Iságoras obtuvo en 508-507 a. C. (cf. ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 21, 1; DIONISIO DE HALICARNASO, *Ant. Rom.* I 74, 6; V 1, 1). Tras el fin de la tiranía es muy posible que, al principio, las luchas entre Clístenes e Iságoras fueran exclusivamente aristocráticas. Las diferencias estribarían, teniendo como meta la constitución de una oligarquía, en el mayor o menor impulso que se pretendiera dar a la evolución «popular» que, durante la tiranía de los Pisistrátidas, había experimentado la sociedad ateniense. Iságoras representaría a la facción aristocrática más conservadora y Clístenes a la más reformista.

[309] Como, por las vías tradicionales, los Alcmeónidas no habían conseguido el triunfo en las elecciones a arconte, Clístenes dio un golpe de Estado «demagógico» (sobre el contenido del término *dêmos*, cf. ED. WILL, *Le monde grec et l'Orient...*, pág. 446), con vistas a modificar las instituciones atenienses, que no habían sufrido cambio alguno desde las reformas de Solón, para evitar que cualquier facción aristocrática pudiera ejercer en Atenas una hegemonía sobre el resto.

agrupados en cuatro tribus[310], y abolió para las mismas los nombres de los hijos de Ión (Geleonte, Egícoras, Árgades y Hoples[311]), imponiéndoles unos nombres derivados de otros héroes, todos locales a excepción de Áyax; héroe al que, pese a ser extranjero, incluyó en su calidad de vecino y aliado de Atenas[312].

67 Con estas medidas el tal Clístenes, a mi juicio, imitaba a su abuelo materno Clístenes, el tirano de Sición[313]. Resulta que este último, debido a una guerra que había mantenido

[310] Sobre la reforma clisténica (que, teniendo como meta eliminar los antiguos núcleos familiares y religiosos, de ámbito reducido, para crear un armazón político que incluyera a los demás ciudadanos, sentó las bases para la futura democracia), cf. V 69, 2.

[311] Era característico de los Estados jonios la distribución de los habitantes en cuatro tribus. Los nombres de esas tribus primitivas podrían significar (aunque las interpretaciones han sido varias, insistiendo algunas de ellas en la conexión de los nombres tribales con antiguas divinidades): *Geleontes*, los «brillantes»; es decir, los nobles (de *gelân*, «brillar»). *Egícoras*, «los cabreros» (relacionado con *aíx*, «cabra»). *Árgades*, «los trabajadores» (de *árgon*, «trabajo»). *Hopletes*, «los soldados» (de *hópla*, «armas»).

[312] Según Aristóteles *(Const. Atenas* 21) fue la Pitia quien designó los diez héroes epónimos de las nuevas tribus atenienses (los nombres de las diez tribus, según el orden oficial en que se citaban, eran: Erectea, Egea, Pandionisia, Leóntida, Acamántide, Enea, Cecropia, Hipopóntide, Ayántide y Antioquea), escogiéndolos de entre un grupo de cien que los atenienses le presentaron. Áyax fue incluido en su calidad de legendario rey de Salamina (cf. *Ilíada* II 557-558; *infra*, VIII 64), isla que había pertenecido a Mégara, pero que, reivindicada por los atenienses, pasó a poder de Atenas en el primer cuarto del siglo vi a. C.

[313] Clístenes fue tirano de Sición (en el Peloponeso nororiental, próxima al golfo de Corintio) desde 601-600 a 570 a. C.; cf. Nicolao de Damasco, fr. 61, 6, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 90. Su hija Agarista se casó con el alcmeónida Megacles (cf. VI 126-131) hacia 575 a. C., y de ese matrimonio nació el ateniense Clístenes.

contra los argivos[314], como primera medida suprimió en Sición los certámenes rapsódicos basados en los poemas homéricos, ya que en ellos los argivos y Argos son elogiados muy a menudo[315]. Por otra parte, dado que en plena ágora de Sición había (y sigue allí todavía) un templete consagrado a Adrasto[316], hijo de Tálao, Clístenes se propuso ferviente-

[314] De esta guerra entre Argos y Sición no habla ninguna otra fuente antigua. Argos, que había ejercido su hegemonía sobre Sición y otras ciudades de la Argólide durante todo el siglo VII, cuando, en tiempos del rey Fidón, era una ciudad muy próspera (cf. K. J. BELOCH, *Griechische Geschichte...*, I, 1, pág. 204), entró en una fase de decadencia en la primera mitad del siglo VI a. C., lo cual fue aprovechado por Sición para tratar de independizarse. Se desconoce el resultado de la guerra, pero posiblemente fue favorable a los sicionios. Cf. ARISTÓTELES, *Política* V 12, 1, 1315b; y H. RUDOLPH, «Die ältere Tyrannis in Sikyon», *Chiron* 1 (1971), 75 y sigs.

[315] Pues, en la *Ilíada* y la *Odisea*, Argos es la ciudad de Agamenón y el poeta llama frecuentemente a los griegos con el nombre de «argivos». No obstante, en este caso Heródoto debe de referirse a los poemas del ciclo tebano (la *Edipoida*, la *Tebaida* y los *Epígonos)*, atribuidos a Homero (aunque el historiador duda que Homero fuera su autor; cf. IV 32 y nota IV 131), y en los que se narraba el triunfo de los argivos sobre Tebas. Concretamente, la *Tebaida* comenzaba con las palabras «Canta, diosa, a Argos...».

[316] Adrasto fue rey de Argos. En su juventud las rivalidades dinásticas lo llevaron a refugiarse en Sición, cuyo trono llegó a ocupar. Más tarde pudo regresar a Argos. Siendo allí rey, acogió a Polinices, expulsado de Tebas por su hermano Eteocles, e intentó reponerlo en el trono. Con ello dio lugar a la guerra de los *Siete contra Tebas*, en la cual perecieron todos los héroes menos Adrasto. Sin embargo, diez años más tarde pudieron ser vengados por una expedición emprendida por sus hijos (los Epígonos), conducidos por el mismo Adrasto. Durante los tiempos históricos, Adrasto recibía culto en Mégara, Sición y Argos. Puede admitirse que su origen debió de ser un numen de la vegetación, probablemente originario de Sición, que posteriormente descendió a la categoría de héroe y fue relacionado con Argos.

2 mente expulsar de la región a ese héroe por ser argivo. Se fue entonces a Delfos y preguntó al oráculo si podía expulsar a Adrasto. Pero la Pitia le respondió diciéndole que Adrasto era rey de Sición, en tanto que él merecía ser lapidado[317]. En vista de que el dios se negaba a ello rotundamente, de regreso a su patria Clístenes se puso a fraguar un plan para que fuera el propio Adrasto quien se marchase. Cuando creyó haber dado con la solución, despachó emisarios a Tebas de Beocia manifestando que quería trasladar a Sición los restos de Melanipo, hijo de Ástaco, cosa a la que
3 accedieron los tebanos[318]. Una vez trasladados a Sición los restos de Melanipo, Clístenes le dedicó un recinto en el mismísimo pritaneo[319] y le erigió una estatua allí mismo, en el lugar más importante de la ciudad.

---

[317] Por sacrílego. Esta traducción concuerda con la SUDA, *s. v. leustḗr*. Según HESIQUIO, *s. v: leustêra,* sería «y él, en cambio, un lapidador»; es decir, un asesino, quizá con una alusión a la actuación de Clístenes con respecto a adversarios políticos a quienes pudo eliminar; con todo, cf. recientemente, para otra interpretación, J. ELAYI, «Deux oracles de Delphes: les réponses de la Pythie à Clisthène de Sicyone et aux Athéniens avant Salamine», *Revue Études Grecques* 92 (1979), 224 y sigs., en especial 224-227. La aristocrática y conservadora Delfos no podía ver con buenos ojos la tentativa de Clístenes de suprimir un culto de raigambre nobiliaria (el de Adrasto) por otro popular (el de Dioniso; cf. V 67, 5).

[318] Melanipo fue un héroe tebano que se distinguió notablemente durante la incursión de Polinices y los argivos contra Tebas (cf. ESQUILO, *Los Siete contra Tebas* 413), hasta el punto de que acabó con dos de los caudillos argivos, parientes ambos de Adrasto (cf. V 67, 3), el etolio Tideo y el argivo Mecisteo. Como, pese al testimonio de Heródoto, en Tebas figuraba la tumba de Melanipo (cf. PAUSANIAS, IX 18, 1), es posible que, ante la petición de Clístenes, los tebanos enviaran sólo parte de sus restos.

[319] El pritaneo era el edificio público en que ardía el fuego sagrado de la ciudad. Además, en algunas ciudades, como Atenas, era la residencia del primer magistrado. En este caso, hay que entender, pues, que el pritaneo de Sición estaba rodeado de un muro que circundaría el edificio propiamente dicho.

Clístenes hizo trasladar a Sición los restos de Melanipo (pues este punto requiere también una explicación), pues, en su opinión, era el peor enemigo de Adrasto, dado que había matado a su hermano Mecisteo y a su yerno Tideo. Y, 4
tras haberle dedicado el citado recinto, privó a Adrasto de sacrificios y de fiestas, y se los adjudicó a Melanipo. Por cierto que los sicionios solían venerar a Adrasto con gran boato, ya que esa región había pertenecido a Pólibo, y Adrasto era nieto de Pólibo por parte de madre; además, al morir sin descendencia masculina, Pólibo entregó el poder a Adrasto[320]. Pues bien, los habitantes de Sición vene- 5
raban a Adrasto con diversas ceremonias, entre las que, principalmente, destacaba la conmemoración de sus desventuras[321] mediante coros trágicos (con ellos no veneraban a Dioniso, sino a Adrasto). Clístenes, por su parte, asignó[322] los coros a Dioniso y el resto del ritual a Melanipo.

---

[320] Pólibo (que en otras versiones de la leyenda aparece como padre adoptivo de Edipo) había sido rey de Sición, legando, al morir, su reino a Adrasto, ya que su única hija se habla casado con Tálao, el padre de Adrasto. Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, pág. 142.

[321] Pues el héroe había conocido el exilio en su juventud y, sobre todo, había sufrido, en las dos expediciones contra Tebas, la pérdida de varios parientes y amigos, muriendo finalmente de tristeza (cf. Pausanias, I 43, 1). La reforma religiosa de Clístenes de Sición tenía una clara significación política, ya que, de un lado, pretendía romper los vínculos religiosos que, a nivel aristocrático, unían a Sición con Argos mediante el culto a Adrasto, suplantándolos por vínculos religiosos ligados a Grecia Central (el culto a Melanipo, héroe tebano). Y, por otra parte, en política interior, el tirano se granjeaba la simpatía de las clases populares potenciando el culto a Dioniso. Cf. A. Gitti, «Clistene di Sicione e le sue riforme. Studi sulla storia arcaica di Sicione», *Mem. Accad. Naz.* 2 (1929), 601 y sigs.

[322] Este pasaje, de los más importantes que, para la historia del teatro griego, nos han transmitido los autores antiguos (hasta el punto de que se ha convertido en una *crux philologica* para la crítica

68 Éstas fueron las medidas que había tomado con respecto a Adrasto. Por lo que se refiere a las tribus dorias, para evitar que lo sicionios tuviesen exactamente las mismas que los argivos, les cambió los nombres[323] por otros nuevos. Y, con tal motivo, se mofó descaradamente de los sicionios, pues permutó las denominaciones de las tribus por las palabras «cerdo», «asno» ⟨y «lechón»⟩, a las que simplemente añadió las desinencias[324]; sólo exceptuó a su propia tribu, ya que el nombre que le impuso aludía al cargo que ocupaba. A partir de entonces los miembros de su tribu se llamaron Arque-

---

moderna, dado que no hay uniformidad en la interpretación de la expresión «coros trágicos», así como en el significado que hay que dar al verbo «asignar»; para toda esta cuestión, cf. F. R. Adrados, *Fiesta, comedia y tragedia. Sobre los orígenes griegos del teatro,* Barcelona, 1972, especialmente págs. 19-77), indica la existencia en Sición, a comienzos del siglo vi a. C., de una forma dramática en el culto a un héroe. Clístenes, que no podía suprimir esas ceremonias y diversiones sin desagradar al pueblo, las asignó al culto a Dioniso, celebrándose mediante coros trágicos, con cantos, danzas y diálogos para exponer un tema mítico.

[323] Los nombres de las tres tribus dorias eran Hileos, Panfilos y Dimanatas (cf. el final del capítulo), pues sus epónimos habían sido, respectivamente, Hilo, Panfilo y Dimante, hijos del dorio Egimio, un aliado de los Heráclidas en su conquista del Peloponeso. Esta reforma de Clístenes (los Ortagóridas pertenecían a la población no doria de Sición) tenía una finalidad antiargiva y, sobre todo, antiaristocrática. Y quizá en este punto sea donde la semejanza con las medidas de su nieto ateniense sean mayores, ya que, a partir de Aristóteles, *Política* VI 4, 23, 1319b, cabe pensar que el tirano de Sición sustituyó las tres tribus gentilicias de Sición por cuatro tribus territoriales, aumentando además el número de las fratrías, con lo que las nuevas tribus habrían tenido una doble división, en circunscripciones locales y en fratrías. Cf. C. Mossé, *La tyrannie dans la Grèce antique,* París, 1969, págs. 38-47.

[324] Es decir, las desinencias propias de los gentilicios.

laos[325], mientras que los de las demás recibieron, respectivamente, los nombres de Hiatas, Oneatas y Quereatas[326]. Los sicionios utilizaron esos nombres para designar a sus 2 tribus no sólo durante el mandato de Clístenes, sino también a su muerte, por espacio de sesenta años más[327]. Finalmente, empero, se plantearon el caso y los cambiaron por los de Hileos, Panfilos y Dimanatas; y, a estas tres tribus, añadieron una cuarta, adoptando, en memoria de Egialeo, el hijo de Adrasto, el nombre de «Egialeos» para designar a sus miembros[328].

[325] «Los caudillos del pueblo» (de *arché*, «mando», y *laós*, «pueblo»). Posiblemente la noticia que transmite Heródoto se basa en esa etimología, pero no se atiene a la realidad, ya que Arquelao debió de ser algún antiguo héroe sicionio, no dorio, que fue tomado como epónimo para la cuarta tribu que creó Clístenes (las poblaciones dorias se caracterizaban por estar divididas en tres tribus; frente a los jonios, que por lo regular lo estaban en cuatro).

[326] Es decir, «los cerdos», «los asnos» y «los lechones». Es inverosímil que Clístenes hubiera tomado semejante medida. Estos nombres podían ser de origen totémico, reflejo de antiguos cultos predóricos. Cf. Ed. Will, *Doriens et Ioniens*, París, 1956, págs. 39 y sigs.

[327] De acuerdo con la cronología atribuida a la tiranía de Clístenes (cf. D. M. Leahy, «The dating of the Orthagorid dinasty», *Historia* 17 [1968], 1-23), hasta el año 510 a. C., aproximadamente, con lo cual coincidiría con la fecha que el *Papiro Rylands* 18 (F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 105, fr. 1) atribuye a la caída del tirano Esquines de Sición, el último de los Ortagóridas. Con todo, la historia de Sición en esos sesenta años a que alude Heródoto es escasísimamente conocida.

[328] La abolición de las reformas de Clístenes significaba la restauración en Sición de las antiguas tribus aristocráticas. Dado que Egialeo fue el epónimo de la cuarta tribu, cabe suponer que el culto a Adrasto debió de ser introducido nuevamente en Sición. Todo ello significaba un triunfo de la aristocracia, posiblemente apoyada por Esparta. Cf. B. Virgilio, *Commento storico...*, pág. 97.

69 Éstas fueron, en suma, las medidas que Clístenes de Sición había tomado. Por su parte, Clístenes de Atenas, que era nieto del sujeto de Sición por parte de madre y que se llamaba así en su honor, también[329] debía de sentir, a mi juicio, cierto desprecio personal hacia los jonios, y, para evitar que los atenienses tuviesen las mismas tribus que los
2 jonios, siguió el ejemplo de su homónimo Clístenes. De hecho, lo cierto es que, cuando, por aquellas fechas, consiguió ganarse para su causa al pueblo ateniense (que hasta entonces se había visto marginado sistemáticamente), modificó los nombres de las tribus y aumentó su número, antes exiguo[330].

---

[329] Lo que se repetía era el sentimiento de desprecio (Clístenes de Sición hacia los dorios; Clístenes de Atenas hacia los jonios, según el historiador). Heródoto demuestra no haber comprendido el alcance socio-político que, para Atenas, tuvo la reforma clisténica, a la que sólo considera desde una perspectiva «racial» (cosa que, además, no responde a la realidad, pues, por ejemplo, en Atenas se siguió celebrando el festival jónico de las Apaturias; cf., *supra,* I 147, 2, y nota I 367).

[330] Sobre los nuevos nombres de las tribus atenienses, que antes de la reforma eran sólo cuatro, cf. nota V 312. La reforma clisténica, que pretendía abolir la hegemonía de los intereses aristocráticos en el Ática, tuvo como tarea principal (una vez que la minoría de nobles que integraban el arcontado y el Areópago, o consejo aristocrático de ex arcontes, se vieron despojados de su poder supremo en beneficio del cuerpo cívico entero reunido en la *Ecclēsía,* o Asamblea) la creación de un Consejo *(bulé)* constituido por quinientos miembros. El problema más importante que se planteaba era el de la organización de ese Consejo, tanto en su reclutamiento, como en la permanente operatividad del mismo. Ante este problema, el aspecto más original de la reforma clisténica fue el de la reforma de las tribus, de manera que en ellas privaran los intereses colectivos sobre los gentilicios. El medio de conseguirlo fue llevar a cabo una redistribución territorial, procurando que ninguna nueva tribu territorial coincidiera con la zona de influencia de un clan aristocrático, y que en la nueva tribu no privara un determinado elemento social. Había, pues, que fijar el territorio de cada tribu a partir de elementos geográficos heterogéneos y, a ser posible, alejados entre sí. Ello se realizó en tres etapas: 1. División del Ática en tres regiones de población equilibra-

En ese sentido, estableció diez *filarcos*[331] en lugar de cuatro y, asimismo, distribuyó los *demos,* repartidos en diez grupos[332], entre las tribus. Y, como se había ganado al pueblo, poseía una notable superioridad sobre sus adversarios políticos.

---

da (zona central, o *Mesogea;* zona marítima, o *Paralia;* y zona urbana, o *Asty),* ninguna de las cuales constituía una región natural. 2. División de cada región en diez distritos, o *tritías,* de población equivalente (cada uno con un número variable de *demos,* o municipios, para eliminar antiguas comunidades gentilicias o cultuales). 3. Agrupación de tres *tritías* (una de cada región) para formar una tribu (o *phylḗ),* con lo que, en total, resultaban diez. De esa manera, los miembros de las distintas tribus no tenían contactos personales en su totalidad ni intereses comunes.

Sobre el problema de la formación y de la operatividad permanente del Consejo mediante la creación de las *pritanías* (el cuerpo de cincuenta representantes de una tribu en el Consejo), y, en general, sobre las etapas y el alcance de la reforma clisténica, cf. Ed. Will, *Le monde grec et l'Orient...,* págs. 63-76, con la bibliografía seleccionada que se incluye en las págs. 63-64.

[331] Se ignora qué función tenían esos diez *filarcos* (o «jefes de tribu»). A finales del siglo v a. C., ese término designaba a los diez jefes de caballería, uno por cada uno de los contingentes que aportaban las respectivas tribus. Con la reforma clisténica, las tribus estaban organizadas en forma de corporaciones, con peculio particular y administración propia, presididas por varios administradores elegidos por un año (los *epimelētai tês phylês,* que nada tenían que ver con los *filarcos).*

[332] Es decir, un grupo de *demos* (los que fuesen) por cada tribu. Se ha propuesto también la traducción «en grupos de diez», con lo que se habría partido de un total de cien *demos.* Pero esa interpretación plantea problemas históricos; cf. W. W. How y J. Wells, *A commentary on Herodotus,* II..., págs. 36-37). Esta distribución de los *demos* hacía que una *trittýs* no representara nunca un conjunto geográfico uniforme, ya que estaba compuesta por *demos* dispersos en las tres regiones en que se había dividido el Ática. Caciquismo y partidos políticos territoriales quedaban, pues, muy mermados.

Contrarrevolución fracasada de Iságoras, adversario de Clístenes, ayudado por el rey espartano Cleómenes

70 Por su parte Iságoras, al verse en inferioridad de condiciones, tomó, para remediar el problema, la siguiente determinación: llamó en su ayuda al lacedemonio Cleómenes, que había contraído con él vínculos de hospitalidad[333] a raíz del asedio a los Pisistrátidas (por cierto que se acusaba a Cleómenes de mantener relaciones con la
2 mujer de Iságoras). Pues bien, de momento Cleómenes envió un heraldo a Atenas para exigir el destierro de Clístenes y, con él, el de otros muchos atenienses, a quienes designaba con el término de «los sacrílegos». Esta demanda la formulaba, por medio del heraldo que envió, aleccionado por Iságoras, ya que a los Alcmeónidas y a sus partidarios se les imputaba el asesinato a que entonces se aludía[334], mientras que ni Iságoras ni sus amigos estaban implicados en el asunto.

71 La razón de que ciertos atenienses recibieran el nombre de «los sacrílegos» fue la siguiente. Hubo una vez en Atenas un tal Cilón, un individuo que se había alzado con la victoria en los juegos olímpicos[335]. Este sujeto se encapri-

---

[333] La hospitalidad implicaba un profundo vínculo religioso entre las personas que la contraían. Y por estas fechas, y entre personalidades relevantes de distintos Estados, tenía, además, un claro valor político. Posiblemente Cleómenes contrajo relaciones de hospitalidad con Iságoras por el deseo que Esparta tenía de incluir a Atenas en la esfera de sus alianzas.

[334] El asesinato sacrílego de Cilón, narrado en el capítulo siguiente. Esparta volvió a presentar una demanda similar justo antes de la Guerra del Peloponeso, para tratar de conseguir el destierro de Pericles, un Alcmeónida por parte de madre (cf. Tucíd., I 126). Cf. L. Moulinier, «La nature et la date du crime des Alcméonides», *Revue des Études Anciennes* 48 (1946), 182 y sigs.

[335] Según Eusebio *(Chron.* I 198) obtuvo la victoria en la carrera del doble estadio *(díaulos)* en la Olimpíada trigésimo quinta (= 640 a. C.). Cf. también Pausanias, I 28, 1.

chó de la tiranía y se granjeó el apoyo de un puñado de gentes de su misma edad, tratando de apoderarse de la acrópolis; pero, como no consiguió su propósito[336], se sentó al lado de la imagen[337] acogiéndose a su protección. Los *prítanes de los naucraros*[338], que a la sazón gobernaban Atenas, lograron que abandonaran dicho lugar para responder de su actitud con la promesa de respetar sus vidas[339]; sin 2

[336] TUCÍD., I 126, que da una versión mucho más pormenorizada de los hechos (que, en el caso de Heródoto, deben de basarse en una fuente de origen alcmeónida, con la distorsión de los mismos que ello implica), afirma que Cilón logró apoderarse de la acrópolis instigado por un oráculo délfico y que, posteriormente, consiguió escapar de allí en unión de su hermano, siendo sus secuaces quienes se vieron apresados. La tentativa de Cilón debió de contar con el apoyo de Mégara, ya que su tirano Teágenes era suegro suyo. Cf. PLUTARCO, *Solón* 12; y M. LANG, «Kylonian conspiracy», *Classical Philology* 62 (1967), 243 y sigs.

[337] Seguramente la imagen de Atenea *Políade* (es decir, «protectora de la ciudad», advocación de la diosa, que era honrada con ese epíteto en el templo más antiguo que tenía consagrado en Atenas), en el Erecteo que posteriormente fue destruido por los persas (cf. VIII 41, 2). Al acogerse a la protección de la imagen, el refugiado adquiría carácter de inviolable; inviolabilidad que en este caso no se respetó, y de ahí el sacrilegio cometido.

[338] Los *prítanes* (los «primeros») *de los naucraros* eran los presidentes de las comisiones navales por distritos, ya que, con anterioridad a la creación de los *demos*, el Ática estaba dividida en cuarenta y ocho circunscripciones territoriales (a razón de doce por cada una de las cuatro tribus preclisténicas), denominadas *naucrarías*, cada una de las cuales debía suministrar al Estado un navío y dos soldados de caballería con todo su equipo (cf. ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 8, 3; PÓLUX, VIII 108). Sin duda, es erróneo que gobernaran Atenas y debe de tener razón TUCÍD. (I 126, 8), al atribuir el hecho a los arcontes. El relato de Heródoto preserva la responsabilidad que en el asesinato tuvo el arconte Megacles, de la familia de los Alcmeónidas (cf. B. JORDAN, «Herodotus 5, 71, 2 and the Naucraroi of Athens», *California Studies in Classical Antiquity* 3 [1970], 153-175).

[339] Literalmente, «los hicieron salir como reos, pero no de muerte». Es decir, se les sometía a juicio, pero se excluía de antemano la última pena. Cf. PLUTARCO, *Solón* 12.

embargo, los asesinaron y se acusa de ello a los Alcmeónidas. Esto sucedió antes de la época de Pisístrato[340].

72 Cuando Cleómenes, por medio del heraldo que envió, exigió el destierro de Clístenes y el de «los sacrílegos», Clístenes decidió abandonar la ciudad sin ofrecer resistencia; pero no por ello dejó Cleómenes de presentarse en Atenas poco después, aunque no con muchas tropas[341]. Y, a su llegada, expulsó, acusándolas de sacrílegas, a setecientas familias atenienses (todas aquellas que Iságoras le fue indicando[342]). Hecho esto, intentó acto seguido disolver la *bulé*[343] y poner las magistraturas en manos de trescientos par-
2 tidarios de Iságoras. Pero, en vista de que la *bulé* se resistía y se negaba a obedecer, Cleómenes, Iságoras, y los partidarios de este último se apoderaron de la acrópolis. Entonces

---

[340] Una datación muy vaga, pero lógica en la obra de Heródoto, para quien las noticias de la historia de Atenas comenzaban, de forma más o menos continua, con la figura de Pisístrato. La tentativa de Cilón debió de tener lugar entre los años 640-630 a. C. (aunque se han propuesto otras fechas). Cf. H. Bengtson, *Griechische Geschichte...*, pág. 120.

[341] Esta segunda intervención de Cleómenes en Atenas tuvo lugar en el año en que Iságoras había sido elegido arconte, en 508-507 a. C. Cf. T. J. Cadoux, «The athenian archons from Kreon to Hypsichides», *Journal of Hellenic Studies* 68 (1948), 70-123; especialmente págs. 113-114 y 123.

[342] No es verosímil que setecientas familias atenienses estuviesen implicadas en el sacrílego asesinato de los secuaces de Cilón. En realidad, las familias expulsadas debían de ser todas ellas proclisténicas, ya que Iságoras deseaba seguir manteniendo el sistema constitucional aristocrático anterior a la tiranía de los Pisistrátidas. Cf. C. Hignett, *A history of the Athenian constitution*, Oxford, 1952, pág. 125.

[343] El nuevo Consejo o Senado ateniense de quinientos miembros (cincuenta por cada una de las diez tribus), creado por Clístenes y campeón de las reformas democráticas frente al Areópago y los oligarcas reaccionarios.

los demás atenienses se solidarizaron con la *bulé* y los sitia-
ron por espacio de dos días; no obstante, a los tres días, to-
dos los lacedemonios que figuraban entre los sitiados salie-
ron del país al amparo de una tregua, con lo que se cumplía 3
la premonitoria advertencia que recibiera Cleómenes. Re-
sulta que, cuando subió a la acrópolis —naturalmente, con
el propósito de ocuparla—, se dirigió al sagrario de la dio-
sa[344], con ánimo de dirigirle una plegaria. Sin embargo, la
sacerdotisa[345] se levantó de su trono y, antes de que Cleó-
menes hubiera franqueado las puertas, le dijo: «Extranje-
ro lacedemonio, vuélvete atrás y no entres en el santuario,
pues, por voluntad divina, ningún dorio puede penetrar en
este lugar». «Pero, mujer —respondió él—, es que yo no
soy dorio, sino aqueo[346]». Pues bien, sin prestar la menor 4
atención a la profética frase, llevó a cabo la tentativa, y de
ahí que se viera expulsado de la acrópolis en compañía de
los lacedemonios. Por lo que se refiere a los demás sitiados,
los atenienses los encarcelaron para ejecutarlos[347]; y por

[344] Atenea, que tenía su templo en la Acrópolis (el primitivo Erecteo; aunque se ha pensado también que pudiera tratarse del *Hecatompedon*, un antiguo santuario situado entre el nuevo Erecteo y el Partenón —construidos a mediados del siglo v a. C.—, y que, junto al primitivo Erecteo, fue incendiado por los persas en 480 a. C., durante la segunda guerra médica). Cf. VIII 51, 2.

[345] El culto de Atenea *Políade* estaba a cargo de mujeres de la familia ateniense de los Eteobutadas. Cf. ESQUILO, *Coéforos* 572.

[346] Los reyes de Esparta, a través de Heracles, se remontaban a Perseo, que era aqueo (cf. VI 53). Con ello se trataba de justificar la invasión doria de Grecia. No obstante, también puede pensarse que la frase de Cleómenes presupone una tendencia a distinguir entre los Heráclidas y los dorios que, según la tradición, los acompañaron en su conquista del Peloponeso. Cf. B. VIRGILIO, *Commento storico...*, pág. 100.

[347] Indudablemente, no a todos los atenienses que, con Cleómenes y los suyos, habían ocupado la Acrópolis, pues el propio Heródoto afirma, en V 74, 1, que Iságoras abandonó la ciudadela con los lacedemonios. ARISTÓTELES *(Const. Atenas* 20, 3) afirma que, al amparo de la tregua,

cierto que, entre ellos, figuraba el delfio Timesíteo, de cuya fuerza y bravura podría contar grandiosas hazañas[348]. Esos individuos, en suma, murieron en prisión.

Contactos de Atenas para aliarse con Persia

73 Posteriormente los atenienses hicieron volver a Clístenes y a las setecientas familias que habían sido desterradas por Cleómenes, y despacharon emisarios a Sardes, con el propósito de concertar una alianza con los persas[349], pues estaban convencidos de que los lacedemonios —y especialmente Cleómenes— se encontraban en estado de
2 guerra con ellos. Cuando los emisarios, a su llegada a Sardes,

---

pudieron abandonar la Acrópolis todos sus ocupantes, sin distinción entre espartanos y atenienses.

[348] Además de notables hazañas guerreras, PAUSANIAS (VI 8, 6) afirma que Timesíteo ganó dos veces el *pancracio* (especie de lucha para atletas más vigorosos que ágiles, en la que el vencido había de rendirse expresamente) en los juegos olímpicos, y tres veces en los píticos.

[349] Aunque este episodio que relata Heródoto es poco claro, la situación política por la que, en el contexto internacional griego, atravesaba la naciente democracia de Atenas (enemistad con Esparta —y, en consecuencia, con la liga peloponesia—; con Eubea, donde los *Hipobotas* de Calcis debían de estar temerosos de las reformas clisténicas [cf. V 77], y de la expansión ateniense, ya desde Pisístrato, en la Calcídica, donde Calcis tenía importantes intereses, así como de la amistad que Atenas mantenía con Eretria, la tradicional rival de Calcis [cf. I 61; VI 100]; con Mégara, ciudad a la que Atenas había despojado de la isla de Salamina; con Tebas, que había visto con malos ojos la alianza de Platea con Atenas [cf. V 108]; con la Liga tesalia, que aparentemente apoyaba a los Pisistrátidas, cf. V 63, 3) movió a los atenienses a solicitar el respaldo de una gran potencia. La fecha de esta alianza, que llegó a consumarse sólo momentáneamente, se sitúa en 507-506 a. C. y sus promotores debieron de ser los Alcmeónidas. Cf. F. SCHACHERMEYR, «Athens als Stadt der Grosskõnig», *Grazer Beiträge* 1 (1973), 211 y sigs.

transmitieron las órdenes que habían recibido, Artáfrenes, hijo de Histaspes, que era gobernador de Sardes[350], les preguntó que quiénes eran y que en qué parte del mundo residían para pretender convertirse en aliados de los persas. Y, una vez que se hubo informado por medio de los emisarios, les dijo escuetamente que, si los atenienses entregaban al rey Darío la tierra y el agua[351], él estaba dispuesto a pactar una alianza con ellos; pero, si no lo hacían, los conminaba a que se marchasen. Entonces los emisarios, deseosos de concertar 3
la alianza, dijeron por su cuenta y riesgo que aceptaban. (Como es natural, al regresar a su patria, los integrantes de la delegación fueron duramente censurados[352].)

---

[350] Cf., *supra*, V 25, 1.

[351] Lo que implicaba la sumisión de Atenas (cf. nota V 65), ya que las alianzas que concertaba el imperio persa se hacían con claras ventajas para el Gran Rey. Cf. G. Walser, «Zum griechisch-persischen Verhältnis vor dem Hellenismus», *Historische Zeitschrift* 220 (1975), 529-542.

[352] Sin duda las presiones internas de las *heterías* antipersas existentes en Atenas obligaron a que se derogara la alianza concertada por los embajadores. Es posible que si éstos aceptaron «por su cuenta y riesgo» los términos que imponía Artáfrenes fue porque sabían que políticos influyentes de Atenas (¿Clístenes, quizá?) deseaban contar con el apoyo persa. El hecho de que, a partir de este momento, no tengamos ulteriores noticias sobre Clístenes ha permitido suponer (cf. Eliano, *Historias varias* XIII 24, que afirma que fue ostraquizado; cosa que, sin embargo, no debe de ser cierta, pues el ostracismo no había sido instituido todavía por estas fechas; cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 22, y D. Kagan, «The origen and purposes of ostracism», *Hesperia* 30 [1961], págs. 393 y sigs.) que la embajada provocó su desgracia y que quizá tuvo que abandonar Atenas. Cf., no obstante, R. D. Cromey, «Kleisthenes' Fate», *Historia* 28 (1979), 129-147, que es partidario de una simple retirada de la política por parte del Alcmeónida, una vez conseguida la reforma constitucional que emprendió.

74 *Los espartanos y sus aliados invaden el Ática. Fracaso de la expedición*

Entretanto Cleómenes, consciente de que había sido gravemente injuriado, de palabra y de obra, por los atenienses, movilizó —sin especificar el motivo de la movilización— tropas en todo el Peloponeso[353], pues ansiaba vengarse del pueblo ateniense y, además, deseaba propiciar el acceso de Iságoras a la tiranía[354] (ya que este
2 último había salido con él de la acrópolis[355]). Pues bien, Cleómenes invadió el territorio de Eleusis con un poderoso ejército, al tiempo que los beocios, de acuerdo con sus indicaciones, se apoderaban de Énoe e Hisias, *demos* situados en los últimos confines del Ática[356], y los calcideos

---

[353] Lo que no especificaría Cleómenes sería su propósito de establecer en Atenas la tiranía de Iságoras, pero los aliados (la acción combinada de los beocios parece probarlo) sí conocerían que el objetivo de la expedición era atacar el Ática. Probablemente ésta fue la primera expedición militar que la liga peloponesia (sobre la que no estamos bien informados) llevó a cabo fuera del Peloponeso. El que sea Cleómenes, y no una asamblea federal, quien decida organizar la incursión parece demostrar —aunque también es posible que las fuentes de Heródoto estuviesen equivocadas— que el organismo federal de la liga todavía no estaba consolidado definitivamente en el año 506 a. C., fecha de esta acción (cf., sin embargo, L. Moretti, *Ricerche sulle leghe greche*, Roma, 1962, pág. 76).

[354] Esta pretensión hizo que en Atenas la figura de Iságoras fuera considerada posteriormente —sin duda a instancias de los Alcmeónidas— claramente protiránica; es decir, favorable a los Pisistrátidas. Cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 20, 1; y B. Virgilio, *Commento storico...*, págs. 88-89.

[355] Cf. nota V 347. Según P. J. Bicknell, «Athenian Politics and Genealogy. Some pendants», *Historia* 23 (1974), 146-161, Cleómenes, ante su fracaso en Atenas, acabó concediendo a Iságoras la ciudadanía espartana.

[356] Énoe se hallaba situado a orillas del río Cefiso (otro río con el mismo nombre que el de Atenas), en la ruta que, a través del Citerón, unía Tebas con Eleusis, cerca de la frontera beocia. Por su parte, Hisias

irrumpían, por la otra parte, en ciertas zonas del Ática, saqueándolas. Entonces los atenienses, pese a que se veían atacados por dos frentes[357], aplazaron para más adelante las medidas a adoptar contra beocios y calcideos, y asentaron sus reales frente a los peloponesios, que se encontraban en Eleusis.

Pero, cuando se disponían a enfrentar a las tropas en el 75
campo de batalla, los corintios se dieron cuenta de que no procedían con arreglo a la justicia, y fueron los primeros que cambiaron de opinión y se retiraron[358]. Poco después, hizo lo propio Demarato[359], hijo de Aristón, que, por su parte, era también rey de los espartiatas y que había compartido con Cleómenes la jefatura del ejército desde su salida de Lacedemonia, sin que, hasta aquel instante, hubiera manifestado diferencias de criterio con él. (Por cierto que, a 2

---

no era un *demo* del Ática, ya que se encontraba en la vertiente norte del Citerón y pertenecía al territorio de Platea (cf. VI 108, 6).

[357] Por el O y el NO el ataque lo realizaban los peloponesios y beocios, mientras que por el N atacaban los calcideos. Sobre las razones que beocios y calcideos tenían para atacar Atenas, cf. nota V 349.

[358] O bien, «los primeros que dieron media vuelta y se retiraron». Naturalmente, no fue el respeto a la justicia lo que motivó la actitud de los corintios, sino los intereses políticos de la ciudad. Corinto, que a lo largo de la historia de la liga peloponesia actuó siempre como freno o propulsora de la misma, temía, por una parte, que el hundimiento del poderío y de la independencia ateniense permitiera el definitivo auge de Egina en el golfo Sarónico (dado que ambos Estados mantenían una dura pugna comercial), y, además, que Atenas se convirtiera en satélite de Esparta, con lo cual la preponderancia de Corinto en la liga peloponesia podría peligrar. Cf. Ed. Will, *Korinthiaka*, París, 1955, págs. 638 y sigs.

[359] Demarato pertenecía a la familia de los Euripóntidas, y reinó en Esparta desde el año 510, aproximadamente, hasta 491 a. C., en que fue destronado por Cleómenes (cf. VI 61-70). No está claramente determinada la razón por la cual Demarato se opuso en esta ocasión a su colega en el trono. Quizá actuase como portavoz de una opinión hostil que existiría en Esparta contra la política exterior de Cleómenes, excesivamente personalista.

raíz de esa discrepancia, se promulgó en Esparta una ley según la cual, cuando un ejército salía a campaña, los dos reyes no podían acompañar a las tropas, cosa que hasta entonces hacían ambos monarcas. Y al tiempo que uno de los dos reyes se veía eximido de ello, la ley disponía también que uno de los dos Tindáridas[360] se quedara en Esparta; pues resulta que, con anterioridad a dicho incidente, también ambas estatuas, cuya protección invocaban las tropas, las acompa-
3 ñaban en sus campañas.) Pues bien, en aquellos momentos, cuando los demás aliados vieron, en Eleusis, que los reyes de los lacedemonios no estaban de acuerdo y que los corintios habían abandonado la formación, decidieron hacer lo mismo y emprendieron la retirada.

76 Precisamente esta era la cuarta vez que los dorios acudían con sus tropas al Ática; en dos ocasiones habían irrumpido en son de guerra, y en otras dos lo habían hecho para ayudar al pueblo ateniense. La primera vez fue cuando, de paso, establecieron una colonia en Mégara (esta expedición podría llamarse, con toda razón, «la de la época de Codro»,

[360] Se trata de los Dióscuros, título que reciben Cástor y Polux como hijos de Zeus. La versión más común de la leyenda —que presenta variantes— les atribuye distinta paternidad. Leda (hija de un rey etolio), unida en matrimonio a Tindáreo, rey de Esparta, vio un día cómo un águila iba a atacar a un cisne, por lo que abrió los brazos para protegerlo (el cisne representa una de las metamorfosis de Zeus). Por la noche Tindáreo reclamó sus derechos de esposo, y Leda quedó doblemente fecundada. De ese parto nacieron Cástor, Polideuces (= Pólux) —que eran gemelos—, Helena y Clitemestra (cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 408-411). En este caso Heródoto debe de referirse a sus *xóana*, término que en Grecia designa a las más antiguas imágenes sagradas, talladas generalmente en madera. Sobre su ascendiente entre las tropas, cf. Pausanias, IV 16, 5; 27, 1.

que a la sazón reinaba en Atenas[361]). La segunda y la tercera vez fue cuando acudieron, procedentes de Esparta, para expulsar a los Pisistrátidas[362]. Y la cuarta vez fue por estas fechas, cuando Cleómenes, al frente de los peloponesios, invadió el territorio de Eleusis. Por consiguiente, en la época que nos ocupa, los dorios llevaron a cabo su cuarta irrupción contra Atenas[363].

Atenas inicia una ofensiva triunfal contra beocios y calcideos. Intervención de Egina en apoyo de Tebas

77 Pues bien, una vez que esa expedición se hubo disuelto sin pena ni gloria, fue cuando los atenienses, que ansiaban vengarse, realizaron una incursión, inicialmente contra los calcideos. Por su parte los beocios acudieron al Euripo[364] en socorro de los calcideos. Entonces los atenienses, al

---

361 Cf. nota V 303. Cuando Heródoto afirma que esta primera expedición (que podría datarse en el siglo XI a. C.) se dirigió contra el Ática, se está haciendo eco de una tradición que sostenía el carácter jonio de Mégara (cf. PAUSANIAS, I 39; G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...*, I, págs. 219 y sigs.). No obstante, Mégara había pertenecido en época micénica a Beocia (quizá haya que identificarla con la *Nisa* mencionada en *Ilíada* II 508). Cf. E. MEYER, *s. v. Megara, R. E.*, 15, 1 (1931), cols. 152 y sigs.

362 Se refiere a las campañas de Anquimolio (cf. V 63) y Cleómenes (cf. V 64). Como la finalidad de las mismas había sido derribar la tiranía de Hipias, en esos casos los espartanos acudieron para «ayudar al pueblo ateniense». El historiador, pues, no consideraba una invasión en regla la presencia de Cleómenes en Atenas citada en V 72, ya que el rey espartano acudió, pero «no con muchas tropas».

363 Hay que advertir que Heródoto no dice que esta cuarta expedición (la de 506 a. C.) fuera la última, probablemente porque, como demuestra en IX 73, 3, conocía las invasiones espartanas realizadas a comienzos de la Guerra del Peloponeso (de ahí que se haya pensado que esta digresión fue compuesta por el historiador con posterioridad a 431 a. C.; cf. H. F. BONITZ, *Herodot-Studien. Beiträge zum Verstandnis der Einheit des Geschichtswerkes*, Berlín, 1968, págs. 30 y sigs., y 95 y sigs.).

364 El estrecho que separaba Beocia de Eubea. Calcis se hallaba situada en la isla, a orillas del estrecho. La campaña de los atenienses contra beocios y calcideos tuvo lugar en 506 a. C.

ver a las fuerzas beocias de socorro, decidieron atacar a estos
2 últimos antes que a los calcideos. Los atenienses, pues, trabaron combate con los beocios y se impusieron netamente, pues mataron a gran número de enemigos y les hicieron setecientos prisioneros. Ese mismo día los atenienses pasaron a Eubea y trabaron un nuevo combate, esta vez con los calcideos, a quienes también vencieron, dejando cuatro mil *clerucos*[365] en las tierras de los *hipobotas* (por cierto que el nombre de *hipobotas*[366] lo recibían los ricos hacendados
3 de Calcis). A todos los calcideos que, asimismo, hicieron prisioneros, los mantuvieron en cautividad, cargados de grilletes, en compañía de los prisioneros beocios; sin embargo, al cabo de cierto tiempo, los pusieron en libertad a cambio de un rescate fijado a razón de dos minas por cabeza[367]. Por

---

[365] Los *clerucos* eran ciudadanos pobres que recibían un lote de tierra (*klêros*), que solía ser suficiente para sustentarse como hoplitas, en territorios sometidos y confiscados a los primitivos habitantes, constituyendo guarniciones permanentes de la ciudad que los enviaba. Este especial tipo de colonización (cf. J. Bérard, *L'expansion et la colonisation grecques jusqu'aux guerres médiques,* París, 1960, pág. 4) fue utilizado principalmente por Atenas en tiempos de su expansión imperial. En las *cleruquías* los colonos conservaban la ciudadanía originaria y no constituían comunidades independientes, estando sujetos a los deberes militares de los ciudadanos. Con este tipo de colonias (que, para su administración local, disponían de un consejo, asamblea, tribus y magistrados de tipo ateniense) se ayudaba económicamente a los necesitados, previendo su descontento, y a la vez se aseguraba una posición o dominio exterior.

[366] Literalmente, «criadores de caballos», actividad a la que sólo podían dedicarse las personas adineradas. Tanto en Calcis, como en Eretria, también en Eubea, el gobierno estaba en manos de una oligarquía dedicada a la cría y exportación de caballos, un animal que en Grecia era, por aquel entonces, relativamente raro y muy valioso. Cf. Aristóteles, *Política* IV 3, 2-3, 1289b-1290a.

[367] Aproximadamente, 846 gr. de plata. Sobre la determinación de esa suma como precio por la liberación de un prisionero, cf. VI 79, 1.

otra parte, los grilletes con que los cautivos habían estado encadenados los colgaron en lo alto de la acrópolis; dichos grilletes todavía seguían conservándose en mi tiempo, colgados de los muros medio calcinados por el incendio que provocó el Medo, enfrente del templo que mira a Occidente[368]. Asimismo, consagraron la décima 4
parte del dinero de los rescates encargando la ejecución de una cuadriga de bronce; dicha obra se alza a mano izquierda nada más entrar en los propileos de la acrópolis[369],

---

368 Según esto, los grilletes habrían sido colgados en el muro norte de la Acrópolis, frente a la *cella* occidental del antiguo Erecteo (cf., sin embargo, nota V 344). Los persas tomaron la Acrópolis (para todas las localizaciones arquitectónicas en la misma, cf. el plano de A. N. Oikonomides y N. Gouvoussis, *Akropolis von Athen*, Atenas, 1969) en 480 a. C. y la incendiaron; cf. VIII 53, 2.

369 Probablemente la cuadriga fue robada por los persas en 480, o destruida durante el incendio de la Acrópolis, por lo que los atenienses mandaron hacer una copia (que es la cuadriga que vio Heródoto) con ocasión de la victoria que obtuvieron sobre los beocios en Enofita, en 457 a. C., o bien después de que Pericles hubiese conquistado Eubea en 445 a. C. (entre los restos epigráficos encontrados en la Acrópolis, han aparecido fragmentos de dos pedestales, con algunas palabras de la inscripción que cita Heródoto, lo que prueba la existencia de la citada copia; cf. A. E. Raubitscheck, *Dedications from the athenian acropolis,* Cambridge Mass., 1949, págs. 191-194 y 201-205).

El pasaje, por otra parte, ha suscitado entre la crítica moderna distintas interpretaciones sobre la situación que ocupaba la ofrenda de los atenienses, y todavía no está bien determinada la ubicación de ese segundo monumento. Heródoto probablemente lo vio a la entrada de los antiguos propileos, que mandó edificar Pisístrato, mientras que Pausanias (I 28, 2) dice haberlo visto cerca de la estatua de Atena *Promachos* esculpida por Fidias. Lo más verosímil es que, en un principio, la cuadriga fuera erigida a la entrada de los antiguos propileos, y que se colocara en el lugar que cita Pausanias (es decir, en la zona central de la Acrópolis, a unos 40 m. de los propileos) cuando aquéllos fueron reconstruidos bajo la dirección de Mnesicles. Esto ha permitido suponer que el historiador no visitó Atenas con posterioridad a las obras de los nuevos

y en ella se halla grabada la siguiente inscripción[370]:

«A los pueblos beocio y calcideo los hijos
de Atenas domeñaron en las lides de la guerra,
y en lúgubre prisión, entre férreos grilletes, su arrogancia
[extinguieron.
A Palas estas yeguas ofrendaron, diezmo de su rescate».

78 Los atenienses, en suma, se habían convertido en una potencia. Y resulta evidente —no por un caso aislado, sino como norma general— que la igualdad de derechos políticos[371] es un preciado bien, si tenemos en cuenta que los atenienses, mientras estuvieron regidos por una tiranía, no aventajaban a ninguno de sus vecinos en el terreno militar; y, en cambio, al desembarazarse de sus tiranos, alcanzaron una clara superioridad[372]. Este hecho demuestra, pues, que,

---

propileos y que no conocía la nueva situación de la cuadriga (pero también puede pensarse que Heródoto, pese a haber visitado la ciudad con posterioridad a esa fecha, no modificara el texto que ya tenía escrito). Cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Introduction*, París, 1955 (= 1942), págs. 34-37.

[370] En dísticos elegíacos (el epigrama en cuestión se atribuía a Simónides, cf. Arístides, II 512). En la inscripción que figuraba en el pedestal de la primitiva cuadriga, los versos primero y tercero aparecían intercambiados. Cf. R. Meiggs y D. Lewis, *A selection of Greek historical inscriptions...*, págs. 29-30, con bibliografía y crítica de la cuestión.

[371] Es la *isēgoría;* es decir, la libertad de expresión, que implica igualdad política (cf. Pseudo-Jenofonte, *Const. de los atenienses* I 12). Posiblemente este logro de las reformas clisténicas era especialmente puesto de relieve por los Alcmeónidas, cuyo credo político tenía plena vigencia en la Atenas de mediados del siglo v a. C. Cf. J. D. Lewis, «Isegoria at Athens: when did it begin?», *Historia* 20 (1971), 129-140.

[372] Dentro del habitual desprecio que Heródoto muestra hacia los tiranos (cf. III 80), aparece aquí formulada por vez primera en la historia del pensamiento político griego, la estrecha relación existente entre la política interior de un Estado y su reflejo, afortunado o adverso, en la po-

cuando eran víctimas de la opresión, se mostraban deliberadamente remisos por considerar que sus esfuerzos redundaban en beneficio de un amo; mientras que, una vez libres, cada cual, mirando por sus intereses, ponía de su parte el máximo empeño en la consecución de los objetivos[373].

Tal era, en suma, la situación de los atenienses. Por su 79
parte los tebanos, poco después de dichos acontecimientos[374], enviaron delegados a consultar al dios[375], ya que deseaban vengarse de los atenienses. La Pitia, entonces, les respondió que con sus propias fuerzas no podrían vengarse, así que les aconsejó que remitieran la cuestión «al lugar en que abundan las palabras» y que posteriormente «recurriesen a sus más allegados[376]». Pues bien, al regreso de los 2
consultantes, se convocó una asamblea y transmitieron la respuesta del oráculo. Pero, al enterarse por las manifestaciones de los emisarios de que debían recurrir a sus más allegados, al oír, repito, tales manifestaciones, los tebanos

---

lítica exterior. Cf. Aristóteles, *Política* V 4, 8 (1304a); VI 7, 1 (1321a); Polibio, VI 3.

[373] Mientras que Jerjes, desde su posición de monarca absoluto, mantiene una opinión contraria (cf. VII 103, 4), Hipócrates (*Sobre los aires, aguas y lugares* 23) abunda en la afirmación del historiador, quien, sin embargo, no menciona en parte alguna la indudable importancia que la tiranía de Pisístrato tuvo para el futuro encumbramiento de Atenas.

[374] Probablemente en el año 505 a. C.

[375] A Apolo, en su santuario de Delfos.

[376] Heródoto debe de estar citando el contenido del oráculo empleando expresiones utilizadas por la Pitia. Por «el lugar en que abundan las palabras» hay que entender la asamblea, constituyendo una expresión poética propia de la lengua épica (cf. *Odisea* II 150). Por otra parte, la frase «que recurriesen a sus más allegados» también hay que atribuirla literalmente a la sacerdotisa, ya que ésta, en sus respuestas, solía expresarse en versos hexamétricos y la frase, en griego, puede ser final de hexámetro (*ágchista déesthai* = — — ⏑ ⏑ — —). Cf. H. W. Parke y D. E. W. Wormell, *The Delphic oracle...*, II, pág. 36, núm. 81.

exclamaron: «¿Pero nuestros más inmediatos vecinos[377] no son, de hecho, los tanagreos, los coroneos y los tespieos[378]? Y el caso es que esas gentes siempre pelean a nuestro lado y en la guerra comparten resueltamente todas nuestras cuitas. ¿Qué necesidad hay de recurrir precisamente a ellos? Pero mucho cuidado no vaya a ser que el significado del vaticinio no sea ése».

80 Mientras se hacían tales consideraciones, un sujeto, que finalmente dio con la solución, exclamó: «En mi opinión, creo comprender lo que el oráculo quiere decirnos. Según cuentan, Teba y Egina fueron hijas de Asopo[379]; dado que ambas eran hermanas, creo que el dios, con su vaticinio, nos ha ordenado recurrir a los eginetas para que nos ayuden a
2 vengarnos». Y, como no parecía vislumbrarse una interpretación más satisfactoria que la citada, enviaron sin pérdida de tiempo una delegación y —basando su petición en la

---

[377] Los tebanos, inicialmente, confunden la respuesta del oráculo, al interpretar el término *ágchista* (= «los más próximos») en sentido geográfico, y no familiar.

[378] Tanagra, Coronea y Tespia eran tres localidades de Beocia. La primera y la tercera (al igual que Tebas) se hallaban en el valle del Asopo, mientras que Coronea estaba en las proximidades del lago Copais. Todas las comunidades citadas pertenecían a la Liga beocia, un organismo sobre el que estamos mal informados (se ignora cuáles eran los derechos y obligaciones de las ciudades que la componían, qué tipo de reglamentos tenían vigencia, etc.), pero cuya jefatura ostentaba Tebas. Cf. J. A. O. Larsen, *Greek Federal States...*, págs. 26-40.

[379] En realidad, la ninfa Egina era hija del dios del río peloponesio Asopo (cf. Pausanias, II 5, 2), que desembocaba en el golfo de Corinto, cerca de Sición, mientras que Teba era hija de Zeus y descendía en cuarta generación de Deucalión y Pirra, la pareja que sobrevivió al diluvio (cf. *schol. Lyc.* 1206). La idea del parentesco entre Egina y Teba surgió porque el río que pasaba por Tebas se llamaba también Asopo, y ya Píndaro, *Ístmicas* V 37; VII 16 y sigs., se hacía eco de ella.

respuesta del oráculo— solicitaron a los eginetas que les prestaran ayuda, supuesto que eran sus más allegados. Entonces los eginetas, ante esta demanda, manifestaron que, en su socorro, iban a enviar con ellos[380] a los Eácidas[381].

Confiando en el apoyo de los Eácidas, los tebanos midieron sus fuerzas con los atenienses, pero sufrieron un duro revés a manos de estos últimos; así que despacharon nuevos embajadores, que devolvieron las estatuas de los Eácidas a los eginetas[382] y les pidieron hombres. Entonces los eginetas, ufanos de su gran prosperidad[383] y teniendo presente una antigua enemistad que abrigaban hacia los atenienses, ante la petición que en aquellos momentos les formulaban los tebanos, atacaron a los atenienses sin previa declaración de gue- 81 2

[380] Es decir, con los integrantes de la delegación tebana.

[381] Esto es, las estatuas de Éaco (hijo de Zeus y de Egina, y primer rey de la isla, por lo que era considerado progenitor de la estirpe egineta; cf. A. Töpffer, *s. v. Aiakos* (1), *R. E.* I, 1 [1894], cols. 923-926) y de sus hijos, Telamón y Peleo, que recibían especial veneración en la isla. Cf. VIII 64; 83; 84.

[382] Evidentemente, porque no les habían ayudado a vencer a los atenienses. En el plano religioso, la ineficacia de los Eácidas puede explicarse porque Áyax (cuyo nombre había sido elegido como epónimo de una de las diez nuevas tribus creadas por Clístenes; cf. V 66, 2), hijo de Telamón, había sido rey de Salamina y la isla pertenecía por aquel entonces a Atenas, donde Éaco también era venerado (cf. V 89, 3).

[383] El poderío de Egina (del que Heródoto da diversas pruebas) se debía a su expansión marinera (cf. IV 152, 3, donde se habla de la proverbial riqueza de un egineta), orientada hacia las costas del mar Negro, Siria y Egipto (cf. II 178, 3, donde el historiador cuenta que los eginetas poseían un templo propio en Náucratis). Como resultado de esa actividad, Egina fue el primer Estado griego que acuñó moneda propia (hacia 620 a. C., lo que prueba que su prosperidad no era reciente), creando un sistema para pesos y medidas que ejerció gran importancia en el mundo griego, pues Atenas lo adoptó para sus actividades comerciales. En general, cf. H. Winterscheidt, *Aigina. Eine Untersuchung über seine Gesellschaft und Wirtschaft*, Colonia, 1938.

3 rra[384]: mientras estos últimos hostigaban a los beocios, zarparon con sus navíos de combate contra el Ática y saquearon Falero, así como numerosos *demos* del resto de la costa[385], con lo que su acción causó un serio perjuicio a los atenienses.

Digresión sobre los orígenes de la enemistad existente entre Atenas y Egina

82 Por cierto que la enemistad que desde hacía tiempo mantenían los eginetas hacia los atenienses tuvo el siguiente origen[386]. El territorio de Epidauro no daba fruto alguno. Los epidaurios, como es natural[387], formularon, en el oráculo

[384] Según el derecho consuetudinario griego, antes de que dos Estados entrasen en guerra, se enviaban mutuos heraldos para tratar de arreglar las diferencias o para declarar la guerra. Cf. L. E. Law, «The pólemos akēruktos», *Classical Philology* 30 (1935), 164 y sigs.

[385] La costa ática del golfo Sarónico. El serio perjuicio para Atenas, aludido a continuación por el historiador, debió de consistir principalmente en los daños ocasionados por los eginetas a las instalaciones portuarias de Falero (cf. nota V 292).

[386] La digresión que comienza aquí, y que abarca hasta el capítulo 88, sobre la guerra que, a finales del siglo vi a. C., mantuvieron Atenas y Egina, se debe a la importancia de la misma: 1. Cuando los griegos dispuestos a luchar contra Jerjes celebraron una asamblea para poner fin a sus discordias internas, se reconoció explícitamente la gravedad del conflicto egineto-ateniense (cf. VII 145). 2. Temístocles había hecho construir la flota ateniense que luchó contra los persas en Salamina, y que tan decisiva fue para la victoria griega, precisamente para luchar contra Egina (cf. VII 144). 3. Tanto Atenas como Egina tuvieron una destacadísima actuación en Salamina, por lo que, a juicio de Heródoto, era menester explicar los motivos que habían llevado a enfrentarse a dos Estados que tanto hicieron por el bien de Grecia (aunque, como es habitual en el historiador, éste se limita a justificar el conflicto en base a causas históricamente marginales, sin preocuparse por las diferencias socio-políticas que enfrentaban a los oligarcas eginetas con los demócratas atenienses por el dominio comercial del Egeo occidental). Cf. N. G. L. Hammond, «The war between Athens and Aegina, c. 505-481 B. C.», *Historia* 4 (1955), 406 y sigs.

[387] Pues toda esterilidad de la tierra, el ganado y las mujeres era considerada un fenómeno sobrenatural para cuyo remedio se requería la ayuda divina (cf. I 167, 2; IV 151, 1).

de Delfos, una consulta relativa a esa calamidad; y la Pitia les aconsejó que erigieran unas imágenes en honor de Damia y Auxesia[388], ya que, si las erigían, las cosas les irían mejor. Los epidaurios, pues, preguntaron si debían hacer las 2 imágenes de bronce o de mármol; pero la Pitia les prohibió emplear tanto uno como otro material: tenían que hacerlas de madera de olivo cultivado[389]. En esa tesitura, los epidaurios solicitaron de los atenienses que les permitieran cortar algún olivo, pues sin duda consideraban que los olivos del Ática eran especialmente sagrados (es más, incluso se asegura que, salvo en Atenas, por aquellas fechas no había olivos en ningún otro lugar de la tierra[390]). Entonces los atenienses 3

[388] Dos divinidades relacionadas con la fecundidad de la tierra. Según la leyenda (cf. Pausanias, II 30, 4; 32, 2) habían sido dos jóvenes cretenses lapidadas en Trecén a causa de un desgraciado error y que, como reparación, fueron objeto de culto en esa ciudad, desde donde se extendió a Epidauro y a Laconia. Auxesia significa «la que hace crecer». El nombre de Damia plantea problemas etimológicos, pero su asociación con Auxesia y el que en Roma (a donde llegó desde Tarento; cf. Hesiquio, *s. v. Dámeia)* se la identificara con la *Bona Dea,* una divinidad de la tierra (cf. Ovidio, *Fast.* V 150 y sigs.), permiten relacionarla con Deméter. Cf. G. Giannelli, *Culti e miti della Magna Grecia,* Florencia, 1963, págs. 34-35.

[389] Es decir, a la manera de los antiguos *xóana* (sobre ellos, cf. nota V 360), que podían tener valor totémico como representantes visibles de la religión social de un pueblo (de manera parecida a como una bandera lo es de una nación).

[390] Pues, para los griegos, el olivo era el don que Atena había hecho a Atenas cuando se disputó con Posidón la soberanía sobre la ciudad; soberanía que consiguió la diosa con su regalo (cf., *infra,* VIII 55; y Apolodoro, III 14, 1); de ahí que se afirmara que, en tiempos, sólo hubo olivos en el Ática. El carácter sacrosanto de los olivos áticos, justificado por esa tradición, se explicaba también porque en el Ática ciertos olivos tenían carácter sagrado (estaban ofrendados a Zeus *Mórios)* y se hallaban protegidos por la ley (cf., por ejemplo, el discurso de Lisias, *Sobre el olivo).*

manifestaron que estaban dispuestos a permitírselo a condición de que, todos los años, llevasen ofrendas a Atenea *Políade* y a Erecteo[391]. Dado que los epidaurios accedieron a esos requisitos, vieron satisfecha su demanda y, con la madera de esos olivos, mandaron tallar unas imágenes que, posteriormente, erigieron. Y, como su tierra les daba fruto, ellos cumplían el compromiso contraído con los atenienses.

83 Por esas fechas[392] los de Egina, como habían hecho hasta entonces, todavía obedecían a los epidaurios[393]; y, entre otras muestras de sumisión, los eginetas se trasladaban a Epidauro para, en los pleitos que se suscitaban entre ellos, responder de los cargos y plantear sus demandas. Pero, posteriormente, se construyeron naves y, cediendo a los dictados de su orgullo, se independizaron de los epidau-
2 rios[394]. Entonces, debido a las encontradas diferencias que

[391] Sobre Atenea *Políade,* cf. nota V 337. Erecteo hace referencia aquí a Erictonio, su abuelo, con quien a veces es confundido, y que era hijo de Hefesto y la tierra. En busca de armas, Atenea bajó a la fragua del dios Hefesto y éste, inducido por Posidón, intentó poseerla violentamente. La diosa le rechazó, pero el semen de Hefesto fecundó a *Gea.* Atenea, entonces, recogió al recién nacido (mitad hombre, mitad serpiente, como hijo de *Gea),* que pasó por hijo suyo y que posteriormente reinó en Atenas.

[392] No es posible fijar una cronología aproximada para lo que el historiador ha contado en el capítulo precedente. Tan sólo que los hechos se remontan, como mínimo, a la segunda mitad del siglo VII a. C.

[393] Los eginetas eran dorios procedentes de Epidauro (cf. VIII 46; PAUSANIAS, II 29, 5), de ahí su dependencia de la ciudad de la Argólide y la costumbre de trasladarse allí a dirimir sus pleitos. Cf. PH. GAUTHIER, *Symbola. Les étrangers et la justice dans les cités grecques,* Nancy, 1972, págs. 349-351.

[394] La independencia de Egina debió de producirse definitivamente hacia el año 600 a. C., cuando Periandro, el tirano de Corinto, tomó Epidauro (cf. III 52, 7).

mantenían, se dedicaron a saquear el territorio de Epidauro, ya que, como es natural, gozaban de superioridad en el mar; y, en concreto, les robaron las citadas imágenes de Damia y Auxesia, y se las llevaron[395], instalándolas en un lugar del interior de su isla, cuyo nombre es Oya, que aproximadamente dista unos veinte estadios de la capital[396]. Tras haberlas instalado en dicho lugar, procuraron 3
propiciarse a las diosas con sacrificios y mediante coros de mujeres que tenían por misión lanzar improperios[397], nombrándose, de paso, diez coregos[398] masculinos para cada una de las dos divinidades (por cierto que los coros no dirigían sus procacidades contra ningún hombre, sino contra las mujeres del lugar). Los epidaurios, por su parte,

---

[395] De esta manera la independencia política se consumaba también en el plano religioso, a la vez que se intentaba conseguir la protección de esas divinidades agrícolas. Cf. el traslado de Juno a Roma desde Veyes (LIVIO, V 22).

[396] Aproximadamente, unos 3,5 km. de Egina (la isla y su capital se llamaban igual). Es posible que Oya fuese un lugar sagrado desde antes de la llegada de los dorios a la isla (el nombre quizá esté relacionado con una aldea pelasga del Ática). Una inscripción de Egina, perteneciente al siglo V a. C. (*Inscriptiones Graecae* IV 1588), contiene un inventario de los bienes que poseía un templo de *Mnia* y *Auzesia*.

[397] El intercambio de insultos obscenos y de procacidades rituales aparece en el culto de divinidades relacionadas con la fecundidad del suelo y de los seres vivos: misterios eleusinos (cf. ARISTÓFANES, *Ranas* 384 y sigs.), festividades en honor de Dioniso (cf. ARISTÓFANES, *Avispas* 1362), las *Tesmoforias*, o festividades agrarias en honor de Deméter (cf. nota II 601), etc. Por esos detalles, el culto de Damia y Auxesia, en el que las mujeres parece ser que desempeñaban un papel capital, puede relacionarse con el culto a Deméter.

[398] Los coregos eran los ciudadanos que costeaban los ensayos y el vestuario de los coros de música y baile (según se desprende del texto, en el culto a Damia y Auxesia intervenían veinte coros) en las ceremonias miméticas de culto y, posteriormente, en los concursos dramáticos.

poseían también los mismos ritos; e incluso cuentan con ritos secretos[399].

84 Tras el robo de dichas imágenes, los epidaurios dejaron de cumplir el compromiso contraído con los atenienses, por lo que éstos les enviaron una delegación para hacer patente su descontento. Pero los epidaurios les demostraron palpablemente que no eran reos de delito alguno, pues, mientras habían tenido las imágenes en su país, habían cumplido el compromiso contraído; pero, como se habían visto privados de ellas, no era justo que siguieran aportando las ofrendas, sino que debían exigírselas —les indicaron— a quienes las
2 tenían en su poder, a los eginetas. Ante esas manifestaciones, los atenienses enviaron emisarios a Egina para reclamar las imágenes; pero los eginetas respondieron que ellos no querían saber nada con los atenienses.

85 Pues bien, según los atenienses, después de haber presentado la reclamación, fueron enviados, comisionados por el Estado, algunos conciudadanos suyos, a bordo de un solo trirreme[400], quienes, al llegar a Egina, trataron de arrancar de sus pedestales las imágenes en cuestión para llevárselas, alegando que estaban hechas con madera de su propiedad.
2 Pero, en vista de que no podían apoderarse de ellas de esa manera, amarraron unas cuerdas a las imágenes y se pusieron a arrastrarlas; sin embargo, mientras las estaban arras-

---

[399] Probablemente relacionados con la fertilidad y en los cuales no podrían tomar parte los hombres (el carácter femenino de los ritos queda patente por la exclusión de los varones en las injurias rituales de los coros; cf. II 60, 2).

[400] El empleo del trirreme, en lugar del pentecontero (cf. nota III 210), como navío de combate hace pensar en una fecha próxima a comienzos del siglo V a. C. (cf., no obstante, V 86, 4). El trirreme poseía tres bancos de remeros superpuestos por cada flanco y una dotación de ciento sesenta remeros, veinte tripulantes de cubierta, seis oficiales y doce soldados.

trando, se oyó de improviso un trueno, trueno al que acompañó un terremoto. Como consecuencia de dichos fenómenos los ocupantes del trirreme, que estaban arrastrando las imágenes, perdieron el juicio y, presas de locura, empezaron a matarse unos a otros como si entre sí fuesen enemigos, hasta que, de todos ellos, sólo quedó uno, que fue quien regresó a Falero[401].

Así es, en suma, como, al decir de los atenienses, suce- 86
dieron los hechos. Sin embargo los eginetas aseguran que los atenienses no arribaron con un solo navío (pues a uno solo, o a un número ligeramente superior, habrían podido rechazarlo fácilmente, aun cuando se hubiese dado la circunstancia de que ellos no hubieran contado con naves), sino que se lanzaron sobre su isla con una poderosa flota, por lo que, sin presentarles batalla en el mar, por su parte decidieron dejarles vía libre. Ahora bien, no pueden indicar con 2
absoluta precisión el siguiente extremo: si el motivo que los impulsó a dejarles vía libre fue el reconocimiento de su inferioridad para librar una batalla naval, o si fue el deseo de llevar a cabo un determinado plan que, de hecho, pusieron en práctica[402]. El caso es que los atenienses, dado que nadie 3
se aprestaba a presentarles batalla, desembarcaron de las naves y se dirigieron hacia las imágenes; pero, como no podían arrancarlas de sus pedestales, acabaron por amarrarles unas cuerdas y se pusieron a arrastrarlas, hasta que, durante el

[401] De esta manera, pues, las divinidades castigaban a los sacrílegos. Cf. otros casos similares en PAUSANIAS, III 16, 9; VII 19, 3; ATENEO, 672b; y *vid.* K. DANIELS, *Religieushistorische Studie over Herodotus*, Amberes, 1946.

[402] Con la ayuda de los argivos, como se especifica al final del capítulo. Es muy propio de la técnica narrativa de Heródoto presentar, sobre un mismo suceso, versiones diferentes que se complementan u oponen (cf. TH. SPATH, *Das Motiv der doppelten Beleuchtung bei Herodot*, Viena, 1968), lo que prueba su buena fe de historiador. En este caso, las versiones de atenienses y eginetas difieren en los detalles, pero no en los resultados.

arrastre, las dos imágenes (una afirmación que, a mi juicio,
carece de credibilidad, aunque puede tenerla para alguna
otra persona[403]) hicieron lo mismo: ambas cayeron de hi-
nojos ante ellos y, a raíz de entonces, siguen estando en esa
4 posición[404]. Esto es, en suma, lo que, según los eginetas, hi-
cieron los atenienses; y, por lo que a ellos se refiere, asegu-
ran que, al tener noticias de que los atenienses se disponían
a atacarlos, alertaron a los argivos[405]. Pues bien, cuando los

---

[403] Es también propio del pensamiento de Heródoto (que está en la línea del pensamiento tradicional, tanto en el de la poesía, como en el de la novelística, como en el del pragmatismo humano) rechazar todo aquello que se halla en contradicción con las leyes de la naturaleza, aunque no por ello deja de mencionarlo; cf. III 116, 2; IV 25, 1; 42, 4.

[404] Lo que cuenta el historiador es una leyenda etiológica creada para explicar algo que no era comprendido ya: la posición arrodillada, o en cuclillas, de las estatuas arcaicas (posiblemente la posición adoptada por las mujeres para el parto —que sería la propia de unas divinidades relacionadas con la fertilidad, como Damia y Auxesia; cf. *Himno a Apolo* 116 y sigs. sobre idéntica posición adoptada por Leto al alumbrar a Apolo y Ártemis; y Pausanias, VIII 48, 7, sobre la posición en que era representada, en Tegea, *Auge*, una divinidad de la fecundidad, cuyo nombre está relacionado con el de Auxesia. Contra esta interpretación, cf., sin embargo, Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre* V..., pág. 119, nota 2—, o bien una actitud ritual adoptada en época arcaica en las plegarias dirigidas a los dioses ctónicos), ya que la posición arrodillada resultaba humillante para un griego. Cf. Ch. Picard, *Manuel d'Archéologie Grecque. La Sculpture, I, Période archaïque*, París, 1935, págs. 239-240.

[405] Los argivos pudieron acudir en calidad de mercenarios (cf. I 61, 4), aunque también es posible que Argos, Epidauro (que, en caso contrario, habría negado el paso por su territorio a los argivos) y Egina estuviesen coligadas contra Atenas. El problema fundamental que presenta el pasaje es el de su datación, pues, aunque la cita al trirreme ateniense, en V 85, 1, sugiere una fecha tardía, las medidas relativas a la prohibición de que fuese importada cerámica ateniense a Egina y a la modificación introducida en Atenas en el atuendo de las mujeres (narradas en los capítulos siguientes) tienen que ser an-

atenienses habían desembarcado ya en Egina, se presentaron los argivos —que desde Epidauro habían pasado en secreto a la isla—, para socorrer a los eginetas. Y, como los atenienses se hallaban desprevenidos, cayeron sobre ellos y les cortaron la retirada, aislándolos de sus naves; fue justamente entonces cuando los atenienses oyeron el trueno y sintieron el terremoto.

En definitiva, la versión de argivos y eginetas —y con 87
ella coinciden los propios atenienses— es que tan sólo hubo un expedicionario que consiguiera regresar sano y salvo al
Ática. Ahora bien, mientras que los argivos pretenden que 2
ese sujeto fue el único superviviente, porque ellos aniquilaron al ejército ático, los atenienses afirman que lo hizo la divinidad[406].

Pero, en cualquier caso, ni siquiera ese sujeto —dicen— fue el único superviviente, sino que halló la muerte de la siguiente manera. A su regreso a Atenas, como es natural informó del desastre; y, al enterarse de lo ocurrido, las mujeres cuyos maridos habían tomado parte en la incursión contra Egina, indignadas de que sólo él, de entre todos los expedicionarios, se hubiera salvado, se arremolinaron alrededor de dicho individuo y empezaron a darle punzadas con las fíbulas de sus vestidos, al tiempo que cada una de ellas le preguntaba dónde se encontraba su res-
pectivo marido. Así fue como también pereció ese sujeto; y, 3
por su parte, los atenienses consideraron que la conducta de sus mujeres era un desatino más deplorable, si cabe, que el

teriores a 550 a. C., sin que la relación entre ambas sea necesaria. Cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte*, II..., pág. 307.

[406] Sin duda por las razones apuntadas en la nota V 404 y, sobre todo, para salvaguardar el prestigio nacional, al atribuir el desastre de una expedición a causas sobrenaturales.

revés sufrido[407]. Lo cierto es que no sabían con qué podrían castigarlas, así que simplemente hicieron que, en lugar del tipo de vestido que lucían, adoptaran el jonio; pues resulta que, con anterioridad a este incidente, las mujeres atenienses llevaban un vestido de tipo dorio, muy similar al de Corinto. En su lugar, pues, hicieron que adoptaran la túnica de lino, para evitar que, en lo sucesivo, tuviesen que utilizar fíbulas[408].

---

[407] En una sociedad predominantemente patriarcal, los actos de violencia cometidos por las mujeres tenían que llamar forzosamente la atención. Además de este episodio (que también cita Duris, fr. 24, *F. Gr. Hist.* 76, aunque atribuye la victoria sobre los expedicionarios atenienses a los espartanos, en lugar de a los argivos), Heródoto recuerda en VI 138 el asesinato colectivo de los lemnios a manos de sus mujeres; y, en IX 5, 3, el linchamiento de los familiares de un cobarde por parte de las atenienses.

[408] Este castigo impuesto por los atenienses a sus mujeres, cambiándoles el tipo de atuendo para que no necesitaran emplear fíbulas, es la causa anecdótica imaginada para explicar una evolución real del vestido femenino. En el vestuario femenino griego hay que distinguir dos tipos: el dórico y el jónico. El primero, más antiguo; y el segundo, importado de Asia Menor, donde lo utilizaban los pueblos allí establecidos (frigios, lidios y carios). El vestido dórico (el usado en Corinto debía de ser una variedad caracterizada por alguna peculiaridad que desconocemos) era de lana y carecía de mangas; cerrado por un costado, en el otro iba abierto (de ahí su nombre: *schistós chitōn)* y abrochado con fíbulas (Íbico llama a las mujeres espartanas *phainomērídas*, porque llevaban descubiertas las piernas en ese lado). El vestido jónico era una fina túnica de lino, con mangas (y por eso se le denominaba *cheiridōtós chitōn)* y cosida por ambos extremos, de ahí que no necesitara fíbulas. En general, cf. L. y J. Heuzey, *Histoire du costume dans l'antiquité classique*, París, 1935.

No obstante, esta evolución de la indumentaria femenina señalada por el historiador plantea problemas de consonancia con otras fuentes, ya que Tucíd., I 6, indica que, con anterioridad a las guerras médicas, los atenienses utilizaban el *quitón* jónico, que luego cambiaron por el vestido dorio, por lo que resulta difícil admitir que, en Atenas, cada sexo modificara su tipo de indumentaria de manera diferente.

Y por cierto que, a decir verdad, ese tipo de vestido no 88
es originario de Jonia, sino de Caria[409]; pues, de hecho, antiguamente el tipo de vestido de las mujeres griegas era en todas partes el mismo, ese que en la actualidad denominamos dorio[410].

Por su parte, los argivos y los eginetas, con ocasión, 2
asimismo, de esos acontecimientos, decidieron dar rango de ley a la siguiente disposición: en sus respectivos países las fíbulas deberían sobrepasar en la mitad el tamaño usual por aquellas fechas, y en el santuario de sus diosas[411] las mujeres habrían de consagrar fundamentalmente fíbulas de ese tipo[412]. Además, en el santuario no se podría introducir el menor objeto del Ática, ni siquiera una pieza de cerámica;

---

[409] Hay que recordar que, según Heródoto (cf. I 146, 2), los jonios habían tomado por esposas a mujeres carias. Por otra parte, la ausencia total de fíbulas en las tumbas excavadas en Caria podría confirmar ese origen cario del tipo de vestido jonio. Cf. R. Long, «Greeks, Carians and the Purification of Delos», *American Journal of Archaeology* 62 (1958), 303.

[410] La escultura y la cerámica demuestran más bien que, durante la época arcaica, el vestido jonio era el utilizado (por lo menos en Atenas), y que, tras las guerras médicas, se generalizó el dorio, posiblemente como resultado de una reacción antiasiática, contraria al lujo y al refinamiento excesivos.

[411] Posiblemente en los santuarios de Afea, en Egina, y de Hera, en Argos; aunque también puede ser que el santuario de Egina estuviese consagrado a Damia y Auxesia. En cualquier caso, el historiador es poco explícito.

[412] Lo que dice Heródoto puede ser una explicación *a posteriori* de ciertas reglas cultuales o religiosas. Las mujeres solían ofrendar, antes del matrimonio (cf. IV 34, 1; Pausanias, I 43, 4), o después de haber dado a luz, objetos que utilizaban para adornarse o bien que ellas mismas habían hecho (cf., para otros lugares, *Schol.* Calímaco, I 77; *Antología Palatina* VIII 200 y sigs.). El inventario citado en la nota V 396 contiene, en efecto, gran número de fíbulas; pero esas ofrendas abundaban en otros santuarios dorios (en los templos de Afea y Hera argiva, por ejemplo, se han encontrado muchas fíbulas).

sino que, en lo sucesivo, en dicho lugar era preceptivo beber
3 en recipientes de fabricación local[413]. En suma que, desde aquellos lejanos días, las mujeres de Argos y de Egina, por hostilidad hacia los atenienses, han llevado (y en mi época todavía lo hacían) fíbulas más grandes que antes.

89 El origen de la enemistad que contra los atenienses abrigaban los eginetas comenzó tal y como he contado. Así pues, por aquel entonces[414], ante la petición de ayuda formulada por los tebanos, los eginetas, que conservaban un cabal recuerdo de lo que había ocurrido con las imágenes, prestaron a
2 los beocios un decidido apoyo. En ese sentido, los eginetas se dedicaron a devastar las costas del Ática. Y, cuando los atenienses estaban dispuestos a organizar una expedición contra Egina, llegó un oráculo procedente de Delfos aconsejándoles que aguardasen treinta años y que, treinta y un años después de la ofensa que les habían inferido los eginetas, emprendieran la guerra contra Egina tras haber dedicado a Éaco[415] un recinto sagrado, ya que las operaciones se desarrollarían conforme a sus deseos; en cambio, si iniciaban las hostilidades inmediatamente, en ese plazo de tiempo[416] sufrirían numero-

[413] Las excavaciones americanas en el Hereo de Argos han confirmado la ausencia de cerámica ática perteneciente al apogeo del estilo de figuras negras y a los comienzos del estilo de figuras rojas, lo cual parece implicar la aplicación de una medida que prohibía la importación de cerámica ática, medida que debió de abarcar desde 550 a 480 a. C., sin duda como protección a las manufacturas ceramistas del país.

[414] En 505 a. C. El historiador reemprende el hilo de la narración interrumpido en el capítulo 81.

[415] Cf. nota V 379. Como Éaco era el héroe protector de Egina, los atenienses intentarían propiciárselo al dedicarle un *témenos*, para evitar que favoreciese a los eginetas.

[416] Es decir, hasta que transcurrieran treinta años. El oráculo en cuestión debió de pronunciarse cuando Egina fue definitivamente sometida por Atenas, en 457 a. C. (cf. Tucíd., I 108, 4-5; Diodoro, XI 78, 3-4; y N. G. L. Hammond, «Studies in Greek Chronology...», págs. 406 y sigs.), de manera que, según Delfos, el oráculo habría sido emitido en 488. Co-

sos reveses (y también ellos causarían muchos a sus enemigos), si bien, a la postre, lograrían aniquilarlos. Cuando el ci- 3
tado oráculo llegó a oídos de los atenienses, dedicaron a Éaco ese sagrado recinto que en la actualidad se alza en el ágora[417]; sin embargo, ante las afrentas que habían sufrido por parte de los eginetas, no se resignaron a seguir la indicación de que era menester aguardar treinta años.

Esparta, ante el auge de Atenas, decide reponer a Hipias en la tiranía

Pero, mientras se estaban pre- 90
parando para vengarse, cierta maniobra que promovieron los lacedemonios impidió la realización de sus planes[418]. Resulta que, cuando los lacedemonios se enteraron de las intrigas de los

mo, en esas fechas (o quizá antes de la batalla de Maratón, pues no hay unanimidad en la crítica; cf. A. Andrewes, «Athens and Aegina, 510-480 B. C.», *Annual British School Athens* 37 [1936-37], 1 y sigs.), Atenas y Egina se hallaban en guerra (cf. VI 88-93), es posible que Heródoto atribuyera el oráculo a este año, 505 a. C., cuando en realidad los sacerdotes delfios se referían a la guerra que tuvo lugar a comienzos del siglo v. El error del historiador (justificado por la vaguedad del oráculo, que sólo anunciaba mutuos reveses para atenienses y eginetas) parece, además, factible si tenemos en cuenta que en 505 Atenas no era todavía la potencia naval que sería solamente unos años después.

[417] Tanto si los atenienses dedicaron el recinto a Éaco en 505 a. C., como si lo hicieron con ocasión de la guerra de comienzos del siglo v, es indudable que los persas lo destruyeron durante la segunda guerra médica. Por lo tanto, el *témenos* que vio el historiador habría sido reconstruido, quizá por decisión expresa de Cimón (cf. VI 105, 3), cuya familia decía descender de Éaco. Un ara situada al norte del *ágora* de Atenas, ante el altar de los Doce Dioses (sobre ellos, cf. nota II 30), podría pertenecer a ese sagrado recinto.

[418] En realidad no fue la tentativa que llevaron a cabo los espartanos por reponer la tiranía de Hipias —que es lo que a continuación pasa a relatar el historiador— lo que impidió a Atenas atacar Egina, sino la falta de una flota lo suficientemente poderosa como para enfrentarse con plenas garantías de éxito a los eginetas. Cf. L. H. Jeffery, «The campaign

Alcmeónidas ante la Pitia, y de las de esta última en detrimento de sus intereses y en el de los Pisistrátidas[419], se sintieron doblemente dolidos, porque habían expulsado de su patria a unos individuos que estaban ligados a ellos por vínculos de hospitalidad[420] y porque dicha acción no les había granjeado la menor muestra de agradecimiento por parte de
2 los atenienses. Pero, es más, al margen de esas consideraciones, les inducían a actuar los oráculos[421] que afirmaban que los atenienses iban a infligirles numerosas y graves afrentas; oráculos cuyo contenido habían ignorado hasta entonces y que conocieron por esas fechas, ya que Cleómenes los llevó a Esparta. (Por cierto que Cleómenes se hizo con los oráculos en la acrópolis de Atenas; dichos oráculos habían estado anteriormente en poder de los Pisistrátidas[422], pero, al verse expulsados, los dejaron en el santuario[423]; así que, como habían sido abandonados, Cleómenes se apoderó de ellos.)

91 Dado, pues, que por esas fechas se habían apoderado de los oráculos, y en vista de que el poderío de los atenienses iba en aumento y de que no se mostraban en absoluto dispuestos a obedecer sus órdenes, los lacedemonios, com-

---

between Athens and Aegine», *American Journal of Philology* 83 (1962), 44 y sigs.

[419] Cf., *supra*, V 63, 1.

[420] Cf. nota V 291.

[421] Los oráculos de carácter político se hicieron muy frecuentes en Grecia desde mediados del siglo VI a. C. (cf. VIII 141, 1, y TUCÍD., II 8, 2). No se alude, pues, a respuestas oraculares propiamente dichas, sino a algo similar a lo que luego serían en Roma los *libri fatales*.

[422] Sobre la relación de los Pisistrátidas con las corrientes proféticas, cf. nota V 257, y W. W. HOW y J. WELLS, *A commentary on Herodotus*, II..., págs. 343-344.

[423] El templo de Atenea *Políade*.

prendiendo que, si la nación ática se veía libre, llegaría a alcanzar una potencia similar a la suya[424], mientras que, si se hallaba bajo el yugo de una tiranía, sería débil y estaría dispuesta a acatar órdenes, al tomar conciencia, repito, de todo ello, hicieron que Hipias, el hijo de Pisístrato, se personara desde Sigeo, en el Helesponto, [donde estaban refugiados los Pisistrátidas[425]].

Una vez que Hipias acudió a su llamada, los espartiatas 2
convocaron, asimismo, a representantes de sus diversos aliados[426] y les dijeron lo siguiente: «Aliados, en nuestro fuero interno reconocemos no haber obrado correctamente, pues, incitados por falsos oráculos, expulsamos de su patria a unas personas que estaban ligadas a nosotros con lazos de hospitalidad sumamente cordiales y que nos garantizaban la

---

[424] Quizá puede aquí atisbarse por vez primera una idea que cobraría cuerpo en la segunda mitad del siglo v a. C.: que la verdadera causa de la guerra del Peloponeso fue el temor de Esparta ante el poderío de Atenas (en contra, sin embargo, cf., entre otros, D. KAGAN, *The Outbreak of the Peloponnesian War*, N. York-Londres, 1969), tal y como fue reflejada por Tucídides. Cf. J. ALSINA, «En torno a la cuestión tucidídea», *Boletín Instituto Estudios Helénicos* 5 (1971), 33 y sigs.

[425] Cf. V 65, 3. La gestión de los lacedemonios para que Hipias regresara de Sigeo debió de tener lugar hacia el año 500 a. C. En realidad, tanto la expulsión de Hipias, en 511-510 a. C., como el proyecto de reinstaurarlo en la tiranía, eran dos medios (aparentemente contradictorios) que para los espartanos tenían idéntico objetivo: atraer a Atenas a la liga peloponesia. Cf. J. A. O. LARSEN, «Sparta and the Ionian Revolt»..., págs. 136 y sigs.

[426] Éste es el primer testimonio que nos informa sobre un Congreso federal peloponesio (reunión que no habían convocado los lacedemonios cuando Cleómenes trató de conseguir la tiranía para Iságoras en 506 a. C.; cf. V 74-76). *Vid.* J. A. O. LARSEN, «The constitution of the Peloponnesian League», *Classical Philology* 28 (1933), 257-276.

sumisión de Atenas[427]. Y, una vez hecho esto, entregamos la ciudad, acto seguido, a un pueblo ingrato, que, en cuanto, gracias a nuestra intervención, se vio libre y pudo levantar cabeza, nos despachó de la manera más ignominiosa a nosotros y a nuestro rey; un pueblo cuyo poderío, alimentando ansias de gloria, va en aumento, como ya han podido comprobar a la perfección sus vecinos, los beocios y los calcideos, y como pronto podrá comprobar igualmente cualquier otro que se descuide.

3 En suma, puesto que, al actuar como lo hicimos, cometimos un error, vamos a tratar ahora de repararlo con vuestro concurso. Ésta, precisamente, es la razón de que hayamos hecho venir a Hipias, aquí presente, así como a vosotros desde vuestras ciudades: para, mediante una estrategia combinada y una expedición, asimismo combinada, propiciar su regreso a Atenas y restituirle lo que por nuestra parte le quitamos.

Oposición de los corintios. Digresión sobre la tiranía de los Cipsélidas

92 Esto fue lo que dijeron los lacedemonios; sin embargo, la mayoría de los aliados no acogió favorablemente sus palabras. En ese sentido, mientras que los demás permanecían en silencio, el corintio Socles[428] se expresó en
α los siguientes términos: «A buen seguro que el cielo va a

---

[427] Heródoto debe de estar siguiendo las interpretaciones negativas que, sobre la actuación de los Pisistrátidas, circulaban en Atenas mediado el siglo v, pues lo cierto es que, pese a las buenas relaciones existentes entre aquéllos y Esparta, la tiranía ateniense siguió siempre una política exterior independiente. Cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 19.

[428] O, según la lectura que presentan algunos manuscritos, *Sosicles*. El discurso que a continuación pronuncia el citado corintio (haciéndolo mediante un exordio de tipo poético que recuerda un tópico de la literatura antigua, conocido sobre todo por la famosa oda II del primer libro de Horacio) no debe de ser histórico, pues no es verosímil que pronunciara un discurso tan largo para hacer hincapié en la inconveniencia de la tira-

quedar bajo la tierra, y la tierra por el aire, sobre el cielo[429]; y, por su parte, los hombres instalarán su residencia en el mar y los peces donde antaño moraban los hombres, puesto que sois precisamente vosotros, lacedemonios, quienes estáis dispuestos a abolir regímenes políticos igualitarios[430] y a restablecer en las ciudades tiranías, la cosa más injusta y sanguinaria que existe entre el género humano[431]. Pues si 2
resulta que este régimen político —es decir, que las ciudades sean regidas por tiranos— os parece verdaderamente idóneo, comenzad vosotros por imponer un tirano en vuestra propia patria y, sólo así, podréis tratar de imponérselo a los demás. Pero lo cierto es que vosotros, que desconocéis lo que es un tirano y que estáis celosamente en guardia para

---

nía. Es posible que Heródoto insertase en este punto la historia de los Cipsélidas por no encontrar un lugar más apropiado para hacerlo.

[429] Socles probablemente concibe la tierra como un disco plano situado bajo una sólida bóveda celeste. Cf. CH. VAN PAASEN, *The classical traditions of Geography*, Groningen, 1957, págs. 65 y sigs. La intervención del corintio comienza con una afirmación *ex adynátou*, mediante la cual se expresa la sorpresa ante un hecho, parangonándolo con fenómenos naturales de imposible cumplimiento según las leyes físicas conocidas. Cf. ARQUÍLOCO, fr. 74, E. DIEHL, *Anthologia Lyrica Graeca* 3, Leipzig, 3.ª ed., 1954; VIRGILIO, *Églogas* I 60; OVIDIO, *Tristia* I 8, 1 y sigs.; etc.

[430] El término empleado *(isocratía)* es equivalente a *isonomía* (sobre este último, cf. nota III 400). No obstante, en labios de un corintio que, además, está hablando ante un consejo de delegados de ciudades que poseían regímenes aristocráticos, no puede equipararse a la consigna política que expresaba el carácter propio de la democracia. En este caso la *isocratía*, por oposición a la tiranía, se refiere a un régimen político en el que hay igualdad de derechos para una pluralidad de ciudadanos, sin que esa pluralidad se refiera a la totalidad, y ni tan siquiera a la mayoría.

[431] Pues la esencia de la tiranía griega era su irresponsabilidad ante la ley y los demás miembros de una comunidad. Cf. III 80, 2-6.

evitar que dicho régimen llegue a darse en Esparta[432], no os preocupáis de que afecte a vuestros aliados[433]. Ahora bien, si supierais, como nosotros, lo que es la tiranía, podríais opinar sobre el particular con mayor conocimiento de causa que ahora.

β En efecto[434], el régimen político que tenían los corintios era, concretamente, una oligarquía, cuyos integrantes, llamados Baquíadas[435], gobernaban la ciudad y concertaban los matrimonios de sus hijas, y los suyos propios, en el ámbito de su familia. Pues bien, Anfión, que era un miembro de dicho clan, tuvo una hija coja, cuyo nombre era Labda[436]. Como ningún Baquíada quería casarse con ella, la desposó

[432] Eso cabía deducir del carácter dual de la monarquía espartana, que era interpretado como una medida antitiránica. Sobre el desconocimiento que los espartanos tenían de la tiranía, cf. Tucíd., I 18, 1.

[433] O, según otra interpretación que permite el texto, «os comportáis vergonzosamente con vuestros aliados» (M. F. Galiano, *Heródoto...*, pág. 130, sugiere también: «lo intentáis imponer inicuamente a vuestros aliados»).

[434] Se refiere al «como nosotros» anterior, e indica el comienzo de la argumentación de Socles en el sentido de la experiencia que, por haberla sufrido, tenían los corintios de la tiranía.

[435] Los Baquíadas constituían un clan aristocrático, compuesto por unas doscientas familias, que gobernó en Corinto desde 750 hasta 620 a. C., aproximadamente; cf. Ed. Will, *Korinthiaka...*, págs. 295-362. Se consideraban descendientes de Heracles —por lo tanto eran dorios— y ejercían el poder mediante la renovación anual de presidente *(prýtanis)*, que se elegía entre sus propios miembros (cf. Pausanias, II 4, 4; Diodoro, VII, fr. 9; Estrabón, VIII 6, 20; Nicolao de Damasco, fr. 57, *F. Gr. Hist.* 90). Los Baquíadas impulsaron notablemente el poder marítimo de Corinto y el desarrollo de su industria cerámica.

[436] Posiblemente un apodo, suponiendo que su cojera estuviese motivada por tener una pierna más corta que otra, igual que la letra *l (labda* o *lambda)* mayúscula, cuya grafía era Λ. Cf. *Etymologicum Magnum*, s. v. *Blaisós*.

Eetión, hijo de Equécrates, que era natural del *demo* de Petra[437], si bien, por sus antepasados, era Lapita y descendía de Ceneo[438]. Eetión no tenía hijos de dicha mujer ni de ninguna otra, por lo que se fue a Delfos para preguntar si tendría descendencia. Y, nada más entrar en el templo, la Pitia se dirigió a él con los siguientes versos: 2

«Eetión, nadie te estima, pese a que acreedor a estimación [eres.
Labda está encinta y parirá un peñasco,
que caerá sobre los déspotas y hará justicia[439] *en Corinto».*

Esta profecía que el oráculo vaticinó a Eetión llegó, fuera como fuese, a conocimiento de los Baquíadas, que no habían podido interpretar el vaticinio dirigido tiempo atrás a Corinto; un vaticinio de sentido análogo al recibido por Eetión, y que rezaba como sigue: 3

437 Posiblemente Petra se hallaba situada al sur de Corinto, en una zona elevada desde la que se dominaba la ciudad (cf. Er. Meyer, *Petra* (1), *R. E.*, 19, 1 [1937], cols. 1165-1166). El término *demo* (= municipio, distrito administrativo), utilizado en este contexto, es inadecuado. Heródoto está empleando terminología ateniense.

438 Los lapitas eran miembros de una antigua tribu prehelénica de Tesalia, que se consideraban descendientes de Lapites, hijo de Apolo, y de una hija del dios fluvial Peneo (es decir, que Eetión pertenecía a la población predoria de Corinto). Cf. Pausanias, II 4, 4; V 18, 7-8. Pese a que intervinieron en numerosas leyendas, la más famosa es la relativa a la lucha que mantuvieron contra los Centauros, cuando éstos trataron de forzar a Hipodamía, la novia del rey lapita Pirítoo, durante sus esponsales. Ceneo era el más célebre lapita después de Pirítoo, ya que era invulnerable. Como los Centauros no podían herirlo debido a esa cualidad, le arrojaron tres árboles y murió sepultado bajo ellos (cf. Acusilao, fr. 22, *F. Gr. Hist.* 2).

439 Prefiero esta traducción a la de «castigar», de acuerdo con la interpretación de W. den Boer, «The Delphic oracle concerning Cypselus», *Mnemosyne* 10 (1957), 339.

«Preñada está un águila entre roquedales[440]*, y parirá un [león*[441] *formidable*
y sanguinario, que segará muchas vidas.
Tened, pues, esto bien en cuenta, corintios, que habitáis [cabe
a la hermosa Pirene y a la escarpada Corinto[442]»*.*

γ Este oráculo, que los Baquíadas habían recibido tiempo atrás, permanecía, digo, sin descifrar; pero, en aquellos momentos, cuando se enteraron del que había recibido Eetión, de paso comprendieron inmediatamente el primer vaticinio, dado que presentaba concordancia con el de Eetión. No obstante, pese a haber comprendido, asimismo, su significado, guardaron silencio, con el propósito de suprimir al hijo que iba a tener Eetión. Y, en cuanto su mujer dio a luz,

---

[440] Al igual que en el primer verso del vaticinio que la Pitia dictó a Eetión había un juego de palabras (en forma de aliteración) entre el último elemento de Ee*ti*ón y una paronomasia, con dos formas de la raíz *ti-*, «honrar» (que he preferido traducir por «estimar», para conservar, en la medida de lo posible, el efecto lingüístico griego), en este vaticinio también se produce una paronomasia entre el término «águila» (en griego *Aietós)* y el nombre de Eetión (en dorio *Aetíōn),* mientras que la localización «entre roquedales» (en griego *en pétrēsi)* está claramente relacionada con el nombre del pueblo del que era natural Eetión (en griego *Pétrē).*

[441] El león aparece aquí indudablemente como símbolo del poder real (cf. I 84, 3; VI 131, 2).

[442] Pirene era una famosísima fuente que existía en Corinto (cf. Píndaro, *Olímpicas* XIII 161). Es posible que, primitivamente, recibiera ese nombre un pequeño manantial situado en la Acrocorinto, la acrópolis de la ciudad (cf. Pausanias, II 5, 1); nombre que luego se aplicó también a la fuente pública más importante de la ciudad (cf. Pausanias, II 3, 2), situada cerca del ágora. Con la referencia a la «escarpada Corinto» el oráculo se refería sin duda a la Acrocorinto, una impresionante mole rocosa de 564 m. de altura que domina la ciudad. En general, cf. G. Roux, *Pausanias en Corinthe*, París, 1958, págs. 116-117.

enviaron al *demo* en que residía Eetión a diez de los suyos para que mataran a la criatura[443].

Cuando dichos sujetos llegaron a Petra, entraron en la casa de Eetión y solicitaron ver al niño. Entonces Labda, que no tenía idea del objeto de su visita y que creía que solicitaban verlo por deferencia hacia el padre, trajo al pequeño y lo puso en brazos de uno de ellos. (Lo cierto es que, de camino, dichos individuos habían decidido que el primero de ellos que cogiera al niño lo estrellaría contra el suelo.) 2

Pues bien, cuando Labda, después de traer a su hijo, se lo hubo entregado, por un milagroso azar el niño sonrió al sujeto que lo había cogido; y, al percatarse de ello, un sentimiento de piedad le impidió matarlo. Entonces se lo pasó, conmovido, a uno de sus compañeros, éste a un tercero, y así, de uno en uno, la criatura pasó sucesivamente por las manos de todos ellos —de los diez cómplices—, sin que ninguno se prestase a acabar con su vida. Por consiguiente, le devolvieron el niño a la madre y salieron de la casa. No obstante, parados junto a la puerta, se enzarzaron en mutuos reproches y sobre todo culpaban al primero que había cogido al pequeño, por no haber actuado según lo convenido; hasta que, por fin, al cabo de un rato, decidieron entrar de nuevo y perpetrar el asesinato solidariamente. 3 4

Pero el destino quería[444] que la descendencia de Eetión fuera un germen de desgracias para Corinto. Efectivamente, Labda, pegada a la puerta, lo estaba escuchando todo; y, 5

[443] Nicolao de Damasco, fr. 57, 2-3, *F. Gr. Hist.* 90, da una versión diferente del episodio: Eetión, informado del propósito de los Baquíadas, envió a su hijo a Olimpia, donde quedó a salvo. Posiblemente esta versión deriva de la existencia en Olimpia de un cofre en el que, según la tradición, se salvó Cípselo. Cf. nota V 446.

[444] Cf. nota V 134.

ante el temor de que cambiasen de opinión y de que volvieran a coger al niño para matarlo[445], se lo llevó, ocultándolo en el escondrijo que, a su juicio, era el más inverosímil —en una jarra[446]—, ya que tenía la certeza de que, si regresaban y se ponían a buscar, iban a registrarlo todo; que fue lo que
2 en realidad sucedió. Los diez sujetos entraron en la casa y empezaron a buscar al pequeño; pero, como no aparecía, decidieron marcharse y comunicar a quienes les habían enviado que habían cumplido fielmente sus órdenes; así que se fueron y eso fue lo que manifestaron.

ε Entretanto, con el paso del tiempo, el hijo de Eetión fue creciendo; y, como había escapado al citado peligro gracias a la jarra, para llamarlo se le impuso el nombre de Cípselo. Pues bien, cuando se hizo un hombre, Cípselo, que se halla-

[445] Según esto, Labda sólo habría oído que los diez sujetos se culpaban entre sí del fracaso de su misión, pero no su determinación de volver a entrar en la casa.

[446] El lugar en que Labda escondió a su hijo ha planteado serios problemas de identificación. Pausanias (V 17, 5; 19, 1-10) describe minuciosamente un cofre *(lárnax)* de cedro ricamente decorado que se encontraba en el Hereo de Olimpia, afirmando que fue en tal cofre donde se escondió a Cípselo; y, para justificar el nombre de Cípselo (que no significa «cofre»), asegura que «por aquellas fechas (es decir, cuando nació Cípselo) los corintios daban el nombre de *cipselas* a los cofres». Sin embargo, lo más posible es que el cofre que vio Pausanias en Olimpia (cf. H. Stuart Jones, «The chest of Kypselos», *Journal of Hellenic Studies* 14 [1894], 30-80) fuera una ofrenda posterior de los tiranos de Corinto (cf. Dión Crisóstomo, XI 45), que no guardaba relación alguna con lo que aquí cuenta Heródoto. A juzgar por las monedas de la ciudad de Cípsela, en el valle del Hebro, en Tracia, *kypsélē* significaría «jarra» (tal vez una gran jarra cilíndrica de las que se guardaban en la cocina para conservar los alimentos; cf. Ed. Will, *Korinthiaka...*, págs. 472-475). Sin embargo, G. Roux, *«Kypsélē», Revue Études Anciennes* 65 (1963), 279 y sigs., ha apuntado la posibilidad de que ese término signifique «colmena»; y habría sido en una colmena vacía donde Labda escondió a su hijo, un lugar ciertamente idóneo para ello.

ba en Delfos formulando una consulta, recibió un oráculo sumamente favorable[447], por lo que, depositando su confianza en él, se lanzó sobre Corinto y se apoderó de la ciudad[448]. Por cierto que el contenido del oráculo fue el si- 2
guiente:

«Dichosa esa persona que bajando está a mi morada,
Cípselo, hijo de Eetión, soberano de la gloriosa Corinto
tanto él como sus hijos, pero ya no los hijos de sus hijos[449].»

Ésa fue, en suma, la afirmación del oráculo. Y, una vez erigido en tirano, he aquí la clase de hombre que fue Cípselo: desterró a muchos corintios, a otros muchos los privó de sus bienes, y a un número sensiblemente superior de la vida[450].

---

[447] Literalmente «favorable por ambos lados»; es decir, desde cualquier punto de vista. Semejante significado no parece estar en consonancia con el contenido del oráculo que a continuación se cita, ya que, pese a asegurar la realeza a Cípselo, no le predecía la fundación de una larga dinastía. Lo más probable es que el último hexámetro de la profecía se añadiera *post eventum*, una vez que la tiranía de los Cipsélidas había sido derribada en Corinto.

[448] Durante la oligarquía de los Baquíadas, Cípselo fue *polemarco* (un magistrado con funciones militares y policiales); y, en el ejercicio de su cargo, debió de ganarse el favor de la parte de la población predoria y popular. Cf. Nicolao de Damasco, fr. 57, 5-8, *F. Gr. Hist.* 90; y S. I. Oost, «Cypselus the Bacchiad», *Classical Philology* 67 (1972), 10 y sigs.

[449] Los hijos de Periandro (Cípselo y Licofrón) no accedieron a la tiranía a la muerte de su padre (cf. III 50-53), sino que ésta pasó a un primo suyo apodado Psamético, que sólo fue tirano por espacio de tres años. Cf. Aristóteles, *Política* V 12 (1315b 26), y Nicolao de Damasco, fr. 60: «el pueblo destruyó las moradas de los tiranos, confiscó sus bienes, arrojó el cadáver de Cípselo (= Psamético; el apodo quizá se debía a las relaciones comerciales de Corinto con Egipto) fuera del país y violó las tumbas de sus antepasados».

[450] Sin duda esta afirmación —que en parte es cierta— responde al odio que en Corinto existía a finales del siglo vi contra la tiranía de los Cipsélidas, que fomentaron la opulencia de Corinto desple-

ζ Cípselo ejerció el poder por espacio de treinta años[451] y
su vida fue afortunada hasta el final, sucediéndole en la tira-
nía su hijo Periandro[452]. Pues bien, al principio Periandro se
mostró más benévolo que su padre; pero, desde el momento
en que, por medio de mensajeros, entró en contacto con
Trasibulo, el tirano de Mileto[453], se volvió mucho más san-
2 guinario, si cabe, que Cípselo. Resulta que despachó un he-
raldo a la corte de Trasibulo para preguntarle que con qué
tipo de medidas políticas conseguiría asegurar sólidamente

---

gando una amplia actividad comercial marítima, favorecida por los dos puertos con que contaba la ciudad; el de Lequeo, en el golfo corintio, base para sus relaciones comerciales con Occidente; y el de Cecreas, en el golfo Sarónico, que centralizaba el comercio de la ciudad con Asia y el Mediterráneo Oriental. En la segunda mitad del siglo VII a. C., Corinto realizó su primera emisión de moneda, en plata, y se convirtió en la primera potencia comercial griega, sin competidora posible en las manufacturas de bronces y cerámicas. Cf. Ed. Will, *Korinthiaka...*, págs. 488-502.

[451] La cronología de los Cipsélidas en Corinto es controvertida. Según la cronología alta, fijada por el *canon* de Apolodoro (cf. F. Jacoby, «Apollodors Chronik», *Philologische Untersuchungen*, Berlín, 1902, págs. 405 y sigs.), Cípselo fue tirano en Corinto desde 655 a 625 a. C., aproximadamente. Sobre los problemas cronológicos y las diferentes fechas que se han propuesto, cf. J. Ducat, «Note sur la chronologie des Kypsélides», *Bulletin Corresp. Hellénique* 85 (1961), 418 y sigs.

[452] Periandro fue tirano de Corinto durante algo más de cuarenta años; poco más o menos, de 625 a 585 a. C. (cf. Aristóteles, *Política* V 12, 3 = 1315b). Y, a diferencia de su padre —que ejerció el poder absoluto manteniendo las magistraturas existentes—, reunió en su persona todos los cargos existentes con anterioridad, suprimiéndolos (posiblemente porque encontró oposición entre los aristócratas corintios, que ansiaban un retorno a la oligarquía; de ahí la afirmación de Heródoto de que fue más cruel que su padre). Cf., además, Diógenes Laercio, I 94-100.

[453] Sobre las relaciones entre Periandro y Trasibulo, cf. I 20, y Ed. Will, *Korinthiaka...*, págs. 548 y sigs.

su posición y regir la ciudad con el máximo acierto. Enton-
ces Trasibulo condujo fuera de la capital al emisario de Pe-
riandro, entró con él en un campo sembrado y, mientras re-
corrían el trigal, empezó a formularle al heraldo repetidas
preguntas sobre los motivos de su viaje desde Corinto; y, de
paso, cada vez que veía que una espiga sobresalía, la tron-
chaba —hecho lo cual, la arrojaba al suelo—, hasta que,
con semejante proceder, acabó por destruir lo más espléndi-
do y granado del trigal[454]. Y, una vez atravesado el labran- 3
tío, despidió al heraldo sin haberle dado ni un solo consejo.

Cuando el heraldo regresó a Corinto, Periandro estaba
ansioso por conocer el consejo. Pero el emisario le respon-
dió que Trasibulo no le había dado ninguno, y que él estaba
sorprendido de que Periandro lo hubiera enviado a la corte
de un sujeto como aquél, un loco rematado que destrozaba
sus posesiones (y le contó detalladamente lo que le había
visto hacer a Trasibulo).

Sin embargo, Periandro comprendió el comportamiento η
de Trasibulo y se percató de que le aconsejaba asesinar a los
ciudadanos más destacados; de manera que, a partir de en-
tonces, hizo gala, contra los corintios, de la crueldad más
absoluta, pues todo aquello que el despotismo asesino y per-
secutorio de Cípselo había dejado intacto, lo remató Perian-
dro[455].

---

[454] Como Periandro, según fuentes peripatéticas, formaba parte de los «Siete Sabios», personajes más o menos legendarios que vivieron en los siglos VII y VI a. C., y que rindieron notables servicios a las comunidades griegas como jueces, legisladores, etcétera, no es extraño que Aristóteles, *Política* III 13 (1284a y siguientes); V 10 (1311a 20) invierta los términos en la anécdota que cuenta Heródoto y haga que Periandro sea el maestro y Trasibulo el discípulo. La anécdota pasó luego a Roma, entre Tarquinio el Soberbio y el mensajero que le envió su hijo Sexto (cf. Livio, I 54; Dionisio de Halicarnaso, *Ant. Rom.* IV 56, 1-3).

[455] Para la tradición antigua, Periandro había sido el prototipo del tirano cruel, de acuerdo con las características con que se definía a la tira-

Y por cierto que, en un solo día, hizo que se desnudaran todas las mujeres de Corinto para propiciarse a su esposa
2 Melisa[456]. Resulta que había enviado emisarios a orillas del río Aqueronte[457], en el país de los Tesprotos[458], para formular a su mujer una consulta, en el lugar en que se invoca a los muertos[459], a propósito de cierta suma de dinero que le había dejado en depósito un huésped[460]; pero, una vez que se hubo aparecido, Melisa se negó a darle una pista y a revelarle en qué lugar se hallaba la suma de dinero, pues tenía frío —dijo— y estaba desnuda, ya que los vestidos que su marido había enterrado con ella no le servían para nada por no haber sido incinerados[461]. Y, para demostrar a Periandro que lo que decía era verdad, le indicó que él había introducido sus panes en el horno frío.

---

nía en los siglos V y IV a. C. (hasta el punto de que PLATÓN, *Protágoras* 343a, no lo incluía entre los «Siete Sabios»).

[456] A la que Periandro había matado involuntariamente (cf. DIÓGENES LAERCIO, I 94; PAUSANIAS, II 28, 8). Sobre Melisa, cf. nota III 258.

[457] Río del Epiro, cuyo curso está plagado de zonas pantanosas, es en parte subterráneo y atraviesa una garganta larga y de aspecto siniestro, por lo que era considerado una entrada al mundo de los muertos. Cf. TUCÍD., I 46; PAUSANIAS, I 17, 5.

[458] Los tesprotos habitaban en la zona meridional del Epiro (cf. VIII 47, 1) y debieron de constituir el primitivo núcleo de indoeuropeos que poblaron la zona hasta Dodona. En época de Heródoto se habían visto reducidos a la zona litoral, aproximadamente desde la latitud de Corcira hasta la costa frontera a Accio.

[459] Por ser un lugar (como en Figalia, en Arcadia, cf. PAUSANIAS, III 17, 9; Heraclea Póntica, en Bitinia, cf. PLUTARCO, *Cimón* 6) por el que podía llegarse al mundo de los muertos y del que, en consecuencia, los espectros podían salir al exterior.

[460] Como en Grecia la hospitalidad implicaba amistad reforzada por vínculos religiosos, en castellano este término viene a equivaler a «un íntimo amigo suyo» (de Melisa).

[461] Ya que, al permanecer los vestidos en su estado material, el muerto no podía servirse de ellos en el mundo de ultratumba.

Cuando, al regreso de los emisarios, le fue transmitida a 3
Periandro esta respuesta (en ese sentido, la prueba aducida le resultaba convincente, puesto que se había unido carnalmente a Melisa cuando ésta era ya cadáver[462]), nada más, insisto, recibir el mensaje, lanzó un bando para que todas las mujeres de Corinto se dirigieran al templo de Hera[463]. Como es natural, ellas acudieron, luciendo sus mejores galas, como si se tratase de una fiesta. Pero Periandro, que había apostado subrepticiamente a sus guardias, hizo que, sin excepción alguna, todas ellas —tanto las mujeres libres como las sirvientas— se desnudaran[464]; y acto seguido mandó incinerar los vestidos, que había hecho reunir en una fosa, al
tiempo que dirigía una plegaria a Melisa[465]. Hecho esto, en- 4
vió nuevos consultores y el espectro de Melisa le indicó el

---

462 NICOLAO DE DAMASCO (entre otras aberraciones sexuales que se atribuían a Periandro, como haber mantenido relaciones con su madre, Cratia; cf. DIÓGENES LAERCIO, I 95) también afirma que Periandro abusó del cadáver de su esposa; cf. fr. 59, 2.

463 Se trata del templo de Hera *Bunaia* («la de la colina»; advocación bajo la que era venerada la diosa en Corinto), situado en una elevación del terreno entre la Acrocorinto y la ciudad, al oeste de la misma; cf. PAUSANIAS, II 4, 7.

464 Esta anécdota que narra Heródoto sobre la expoliación de las mujeres de Corinto revela, en realidad, un aspecto de las medidas que Periandro adoptó contra el excesivo lujo que reinaba en Corinto (cf. NICOLAO DE DAMASCO, fr. 58: «Periandro impidió a los ciudadanos comprar esclavos... imaginando sin cesar trabajos para ellos. Quien permanecía sentado en el ágora era castigado...»). Cf. C. MOSSÉ, *La tyrannie dans la Grèce Antique...*, págs. 32 y sigs.

465 La necromancia, que aparece ya en HOMERO *(Odisea* XI 25) y ESQUILO *(Persas* 598 y sigs.), se practica en este episodio de manera oficial en un santuario especializado. Con el paso del tiempo este tipo de ritos acabarían degenerando en pura hechicería; cf. G. GERMAIN, *Genèse de l'Odyssée,* París, 1958, págs. 371 y sigs.

lugar en que había depositado la suma de dinero que le confiara su huésped.

En esto —enteraos bien— consiste la tiranía, lacedemonios, y a tales extremos llega. A nosotros, los corintios, nos invadió desde el principio una profunda extrañeza al ver que hacíais venir a Hipias; pero lo cierto es que en estos momentos nuestra extrañeza es mayor, si cabe, ante vuestras manifestaciones, por lo que os suplicamos, en el nombre de los dioses de Grecia, que no establezcáis tiranías en las ciudades. ¿Que no desistiréis, sino que, contra toda justicia, haréis lo posible por propiciar el regreso de Hipias? Pues tened presente que los corintios, desde luego, no están de acuerdo con vosotros[466]».

93 Esto fue lo que dijo Socles como portavoz de la delegación corintia. Entonces Hipias, poniendo por testigos a los mismos dioses que invocara Socles, le respondió que, indefectiblemente, iban a ser los corintios quienes, más que nadie, echarían en falta a los Pisistrátidas, cuando les llegasen los días que el destino había fijado para que se viesen en
2 dificultades por causa de los atenienses[467]. Hipias le respon-

[466] Al igual que el intento espartano de reponer a Hipias en la tiranía respondía a una línea política que no estaba en contradicción con la expulsión del tirano en 511-510 a. C. (cf. nota V 425), la oposición de los corintios responde a las mismas razones que les habían impulsado a negarse, en 506 a. C., a colaborar con los lacedemonios en su pretensión de apoyar a Iságoras (cf. nota V 358).

[467] Las dificultades a que alude Hipias serían ante todo comerciales (a comienzos del siglo v a. C., Corinto temía más a Egina que a Atenas), y tendrían su punto de partida en la creación, a instancias de Temístocles, de una poderosa flota ateniense, lo que permitió a Atenas iniciar una política expansiva que acabaría culminando en la Guerra del Peloponeso. Sobre las relaciones corintio-atenienses en el siglo v, cf. G. E. M. de Ste. Croix, *The origins of the Peloponnesian War*, Londres, 1972, págs. 211-224. Todo este proceso pudo haber sido previsto por Hipias, pero lo más probable es que la profecía que Heródoto pone en labios del tirano sea *post eventum*.

dió en esos términos porque era la persona que mejor, y más a fondo, conocía los oráculos[468].

Por su parte, los demás aliados[469] se habían mantenido en silencio hasta entonces; pero, después de haber oído a Socles expresarse con entera libertad, todos y cada uno de ellos prorrumpieron en exclamaciones y se adhirieron a la opinión del corintio, pidiendo encarecidamente a los lacedemonios que no llevasen a cabo ningún atentado contra el régimen de una ciudad griega.

Excurso sobre las luchas entre Atenas y Mitilene por la posesión de Sigeo

Así pues, este proyecto quedó 94
suspendido. Entretanto, cuando Hipias abandonó Esparta, Amintas de Macedonia le ofreció Antemunte[470], mientras que los tesalios le ofrecieron Yolco[471]. Pero él rehusó ambas ofertas y regresó nuevamente a Sigeo, plaza que Pisístrato había arrebatado a los mitileneos a punta de lanza. Y por cierto que, una vez dueño de ella, impuso como tirano a su hijo Hegesístrato[472] —un

---

[468] Cf. notas V 257 y 421.

[469] Es decir, los demás aliados *de Esparta* que asistían al primer congreso federal peloponesio. Cf. V 91, 2.

[470] Ciudad de la Calcídica, a orillas del río del mismo nombre. Las relaciones entre Macedonia y los Pisistrátidas (sobre ellas, cf. P. Cloché, *Histoire de la Macédonie...*, pág. 32) debían de haber comenzado en época de Pisístrato, por los intereses que el tirano ateniense tenía en la zona del río Estrimón y en el golfo Termaico. Cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 15.

[471] A orillas del golfo de Págasas. Los tesalios habían sido aliados de los Pisistrátidas en su lucha contra los lacedemonios en 511-510 a. C. Cf., *supra*, V 63-64.

[472] Hegesístrato (sobre él, cf. nota V 293; y Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre V...*, pág. 130, nota 3, que da una interpretación diferente) era hijo de una argiva (y era ilegítimo porque su padre, Pisístrato, ya estaba casado [cf. I 61, 1] y la bigamia no estaba permitida entre los griegos) y debió de nacer *ca.* 559-558 a. C. (cf. K. J. Davies, *Athenian Propertied Families...*, págs. 445-448). Según eso, la conquista de Sigeo por parte de Pisístrato tendría lugar entre 545-540 a. C., tras

bastardo al que había tenido de una mujer argiva—, quien conservó, no sin librar batallas, la herencia que había recibi-
2 do de Pisistrato. En efecto, mitileneos y atenienses —tomando aquéllos como base la ciudad de Aquileo[473], y éstos la de Sigeo— mantuvieron hostilidades por espacio de largo tiempo[474]; los mitileneos reclamaban la posesión de la comarca[475], pero los atenienses no admitían sus pretensiones y, además, demostraban con argumentos que los eolios no tenían, sobre la zona de Ilión, más derechos que ellos o que todos los demás griegos que habían ayudado a Menelao a vengar el rapto de Helena.

95 Mientras estuvieron en guerra, en las batallas se produjeron toda suerte de incidentes; en cierta ocasión, concreta-

---

regresar a Atenas después de su primer exilio, y el nombramiento de Hegesístrato para el cargo de tirano tuvo que producirse con posterioridad a 540 a. C. Cf. J. G. F. Hind, «The 'Tyrannis' and the exiles of Pisistratus»..., págs. 1 y sigs.

[473] Aquileo era una ciudad de la Tróade situada a la entrada del Helesponto. Su nombre se debía a que, en las cercanías de la ciudad, se hallaba, según la tradición, la tumba de Aquiles. La distancia que separaba Aquileo de Sigeo era de unos 5 km.

[474] En realidad, en la guerra que atenienses y mitileneo sostuvieron por la posesión de Sigeo hubo dos fases (que Heródoto no precisa). La primera tuvo lugar entre 610 y 600 a. C., y terminó con el arbitraje de Periandro a que se alude en el capítulo siguiente. La segunda (Atenas, evidentemente, debió perder el control de la plaza en el curso de esos años) tuvo lugar entre 545-540, y fue en la que, por parte ateniense, intervino Pisístrato. Cf. B. Virgilio, «Le guerre del Sigeo e l'arbitrato di Periandro (H. V, 94-95)», *Commento storico...*, págs. 152-158.

[475] Porque Sigeo se encontraba en territorio eolio. El interés ateniense por la plaza (cf. Esquilo, *Euménides* 397) se debía a su gran importancia estratégica, ya que controlaba la entrada al Helesponto desde el mar Egeo, con lo que Atenas, deficitaria en cereales (cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 2), podía asegurarse el aprovisionamiento de trigo del Ponto.

mente, durante una refriega que tuvo lugar y en la que los
atenienses se alzaron con la victoria, el poeta Alceo[476] salvó
la vida dándose a la fuga, si bien los atenienses se apodera-
ron de sus armas y las colgaron adosadas al templo de Ate-
nea en Sigeo. Y por cierto que Alceo relató lo ocurrido en 2
un poema[477], que hizo llegar a Mitilene para informar de su
percance a Melanipo, un amigo suyo.

Quien logró que mitileneos y atenienses llegaran a un armisticio fue Periandro, el hijo de Cípselo, ya que ambos bandos recurrieron a su arbitraje[478]; las condiciones del armisticio fueron las siguientes: cada parte mantendría en su poder la zona que controlaba[479]. Así fue, en definitiva, como Sigeo pasó a manos de los atenienses.

---

[476] Poeta originario de Mitilene, principal representante, con Safo, de la poesía lírica eolia. Como Alceo nació hacia 640 a. C., es indudable que este incidente tuvo lugar durante la primera guerra entre atenienses y mitileneos (entre 610-600). Sobre la participación de Alceo en la guerra de Sigeo (en la que se produjo un famoso enfrentamiento entre el mitileneo Pítaco y el ateniense Frinón — un magnífico luchador, pues había vencido en el *pancracio* de la Olimpíada 36 = 636 a. C. —, con la victoria del primero; episodio que Heródoto no cita ante la indignación de Plutarco, *De Herod. malig.* 15), cf. D. Page, *Sappho and Alcaeus,* Oxford, 1970 (= 1955), págs. 152-161.

[477] Del poema apenas si se nos han conservado unas líneas muy fragmentarias; cf. fr. 7, vv. 17-20, *L. P.* (= E. Lobel y D. Page, *Poetarum Lesbiorum Fragmenta,* Oxford, 1955) = *Pap. Oxyrh.* 2307 F 7.

[478] El arbitraje de Periandro (al que aluden también Aristóteles, *Retórica* I 15, 29-31 = 1375b; Estrabón, XIII 1, 38; Diógenes Laercio, I 74) debió de tener lugar hacia el año 600 a. C. K. J. Beloch *(Griechische Geschichte,* I, 2..., pág. 316) ponía en tela de juicio su historicidad, considerándolo una invención de la tradición antigua para corroborar la inclusión del tirano de Corinto entre los «Siete Sabios». Pero el que Heródoto, además de otras fuentes, lo mencione puede ser un indicio de su veracidad, pues el historiador no era precisamente un admirador de las tiranías.

[479] Es decir, que el arbitraje que puso fin a esta primera guerra se atuvo a la base del *uti possidetis,* frecuente en las soluciones de los conflic-

96 *Intrigas de Hipias ante Artáfrenes. Atenas rompe abiertamente con los persas*

Entretanto Hipias, tras llegar a Asia procedente de Lacedemonia, removía cielo y tierra, calumniando a los atenienses ante Artáfrenes y haciendo todo lo posible para que
2 Atenas cayera en sus manos y en las de Darío[480]. Ésa era, en suma, la táctica que seguía Hipias; y, por su parte, los atenienses, al tener noticias de sus intrigas, enviaron emisarios a Sardes[481] con el propósito de impedir que los persas prestaran oídos a los exiliados de Atenas. Pero Artáfrenes los conminó a admitir el regreso de Hipias, si es que querían permanecer a salvo de riesgos. En esa tesitura los atenienses, como es natural, se negaron a aceptar el ultimátum que les presentaban; y su decisión de no aceptarlo significaba enemistarse abiertamente con los persas.

97 *Atenas resuelve apoyar a los jonios sublevados*

Pues bien, justamente en el preciso momento en que adoptaban dicha actitud, con lo que se habían granjeado la hostilidad de los persas[482], Aristágoras de Mileto, que había sido expulsado de Esparta por el lacedemonio Cleóme-

---

tos. Cf. L. Piccirilli, *Gli arbitrati interstatali greci*, Pisa, 1973, págs. 28-35.

[480] Estilísticamente puede tratarse de una histerología, ya que, recurriendo a los persas, Hipias sólo podría conseguir nuevamente la tiranía de Atenas con la previa sumisión de la ciudad a Darío; pero no lo es psicológicamente, ya que a Hipias sólo le importaba recobrar el poder, trayéndole sin cuidado quién fuese su valedor.

[481] Probablemente en 500-499 a. C.

[482] O, según otra interpretación que permite el texto, «y en que se veían calumniados ante los persas». Pero es preferible la traducción propuesta, pues la enemistad entre Atenas y Persia era una consecuencia de la decisión adoptada por los atenienses de no admitir el regreso de Hipias; mientras que las calumnias habían tenido un origen anterior a la resolución de Atenas.

nes[483], llegó a Atenas[484]; pues esta ciudad era la más poderosa del resto de Grecia[485]. Y, una vez en presencia del pueblo[486], Aristágoras repitió lo mismo que manifestara en Esparta a propósito de las riquezas de Asia y de la manera de combatir de los persas, haciendo hincapié en que no empleaban escudos ni lanzas y en que resultarían una presa fácil[487]. Éstos fueron, en suma, los argumentos que esgrimió; 2
y, a lo dicho, agregó que los milesios eran colonos de los atenienses[488], por lo que, en buena lógica, cabría esperar que estos últimos, que constituían una gran potencia, les

---

[483] Cf. V 51, 3. Heródoto reemprende el hilo de la narración interrumpido a comienzos del capítulo 55 con la digresión sobre la historia de Atenas desde el asesinato de Hiparco.

[484] En invierno del año 499 a. C.

[485] Es decir, salvedad hecha de Esparta.

[486] Esto es, ante la asamblea popular o *ecclēsía*, organismo integrado por todos los ciudadanos y que representaba el poder soberano fundamental. En Atenas su convocatoria corría a cargo del Consejo o *bulé*.

[487] Cf. V 49, 3-4.

[488] Mileto pasaba por ser fundación del ateniense Neleo, hijo del mítico rey Codro (cf. nota V 303). Suponiendo que el discurso de Aristágoras en Atenas sea histórico, aparece aquí por vez primera la idea de que Atenas fundó las ciudades jonias. En ello hay parte de verdad (cf. la afirmación de Heródoto en I 147, 2; además, los jonios ocupaban por aquellas fechas, aparte del Ática, otras regiones de Grecia), pero también hay explotación del hecho por parte de la propaganda política. Mientras que en época arcaica (cf. SOLÓN, fr. 4 DIEHL) Atenas no desdeñaba sus relaciones étnicas con los jonios de Asia, el siglo v ateniense muestra un desprecio generalizado hacia ellos (cf. IV 142; TUCÍD., V 9, 1; VI 77, 1; VIII 25, 5), por haber sido esclavizados por los bárbaros y por su carácter orientalizante; si bien —y por razones propagandísticas— Atenas se atribuía el liderazgo de los jonios (cf. IX 106, 3; TUCÍD., III 86, 3-4; VI 82).

brindaran protección. Y, dada la entidad de la demanda, no hubo promesa que no hiciera, hasta que consiguió persuadirlos. Parece, pues, que resulta más fácil engañar a muchas personas que a un solo individuo, si tenemos en cuenta que Aristágoras no pudo engañar a una sola persona —al lacedemonio Cleómenes—, y en cambio logró hacerlo con treinta mil atenienses[489].

3 El caso es que los atenienses se dejaron convencer y, en la votación que tuvo lugar, decidieron enviar veinte naves[490]

---

[489] Heródoto sigue insistiendo en el carácter oportunista e intrigante de Aristágoras. Desde luego, en las reuniones de la asamblea popular ateniense jamás tomaban parte treinta mil personas (el quórum era de seis mil, pero, por lo general, no solían asistir ni siquiera cinco mil ciudadanos; cf. Tucíd., VIII 72); pero esa cifra (que se repite en VIII 65, 1; y que aparece también en Aristófanes, *Las Asambleístas* 1132; Platón, *Banquete* 175e) sí que debe de ser el número aproximado de ciudadanos de Atenas en esa época, lo que supondría unos ciento cincuenta mil habitantes para la totalidad del Ática hacia 500-490 a. C. Cf. A. W. Gomme, *The population of ancien Athens in the fifth and fourth centuries B. C.*, Chicago, 1967 (= Oxford, 1933), págs. 1-35; en particular, pág. 26 y gráfico 1.

[490] Este escaso apoyo ateniense está justificado por tres motivos: 1. Porque Atenas no era en 499 la potencia naval que sería 15 años después. 2. Porque la tensión con Egina era permanente y enviar más navíos hubiese sido peligroso. 3. Por razones de política interior. Cabe preguntarse —pues este punto no lo aclara Heródoto— si los atenienses acogieron unánimemente la petición jonia de socorro y si la mayoría que votó el envío de las naves fue una gran mayoría (había habido en Atenas partidarios de una alianza con Persia, cf. V 73, que quizá en esos momentos no estarían dispuestos a afrontar una ruptura definitiva; en la ciudad seguiría habiendo partidarios de Hipias y éste se hallaba conspirando ante Artáfrenes; finalmente, los adversarios aristocráticos del régimen clisténico no verían con buenos ojos el apoyo a unos jonios insurrectos que, como medida política, habían decidido implantar la *isonomía* en sus ciudades; cf. V 37, 2). En general, cf. A. W. Gomme, «Athenian politics 510-483 B. C.». *American Journal of Philology* 65 (1944), 321 y sigs. (= *More. Essays in Greek history and Literature*, Oxford, 1962, págs. 19 y sigs.).

en auxilio de los jonios, designando, como comandante de las mismas, a Melancio, un individuo que, entre sus conciudadanos, gozaba de un gran prestigio en todos los órdenes. Estas naves, por cierto, fueron un germen de calamidades tanto para griegos como para bárbaros[491].

Los peonios, instigados por Aristágoras, regresan a Europa

Por su parte Aristágoras tomó 98 la delantera a bordo de una nave y, al llegar a Mileto, ideó un plan que no iba a reportar ventaja alguna a los jonios (la verdad es que no lo ponía en práctica, ni mucho menos, con ese propósito, sino simplemente para molestar al rey Darío): envió a un sujeto a Frigia a fin de que se entrevistara con los peonios originarios de la zona del río Estrimón que habían sido hechos prisioneros por Megabazo[492] y que, abandonados a su suerte,

[491] La investigación por parte de Heródoto de la causa de los hechos históricos busca, antes que nada, la responsabilidad moral, la *arché kakôn*, o «causa de los males», como él mismo dice. En esta afirmación del historiador (reminiscencia de *Ilíada* V 62-63, y muy criticada por Plutarco, *De Herod. malig.* 24) parece haber una acusación contra la ambición personal de los cabecillas jonios y contra la inconsciencia de los atenienses al secundarlos. Sin embargo, Heródoto (de quien hay que destacar su comprensión para los sufrimientos de ambas partes beligerantes, griegos y bárbaros, indistintamente) indica en otros lugares la intención de los Aqueménidas de conquistar Grecia sin que haya mediado provocación suficiente (cf. III 134, 6; VII 138, 1), y en VI 94 afirma que la intervención de Atenas y Eretria en apoyo de los jonios fue un mero pretexto para la campaña de Darío contra Grecia. En este caso concreto, en definitiva, todo lo más que se puede decir es que «la venganza parece combinarse con un principio de causalidad política» (cf. J. de Rommilly, «La vengeance comme explication historique dans Hérodote», *Revue des Études Grecques* 84 [1971], 326).

[492] Cf., *supra*, V 12-17.

habitaban una comarca de Frigia, ocupando una aldea[493]. Cuando el sujeto en cuestión llegó ante los peonios, les dijo
2 lo siguiente: «Peonios, me ha enviado Aristágoras, el tirano de Mileto[494], para proponeros un medio de salvaros, si es que accedéis a seguir sus indicaciones. Resulta que en estos momentos Jonia entera se ha sublevado contra el rey, por lo que disponéis de una ocasión idónea para regresar sanos y salvos a vuestra patria. Llegar hasta el mar es asunto vuestro, que del resto ya nos encargaremos nosotros.

3 Al oír esta proposición, los peonios la acogieron con enorme alegría y huyeron en dirección al mar en compañía de sus hijos y de sus mujeres (si bien hubo algunos que, por su parte, se quedaron donde estaban por el temor que sentían). Una vez llegados al mar, los peonios pasaron de allí a
4 Quíos; y cuando ya se encontraban en Quíos, llegó tras sus pasos un nutrido contingente de caballería persa destacado en persecución de los peonios. Como no habían podido capturarlos, los persas enviaron entonces emisarios a Quíos para ordenar a los peonios que emprendieran el regreso. Sin embargo, los peonios no se avinieron a acatar la orden; todo lo contrario, desde su isla, los quiotas los condujeron a Lesbos; y, por su parte, los lesbios los llevaron a Dorisco[495], desde donde llegaron a Peonia por una ruta terrestre.

---

[493] Literalmente: «que habitaban una comarca y una aldea de Frigia por su propia cuenta». Es decir, que el contingente de peonios deportado por Megabazo viviría en su mayoría diseminado por los campos de una determinada comarca de Frigia, y sólo algunos residirían agrupados en una aldea. Posiblemente esta dispersión de los peonios había sido impuesta por los persas en previsión de algún levantamiento.

[494] Cf. nota V 207.

[495] Dorisco era el nombre de la zona litoral tracia al oeste de la desembocadura del Hebro; y se llamaba así por la plaza del mismo nombre que distaba del mar unos 10 km. Como en dicha localidad (que era una verdadera plaza fuerte; cf. VII 106) había acantonada una guarnición persa desde la época de la campaña escítica de Darío (cf. VII 59),

Expedición de los jonios contra Sardes. Toma e incendio de la ciudad. Derrota de los griegos en Éfeso

Entretanto Aristágoras, cuando 99
los atenienses llegaron con sus veinte naves, flotilla a la que se habían sumado cinco trirremes de los eretrieos —que no tomaban parte en la expedición por deferencia hacia los atenienses, sino en atención a los propios milesios, para devolverles un favor que les debían[496] (pues resulta que tiempo atrás los milesios habían prestado ayuda a los eretrieos en su guerra contra los calcideos, por las mismas fechas en que los samios, por su parte, socorrieron a los calcideos en su enfrentamiento con eretrieos y milesios[497])—, cuando los atenienses, repito,

---

se ha pensado en la imposibilidad de que el desembarco de los peonios tuviera lugar allí, sobre todo considerando que la zona estaba a unos 200 km. de distancia del río Estrimón. De considerar histórico el episodio, caben dos interpretaciones: 1. Que los lesbios escogieran dicho lugar por su propia comodidad, sin tener en cuenta las futuras penalidades de los peonios. 2. Que todo respondiera —y es lo más probable— a un plan premeditado (plan que Heródoto no alcanzó a comprender, y de ahí su afirmación de que la medida de Aristágoras no fuera útil a los jonios). Como los sublevados pensaban ganarse para su causa a las ciudades del Helesponto (cf. V 103, 2), el desembarco de los peonios en Dorisco —con la consiguiente marcha de estos últimos desde allí hasta el Estrimón— tendría por objeto distraer la atención y los efectivos persas de la zona de los estrechos, cosa que, cabe deducir, fue conseguida.

[496] Y posiblemente porque Aristágoras, en su viaje a Esparta y Atenas, debió de visitar también Eretria. Cf. nota V 163.

[497] Alusión a la «guerra lelantina», que sostuvieron Calcis y Eretria (apoyadas por diversas ciudades, además de las que aquí cita el historiador) por la posesión de la llanura de Lelanto, situada entre ambas ciudades que entre sí distaban unos 20 km. (cf. Tucíd., I 15, 2-3; Estrabón, X 1, 12; 3, 6; Plutarco, *Amatorius* 17, 4-9; *Sept. sapient. conv.* 10). Los problemas que plantea la justa valoración de esta guerra son numerosos, pues, al parecer, no se trató de una simple guerra fronteriza entre las dos ciudades de Eubea, sino de un enfrentamiento de dos ligas con intereses económicos por el control del comercio entre los griegos de Asia Menor y los de la Magna Grecia. La cronología de

llegaron en auxilio de Mileto, y una vez que los demás aliados hicieron acto de presencia, Aristágoras ordenó llevar a
2 cabo una expedición contra Sardes[498]. Por cierto que, en dicha expedición, no participó personalmente, sino que él se quedó en Mileto y nombró a otras personas para que comandaran las fuerzas milesias; concretamente a su hermano Caropino y a Hermofanto, otro ciudadano.

100 Con esos efectivos los jonios se llegaron a Éfeso; y, tras dejar sus navíos en Coreso[499], en territorio efesio, los expe-

---

la misma es discutida, pero las últimas excavaciones realizadas en Eretria permiten deducir que las hostilidades se iniciaron en el curso del siglo VIII a. C., probablemente a escala puramente local, degenerando luego el conflicto, en el siglo VII, en una guerra generalizada (cf. C. Berard, *Eretria III,* Berna, 1970, págs. 68 y sigs.). El triunfo acabó decantándose del lado de Calcis, pero a costa de perder la hegemonía que hasta entonces había ejercido en Tracia y en las colonias occidentales.

[498] La medida dispuesta por Aristágoras ha sido considerada ineficaz por la crítica moderna, a juicio de la cual los jonios carecían de un mando unificado y de una doctrina estratégica coherente. Pese a que Plutarco, *De Herod. malig.* 24 (basándose en Lisanias, fr. 1, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 426; y Caronte de Lámpsaco, fr. 10, *F. Gr. Hist.* 262), afirma que los jonios decidieron atacar Sardes en un intento por obligar a los persas a levantar el asedio a que estaban sometiendo a Mileto, no hay pruebas de que ello fuese así. Quizá el plan de Aristágoras estaba relacionado con el envío de los peonios a Dorisco: conseguir que los persas concentraran sus efectivos en Tracia y en Lidia para (contando con que los jonios, una vez dado el golpe de mano en Sardes, pudieran retirarse rápidamente hacia sus naves, cf. V 102, 2) poder sublevar a las ciudades del Helesponto y Caria, sembrar el desconcierto entre las fuerzas persas e intentar alcanzar una paz satisfactoria.

[499] Una playa adecuada para los desembarcos (cf. Jenofonte, *Helénicas* I 2, 9-10), situada al pie de una colina del mismo nombre, a unos 7 km. al sudoeste de Éfeso (cf. Diodoro, XIV 99).

dicionarios se dirigieron tierra adentro, con un numeroso contingente de tropas, acompañados de unos guías efesios que se procuraron. Marcharon, entonces, siguiendo el curso del río Caístrio y, finalmente, una vez rebasado el Tmolo[500], llegaron a su destino, apoderándose de Sardes sin que nadie les ofreciera resistencia[501] (se apoderaron de toda la ciudad a excepción de la acrópolis[502], pues el propio Artáfrenes defendía dicho lugar con un nutrido destacamento de soldados).

Ahora bien, a pesar de que se habían apoderado de la ciudad[503], cierto incidente les impidió saquearla; fue el siguiente. En Sardes la mayor parte de las casas estaban hechas con cañas, e incluso todas las que estaban construidas con ladrillos tenían los techos de caña. Pues bien, comoquiera que un soldado incendiara una de ellas, el fuego se propagó inmediatamente de casa en casa, extendiéndose por toda la ciudad. Mientras la localidad era pasto de las llamas, los lidios, así como todos los persas que se encontraban en 101

(2)

[500] Monte de 2.130 m. de altitud, que separaba los valles del Caístrio y del Hermo. La ruta entre Éfeso y Sardes (cf. V 53) salvaba el Tmolo por el paso de Kara Bel; pero es indudable que los jonios marcharon por algún otro sendero para sorprender al enemigo, y de ahí que se procuraran guías conocedores de la región.

[501] Ello es indicio de que la mayoría de las fuerzas con que contaba el sátrapa de Sardes, Artáfrenes, no se encontraban acantonadas en la ciudad (y con este hecho se relacionaría el testimonio de PLUTARCO en *De Herod. malig.* 24). Posiblemente, los efectivos persas estaban entonces cumpliendo la misión de perseguir a los peonios que Heródoto ha mencionado en V 98, 4.

[502] Pues constituía un lugar difícilmente expugnable. Cf. I 84, 2-3.

[503] La toma, y el posterior incendio de Sardes, tuvo lugar en primavera-verano del año 498 a. C.

la ciudad baja, al verse rodeados por doquier[504] (dado que el fuego estaba asolando los barrios periféricos, de manera que no podían escapar de la ciudad), afluyeron en tropel hacia el ágora y en dirección a las orillas del río Pactolo, que baja del Tmolo, proporcionando a los lidios pepitas de oro[505], atraviesa el centro del ágora y posteriormente desemboca en el río Hermo, que, a su vez, lo hace en el mar. Pues bien, los lidios y los persas que se dieron cita en las orillas del mencionado río y en el ágora se vieron obligados a defenderse.
3 Entonces los jonios, al ver que parte del enemigo se aprestaba a la defensa y que, además, se acercaban refuerzos integrados por numerosos efectivos[506], se atemorizaron y retrocedieron en dirección al monte que recibe el nombre de Tmolo, desde donde, al amparo de la noche, se dirigieron hacia sus naves.

102 Así pues, Sardes fue pasto de las llamas; y por cierto que, en la ciudad, ardió asimismo un templo consagrado a

---

[504] Como indica Ph.-E. Legrand (*Hérodote. Livre V...*, pág. 134, nota 5) lo que rodeaba por doquier a los lidios y persas de la ciudad baja no era solamente el fuego, que no se había iniciado en varios puntos a la vez (como lo prueba el que los jonios pudieran marcharse de Sardes), sino que se veían cercados entre las llamas y los enemigos.

[505] Cf. I 93, 1 (en época de Augusto, sin embargo, las arenas del Pactolo ya no eran auríferas).

[506] Heródoto es poco preciso y resulta problemática la identificación de esos refuerzos a que alude. En cualquier caso, caben tres posibles soluciones: 1. Que se trate de las fuerzas citadas en V 102, 1 (cosa que no parece factible, pues no alcanzaron a *ver* a los jonios en Sardes). 2. Que haga referencia a los efectivos que defendían la acrópolis, integrados por «un nutrido destacamento de soldados» (cf. V 100), y que habrían efectuado una salida aprovechando el desconcierto que reinaba en la plaza. 3. Que se refiera a las fuerzas destacadas en persecución de los peonios que, tras el fracaso de su misión, regresaban a Sardes.

Cibebe[507], una divinidad local, cosa que sirvió de pretexto a los persas para, posteriormente, vengarse incendiando los templos de Grecia[508].

Entretanto los persas acantonados en las provincias situadas al oeste del río Halis[509], informados ya de antemano de la incursión jonia, reunieron sus fuerzas y acudieron en socorro de los lidios. Pero debieron de encontrarse con que 2
los jonios ya no se hallaban en Sardes, así que les siguieron la pista y los alcanzaron en Éfeso. Los jonios, por su parte, les presentaron combate, pero, en el enfrentamiento, sufrie-

---

[507] Diosa-Madre que personificaba el poder creador de la naturaleza y que constituía el culto más extendido en Asia Menor, concretado sobre todo en la diosa Cíbele (Cibebe es totalmente identificable a Cíbele). El culto a la Diosa-Madre data del III milenio a. C. y su origen se remonta a las Venus paleolíticas, que encarnaban el principio de maternidad y fecundidad. Cf. M. P. NILSSON, *Geschichte der griechischen Religion*, I, Múnich, 1967 (= 1941), págs. 725 y sigs.

[508] La accidental destrucción del templo de Cibebe no fue, desde luego, la razón de que los persas incendiaran templos en Grecia (a pesar de que Heródoto reitera su afirmación en VI 101, 3, y VII 8, β 3), ya que el templo incendiado pertenecía a una divinidad lidia y los persas, aunque sí poseían templos (pese a lo que dice el historiador en I 131, 1) solían venerar a sus divinidades —fundamentalmente Ahuramazdah— en altares al aire libre (cf. J. DUCHESNE GUILLEMIN, *La religion de l'Iran ancien*, París, 1962, págs. 159 y sigs.). Según el testimonio del propio Heródoto, los persas incendiaron el templo de Apolo en Dídima, tras la caída de Mileto (cf. VI 19, 3); el templo de Naxos (VI 96), durante la primera guerra médica; y los templos de Apolo en Abas (VIII 33) y la Acrópolis de Atenas (VIII 53, 2), durante la expedición de Jerjes.

[509] Se trata de las satrapías situadas entre el Halis y el Mediterráneo. La satrapía de Dascilio (que incluía el Helesponto, Frigia y Capadocia) y la de *Sparda* (= Sardes, que incluía Lidia, Jonia, Caria y Panfilia). Cf. III 90, 1-2, y nota III 456. Sobre el Halis como divisoria entre las provincias occidentales y el resto del imperio, cf. JENOFONTE, *Ciropedia* VII 6, 1.

3 ron una severa derrota[510]. (Además, los persas acabaron con muchos de ellos; y, entre otros personajes célebres, en dicha batalla mataron, concretamente, a Eválcidas, el general de los eretrieos, que había obtenido los laureles del triunfo en los Grandes Juegos y que fue muy celebrado por Simónides de Ceos[511].) Entonces los jonios que escaparon a la batalla se dispersaron por las ciudades.

Extensión de la revuelta al Helesponto, Caria y Chipre

103 Con esta suerte, pues, contendieron entonces ambos bandos. Acto seguido los atenienses abandonaron definitivamente la causa de los jonios y, a pesar de las insistentes demandas de ayuda que, por medio de mensajeros, les dirigió Aristágoras, se negaron a socorrerlos[512].

---

[510] La historicidad de esta batalla ha sido puesta en duda porque, aparentemente, los atenienses no tomaron parte en ella, cuando sí que habían formado parte del contingente griego que tomó Sardes, y porque Caronte de Lámpsaco (un historiador griego, contemporáneo o algo anterior a Heródoto, al que se atribuían diversas obras) no la mencionaba en sus *Persiká* o *Historia de Persia,* donde trataba de la toma de Sardes y del posterior regreso de los jonios. Lo más probable es que Heródoto sufriera un error al aludir a la retirada de los atenienses, una vez librado el combate, y que aquella tuviera lugar —sin la compañía de los eretrieos— antes del enfrentamiento. Cf. L. Piccirilli, «Carone di Lampsaco ed Erodoto», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* 5 (1975), 1239 y sigs.

[511] Poeta cortesano griego que vivió de 556 a 467 a. C. Exponente con Píndaro y Baquílides de la oda coral (aunque alcanzó gran fama en la Antigüedad con los epigramas epitáficos que se le atribuían), fue posiblemente el creador del epinicio como forma artística; de ellos, sólo se han conservado escasos restos. El que celebraba las victorias de Eválcidas de Eretria (personaje que nos es absolutamente desconocido) se halla recogido en el fr. 13, D. L. Page, *Poetae melici graeci,* Oxford, 1962.

[512] La retirada de los atenienses del teatro de operaciones asiático debía de estar motivada por razones de política interior. Mantener veinte naves alejadas de Atenas era arriesgado, dada la superioridad naval de

Sin embargo, pese a verse privados del apoyo militar de Atenas, los jonios, como es natural (tan grave era, en efecto, lo que habían hecho ya contra Darío), no por ello dejaron de prepararse para luchar contra el rey. Zarparon entonces con 2
rumbo al Helesponto y obligaron a Bizancio y a todas las demás ciudades de la zona a abrazar su partido[513]. Posteriormente, abandonaron con su flota las aguas del Helesponto y consiguieron ganarse el apoyo militar de la mayor parte de Caria[514]; pues incluso Cauno, que hasta entonces se había negado a aliarse con ellos, se unió asimismo a la causa jonia por aquellas fechas, cuando ya habían incendiado Sardes[515].

Egina en el golfo Sarónico (cf. VI 89). Pero, además, parece ser que, en los primeros años del siglo v, la autoridad de los Alcmeónidas sufrió en Atenas cierta merma. De hecho, en 496-495 fue elegido arconte un miembro de la familia de los Pisistrátidas (cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 22, 4; Dionisio de Halicarnaso, *Ant. Rom.* V 77, 6; y K. J. Davies, *Athenian Propertied Families...*, págs. 451-452, núm. 11.793 IX b); y no hay que olvidar que Hipias mantenía buenas relaciones con Artáfrenes (cf. V 96).

[513] Lo que, según el historiador, fue un alineamiento impuesto, debió de ser en realidad un apoyo voluntario a la causa de la libertad griega (al menos por parte de la población de las ciudades implicadas; sobre ellas, cf. V 117), dado que en Bizancio, y en general en la región de los estrechos, reinaba un sentimiento antipersa. Cf. V 26, y nota V 98.

[514] La libertad de movimientos de la flota jonia parece implicar que el control del Egeo estaba en manos griegas. Plutarco *(loc. cit.)*, basándose en el testimonio de Lisanias, fr. 1, afirma que las veinticinco naves de los atenienses y los eretrieos, antes de dirigirse a Mileto, habían vencido en aguas de Panfilia a una flota chipriota. Quizá ello fuera cierto en parte, y la victoria (fuera sobre chipriotras o fenicios) podían haberla obtenido los propios jonios.

[515] Esta adhesión de los caunios (sobre ellos, cf. I 172) tras la toma de Sardes parece abonar la teoría de que la batalla entre griegos y persas en territorio efesio, citada en el cap. precedente, no tuvo lugar a renglón seguido del incendio de la capital lidia, pues cabe suponer que, si los caunios hubiesen tenido noticias de la derrota jonia, no se hubiesen subleva-

104 Y por cierto que todos los chipriotas, a excepción de los de Amatunte, se unieron espontáneamente a su causa; ya que los habitantes de la isla también se habían sublevado contra los medos[516] de la manera que a continuación paso a relatar.

Gorgo, rey de Salamina, tenía un hermano menor que él: Onésilo, que era hijo de Quersis, nieto de Siromo y bisnieto
2 de Eveltón[517]. Dicho sujeto venía instigando repetidamente a Gorgo, desde hacía ya cierto tiempo, para que se sublevara contra el rey; pero, por aquel entonces, cuando se enteró de que los jonios, por su parte, se habían sublevado, insistió una y otra vez con mucho mayor empeño. En vista, sin embargo, de que no conseguía persuadir a Gorgo, Onésilo aguardó entonces a que su hermano se ausentara de la ciudad de Salamina y, con el apoyo de sus partidarios, le cerró las
3 puertas, impidiéndole el regreso. Pues bien, al verse desposeído de su ciudad, Gorgo se refugió entre los medos; y, por su parte, Onésilo se hizo con el gobierno de Salamina y trató de convencer a todos los chipriotas para que le secundasen en la rebelión. En ese sentido, logró convencer a la

---

do (sobre todo, cuando el historiador hace hincapié en la reticencia de Cauno a secundar la rebelión).

[516] Chipre había sido conquistada por el faraón Amasis (cf. II 182, 2) y, posteriormente, por los persas, poco antes de la campaña que Cambises realizó contra Egipto en mayo-junio del año 525 a. C. Cf. A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire...*, págs. 36 y sigs.

[517] Como Eveltón era rey de Salamina (cf. IV 162, 3) en tiempos de Arcesilao III de Cirene, que reinó entre 530 y 510 a. C., no es posible admitir que su bisnieto Gorgo fuera rey de la ciudad en 498 a. C. Probablemente en la genealogía citada por Heródoto se ha producido un error, al introducir a Siromo, en realidad el rey de Tiro, *Hiram*, que rigió la ciudad fenicia entre 550 y 530. Gorgo, en ese caso, sería nieto de Eveltón. Salamina estaba situada en la costa oriental de Chipre.

totalidad salvo a los de Amatunte[518], que se negaron a prestarle oídos, por lo que estableció sus reales ante la plaza, asediándola.

Darío jura odio eterno a los atenienses

Onésilo, en suma, se hallaba ase- 105
diando Amatunte. Entretanto, cuando notificaron al rey Darío que Sardes había sido tomada e incendiada por atenienses y jonios, y que el jefe de la coalición (hasta el punto de haber urdido toda la trama) había sido el milesio Aristágoras, cuentan que, al tener conocimiento de lo ocurrido, el monarca inicialmente no hizo caso alguno de los jonios[519], pues sabía perfectamente que, desde luego, su rebelión no iba a quedar impune, pero preguntó quiénes eran los atenienses. Una vez informado, pidió acto seguido su arco, lo empuñó y, tras colocar en él una flecha, apuntando al cielo la lanzó hacia lo alto; y, al tiempo que disparaba al aire[520], Darío exclamó: «¡Zeus[521],
permíteme vengarme de los atenienses!». Y, tras pronunciar 2
estas palabras, ordenó a uno de sus servidores que, cada vez

[518] Amatunte (en fenicio *Hamath)* estaba situada al sur de la isla. En la ciudad debía de predominar la población oriental, fundamentalmente de origen fenicio, y de ahí su negativa a secundar la rebelión encabezada por Salamina, donde el núcleo de población más importante era helénico.

[519] Por el habitual desprecio a los jonios (cf. I 153, 3; II 1, 2), que comparte Heródoto. Cf. IV 142 y A. Hauvette, «Hérodote et les joniens», *Revue des Études Grecques,* 1888, págs. 257 y sigs.

[520] En este caso la flecha (el arco era el arma tradicional de los persas; cf. I 136, 2) puede considerarse como un símbolo material del mensaje que el rey enviaba a la divinidad.

[521] Naturalmente el invocado es *Ahuramazdah,* dios supremo de los persas, creador del mundo y dios del cielo, que fue identificado por los helenos, de acuerdo con su habitual *interpretatio graeca* de todo tipo de fenómenos sociales, con su propio dios del cielo y máxima divinidad.

que la comida estuviera servida, le repitiera tres veces: «¡Señor, acuérdate de los atenienses!».

Desde Susa, Histieo regresa a Jonia, fingiendo ante Darío que se dispone a sofocar la rebelión

106 Una vez dada esa orden, mandó comparecer a Histieo de Mileto, a quien Darío retenía en su corte desde hacia ya mucho tiempo, y le dijo: «Histieo, estoy enterado de que tu lugarteniente, el sujeto a quien tú confiaste el gobierno de Mileto, ha organizado una serie de actos subversivos contra mi persona[522]; pues ha lanzado contra mí a gentes venidas del vecino continente, amén de a los jonios —que van a pagarme lo que han hecho—, y ha inducido a estos últimos a seguir en bloque a los re-
2 cién llegados, arrebatándome Sardes. En fin, ¿te parece acaso que lo que acaba de ocurrir está bien? ¿Cómo se ha podido producir algo semejante sin tus consejos? Ten cuidado no vaya a ser que, a la postre, tengas que lamentarlo personalmente».

3 «Majestad —respondió a ello Histieo—, ¿qué es lo que acabas de decir? ¿Que yo he sido el artífice de un plan que había de ocasionarte algún contratiempo, fuera grande o pequeño? ¿Con qué objeto podría hacerlo? ¿Qué es lo que me falta? A mi disposición está todo cuanto tú posees y me cabe el honor de estar al corriente de todas tus decisiones.
4 Ahora bien, si mi lugarteniente está actuando en realidad más o menos tal y como tú has dicho, ten por seguro que ha obrado bajo su propia responsabilidad. Con todo, por lo que a mí respecta, yo no puedo aceptar de ninguna manera la afirmación de que los milesios, y en especial mi lugarteniente, estén llevando a cabo una rebelión en contra de tus intereses. Pero si resulta que están haciendo algo semejante

[522] Es decir, no sólo la toma de Sardes, sino también la adhesión de helespontios y carios a la sublevación, el asunto de los peonios, etc.

y tus informes, majestad, se atienen a la realidad, fíjate bien
qué es lo que has conseguido al alejarme de la costa. Según 5
parece, los jonios, al desaparecer yo de su vista, han hecho
lo que hace tiempo ansiaban; pues, si yo hubiera estado en
Jonia, ni una sola ciudad se hubiese meneado. Por consi-
guiente, permite ahora que me dirija a Jonia sin perder un
instante, para restablecer en tu nombre la normalidad más
absoluta en la zona y para que pueda poner cautivo en tus
manos al sujeto a quien confié Mileto, el que ha maquinado
ese complot. Y, cuando haya cumplido dicha misión con- 6
forme a tus deseos, juro por los dioses de la casa real[523] que
no me quitaré la túnica[524] que lleve puesta a mi llegada a Jo-
nia hasta que consiga hacerte tributaria Cerdeña, la isla más
grande que existe[525].»

Como es natural, al hablar así, Histieo pretendía en- 107
gañar al monarca. Y el caso es que Darío se dejó conven-

[523] Fundamentalmente Ahuramazdah, la divinidad principal del panteón persa que, con el tiempo, redujo a los restantes dioses al papel de aspectos de la divinidad o de sus auxiliares. Cf. R. Ghirshman, *L'Iran des origines à l'Islam,* París, 1951, págs. 134 y sigs. En los relieves de Persépolis, Darío invoca a los dioses de la casa real, dirigiéndose a «Ahuramazdah y a los demás dioses de su raza».

[524] Se trata del *quitón,* una prenda interior, de lino, sujeta a los hombros y que dejaba libres los brazos; llevaba costuras laterales y un cinturón reducido a un simple cordón.

[525] Hasta la época de Estrabón se consideraba que Cerdeña era la isla más grande del Mediterráneo (cosa que es cierta en términos de extensión costera y no de superficie; cf. R. J. Rowland, «The biggest island in the world», *Classical World* 68 [1975], 438-439). Cerdeña estuvo siempre presente en el pensamiento de los jonios (el propio Aristágoras, en V 124, considerará la posibilidad de ir allí a fundar una colonia), como un territorio idóneo para su expansión comercial en disputa con etruscos y cartagineses (cf. I 166, 2, sobre la batalla de Alalia, en 535 a. C., que marcó el comienzo del retroceso de los griegos en el Mediterráneo occidental).

cer[526] y le permitió partir, ordenándole que, cuando hubiese cumplido las promesas que le había hecho, regresara a Susa para comparecer ante él.

Fracaso de la sublevación. Sumisión de Chipre

108 Entretanto, mientras llegaba a la corte del rey la noticia sobre lo ocurrido en Sardes, y tenía lugar la conversación que Darío, tras el episodio del arco, mantuvo con Histieo, y el viaje que este último, con la autorización del monarca, emprendió para trasladarse al mar[527], durante todo ese período de tiempo ocurrió lo siguiente. El salaminio Onésilo se encontraba asediando a los amatusios, cuando recibió el aviso de que era inminente la llegada a Chipre, a bordo de unos navíos, del persa Artibio al frente de un nu-
2 meroso ejército persa[528]. Informado de ello, Onésilo despa-

---

[526] Analizando los tres objetivos fundamentales que esgrime Histieo para convencer a Darío (1. Restablecimiento del orden en la zona sublevada. 2. Captura del culpable. 3. Extensión del imperio persa con la anexión de Cerdeña), P. L. Tozzi, «Erodoto V 106. Nota preliminare sulla insurrezione ionica», *Athenaeum* 53 (1975), 136 y sigs., ha puesto de manifiesto las concomitancias existentes entre esos objetivos y otros análogos que aparecen frecuentemente en inscripciones persas erigidas por Darío y Jerjes. El restablecimiento del orden tras una revuelta aparece, por ejemplo, en la *Inscripción de Behistun,* col. I, líneas 61-70 (cf. R. G. Kent, *Old Persian. Grammar, Texts, Lexicon,* New Haven, 1953, pág. 118), y en una inscripción de Jerjes erigida en Persépolis (Kent, pág. 151). La captura y entrega al rey de los culpables de una insurrección aparece en *Inscr. Behistun,* col. II, líneas 73-77, y col. IV, líneas 33-36 (Kent, págs. 122 y 129). El motivo de la expansión imperial aparece en la inscripción de Darío en *Naqš-i-Rustam,* líneas 15-30, 39-47 (Kent, pág. 137). Todo ello puede ilustrar sobre el conocimiento que Heródoto tenía de la terminología oficial persa y de los argumentos en ella empleados.

[527] Es decir, a la costa del mar Egeo.

[528] El esfuerzo de la contraofensiva persa se centró ante todo en Chipre porque el control sobre la isla era vital para no ver amenazadas las

chó heraldos a las distintas ciudades de Jonia en demanda de su ayuda. Entonces los jonios, tras una breve deliberación, acudieron con una numerosa flota. Pues bien, cuando los jonios se encontraban ya en Chipre, los persas pasaron desde Cilicia a la isla a bordo de sus naves y se dirigieron por tierra contra Salamina[529]. Y, por su parte, los fenicios doblaron con sus naves el cabo que recibe el nombre de «Las llaves de Chipre»[530].

Ante semejante maniobra, los tiranos de Chipre[531] con- 109
vocaron a junta a los generales jonios y les dijeron: «Jonios, nosotros, los chipriotas, os damos a elegir el enemigo con el que queráis batiros, [sea con los persas, o con los fenicios].
Por lo tanto, si queréis mediros con los persas en una batalla 2
campal, sería cuestión de que vosotros desembarcaseis de las naves, a fin de tomar posiciones en tierra, y de que nosotros embarcásemos en vuestros navíos para hacer frente a los fenicios. Pero si preferís mediros con estos últimos, es

bases navales de Cilicia y las sirio-fenicias. La importancia estratégica de Chipre hizo que los griegos trataran en tres ocasiones, a lo largo del siglo v, de liberar la isla del dominio persa (en 478 al mando de Pausanias, cf. Tucíd., I 94; y, en 459 y 449, en sendas expediciones realizadas por los atenienses, cf. Tucíd., I 104; 112).

529 Los persas debieron de ganar la costa norte de Chipre —la zona de la isla más próxima a Cilicia— a bordo de naves de transporte (la flota de combate estaba a cargo de los fenicios; cf. nota III 106), para, desde allí, alcanzar la llanura central de la isla y atacar Salamina desde el Oeste. La flota fenicia, por su parte, tendría la misión de atacar la ciudad por el Este.

530 Se trata del promontorio de Carpaso (cf. Tolomeo, V 13, 3), en cuya extremidad oriental hay unos islotes, que eran los que recibían ese nombre (cf. Estrabón, XIV 6, 2).

531 En realidad eran los reyes (como el propio historiador dice en el capítulo siguiente) de las ciudades chipriotas (Diodoro, XVI 42, afirma que, en el siglo iv a. C., había en Chipre nueve ciudades importantes), ya que se regían por monarquías hereditarias.

menester que vosotros, sea cual sea la decisión que adoptéis, hagáis lo posible para que, en la medida de vuestras fuerzas, tanto Jonia como Chipre se vean libres.»

3 «La Liga jonia[532] —replicaron a ello los jonios— nos ha enviado para patrullar el mar, y no para que cedamos nuestras naves a los chipriotas y ataquemos por tierra a los persas con nuestros efectivos. Por consiguiente, nosotros procuraremos comportarnos con arrojo en el terreno que nos ha sido encomendado; y vosotros, por vuestra parte, debéis hacer gala de una gallarda valentía, teniendo bien presente todo lo que habéis sufrido bajo el yugo de los medos[533].»

110 En estos términos respondieron los jonios. Poco después, al llegar los persas a la llanura de Salamina, los reyes de los chipriotas desplegaron sus fuerzas para la batalla, situando el grueso de las tropas chipriotas justamente frente al grueso del ejército enemigo, mientras que, frente a los efectivos persas[534], situaron la élite más selecta de los salami-

---

[532] La Liga jonia, cuyos orígenes pueden remontarse al siglo IX a. C., era la expresión de la unidad étnica de los jonios, más que de su unidad política, y su finalidad era fundamentalmente religiosa (el lugar de reunión era el santuario del Panionio, consagrado a Posidón Heliconio; cf. I 143, 3; 148, 1). Parece ser que sólo en circunstancias especiales funcionaba un consejo, más o menos permanente, integrado por delegados de las diversas ciudades. Cf. G. Fogazza, «Per una storia della lega ionica», *Parola del Passato* 150 (1973), 157 y sigs.

[533] Sobre el posible sarcasmo del pasaje, en el que los jonios adoptan un aire de superioridad y de absoluta disciplina ante las órdenes recibidas, para encubrir su temor a enfrentarse directamente con los persas, cf. R. W. Macan, *Herodotus. The fourth, fifth and sixth books*, N. York, 1973 (= 1895), págs. 258-259.

[534] Es decir, frente a los soldados de raza persa, ya que los persas en sus campañas iban acompañados de numerosos contingentes de los distintos pueblos que integraban el imperio.

nios y los solios[535]. Por su parte, Onésilo se situó expresamente frente a Artibio, el general de los persas.

111 Por cierto que Artibio montaba un caballo que estaba adiestrado para corvetear contra un hoplita. Pues bien, informado de ello, Onésilo, como tenía un escudero de nacionalidad caria, muy experto en cuestiones militares y, además, lleno de audacias[536], le dijo a dicho individuo: «Estoy 2
enterado de que el caballo de Artibio hace corvetas y de que, a coces y mordiscos, acaba con el adversario al que embiste. Medita, pues, el caso y dime sin demora a quién prefieres agredir, acechando la ocasión: ¿al caballo o al propio Artibio?».

«Majestad —respondió a ello su servidor—, yo estoy dis- 3
puesto a hacer ambas cosas o una sola, así como absolutamente todo lo que tú ordenes. Sin embargo, voy a indicarte qué es lo que, en mi opinión personal, resulta más acorde a tu posición. Considero que un rey, o un caudillo, debe medirse con otro rey 4
o con otro caudillo (ya que, si abates a un caudillo, ello te reporta gloria; y, en un segundo supuesto, si es él quien acaba contigo —¡quiera el cielo que eso no suceda!—, hallar la muerte a manos de un digno adversario es simplemente una desgracia a medias); en cambio, nosotros, los subordinados, debemos medirnos con otros subordinados, y, en este caso, con un

---

[535] Al igual que Salamina, Solos (que estaba situada en la costa noroccidental de Chipre) poseía un núcleo de población predominantemente helénico.

[536] En este servidor cario (a los carios se atribuía una renovación del armamento militar —cf. I 171, 4—, quizá debido al importante papel que ese pueblo desempeñó en los siglos VII y VI a. C. como fuerzas mercenarias; cf. II 154, y ARQUÍLOCO, fr. 40, DIEHL), Onésilo, al igual que Ciro y Darío en sus palafreneros (cf. NICOLAO DE DAMASCO, fr. 66, *F. Gr. Hist.* 90; y, *supra,* III 85), va a encontrar un colaborador astuto y servicial. Este personaje del servidor sagaz, una figura de frecuente aparición en los cuentos, anticipa el papel del *servus callidus* de la Comedia Nueva.

caballo. Tú no temas lo más mínimo las especiales dotes del corcel, pues yo te prometo que, desde luego, ese animal jamás volverá a corvetear contra persona alguna.»

112 Éstas fueron sus palabras; y, poco después, los ejércitos trabaron combate por tierra y por mar. Pues bien, por mar, los jonios, que ese día se comportaron magníficamente, destacando en especial los samios, se impusieron a los fenicios. Entretanto, por tierra, cuando las tropas entraron en acción, se enzarzaron en una batalla cuerpo a cuerpo. Y por lo que se refiere a los dos generales ocurrió lo siguiente. Cuando Artibio, a lomos de su caballo, se abalanzaba sobre Onésilo, éste, conforme a lo convenido con su escudero, hirió a Artibio mientras el persa lo embestía. Y, en el preciso instante en que el caballo engrifaba las patas contra el escudo de Onésilo, el cario le asestó un mandoble con su cimitarra[537] y le cercenó las patas traseras. En suma, que Artibio, el general de los persas, cayó allí mismo en unión de su caballo.

113 Pero, con todos en plena batalla, Estesenor, que era tirano de Curio[538], se pasó al enemigo con el numeroso contingente de soldados que le acompañaba (por cierto que los habitantes de la citada ciudad son, según cuentan, colonos de los argivos[539]). Nada más consumada la defección de los

[537] Este tipo de arma, una especie de sable, largo y corvo, en forma que recordaba a la de una hoz, figuraba entre el armamento propio de licios y carios (cf. VII 92; 93).

[538] Ciudad situada en la costa meridional de Chipre.

[539] Mientras que Estrabón, XIV 7, afirma la colonización peloponesia de la ciudad, Esteban de Bizancio, *s. v. Koúrion,* sugiere un origen fenicio. Posiblemente la ciudad fuera un establecimiento micénico en la segunda mitad del II milenio a. C., según parece desprenderse de la cerámica hallada en las excavaciones (cf. B. Bocci, «Cipro», *Enciclopedia dell'Arte Antica Classica e Orientale,* II, Roma, 1959, págs. 628 y sigs.). En el I milenio los elementos orientales pudieron imponerse.

de Curio, los carros de guerra de Salamina[540] hicieron, por
su parte, lo mismo que los curieos; y, merced a esas deser-
ciones, los persas lograron imponerse a los chipriotas, cuyo 2
ejército se vio obligado a emprender la huida, sufriendo,
entre otras muchas bajas, concretamente la de Onésilo, hijo
de Quersis, el sujeto que había fraguado la rebelión de Chi-
pre, así como la del rey de los solios, Aristocipro, hijo de
Filocipro (el Filocipro a quien el ateniense Solón, a su lle-
gada a Chipre, elogió en sus versos más que a cualquier otro
tirano[541]).

Pues bien, dado que Onésilo los había asediado, los de 114
Amatunte le cortaron la cabeza, se la llevaron a su ciudad, y
la colgaron sobre las puertas. Seguía la cabeza colgada, y ya
estaba hueca, cuando se introdujo en ella un enjambre de
abejas que la llenó de panales. Ante semejante hecho (co- 2
moquiera que los de Amatunte consultaran al oráculo a pro-
pósito de la cabeza[542]), la respuesta que recibieron fue que
la descolgaran y que le dieran sepultura; y, además, que to-
dos los años ofrecieran sacrificios a Onésilo como a un hé-
roe[543], ya que, si así lo hacían, redundaría en su provecho.

---

[540] Que debían de estar guiados por soldados pertenecientes a la población oriental de Salamina —y de ahí su defección—, ya que, a comienzos del siglo v a. C., los carros de guerra no eran utilizados por los griegos. Cf. F. E. Adcock, *The greek and macedonian art of war*, Los Ángeles, 1957, pág. 47.

[541] Según Plutarco, *Solón* 26, que cita algunos versos de la elegía que el poeta dirigió a Filocipro (cf. fr. 7 Diehl), Solón pasó por Chipre hacia el año 580 a. C. y aconsejó la fundación de la ciudad de Solos (llamada así en su memoria) en un lugar determinado de la costa noroeste de Chipre. Sin embargo, la relación entre el nombre de Solón y el de Solos no es histórica, ya que el nombre de la ciudad aparece ya en las fuentes asirias del siglo vii a. C.

[542] Pues el que las abejas eligieran el cráneo de Onésilo como lugar para instalar su colmena parecía ser algo así como una reparación por el trato que le habían infligido los amatusios.

[543] Cf. nota V 204.

(Pues bien, incluso en mi época, los amatusios seguían celebrando su culto.)

115 Por su parte, los jonios que habían librado la batalla naval en aguas de Chipre, al enterarse de que la causa de Onésilo había fracasado y de que se hallaban sitiadas todas las ciudades de la isla, salvo Salamina (ya que sus habitantes habían puesto la ciudad en manos de Gorgo, su anterior monarca[544]); tan pronto como los jonios, repito, se enteraron
2 de lo ocurrido, zarparon de regreso a Jonia. Y por cierto que la ciudad de Chipre que resistió durante más largo tiempo el asedio fue Solos, plaza que los persas tomaron al cabo de cuatro meses, tras haber minado la muralla en toda su extensión[545].

Campañas de los generales persas en Asia Menor

116 En suma, que los chipriotas, tras haber gozado de un año de libertad, volvieron a verse nuevamente esclavizados.

Entretanto Daurises, que estaba casado con una hija de Darío, así como Himayes y Ótanes[546], otros generales persas que, por su parte, también estaban casados con hijas de Darío[547], se lanzaron en persecu-

[544] Gorgo participará, como rey de Salamina, en la segunda guerra médica, acompañando a las tropas de Jerjes. Cf. VII 98.

[545] Los persas habían heredado de los asirios los conocimientos de poliorcética. Sin embargo, para los griegos la táctica de expugnar una ciudad excavando minas era desconocida. El final de la resistencia chipriota tuvo lugar en 496 a. C.

[546] Probablemente el general citado en V 25, 1. No obstante, cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre V...*, pág. 143, nota 1.

[547] Queda en este pasaje bien patente una de las medidas que la monarquía persa solía poner en práctica, para asegurar su posición y poder sobre el imperio, limitando la influencia de los sátrapas: casar a una mujer de la casa real con un general directamente dependiente del poder central. Cf. nota III 662, y O. Leuze, *Die Satrapieneinteilung...*, págs. 45 y sigs.

ción de los jonios que habían tomado parte en la expedición contra Sardes, obligándoles a retroceder en dirección a sus naves; y, como en la batalla[548] se alzaron con la victoria, acto seguido se repartieron las ciudades y las saquearon.

Daurises se dirigió contra las ciudades del Helesponto y 117
tomó Dárdano, apoderándose también de Abido, Percota, Lámpsaco y Peso[549]; ciudades que fue tomando a razón de una por día. Sin embargo, cuando, desde Peso, marchaba contra la ciudad de Pario[550], le llegó la noticia de que los carios, adhiriéndose a la causa de los jonios, se habían sublevado contra los persas. En consecuencia, abandonó el Helesponto y condujo su ejército contra Caria.

Pero, fuera como fuese, sus movimientos fueron revela- 118
dos a los carios antes de que Daurises llegara[551]. Y, una vez informados, los carios se reunieron en un lugar denominado «Columnas Blancas», a orillas del río Marsias, que procede de la región Idríade[552] y que desemboca en el Meandro. Una 2

[548] Se trata de la batalla mencionada en V 102, 2 (pero cf. nota V 510).

[549] Ciudades escalonadas, en la costa asiática del Helesponto (de Dárdano a Peso había unos 50 km.), de sudoeste a nordeste. Su enumeración en sucesión geográfica responde al orden de ataque de un ejército que avanzaba desde Sardes. A destacar la escasa resistencia que ofrecieron las citadas ciudades, posiblemente porque el foco de resistencia antipersa tenía su máxima expresión en las ciudades del Bósforo (cf. V 103, 2).

[550] Situada ya en la Propóntide, a unos 30 km. al noreste de Peso.

[551] Desde el Helesponto hasta Caria hay más de 350 km.

[552] La región Idríade era una comarca de Caria. Su capital era la ciudad del mismo nombre (cf. PAUSANIAS, V 21, 10), que, en el siglo III a. C., pasó a llamarse Estratonicea, y se hallaba situada en el alto valle del Marsias, el primer gran afluente del Meandro por la izquierda a partir del mar Egeo. El lugar denominado «Columnas Blancas» no ha sido bien identificado.

vez reunidos los carios en dicho lugar, se expusieron numerosos y diversos pareceres; pero, en mi opinión personal, el más acertado fue el de Pixódaro de Cindia[553], hijo de Mausolo, que estaba casado con una hija del rey de los cilicios, Siénesis[554]. La propuesta de ese sujeto consistía en que los carios cruzasen el Meandro y en que presentaran batalla en esa posición —con el río a la espalda—, a fin de que, al no poder replegarse hacia la retaguardia y verse obligados a permanecer en sus puestos, hiciesen gala de un arrojo superior, incluso, a su natural bravura.
3 Pues bien, no fue esa la propuesta que prevaleció, sino la de que fueran los persas, mejor que los carios, quienes tuviesen a sus espaldas el Meandro, ya que, según ellos, si entre los persas se producía una desbandada y resultaban derrotados en la refriega, era indudable que no podrían retroceder y caerían al río[555].

119 Poco después comparecieron los persas y cruzaron el Meandro, siendo entonces cuando los carios presentaron batalla al enemigo a orillas del río Marsias, librando un encarnizado combate que se prolongó durante mucho tiempo,

---

[553] Ciudad de Caria sudoccidental (que no existía ya en época de ESTRABÓN, cf. XIV 2, 20), situada a unos 20 km. al sudoeste de Milasa, la capital más importante de Caria. Posiblemente este sujeto era un dinasta cario, ya que, además de ser yerno del rey de los cilicios, es probable que fuera antepasado del famoso Mausolo (enterrado en la tumba que, en su memoria, recibió la denominación de *Mausoleo*), que reinó en Milasa y Halicarnaso en el siglo IV a. C., ya que los nombres de Mausolo y Pixódaro parecen haber alternado en esa familia (cf. ESTRABÓN, XIV 2, 17).

[554] Siénesis no era un nombre propio, sino el título dinástico que recibían los reyes de Cilicia (cf. I 74, 3).

[555] Pese a lo que manifiesta el historiador (que, por lo general, suele desconocer las más elementales nociones de estrategia y táctica militares), el plan adoptado por los carios era más acertado que el propuesto por Pixódaro, ya que, en caso de derrota, podrían replegarse. Cf. ARISTÓTELES, *Ética Nicom.* III 8, 5.

aunque finalmente se vieron derrotados debido a la superioridad numérica del adversario. En ese sentido[556], por parte de los persas cayeron unos dos mil hombres, y por parte de los carios unos diez mil.

Los carios que lograron escapar a la matanza se recluye- 2
ron entonces en el santuario de Zeus *Estratio*, en Labraunda[557], que posee un frondoso bosque de plátanos consagrado a la divinidad (por cierto que los carios son, que nosotros sepamos, los únicos que ofrecen sacrificios a Zeus *Estratio*[558]). Pues bien, una vez recluidos en dicho lugar, los supervivientes se pusieron a deliberar si el mejor procedimiento para salvarse consistiría en rendirse a los persas o en abandonar definitivamente Asia.

Pero, mientras se entregaban a tales deliberaciones, los 120
milesios, en compañía de sus aliados[559], acudieron en su so-

---

[556] Prueba de lo encarnizado y largo que resultó el combate.

[557] Una aldea de la región de Milasa, al noreste de la ciudad (cf. Estrabón, XIV 2, 23). La batalla entre persas y carios debió de librarse en la llanura próxima a la confluencia del Marsias con el Meandro. Los restos del ejército cario se congregarían en Labraunda porque la localidad controlaba el paso desde el valle del Marsias al del río Ciberso, a orillas del cual se encontraba Milasa. La advocación de Zeus en el santuario allí existente era también la de *Labraundeo* (o la de *Cario;* cf. I 171, 6), un dios guerrero armado con la doble hacha *(lábrys* —que aparece representada en monedas acuñadas en la región—, y de ahí el nombre de Labraunda), símbolo minorasiático, cretense e hitita. Cf. A. B. Cook, *Zeus*, II, 1, Cambridge, 1925, págs. 559-601.

[558] Es decir, Zeus Guerrero, culto comprensible entre un pueblo que proporcionaba numerosos contingentes de mercenarios (cf. II 152, 5; 154, 3; 163, 1; etc.), y que era amante de las ceremonias sangrientas (cf. II 61, 2; III 11).

[559] La campaña persa contra Caria se fecha en 498-496. Aquí debe entenderse que la ayuda de los milesios tuvo lugar en 498 (dado que, en el cap. siguiente, se habla de una reanudación de las hostilidades al cabo de cierto tiempo), lo cual no se comprende muy bien si los jonios habían sido derrotados en Éfeso (cf. V 102, 2) y si, acto seguido, «los jonios que

corro. Los carios renunciaron entonces a sus anteriores proyectos y se dispusieron a proseguir nuevamente la guerra. Así que, cuando los persas se lanzaron al ataque, les presentaron batalla, si bien, en el curso del combate, sufrieron una derrota aún más severa que la anterior; y, aunque por parte de todas las fuerzas en litigio cayeron muchos, los milesios fueron quienes tuvieron las pérdidas más elevadas.

121 Poco después[560], sin embargo, los carios se recobraron de ese desastre y reanudaron las hostilidades. En efecto, al tener conocimiento de que los persas se aprestaban a marchar contra sus ciudades, les tendieron una emboscada en el camino de Pedaso[561]; emboscada en la que los persas cayeron de noche, siendo aniquilados tanto las tropas como sus generales, Daurises, Amorgas y Sisímacas (por cierto que con ellos murió también Mirso[562], hijo de Giges). El caudillo que dirigió dicha emboscada fue Heraclides de Mila-

escaparon a la batalla se dispersaron por las ciudades» (V 102, *ad finem*). Cf. notas V 510 y 515.

[560] Probablemente en 497-496, aunque la vaguedad de Heródoto impide una total precisión. La presencia de Daurises entre los generales persas parece implicar que la emboscada a que a continuación se alude tuvo lugar poco después de las dos derrotas de los carios, en el valle del Meandro y en Labraunda. No obstante, el que otros generales persas se hubieran unido a Daurises, y la necesidad que tendrían los carios de reagrupar sus fuerzas, permiten pensar en una segunda campaña persa, distinta de la realizada en 498 a. C.

[561] Posiblemente una localidad distinta a la que recibía el nombre de Pedasa y que distaba de Halicarnaso unos 5 km. Según Estrabón, XIV 1, 59, Pedaso se hallaba situada en las cercanías de Estratonicea (cf., asimismo, Livio, XXXIII 30); es decir, en la región Idríade. La ruta de Pedaso, según eso, uniría el alto valle del Marsias con la ciudad de Milasa.

[562] Por su nombre, y el de su padre, este personaje debía ser de nacionalidad lidia (cf. III 122, 1), y pertenecería a la familia de los Mérmnadas (cf. I 7, 1), antiguos reyes de Lidia, el último de los cuales fue Creso.

sa[563], hijo de Ibanolis. Así fue, en suma, como resultaron aniquilados esos efectivos persas.

Por su parte Himayes, que era otro de los generales[564] 122 que se lanzaron en persecución de los jonios que habían tomado parte en la expedición contra Sardes, se dirigió a la Propóntide, apoderándose de Cío[565], en Misia. Pero cuando, 2 tras haber tomado dicha ciudad, se enteró de que Daurises se había ausentado del Helesponto y marchaba contra Caria, abandonó la Propóntide y condujo sus tropas hacia el Helesponto, sometiendo a todos los eolios que ocupan la zona de Ilión[566], así como a los gergites[567], que son los últimos representantes de los antiguos teucros. Sin embargo, mientras Himayes sometía personalmente a esos pueblos, murió en la Tróade víctima de una enfermedad.

Así fue, en definitiva, como murió dicho sujeto. Por su 123 parte, Artáfrenes, el gobernador de Sardes, así como Ótanes, el tercer general, recibieron la orden[568] de marchar contra

---

[563] Hermano del tirano Oliato, que fue depuesto por Aristágoras en 499 (cf. V 37, 1), lo que prueba que no siempre las familias que detentaban el poder en las ciudades minorasiáticas sufrieron represalias al ser derrocados los tiranos. Sobre este personaje y sus posteriores hazañas en otros lugares del mundo griego, cf. H. Bengtson, «Skylax von Karianda und Herakleides von Mylasa», *Historia* 3 (1954-55), 301 y sigs., quien ha hecho hincapié en que muchos carios se refugiaron en Atenas cuando la sublevación fue reprimida en Caria.

[564] Cf. V 116.

[565] A orillas del golfo del mismo nombre, en la Propóntide. Cío era una colonia de Mileto. Cf. Tolomeo, V 1.

[566] Cf. I 151, 1.

[567] Una tribu cuya capital era Gergis (cf. Jenofonte, *Helénicas* III 1, 15), no lejos de Lámpsaco, que quizá ocupara las costas de Asia Menor con anterioridad a la llegada de los griegos (cf. Ateneo, 524a).

[568] La frase implica que las operaciones eran planeadas desde Susa y no por Artáfrenes. La presencia en las mismas de tres generales emparentados con Darío parece, además, confirmarlo.

Jonia y la zona de Eolia limítrofe con ella[569]. Pues bien, en Jonia tomaron Clazómenas y, en Eolia, Cime.

Huida y muerte de Aristágoras

124 Cuando esas ciudades cayeron[570], Aristágoras de Mileto (que, como demostró, no se distinguía por su valor), pese a haber sido el responsable de la conmoción que reinaba en Jonia y a pesar de los ambiciosos planes que se había forjado[571], al ver el curso de los acontecimientos, empezó a pensar en la huida[572]; además se le antojaba realmente imposible poder imponerse al rey Darío.
2 Ante estas consideraciones, convocó, pues, a junta a sus partidarios y, manifestándoles que sería muy conveniente contar con un sitio donde poder refugiarse, por si acaso se veían desterrados de Mileto, a tal efecto sometió a su dictamen la posibilidad de llevarlos, desde dicho lugar, a Cerdeña, para fundar una colonia[573], o bien a Mircino, en territorio de los edonos[574], la plaza que Histieo había re-

---

[569] Donde se hallaban situadas las ciudades eolias más importantes. Cf. I 149.

[570] En 497 a. C.

[571] O bien: «pese a haber sido el responsable de los disturbios de Jonia y a haber concitado tamañas conmociones».

[572] Heródoto, que constantemente habla con desprecio de la sublevación jonia y, sobre todo, de Aristágoras, culmina su relato sobre la actuación del lugarteniente de Histieo aludiendo a su deseo de huir cobardemente cuando ve su causa definitivamente perdida. Sin embargo, el propósito de Aristágoras debía de consistir en abrir un nuevo frente contra Darío, para lo cual la mejor zona era, sin duda, Tracia, donde cabía la posibilidad de sublevar a la población allí residente (cf. V 3, 1; 23, 2-3; y hay que recordar que los peonios estaban en deuda con él, cf. V 98) y de ganarse el apoyo de Macedonia. Cf. M. LANG, «Herodotus and the Ionian Revolt»..., págs. 24 y sigs.

[573] Cf. nota V 525.

[574] En Tracia, cerca del monte Pangeo. Cf. V 11, 2 y 23, 1.

cibido de Darío en pago a sus servicios y que había mandado fortificar. Estos fueron los interrogantes que planteó Aristágoras.

Pues bien, la opinión del logógrafo Hecateo[575], hijo de 125
Hegesandro, era que no debía dirigirse a ninguno de los dos sitios, sino que construyera una fortaleza en la isla de Leros[576] y que mantuviera la calma, si es que se veía expulsado de Mileto; pues, tomando como base dicha isla, posteriormente podría intentar regresar a la ciudad.

Éste fue, en suma, el consejo que le dio Hecateo. Sin 126
embargo, Aristágoras, personalmente, consideraba muchísimo más acertada la idea de retirarse a Mircino. Así que confió el gobierno de Mileto a Pitágoras, un individuo que gozaba de gran reputación entre sus conciudadanos, y él, con todo el que quiso acompañarlo, zarpó rumbo a Tracia, apoderándose del territorio objeto de su
viaje. Pero, en una expedición emprendida desde aquella 2
base, tanto el propio Aristágoras como su ejército perecieron a manos de los tracios[577], mientras asediaba una ciudad tracia, cuyos habitantes habían accedido a evacuarla al amparo de una tregua[578].

---

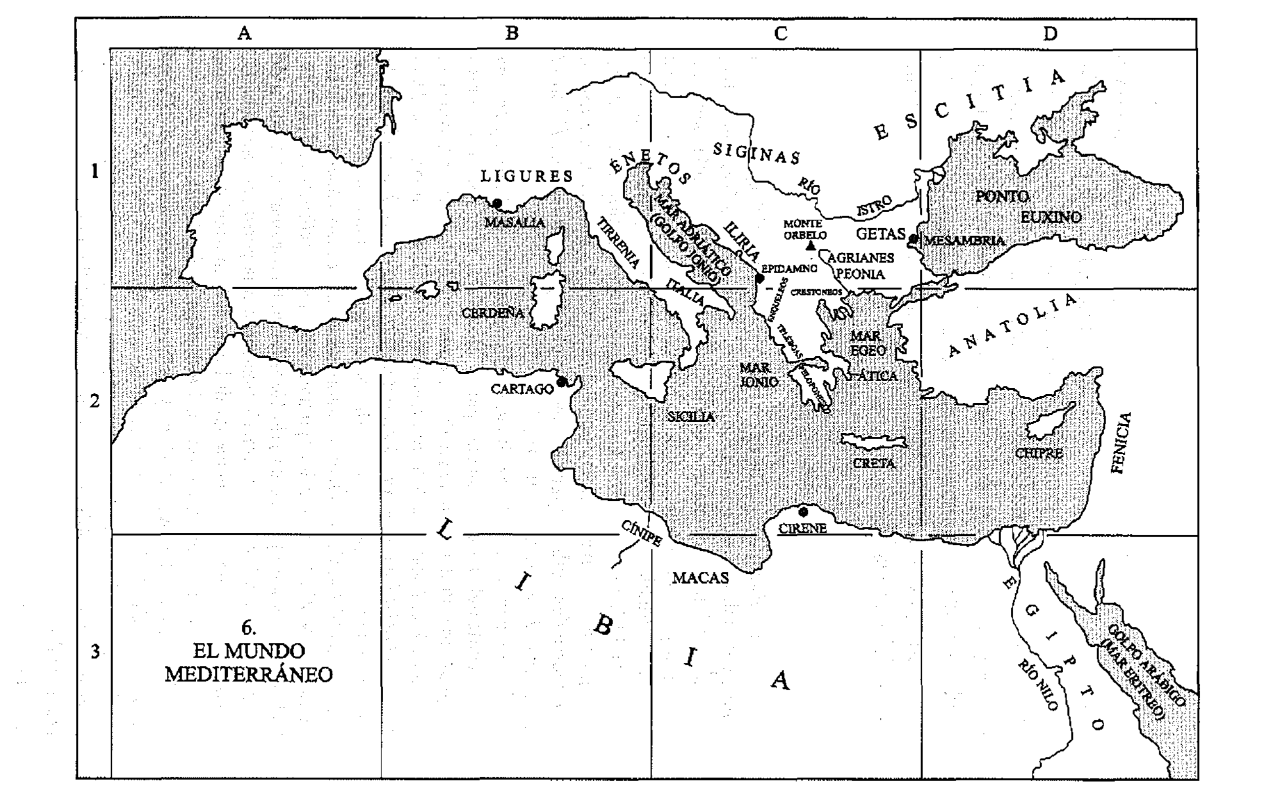
575 Cf. V 36, 2-3, y nota V 150.

576 Una de las Espóradas meridionales, situada a unos 50 km. al sudoeste de Mileto, que había sido colonizada por esta ciudad.

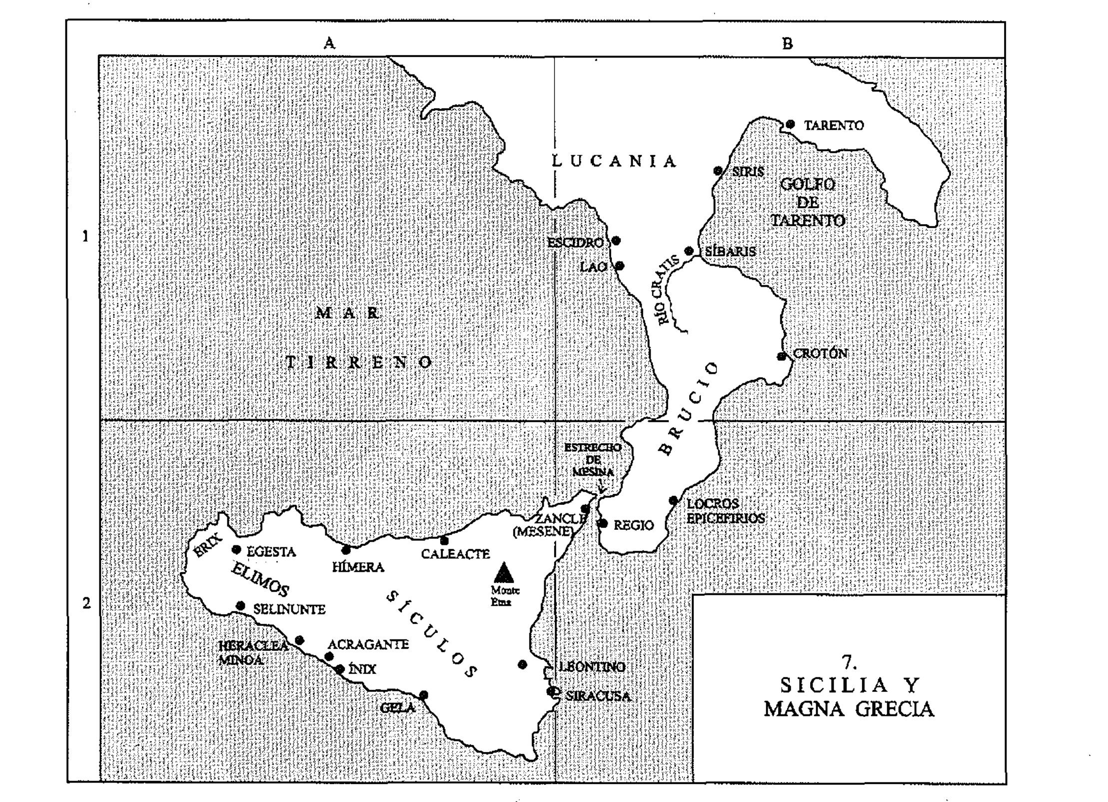
577 Aristágoras murió en 497 a. C., según sabemos por el testimonio de Tucíd. (IV 102), que afirma que los atenienses (después de dos tentativas fallidas; cf. D. Asheri, «Storia della colonizzazione di Anfipoli sino alla conquista macedone», *Rivista di Filologia* 95 [1967], 5-30) fundaron Anfípolis (en 437-436; cf. Diodoro, XII 68, 2) sesenta y un años después del intento colonizador de Aristágoras en la zona de la desembocadura del Estrimón.

578 Cabe deducir que los griegos se hallarían descuidados, confiando en la palabra dada por los sitiados, y que los tracios, al abandonar la plaza, atacaron por sorpresa a sus sitiadores. Sin embargo, también es posi-

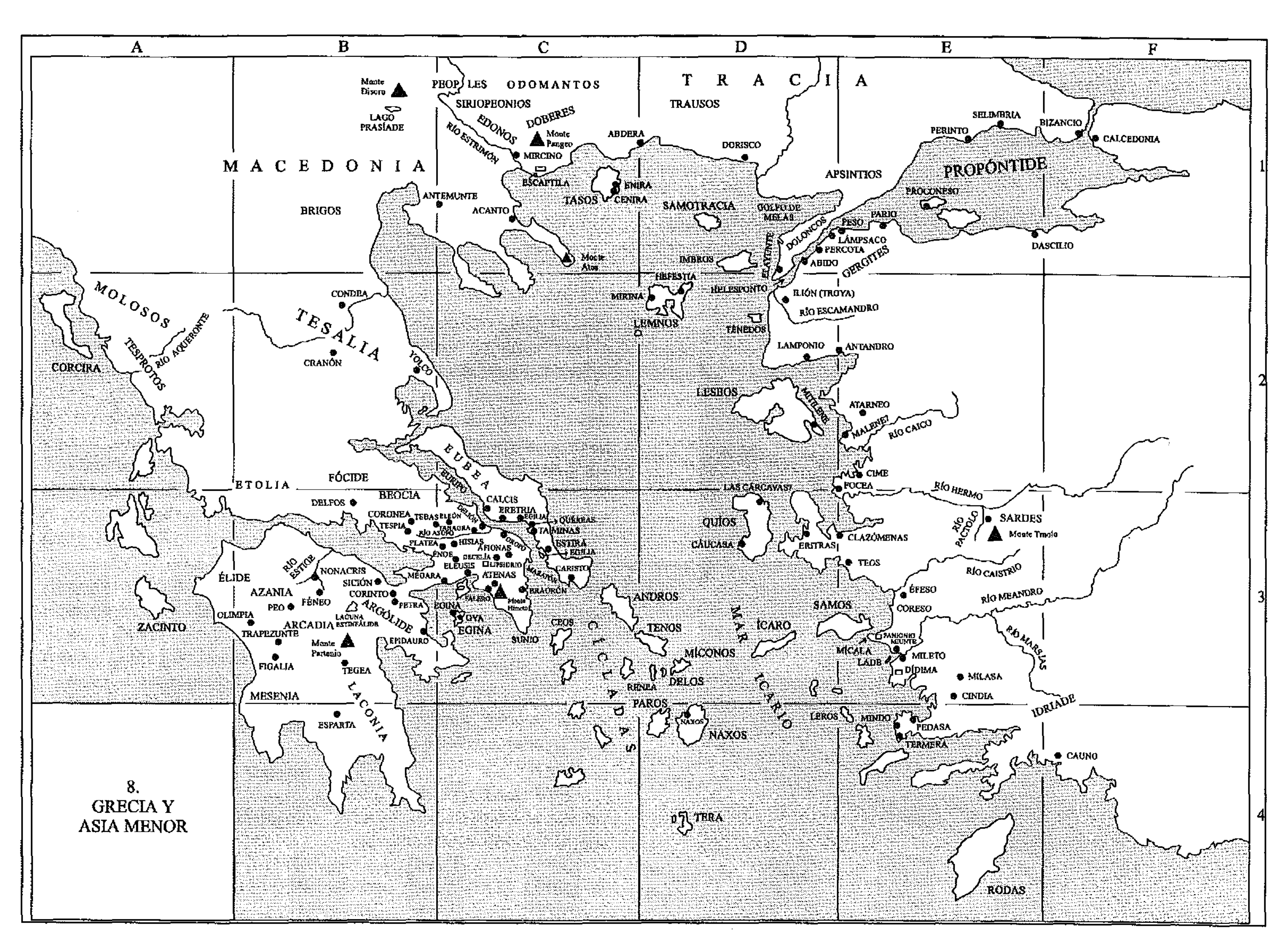
ble interpretar el pasaje: «cuando sus habitantes se mostraban (o 'se habían mostrado') dispuestos a evacuarla», suponiendo que Aristágoras se hubiese negado a permitir la evacuación, y posteriormente le hubieran derrotado en una salida desde la plaza.



6.
EL MUNDO
MEDITERRÁNEO



7.
SICILIA Y MAGNA GRECIA



8. GRECIA Y ASIA MENOR

ÍNDICE DE NOMBRES

Para la localización de los topónimos en los respectivos mapas, los nombres geográficos y los étnicos van seguidos, tras la mención del pasaje en que aparecen, de un número que hace referencia a cada uno de los mapas (1 = *El mapa de Hecateo;* 2 = *La ruta real entre Sardes y Susa;* 3 = *La campaña de Jonia;* 4 = *La guerra Esparta/Argos;* 5 = *Maratón;* 6 = *El mundo mediterráneo;* 7 = *Sicilia y Magna Grecia;* 8 = *Grecia y Asia Menor),* con indicación de su situación en ellos.

En este índice de nombres se han omitido los gentilicios que designan a *griegos* y *persas* por su elevado índice de frecuencia.

ABDERA, ciudad emplazada en la costa egea de Tracia: VI 46, 48 (8 C 1).

ABIDO, ciudad de la costa asiática del Helesponto: V 117; VI 26 (8 D 1).

ACANTO, ciudad de la Calcídica: VI 44 (8 C 1).

ACRISIO, rey de Argos y padre de Dánae: VI 53, 54.

ADRASTO, mítico rey de Argos: V 67, 68.

ADRIÁTICO, mar: V 9 (6 B-C 1).

AFIDNAS, demo del Ática: VI 109 (8 C 3).

AGARISTA, hija de Clístenes, tirano de Sición, y esposa de Megacles II: VI 126, 130, 131.

AGARISTA, madre de Pericles: VI 131.

AGEO, padre de Onomasto: VI 127.

AGETO, primer esposo de la madre de Demarato: VI 61, 62.

AGIS, noble espartiata: VI 65.

AGRIANES, tribu peonia sita en el curso alto del Estrimón: V 16 (6 C 1).

ALCEO, poeta lírico lesbio: V 95.

ALCIDAS, espartiata, padre de Ageto: VI 61.

ALCÍMACO, noble eretrieo: VI 101.

ALCMEÓN, noble ateniense: VI 125, 127, 130.

ALCMEÓNIDAS, noble familia ateniense: V 62, 66, 70, 71, 90; VI 115, 121, 123, 125, 131.

ALCÓN, noble moloso, pretendiente de Agarista: VI 127.

ALEJANDRO I, rey de Macedonia: V 17, 19, 20, 21, 22.

ALEO, llanura de Cilicia: VI 95 (2 B-C 2).

ALÓPECE, demo del Ática, próximo a Atenas: V 63.

AMATUNTE, ciudad meridional de Chipre: V 104, 105, 114 (2 B 3).

AMATUSIOS, habitantes de Amatunte: V 108, 115.

AMIANTO, arcadio, pretendiente de Agarista: VI 127.

AMINTAS I, rey de Macedonia: V 17, 18, 19, 20, 94.

AMIRIS, natural de Siris, padre de Dámaso: VI 127.

AMORGAS, general persa que operó en Caria: V 121.

AMPE, ciudad próxima a la desembocadura del Tigris: VI 20 (1).

ANAXÁNDRIDAS II, rey de Esparta, padre de Cleómenes: V 39, 40, 41, 42, 64; VI 50, 108.

ANAXILAO, tirano de Regio: VI 23.

ANDREAS, tirano de Sición, antepasado de Clístenes: VI 126.

ANDROS, isla del archipiélago de las Cícladas: V 31 (8 C 3).

ANFICTIONES, integrantes de una anfictionía (confederación religiosa o política): V 62.

ANFIMNESTO, natural de Epidamno, pretendiente de Agarista: VI 127.

ANFIÓN, miembro de los Baquíadas de Corinto: V 92.

ANFITRIÓN, padre putativo de Heracles: V 59; VI 53.

ANQUIMOLIO, general lacedemonio derrotado en el Ática: V 63.

ANTANDRO, ciudad de la Tróade: V 26 (8 D 2).

ANTEMUNTE, ciudad de la Calcídica: V 94 (8 B 1).

ANTÍCARES, adivino natural de Eleón, en Beocia: V 43.

APOLO, divinidad griega: V 60, 61; VI 57, 80, 118.

APOLO ISMENIO, advocación de Apolo en Tebas: V 59.

APOLÓFANES, padre de Bisalta de Abido: VI 26.

APSINTIOS, pueblo tracio establecido al norte del Quersoneso: VI 34, 36, 37 (8 D-E 1).

AQUEMÉNIDAS, casta persa: V 32.

AQUEOS, griegos pobladores del Peloponeso antes de la migración doria: V 72.

AQUERONTE, río del Epiro: V 92 (8 A 2).

AQUILEO, ciudad de la Tróade: V 94 (3).

ARCADIA, región del Peloponeso: VI 74, 83 (8 B 3).

ARCADIOS, habitantes de Arcadia: V 49; VI 74, 127.

ARDERICA, localidad de la región de Cisia: VI 119 (1).

ARES, divinidad griega identificada con el Plistoro tracio: V 7.

ÁRGADES, mítico hijo de Ión, epónimo de una de las cuatro tribus atenienses preclisténicas: V 66.

ARGÍA, esposa de Aristodemo, descendiente de Polinices: VI 52.

ARGIVOS, naturales de Argos: V 22, 49, 57, 61, 67, 68, 86, 87, 88, 94, 113; VI 19, 75, 76, 77, 78, 79, 83, 84, 92.

ARGÓLIDE, región nororiental del Peloponeso: VI 76, 92 (8 B 3).

ARGOS, ciudad del Peloponeso, capital de la Argólide: V 67, 88; VI 76, 80, 82, 83, 127 (4).

ARGOS, héroe argivo: VI 75, 78, 80, 82.

ARIFRÓN, padre de Jantipo: VI 131, 136.

ARISTÁGORAS, milesio lugarteniente de Histieo; promotor de la sublevación jonia: V 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 49, 50, 51, 54, 55, 65, 97, 98, 99, 103, 105, 124, 126; VI 1, 3, 5, 9, 13, 18.

ARISTÁGORAS, tirano de Cime: V 37.

ARISTOCIPRO, rey de Solos: V 113.

ARISTÓCRATES, noble egineta: VI 73.

ARISTODEMO, mítico rey de Esparta, padre de Eurístenes y Procles: VI 52.

ARISTOFANTO, padre del delfio Cobón: VI 66.

ARISTOGITÓN, uno de los «Tiranicidas» que asesinaron a Hiparco: V 55; VI 109, 123.

ARISTÓMACO, mítico caudillo dorio, padre de Aristodemo: VI 52.

ARISTÓN, rey de Esparta (Euripóntida): V 75; VI 51, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 68, 69.

ARISTÓNIMO, tirano de Sición, padre de Clístenes: VI 126.

ARMENIA, región de Asia: V 52 (2 C-E 1).

ARMENIOS, pueblo de Asia, vasallos de los persas: V 49.

ARQUELAOS, miembros de una de las cuatro tribus de Sición tras la reforma de Clístenes: V 68.

ARQUÍDAMO II, rey de Esparta, hijo de Zeuxidamo: VI 71.

ÁRTACE, puerto de Cícico: VI 33 (3).

ARTÁFRENES, sátrapa de Sardes, hermano de Darío: V 25, 30, 31, 32, 33, 35, 73, 96, 100, 123; VI 1, 2, 4, 30, 42, 94.

ARTÁFRENES, hijo del anterior: VI 94, 119.

Ártemis, divinidad griega: VI 138.

Ártemis, divinidad griega identificada con la diosa tracia Bendis: V 7.

Artibio, general persa que atacó Chipre: V 108, 110, 111, 112.

Artojerjes I, rey de Persia, hijo y sucesor de Jerjes: VI 98.

Artozostra, hija de Darío: VI 43.

Asia, una de las tres partes del mundo: V 12, 15, 17, 30, 49, 50, 96, 97, 119; VI 24, 43, 45, 58, 70, 95, 116, 118, 119 (1).

Asirios, pueblo de Asia: VI 54 (2 C-D 2).

Asopo, río de Beocia: V 80; VI 108 (8 B-C 3).

Ástaco, padre del héroe Melanipo: V 67.

Aster, espartiata, padre de Anquimolio: V 63.

Astrábaco, héroe lacedemonio: VI 69.

Atarneo, ciudad y comarca de Eolia: VI 4, 28, 29 (8 E 2).

Atenas, capital del Ática: V 55, 57, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 69, 70, 71, 72, 76, 77, 82, 87, 90, 91, 96, 97, 103; VI 34, 35, 39, 41, 43, 49, 85, 86, 87, 94, 99, 103, 106, 107, 108, 109, 115, 120, 121, 123, 124, 125, 127, 128, 131, 132, 137, 139 (8 C 3).

Atenea, divinidad griega: V 95.

Atenea Cratia, advocación de Atenea en Síbaris: V 45.

Atenea Políade, advocación de Atenea como «protectora de la ciudad» de Atenas: V 82.

Atenienses, habitantes de Atenas y, en general, del Ática: V 55, 57, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 76, 77, 78, 79, 81, 82, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 93, 94, 95, 96, 97, 99, 103, 105, 113; VI 21, 35, 36, 49, 50, 73, 75, 86, 87, 88, 89, 90, 92, 93, 94, 100, 102, 103, 104, 105, 106, 108, 109, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 120, 121, 122, 124, 130, 132, 135, 136, 137, 138, 139, 140.

Ática, región de Grecia central: V 64, 65, 74, 76, 81, 82, 87, 88, 89; VI 73, 102, 120, 137, 139, 140 (6 C 2).

Áticos, naturales del Ática: V 87, 91; VI 138.

Atos, monte de la Calcídica, en la península de Acté: VI 44, 45, 95 (8 C 1).

Autesión, descendiente de Polinices: VI 52.

Auxesia, divinidad de la fecundidad venerada en Epidauro: V 82, 83.

Áyax, mítico rey de Salamina: V 66; VI 35.

Azanios, naturales de Azania, comarca noroccidental de Arcadia: VI 127 (8 B 3).

BACTRA, ciudad de Sogdiana, en los confines orientales del imperio persa: VI 9 (1).

BAQUÍADAS, clan aristocrático de Corinto: V 92.

BÁRBAROS, gentes de raza no griega; a) = tracios: V 23; b) = persas: V 49; VI 9, 31, 99, 106, 107, 112, 113, 115, 116, 117, 121; c) = indeterminados: V 58; VI 58.

BEOCIA, región de Grecia central: V 57, 59, 67; VI 34 (8 B-C 3).

BEOCIOS, habitantes de Beocia: V 57, 61, 74, 77, 81, 89, 91; VI 108.

BISALTA, lugarteniente de Histieo de Mileto en el Helesponto: VI 26.

BIZANCIO, ciudad sita en la orilla europea del Bósforo: V 103; VI 5, 26, 33 (8 F 1).

BIZANTINOS, habitantes de Bizancio: V 26; VI 33.

BRÁNQUIDAS, familia a cargo del templo de Apolo en Dídima: V 36.

BRAURÓN, demo del Ática: VI 138 (8 C 3).

BRIGOS, pueblo tracio establecido a orillas del golfo Termaico: VI 45 (8 B 1).

BÚBARES, noble persa, hijo de Megabazo: V 21.

BUTÁCIDAS, crotoniata, padre de Filipo: V 47.

CADMEOS, descendientes de Cadmo, antiguo nombre de los tebanos: V 57, 61.

CADMO, mítico príncipe fenicio: V 57, 58, 59.

CAICO, río de Asia Menor: VI 28 (8 E 2).

CAÍSTRIO, río de Asia Menor: V 100 (8 E 3).

CALCEDONIOS, habitantes de Calcedonia, ciudad a orillas del Bósforo: V 26; VI 33 (8 F 1).

CALCIDEOS, habitantes de Calcis: V 74, 77, 91, 99.

CALCIS, ciudad de Eubea: V 77; VI 100, 118 (8 C 3).

CALEACTE, lugar de la costa septentrional de Sicilia: VI 22, 23 (7 A 2).

CALIAS, adivino eleo: V 44, 45.

CALIAS, rico aristócrata ateniense: VI 121, 122.

CALÍMACO, jefe supremo del ejército ateniense en Maratón: VI 109, 110, 111, 114.

CAMBISES, rey de Persia, hijo de Ciro: V 25.

CAPADOCIA, región de Anatolia: V 52 (2 B-C 1-2).

CAPADOCIOS, habitantes de Capadocia: V 49.

CARDIA, ciudad del Quersoneso Tracio a orillas del golfo de Metas: VI 33, 36, 41 (3).

CARIA, región de Asia Menor: V 88, 103, 117, 122; VI 25 (3).

CARIOS, habitantes de Caria: V 111, 112, 117, 118, 119, 120, 121; VI 20.

CARISTIOS, habitantes de Caristo: VI 99.
CARISTO, ciudad meridional de Eubea: VI 99 (8 C 3).
COROPINO, hermano de Aristágoras de Mileto: V 99.
CARTAGINESES, habitantes de Cartago: V 42; VI 17 (6 B 2).
CASAMBO, noble egineta: VI 73.
CÁUCASA, localidad de Quíos: V 33 (8 D 3).
CAUNO, ciudad de Caria: V 103 (8 F 4).
CELA, demo próximo a Atenas: VI 103.
CÉLEAS, espartiata compañero de Dorieo: V 46.
CENEO, lapita caracterizado por su invulnerabilidad: V 92.
CENIRA, paraje de la isla de Tasos: VI 47 (8 C 1).
CEOS, isla del archipiélago de las Cícladas: V 102 (8 C 3).
CERDEÑA, isla del Mediterráneo occidental: V 106, 124; VI 2 (6 B 1-2).
CIBEBE, divinidad lidia de la fecundidad (= Cíbele): V 102.
CÍCICO, ciudad de la Propóntide: VI 33 (3).
CÍCLADAS, archipiélago del Egeo: V 30, 31 (8 C-D 3-4).
CILICIA, región sudoriental de Anatolia: V 52, 108; VI 43, 95 (2 B-C 2).
CILICIOS, habitantes de Cilicia: V 49, 118; VI 6.
CILÓN, noble ateniense que intentó alzarse con la tiranía: V 71.
CIME, ciudad eolia: V 37, 38, 123 (8 E 2).
CIMÓN I, noble ateniense, padre de Milcíades II: VI 34, 38, 39, 40, 103, 137, 140.
CIMÓN II, hijo de Milcíades II: VI 136.
CINDIA, ciudad de Caria: V 118 (8 E 3).
CÍNEAS, noble eretrieo: VI 101.
CÍNEAS, rey de Condea, en Tesalia: V 63.
CINEGIRO, ateniense muerto en Maratón: VI 114.
CÍNIPE, región de Libia: V 42 (6 B 2-3).
CINISCO, sobrenombre de Zeuxidamo: VI 71.
CINOSARGES, recinto sagrado consagrado a Heracles, próximo a Atenas: V 63; VI 116.
CÍO, ciudad de Misia, a orillas de la Propóntide: V 122 (3).
CIPSÉLIDAS, dinastía de tiranos que rigió Corinto: VI 128.
CÍPSELO, tirano de Corinto: V 92, 95.
CÍPSELO, noble ateniense del clan de los Filaidas, padre de Milcíades I: VI 34, 35, 36.
CIRENE, ciudad griega de África: V 47 (6 C 2).
CIRO, rey de Persia, fundador del imperio: V 52.
CISIA, región de Asia (= Susiana), cuya capital era Susa: V 49, 52; VI 119 (2 E 3).

CLAZÓMENAS, ciudad de Jonia: V 123 (8 E 3).
CLEANDRO, adivino arcadio: VI 83.
CLEODEO, mítico caudillo dorio hijo de Hilo: VI 52.
CLEÓMBROTO, hermanastro de Cleómenes y padre de Pausanias: V 32, 41.
CLEÓMENES, I, rey de Esparta: V 39, 41, 42, 48, 49, 50, 51, 54, 64, 70, 72, 73, 74, 75, 76, 90, 97; VI 50, 51, 61, 64, 65, 66, 73, 74, 75, 76, 78, 79, 80, 81, 82, 84, 85, 92, 108.
CLÍSTENES, noble ateniense reformador de las instituciones del Estado: V 66, 67, 69, 70, 72, 73; VI 131.
CLÍSTENES, tirano de Sición: V 67, 68, 69; VI 126, 128, 129, 130, 131.
CNETO, noble egineta: VI 88.
COASPES, río de Asia, afluente del Tigris: V 49, 52 (2 E 2-3).
COBÓN, influyente personaje de Delfos: VI 66.
CODRO, mítico rey de Atenas, descendiente de Neleo: V 65, 76.
COES, general mitileneo: V 11, 37, 38.
COLUMNAS BLANCAS, lugar de Caria: V 118 (3).
CONDEA, ciudad de Tesalia: V 63 (8 B 2).
CORESO, playa del territorio de Éfeso: V 100 (8 E 3).
CORINTIOS, habitantes de Corinto: V 75, 92, 93; VI 89, 108.
CORINTO, ciudad nororiental del Peloponeso: V 87, 92; VI 128 (8 B 3).
CORONEOS, habitantes de Coronea, ciudad de Beocia: V 79 (8 B 3).
CRANÓN, ciudad de Tesalia: VI 127 (8 B 2).
CRATIS, río de la Magna Grecia próximo a Síbaris: V 45 (7 B 1).
CRESO, último rey de Lidia: V 36; VI 37, 38, 125, 127.
CRESTONEOS, pueblo de Tracia al norte de Macedonia: V 3, 5 (6 C 2).
CRÍO, noble egineta: VI 50, 73.
CROTÓN, ciudad de la Magna Grecia: V 44, 45, 47 (7 B 1).
CROTONIATAS, habitantes de Crotón: V 44, 45; VI 21.
CUFÁGORAS, padre de Epicelo: VI 117.
CURIEOS, habitantes de Curio: V 113.
CURIO, ciudad meridional de Chipre: V 113 (2 B 3).

CHIPRE, isla del Mediterráneo oriental: V 31, 49, 108, 109, 113, 115 (6 D 2).
CHIPRIOTAS, habitantes de Chipre: V 9, 104, 109, 110, 113, 116; VI 6.

DÁMASO, natural de Siris, pretendiente de Agarista: VI 127.
DAMIA, divinidad de la fecun-

didad venerada en Epidauro: V 82, 83.
DÁNAE, princesa argiva, madre de Perseo: VI 53.
DÁRDANO, ciudad de la costa asiática del Helesponto: V 117 (3).
DARÍO, I, rey de Persia: V 1, 2, 11, 12, 13, 14, 17, 18, 23, 24, 25, 27, 30, 32, 36, 37, 65, 73, 96, 98, 103, 105, 106, 107, 108, 116, 124; VI 1, 2, 3, 9, 20, 24, 25, 30, 40, 41, 43, 46, 48, 49, 70, 84, 94, 95, 98, 101, 119.
DASCILIO, ciudad sita a orillas de la Propóntide, capital de la satrapía helespóntica: VI 33 (8 E 1).
DATIS, general de las tropas persas durante la primera guerra médica: VI 94, 97, 98, 118, 119.
DAURISES, general persa que operó en Asia Menor durante la sublevación jonia: V 116, 117, 118, 121, 122.
DECELÍA, demo del Ática: VI 92 (8 C 3).
DELFIOS, naturales de Delfos: V 72.
DELFOS, ciudad de Fócide, con un famoso santuario consagrado a Apolo: V 42, 43, 62, 63, 67, 82, 89, 92; VI 19, 27, 34, 35, 52, 57, 66, 70, 76, 86, 125, 135, 139 (8 B 3).
DELIÓN, ciudad de Beocia: VI 118 (8 C 3).
DELIOS, habitantes de Delos: VI 97, 98, 118.
DELOS, isla del archipiélago de las Cícladas: VI 97, 98, 99, 118 (8 D 3).
DEMARATO, rey de Esparta, hijo de Aristón: V 75; VI 50, 51, 61, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 84.
DEMÁRMENO, noble espartiata: V 41; VI 65.
DEMÉTER ACAYA, advocación de Deméter en su calidad de madre «Dolorosa»: V 61.
DEMÉTER TESMÓFORO, advocación de Deméter en su calidad de «Legisladora» de la vida civil, o de «Fundadora» de las prácticas agrícolas: VI 91, 134.
DIACTÓRIDAS, noble espartiata: VI 71.
DIACTÓRIDAS, noble tesalio, pretendiente de Agarista: VI 127.
DÍDIMA, localidad del territorio de Mileto con un famoso templo consagrado a Apolo: VI 19 (8 E 3).
DIMANATAS, miembros de una de las tradicionales tribus de Sición: V 68.
DIONISO, general foceo que participó en la batalla de Lade: VI 11, 12, 17.
DIONISIO, divinidad griega: V 67.
DIONISO, divinidad griega identificado con el dios tracio Sabacio: V 7.

DIOSCUROS (= Cástor y Pólux, así llamados por ser hijos de Zeus): VI 127.
DISORO, monte de Peonia: V 17 (8 B 1).
DOBERES, tribu peonía situada al norte del monte Pangeo: V 16 (8 C 1).
DOLONCOS, pueblo tracio habitantes del Quersoneso: VI 34, 35, 36, 40.
DORIEO, hermanastro de Cleómenes I: V 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48.
DORIOS, una de las estirpes en que se hallaban divididos los griegos: V 68, 72, 76, 87, 88; VI 53, 55.
DORISCO, localidad de Tracia: V 98 (8 D 1).

ÉACES, tirano de Samos, hijo de Silosonte: VI 13, 14, 22, 25.
ÉACES, abuelo del anterior: VI 13.
EÁCIDAS, hijos de Éaco (Telamón y Peleo), el primer rey de Egina: V 80, 81.
ÉACO, mítico héroe, primer rey de Egina: V 89; VI 35.
ÉBARES, sátrapa de Dascilio: VI 33.
EDIPO, mítico rey de Tebas, hijo de Layo: V 60.
EDONOS, pueblo tracio establecido al norte del monte Pangeo: V 11, 124 (8 C 1).
EETIÓN, natural de Corinto, padre del tirano Cípselo: V 92.
EFESIOS, habitantes de Éfeso: V 100; VI 16.
ÉFESO, ciudad de Jonia: V 54, 100, 102; VI 16, 84 (8 E 3).
EGESTEOS, habitantes de Egesta, ciudad de Sicilia: V 46, 47 (7 A 2).
EGIALEO, hijo del héroe argivo Adrasto: V 68.
EGIALEOS, miembros de una tribu de Sición: V 68.
EGÍCORAS, mítico hijo de Ión; epónimo de una de las cuatro tribus atenienses preclisténicas: V 66.
EGILIA, demo dependiente de Eretria: VI 101 (8 C 3).
EGILIA, isla del estrecho de Eubea, próxima a Estira: VI 107 (8 C 3).
EGINA, isla del golfo Sarónico: V 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89; VI 49, 50, 61, 64, 73, 85, 88, 89, 90, 92 (8 C 3).
EGINA, ninfa hija del río Asopo: V 80; VI 35.
EGINETAS, habitantes de Egina: V 80, 81, 82, 83, 84, 86, 87, 88, 89; VI 49, 50, 61, 65, 73, 85, 87, 88, 89, 90, 91, 93, 94.
EGIPCIOS: VI 6, 54, 55, 60.
EGIPTO, región avenada por el Nilo: VI 53 (6 D 3).
ELAYUNTE, localidad del Quersoneso Tracio: VI 140 (8 D 1).
ELEÓN, ciudad de Beocia: V 43 (8 C 3).

ELEOS, habitantes de la Élide: V 44, 45; VI 127.
ELEUSIS, demo del Ática con un santuario consagrado a Deméter y Perséfone: V 74, 75, 76; VI 64, 75 (8 C 3).
ÉLIDE, región noroccidental del Peloponeso: VI 70 (8 A-B 3).
ÉNETOS, pueblo establecido en Iliria y el noreste de Italia: V 9 (6 B-C 1).
ENIRA, paraje de la isla de Tasos: VI 47 (8 C 1).
ÉNOE, demo del Ática: V 74 (8 C 3).
ENQUELEOS, tribu establecida al sur de Iliria: V 61 (6 C 2).
EOLIA, región costera de Asia Menor: V 123 (3).
EOLIOS, una de las estirpes en que estaban divididos los griegos: V 94, 122; VI 8, 28, 98.
EPICELO, ateniense que perdió la vista en Maratón milagrosamente: VI 117.
EPICIDES, noble espartiata: VI 86.
EPIDAMNO, ciudad de Iliria: VI 127 (6 C 1).
EPIDAURIOS, habitantes de Epidauro: V 82, 83, 84.
EPIDAURO, localidad de la Argólide: V 82, 83, 86 (8 B 3).
EPÍSTROFO, natural de Epidamno, padre de Anfimnesto: VI 127.
EQUÉCRATES, natural de Corinto, padre de Eetión: V 92.
ERASINO, río fronterizo entre Laconia y la Argólide: VI 76 (4).
ERECTEO, mítico rey de Atenas: V 82.
ERETRIA, ciudad de Eubea: V 57; VI 43, 94, 98, 99, 100, 101, 102, 106, 107, 115, 119, 127 (8 C 3).
ERETRIEOS, habitantes de Eretria: V 99, 102; VI 100, 101, 119, 120.
ERITREO, mar que designa al Mar Rojo, al Golfo Pérsico y al Océano Índico: VI 20.
ERITREOS, habitantes de Eritras, ciudad de Jonia: VI 8 (8 D 3).
ERIX, región del noroeste de Sicilia: V 43, 45 (7 A 2).
ERXANDRO, natural de Mitilene, padre de Coes: V 37.
ESCAMANDRO, río de la Tróade: V 65 (8 D-E 2).
ESCAPTILA, lugar de Tracia con yacimientos auríferos: VI 46 (8 C 1).
ESCEO, mítico pugilista muerto por Heracles: V 60.
ESCIDRO, ciudad de Lucania: VI 21 (7 B 1).
ESCÍLAX, natural de Mindo: V 33.
ESCITA, rey de Zancle: VI 23, 24.
ESCITAS, habitantes de Escitia: VI 40, 41, 84.
ESCITIA, región sita al norte del Ponto Euxino, entre los ríos

Istro (= Danubio) y Tanais (= Don): V 24, 27 (6 C-D 1).
Escópadas, familia dirigente de la ciudad tesalia de Cranón: VI 127.
Esmindírides, natural de Síbaris famoso por su refinamiento: VI 127.
Esparta, capital de Laconia: V 39, 40, 41, 48, 49, 50, 51, 55, 63, 65, 75, 76, 90, 92, 94, 97; VI 49, 51, 60, 61, 63, 65, 67, 68, 70, 71, 72, 74, 75, 81, 84, 85, 86, 105, 106, 120 (8 B 4).
Espartanos, habitantes de Esparta: VI 59.
Espartiatas, habitantes de Esparta pertenecientes a la clase dominante: V 39, 40, 42, 46, 50, 75, 91; VI 50, 51, 52, 56, 58, 59, 63, 65, 66, 71, 74, 75, 76, 77, 82, 84, 85, 86.
Esquines, noble eretrieo: VI 100.
Esteságoras I, noble ateniense, padre de Cimón I: VI 34, 103.
Esteságoras II, noble ateniense, hijo de Cimón I y hermano de Milcíades II: VI 38, 39, 103.
Estesenor, tirano de Curio: V 113.
Estesilao, estratego ateniense muerto en Maratón: VI 114.
Estigia, río de Arcadia: VI 74 (8 B 3).
Estinfálide, laguna de Arcadia: VI 76 (8 B 3).
Estireos, habitantes de Estira, localidad de Eubea: VI 107 (8 C 3).
Estrimón, río de Tracia: V 1, 13, 23, 98 (8 C 1).
Eteocles, mítico rey de Tebas, hijo de Edipo: V 61.
Etolia, región de Grecia central: VI 127 (8 B 2-3).
Etolios, habitantes de Etolia: VI 127.
Eubea, isla del Egeo occidental: V 31, 77; VI 100, 127 (8 B-C 2-3).
Euforbo, noble eretrieo: VI 101.
Euforión, ateniense padre de Cinegiro y del poeta Esquilo: VI 114.
Euforión, padre de Láfanes: VI 127.
Éufrates, río de Asia: V 52 (2 C-E 1-3).
Euríbates, caudillo argivo que murió en Egina: VI 92.
Eurídama, segunda esposa de Leotíquidas: VI 71.
Eurileonte, espartiata compañero de Dorieo: V 46.
Euripo, estrecho entre Beocia y Eubea: V 77 (8 C 3).
Eurístenes, mítico rey espartano, hijo de Aristodemo y antepasado de los Agiadas: V 39; VI 51, 52.
Europa, una de las tres partes del mundo: V 1, 12; VI 43 (1).
Evágoras, laconio cuyas yeguas

triunfaron en tres Olimpiadas: VI 103.
Eválcidas, general eretrieo en la incursión jonia contra Sardes: V 102.
Eveltón, rey de Salamina de Chipre: V 104.

Falero, antiguo puerto de Atenas: V 63, 81, 85; VI 116 (8 C 3).
Fasis, río de la Cólquide: VI 84 (2 D 1).
Febo, epíteto de Apolo: VI 61.
Féneo, localidad de Arcadia: VI 74 (8 B 3).
Fenicia, región del Mediterráneo oriental: VI 3, 17 (6 D 3).
Fenicios, habitantes de Fenicia: V 46, 57, 58, 108, 109, 112; VI 3, 6, 14, 25, 28, 33, 41, 47, 104, 118.
Fenipo, noble ateniense, padre de Calias: VI 121.
Fidón, tirano de Argos: VI 127.
Figalia, localidad sudoccidental de Arcadia: VI 83 (8 B 3).
Filagro, noble eretrieo: VI 101.
Fileo, mítico hijo de Áyax que donó Salamina a los atenienses: VI 35.
Filípides, correo pedestre del Estado ateniense: VI 105, 106.
Filipo, natural de Crotón, compañero de Dorieo: V 47.
Filocipro, rey de Solos, padre de Aristocipro: V 113.
Focea, ciudad de Jonia: VI 17 (8 D 3).
Foceos, habitantes de Focea: VI 8, 11, 12, 17.
Fócide, región de Grecia central: VI 34 (8 B 2-3).
Frigia, región de Anatolia: V 52, 98 (2 B 1).
Frigios, habitantes de Frigia: V 49.
Frínico, poeta trágico ateniense: VI 21.
Fuente de los Nueve Caños, La, fuente próxima a la Acrópolis de Atenas: VI 137.

Gefireos, clan ateniense al que pertenecían los «Tiranicidas»: V 57, 58, 61, 62.
Gela, ciudad meridional de Sicilia: VI 23 (7 A 2).
Geleonte, mítico hijo de Ión, epónimo de una de las cuatro tribus atenienses preclisténicas: V 66.
Gergites, tribu establecida en la orilla asiática del Helesponto: V 122 (8 E 1).
Getas, pueblo establecido al norte de Tracia: V 3, 4 (6 C 1).
Gigea, hermana de Alejandro I, rey de Macedonia: V 21.
Giges, noble lidio, padre de Mirso: V 121.
Gimnopedias, festival religioso-militar que se celebraba en Esparta: VI 67.
Gindes, río de Asia, afluente del Tigris: V 52 (2 D-E 2-3).

GLAUCO, noble espartiata: VI 86.

GOBRIAS, noble persa, padre de Mardonio y uno de los siete conjurados contra los magos: VI 43.

GOLFO JONIO (= mar Adriático): VI 127 (6 B-C 1).

GORGO, hija de Cleómenes I: V 48, 51.

GORGO, rey de Salamina de Chipre: V 104, 115.

HALIS, río de Anatolia: V 52, 102 (2 B-C 1).

HARMODIO, uno de los «Tiranicidas» que asesinaron a Hiparco: V 55; VI 109, 123.

HÁRPAGO, general persa al mando de las tropas en Misia: VI 28, 30.

HECATEO, logógrafo natural de Mileto: V 36, 125, 126; VI 137.

HEFESTIEOS, habitantes de Hefestia, ciudad de Lemnos: VI 140 (8 D 2).

HEGESANDRO, padre de Hecateo: V 125; VI 137.

HEGESÍPILA, hija del rey tracio Óloro: VI 39.

HEGESÍSTRATO, tirano de Sigeo, hijo de Pisístrato de Atenas: V 94.

HELANÓDICAS, funcionarios encargados de organizar y presidir los Juegos Olímpicos: V 22.

HELENA, esposa de Menelao raptada por Paris y divinizada en Esparta: V 94; VI 61.

HELESPONTO, estrecho entre el Egeo y la Propóntide, y zona adyacente: V 1, 11, 13, 14, 23, 33, 91, 103, 117, 122; VI 26, 33, 43, 95 (8 D 1-2).

HERA, divinidad griega: V 92.

HERACLES, el más famoso de los héroes griegos, luego divinizado: V 43, 63; VI 53, 108, 116.

HERÁCLIDAS, descendientes de Heracles: V 43.

HERACLIDES, natural de Cime: V 37.

HERACLIDES, natural de Milasa, hermano de Olíato: V 121.

HEREO, templo de Hera cercano a Argos: VI 81, 82 (4).

HERMES, divinidad griega identificada con un dios solar tracio: V 7.

HERMIPO, natural de Atarneo, confidente de Artáfrenes: VI 4.

HERMO, río de Asia Menor: V 101 (8 E-F 2-3).

HERMOFANTO, natural de Mileto que acaudilló a los jonios contra Sardes: V 99.

HIATAS, miembros de una de las cuatro tribus de Sición tras la reforma de Clístenes: V 68.

HIDARNES, general persa de las tropas acantonadas en Jonia: VI 133.

HILEOS, miembros de una de las tradicionales tribus de Sición: V 68.

HILO, mítico caudillo dorio, hijo de Heracles: VI 52.

HIMAYES, general persa que operó en Asia Menor durante la sublevación jonia: V 116, 122.

HÍMERA, ciudad septentrional de Sicilia: VI 24 (7 A 2).

HIMESO (= Himeto), monte próximo a Atenas: VI 137 (8 C 3).

HIPARCO, hijo de Pisístrato y tirano de Atenas: V 55, 56, 57, 62; VI 123.

HIPIAS, hijo de Pisístrato y tirano de Atenas: V 55, 62, 91, 92, 93, 94, 96; VI 102, 107, 108, 109, 121.

HIPOCLIDES, noble ateniense, pretendiente de Agarista: VI 127, 128, 129.

HIPOCOONTE, espartano muerto por Heracles y padre de Esceo: V 60.

HIPÓCRATES, noble ateniense de la familia de los Alcmeónidas: VI 131.

HIPÓCRATES, padre de Pisistrato, el tirano de Atenas: V 65; VI 103.

HIPÓCRATES, padre del sibarita Esmindírides: VI 127.

HIPÓCRATES, tirano de Gela: VI 23.

HIPÓNICO, noble ateniense, hijo de Calias: VI 121.

HISIAS, demo perteneciente al territorio de Platea: V 74; VI 108 (8 C 3).

HISTASPES, noble Aqueménida, padre de Darío: V 30, 73; VI 98.

HISTIEO, caudillo de Termera: V 37.

HISTIEO, tirano de Mileto y artífice de la sublevación de Jonia: V 11, 23, 24, 25, 30, 35, 36, 106, 107, 108, 124; VI 1, 2, 3, 4, 5, 6, 26, 27, 29, 30, 46.

HISTORIA, obra compuesta por Hecateo: VI 137.

HOPLES, mítico hijo de Ión, epónimo de una de las cuatro tribus preclisténicas: V 66.

IBANOLIS, natural de Milasa, padre de Olíato y Heraclides: V 37, 121.

ICARIO, mar próximo a Ícaro: VI 96 (8 D 3-4).

ÍCARO, isla de las Espóradas meridionales: VI 95 (8 D 3).

IDRÍADE, comarca de Caria: V 118 (8 E-F 3).

ILIÓN, ciudad de la Tróade: V 94, 122 (8 D 2).

IMBROS, isla del Egeo septentrional: V 26; VI 41, 104 (8 D 1).

INDIOS, habitantes de la India, la región más oriental de Asia: V 3 (1).

ÍNIX, localidad meridional de Sicilia: VI 23, 24 (7 A 2).

IÓN, epónimo de los jonios, mítico descendiente de Helén: V 66.

ISÁGORAS, noble ateniense, rival político de Clístenes: V 66, 70, 72, 74.

ISTRO, río de Europa (= Danubio): V 9, 10 (6 B-D 1).

ITALIA, nombre reservado a la zona del golfo de Tarento y del Brucio: V 43; VI 127.

JANTIPO, noble ateniense padre de Pericles: VI 131, 136.

JERJES, rey de Persia, hijo y sucesor de Darío I: VI 98.

JONIA, región costera de Asia Menor: V 28, 30, 31, 37, 50, 65, 88, 98, 106, 108, 109, 115, 123, 124; VI 1, 3, 7, 13, 17, 22, 28, 33, 43, 86, 95 (3).

JONIOS, una de las estirpes en que estaban divididos los griegos: V 28, 49, 58, 69, 87, 98, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 108, 109, 110, 112, 115, 116, 117, 122; VI 1, 2, 3, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 17, 18, 22, 26, 28, 31, 32, 41, 42, 43, 98.

LABDA, madre del tirano de Corinto, Cípselo: V 92.

LÁBDACO, mítico rey de Tebas, padre de Layo: V 59.

LABRAUNDA, localidad de Caria: V 119 (3).

LACEDEMONIA, denominación oficial del Estado espartano: V 38, 48, 63, 75, 96; VI 58.

LACEDEMONIOS, habitantes de Lacedemonia: V 42, 49, 50, 54, 63, 65, 70, 72, 73, 75, 90, 91, 92, 93, 97; VI 52, 53, 58, 60, 67, 70, 72, 75, 77, 78, 84, 85, 92, 106, 107, 108, 120, 123.

LACONIA, región del Peloponeso (= Lacedemonia): VI 58 (8 B 3-4).

LACONIOS, naturales de Laconia: VI 57, 103, 129.

LADE, islote próximo a Mileto: VI 7, 11 (8 E 3).

LÁFANES, pretendiente de Agarista natural de Azania: VI 127.

LAMPITO, hija de Leotíquidas y esposa de Arquídamo II: VI 71.

LAMPONIO, ciudad de la Tróade: V 26 (8 D 2).

LAMPSACENOS, habitantes de Lámpsaco: VI 37, 38.

LÁMPSACO, ciudad de la costa asiática del Helesponto: V 117; VI 37, 38 (8 D 1).

LAO, ciudad de Lucania: VI 21 (7 B 2).

LAODAMANTE, mítico rey de Tebas, hijo de Eteocles: V 61.

LAPITAS, míticos pobladores de Tesalia: V 92.

LAS CÁRCAVAS, lugar de la isla de Quíos: VI 26 (8 D 3).

LA TOMA DE MILETO, tragedia de Frínico: VI 21.

LAYO, mítico rey de Tebas, padre de Edipo: V 43, 59, 60.

LEMNIOS, habitantes de Lemnos: V 27.

LEMNOS, isla del Egeo septen-

trional: V 26, 27; VI 136, 137, 138, 139, 140 (8 D 2).
LEOCEDES, hijo de Fidón y pretendiente de Agarista: VI 127.
LEÓN, rey de Esparta, padre de Anaxándridas: V 39.
LEÓNIDAS, hermanastro de Cleómenes I y rey de Esparta: V 41.
LEÓPREPES, noble espartiata: VI 85.
LEOTÍQUIDAS, rey de Esparta que sucedió a Demarato tras su deposición: VI 65, 67, 68, 69, 71, 72, 73, 85, 86.
LEROS, isla de las Espóradas meridionales: V 125 (8 E 4).
LESBIOS, habitantes de Lesbos: V 26, 98; VI 5, 8, 14, 26, 27.
LESBOS, isla del Egeo oriental: V 98; VI 8, 28, 31 (8 D 2).
LIBIA, una de las tres partes del mundo (= África): V 42, 43 (1).
LICARETO, gobernador de Lemnos vasallo de los persas: V 27.
LICURGO, padre de Amianto: VI 127.
LIDIA, región de Anatolia: V 52 (2 A 1-2).
LIDIOS, habitantes de Lidia: V 12, 49, 101, 102; VI 32, 125.
LIGURES, pueblo establecido al norte de Marsella: V 9 (6 B 1).
LIPSIDRIO, fortín situado en el monte Parnés, en el Ática: V 62 (8 C 3).
LISÁGORAS, padre de Histieo de Mileto: V 30.
LISÁGORAS, pario que calumnió a Milcíades II ante los persas: VI 133.
LISANIAS, eretrieo pretendiente de Agarista: VI 127.
LOCROS EPICEFIRIOS, habitantes de Lócride Epicefiria, ciudad del Brucio: VI 23 (7 B 2).

LLAVES DE CHIPRE, cabo nororiental de Chipre (promontorio de Carpaso): V 108 (2 B 2).

MACAS, pueblo de Libia: V 42 (6 C 3).
MACEDONIA, región de Grecia nororiental: V 17, 20, 94; VI 44, 45 (8 B 1).
MACEDONIOS, habitantes de Macedonia: V 18, 20, 21.
MALENE, localidad del territorio de Atarneo: VI 29 (8 E 2).
MALES, etolio pretendiente de Agarista: VI 127.
MARATÓN, demo del Ática en cuyas inmediaciones desembarcaron los persas: VI 102, 103, 107, 108, 111, 113, 116, 117, 120, 132, 133, 136 (5).
MARDONIO, general persa que operó en Tracia y Macedonia: VI 43, 45, 94.
MARSIAS, río de Caria, afluente del Meandro: V 118, 119 (8 E-F 3).

MASALIA, colonia griega del Mediterráneo occidental (= Marsella): V 9 (6 B 1).

MASTIAS, natural de Peonia: V 12.

MATIENOS, pueblo de Asia vasallo de los persas: V 49, 52 (2 D 2).

MAUSOLO, dinasta cario de Cindia, padre de Pixódaro: V 118.

MEANDRIO, secretario de Polícrates y tirano de Samos: V 27.

MEANDRO, río de Asia Menor: V 118, 119 (8 E-F 2-3).

MECISTEO, hermano del héroe Adrasto: V 67.

MEDIA, región de Asia: VI 84 (2 E 2).

MEDOS, pueblo de Asia (en la narración, frecuentemente = persas): V 9, 77, 104, 109; VI 9, 22, 24, 64, 67, 94, 109, 111, 112, 120.

MEGÁBATAS, primo de Darío, caudillo de la expedición jonio-persa contra Naxos: V 32, 33, 35.

MEGABAZO, general persa conquistador de Tracia: V 1, 2, 10, 12, 14, 15, 16, 17, 23, 24, 26, 98; VI 33.

MEGACLES I, noble ateniense, padre de Alcmeón: VI 125.

MEGACLES II, noble ateniense, hijo de Alcmeón: VI 125, 127, 130, 131.

MEGACLES III, noble ateniense: VI 131.

MÉGARA, ciudad de Grecia central: V 76 (8 C 3).

MELANCIO, jefe de la flotilla ateniense que ayudó a los jonios: V 97.

MELANIPO, mítico héroe tebano: V 67.

MELANIPO, mitileneo amigo del poeta Alceo: V 95.

MELANTO, mítico rey de Atenas descendiente de Neleo: V 65.

MELAS, golfo entre el Quersoneso y Tracia: VI 41 (8 D 1).

MELISA, esposa de Periandro: V 92.

MEMNÓN, mítico rey de Etiopía (o de Susiana, y de ahí su relación con Susa): V 53, 54.

MÉNARES, noble espartiata, padre de Leotíquidas: VI 65, 71.

MENELAO, mítico rey de Esparta, esposo de Helena: V 94.

MENIO, noble espartiata: VI 71.

MESAMBRIA, colonia griega en la costa tracia del Mar Negro: VI 33 (6 C 1).

MESENIOS, habitantes de Mesenia, comarca sudoccidental del Peloponeso: V 49; VI 52 (8 B 3-4).

METÍOCO, hijo mayor de Milcíades II: VI 41.

MÍCALA, promontorio de la costa jonia frente a Samos: VI 16 (8 E 3).

MÍCONOS, isla de las Cícladas próxima a Delos: VI 118 (8 D 3).
MILASA, ciudad de Caria: V 37, 121 (8 E 3).
MILCÍADES I, ateniense «colonizador» del Quersoneso Tracio y hermano uterino de Cimón I: VI 34, 35, 36, 37, 38, 103.
MILCÍADES II (el «Maratonomaco»), miembro de la familia ateniense de los Filaidas: VI 34, 39, 40, 41, 103, 104, 109, 110, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 140.
MILESIOS, habitantes de Mileto: V 28, 29, 30, 36, 37, 49, 50, 97, 99, 105, 106, 120; VI 5, 7, 8, 19, 20, 21, 22, 77, 86.
MILETO, ciudad de Jonia, principal foco de la sublevación contra los persas: V 11, 23, 24, 28, 29, 30, 32, 33, 35, 37, 38, 49, 54, 65, 92, 97, 98, 99, 106, 124, 125, 126; VI 1, 5, 6, 7, 9, 10, 13, 18, 19, 20, 21, 22, 25, 26, 28, 29, 31, 46, 86 (8 E 3).
MINDIOS, habitantes de Mindo, ciudad de Caria: V 33 (8 E 4).
MINOA, ciudad de la costa meridional de Sicilia: V 46 (7 A 2).
MIRCINO, ciudad fundada por Histieo de Mileto a orillas del Estrimón: V 11, 23, 24, 124, 126 (8 C 1).
MIRINA, localídad de la isla de Lemnos: VI 140 (8 D 2).
MIRÓN, tirano de Sición, antepasado de Clístenes: VI 126.
MIRSO, noble lidio al servicio de los persas: V 121.
MISIA, región de Asia Menor: V 122; VI 28 (2 A 1).
MITILENE, ciudad de Lesbos: V 11, 37, 95; VI 5 (8 D 2).
MITILENEOS, habitantes de Mitilene: V 11, 38, 94, 95; VI 6.
MIUNTE, ciudad de Jonia: V 36; VI 8 (8 E 3).
MOLOSOS, pueblo establecido en el Epiro: VI 127 (8 A 2).
MOLPÁGORAS, padre de Aristágoras de Mileto: V 30.

NAUPLIA, ciudad de la Argólide: VI 76 (4).
NAXIOS, habitantes de Naxos: V 30, 33, 34; VI 96.
NAXOS, isla del archipiélago de las Cícladas: V 28, 30, 31, 33, 34, 36, 37; VI 95, 96 (8 D 4).
NELEO, mítico rey de Pilos y fundador de dicha ciudad: V 65.
NÉSTOR, mítico rey de Pilos, hijo de Neleo: V 65.
NICÓDROMO, noble egineta: VI 88, 90, 91.
NONACRIS, localidad septentrional de Arcadia: VI 74 (8 B 3).
NOTÓN, noble eretrieo: VI 100.

ODOMANTOS, tribu tracia establecida al norte del monte Pangeo: V 16 (8 C 1).

OLÍATO, caudillo de Milasa: V 37.

OLIMPIA, ciudad de la Élide: VI 122 (8 B 3).

ÓLORO, rey tracio: VI 39, 41.

ONEATAS, miembros de una de las cuatro tribus de Sición tras la reforma de Clístenes: V 68.

ONÉSILO, hermano de Gorgo y defensor de la causa jonia en Chipre: V 104, 105, 108, 110, 111, 112, 113, 114, 115.

ONOMASTO, eleo pretendiente de Agarista: VI 127.

ORBELO, monte de Tracia próximo al curso alto del Estrimón: V 16 (6 C 1).

OROPO, localidad septentrional del Ática: VI 101 (8 C 3).

ÓTANES, general persa que operó en Asia Menor: V 25, 26, 28, 116, 123.

ÓTANES, noble persa promotor de la conjura contra los magos: VI 43.

OYA, localidad de la isla de Egina: V 83 (8 C 3).

PACTIA, ciudad emplazada en la costa helespóntica del Quersoneso Tracio: VI 36 (3).

PACTOLO, afluente del Hermo que atravesaba Sardes: V 101 (8 E 3).

PALAS, sobrenombre de la diosa Atenea: V 77

PAN, divinidad griega: VI 105, 106.

PANATENEAS, principales festividades atenienses, celebradas en honor de Atenea: V 56.

PANFILOS, miembros de una de las tradicionales tribus de Sición: V 68.

PANGEO, monte de Tracia occidental: V 16 (8 C 1).

PANIONIO, lugar sagrado, próximo a Mícala, sede de las reuniones panjonias: VI 7 (8 E 3).

PANITAS, natural de Mesenia: VI 52.

PARÉBATAS, espartiata compañero de Dorieo: V 46.

PARIO, ciudad de la costa asiática de la Propóntide: V 117 (8 E 1).

PARIOS, habitantes de la isla de Paros: V 28, 29, 30, 62; VI 133, 134, 135, 136.

PAROS, isla del archipiélago de las Cícladas: V 31; VI 133, 134, 135, 136 (8 D 4).

PARTENIO, monte fronterizo entre la Argólide y Arcadia: VI 105 (8 B 3).

PAUSANIAS, general lacedemonio y regente del trono espartano: V 32.

PEÁN, himno dirigido a Apolo: V 1.

PEDASA, ciudad de Caria: VI 20 (8 E 4).

Pedaso, ciudad caria de la región Idríade: V 121 (3).
Pelasgos, pueblo prehelénico que habitaba Grecia: V 26; VI 136, 137, 138, 139, 140.
Peloponesios, habitantes del Peloponeso: V 74, 76, 79.
Peloponeso, península de Grecia meridional: V 42, 74; VI 86, 127 (6 C 2).
Peo, ciudad arcadia enclavada en Azania: VI 127 (8 B 3).
Peonia, demo del Ática en las estribaciones del monte Parnés: V 62.
Peonia, región de Tracia: V 13, 14, 98 (6 C 1).
Peonios, habitantes de Peonia: V 1, 2, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 23, 98.
Peoples, tribu peonia: V 15 (8 C 1).
Pércalo, novia de Leotíquidas desposada por Demarato: VI 65.
Percota, ciudad de la costa asiática del Helesponto: V 117 (8 D 1).
Perdicas I, rey de Macedonia: V 22.
Perialo, profetisa de Apolo en Delfos: VI 66.
Periandro, tirano de Corinto, hijo de Cípselo: V 92, 95.
Pericles, noble ateniense, el político más importante de Atenas en su época: VI 131.
Perintios, habitantes de Perinto: V 1, 2.
Perinto, ciudad sita a orillas de la Propóntide: V 2; VI 33 (8 E 1).
Perseo, héroe griego, hijo de Zeus y de Dánae: VI 53, 54.
Persia, región de Asia: VI 24, 43 (1).
Peso, ciudad de la costa asiática del Helesponto: V 117 (8 D I).
Petra, aldea del territorio de Corinto: V 92 (8 B 3).
Pigres, natural de Peonia: V 12.
Pilos, antigua localidad de Mesenia: V 65.
Pirene, famosa fuente de Cotinto: V 92.
Pisistrátidas, descendientes de Pisistrato, tirano de Atenas: V 62, 63, 65, 70, 76, 90, 91, 93; VI 39, 94, 123.
Pisístrato, hijo de Néstor: V 65.
Pisístrato, tirano de Atenas: V 55, 65, 71, 91, 94; VI 35, 102, 103, 107, 121.
Pitágoras, tirano de Selinunte: V 46.
Pitágoras, natural de Mileto: V 126.
Pitia, profetisa de Apolo en Delfos: V 43, 63, 66, 67, 79, 82, 90, 92; VI 34, 36, 52, 66, 75, 77, 86, 123, 135, 136, 139.
Pitios, funcionarios espartanos encargados de consultar el oráculo de Delfos: VI 57.

PITÓGENES, hermano del tirano de Zancle, Escita: VI 23.
PIXÓDARO, dinasta de Cindia, en Caria: V 118.
PLATEA, ciudad de Beocia próxima al Ática: VI 108 (8 C 3).
PLATEOS, habitantes de Platea: VI 108, 111, 113.
PÓLIBO, mítico rey de Sición, abuelo de Adrasto: V 67.
POLICNA, localidad de Quíos: VI 26.
POLÍCRITO, noble egineta, padre de Crío: VI 50, 73.
POLIDORO, mítico rey de Tebas, hijo de Cadmo: V 59.
POLINICES, caudillo tebano, hijo de Edipo: VI 52.
PONTO EUXINO (= Mar Negro; en ocasiones, citado sólo como «Ponto»): VI 5, 26, 33 (6 D 1).
PRASÍADE, lago próximo al curso bajo del Estrimón: V 15, 16, 17 (8 B 1).
PRIENE, ciudad de Jonia: VI 8 (3).
PRINÁTADAS, noble espartiata: V 41.
PROCLES, mítico rey espartano, hijo de Aristodemo y antepasado de los Euripóntidas: VI 52.
PROCONESO, isla y ciudad de la Propóntide: VI 33 (8 E 1).
PROPÓNTIDE (= Mar de Mármara): V 122 (8 E-F 1).
QUÉREAS, demo dependiente de Eretria: VI 101 (8 C 3).
QUEREATAS, miembros de una de las cuatro tribus de Sición tras la reforma de Clístenes: V 68.
QUERSIS, rey de Salamina de Chipre, padre de Onésilo y Gorgo: V 104, 113.
QUERSONESO [TRACIO O HELESPÓNTICO] (= península de Gallípoli): VI 33, 34, 36 37, 38, 39, 40, 41, 103, 104, 140 (3).
QUILÓN, noble espartiata: VI 65.
QUÍOS, isla del Egeo oriental: V 33, 34, 98; VI 2, 5, 15, 16, 26, 28, 31 (8 D 3).
QUIOTAS, habitantes de Quíos: V 98; VI 2, 5, 8, 15, 16, 26, 27.

REGIO, ciudad sita en la orilla continental del estrecho de Mesina: VI 23 (7 B 2).
RENEA, isla próxima a Delos: VI 97 (8 D 3).

SACAS, pueblo de origen escita tributario de los persas: VI 113 (1).
SALAMINA, ciudad oriental de Chipre: V 104, 108, 110, 113, 115 (2 B 3).
SALAMINIOS, habitantes de Salamina de Chipre: V 108, 110.
SAMIOS, habitantes de Samos: V 99, 112; VI 8, 13, 14, 22, 23, 24, 25.

Samos, isla del Egeo oriental: V 27; VI 13, 14, 25, 95 (8 D-E 3).
Samotracia, isla del Egeo nororiental: VI 47 (8 D 1).
Sardes, capital de Lidia: V 11, 12, 23, 24, 25, 31, 52, 53, 54, 73, 96, 99, 100, 101, 102, 103, 105, 106, 108, 116, 122, 123; VI 1, 4, 5, 30, 42, 101, 125 (8 E 3).
Selimbria, ciudad sita en la costa norte de la Propóntide: VI 33 (8 E 1).
Selinunte, ciudad de la costa sudoccidental de Sicilia: V 46 (7 A 2).
Selinusios, habitantes de Selinunte: V 46.
Sepea, lugar de la Argólide, entre Tirinto y Nauplia: VI 77 (4).
Síbaris, ciudad emplazada a orillas del golfo de Tarento: V 44, 47; VI 21, 127 (7 B 1).
Sibaritas, habitantes de Síbaris: V 44, 45; VI 21.
Sicilia, isla del Mediterráneo occidental: V 43, 46; VI 17, 22, 23, 24 (6 B-C 2).
Sición, ciudad del Peloponeso nororiental: V 67, 69; VI 92, 126, 129, 131 (8 B 3).
Sicionios, habitantes de Sición: V 67, 68; VI 92.
Sículos, pueblo pregriego que habitaba la zona oriental de Sicilia: VI 22, 23 (7 A 2).
Siénesis, título dinástico de los reyes de Cilicia: V 118.
Sigeo, ciudad de la Tróade: V 65, 91, 94, 95 (3).
Siginas, pueblo establecido en el valle medio del Istro: V 9 (6 C 1).
Silosonte, tirano de Samos, hermano de Polícrates: VI 13, 25.
Simónides, poeta coral originario de Ceos: V 102.
Siriopeonios, tribu peonia establecida en el curso bajo del Estrimón: V 15 (8 C 1).
Sirios, denominación griega de los capadocios: V 49.
Siris, ciudad de la Magna Grecia: VI 127 (7 B 1).
Siromo, rey de Salamina de Chipre: V 104.
Sisamnes, juez ajusticiado por Cambises: V 25.
Sisímacas, general persa que operó en Caria: V 121.
Socles, natural de Corinto: V 92, 93.
Sófanes, destacado guerrero ateniense: VI 92.
Solios, habitantes de Solos: V 110, 113.
Solón, poeta y político ateniense: V 113.
Solos, ciudad noroccidental de Chipre: V 115 (2 B 3).
Sunio, cabo del Ática: VI 87, 90, 115, 116 (8 C 3).
Susa, capital del imperio persa: V 24, 25, 30, 32, 35, 49, 52, 54, 107; VI 1, 20, 30, 119 (2 E 3).

TÁLAO, padre del héroe argivo Adrasto: V 67.
TAMINAS, demo dependiente de Eretria: VI 101 (8 C 3).
TANAGRA, localidad de Beocia: V 57 (8 C 3).
TANAGREOS, habitantes de Tanagra: V 79.
TASIOS, habitantes de Tasos: VI 44, 46, 48.
TASO, caudillo fenicio, colonizador y epónimo de la isla de Tasos: VI 47.
TASOS, isla del Egeo septentrional: VI 28, 44, 46, 47 (8 C 1).
TEÁSIDAS, noble espartiata: VI 85.
TEBA, ninfa hija del río Asopo: V 80.
TEBANOS, habitantes de Tebas: V 67, 79, 81, 89; VI 87, 108, 118.
TEBAS, principal ciudad de Beocia: V 59, 67; VI 108 (8 B 3).
TEGEA, ciudad de Arcadia: VI 72, 105 (8 B 3).
TELÉBOAS, tribu de Acarnania, región occidental de Grecia central: V 59 (6 C 2).
TELIS, tirano de Síbaris: V 44, 47.
TÉNEDOS, isla del Egeo nororiental: VI 31, 41 (8 D 2).
TENOS, isla del archipiélago de las Cícladas: VI 97 (8 C-D 3).
TEOS, ciudad de Jonia: VI 8 (8 E 3).
TERA, isla del Egeo meridional: V 42 (8 D 4).
TERAPNE, colina próxima a Esparta: VI 61.
TERMERA, ciudad de Caria: V 73 (8 E 4).
TERSANDRO, descendiente de Polinices: VI 52.
TESALIA, región de Grecia central: V 64; VI 72, 74, 127 (8 B 2).
TESALIOS, habitantes de Tesalia: V 63, 64, 94.
TÉSALO, espartiata compañero de Dorieo: V 46.
TESMOFORIAS, fiestas de carácter agrario en honor de Deméter: VI 16.
TESPIEOS, habitantes de Tespia, ciudad de Beocia: V 79 (8 B 3).
TESPROTOS, pueblo establecido al sur del Epiro: V 92 (8 A 2).
TEUCROS, denominación de los troyanos a partir de Teucro, mítico antepasado de la familia real troyana: V 13, 122.
TIDEO, yerno del héroe Adrasto: V 67.
TIGRIS, río de Asia: V 52; VI 20 (2 D-E 2-3).
TIMESÍTEO, famoso atleta natural de Delfos: V 72.
TIMNES, natural de Termera: V 37.
TIMO, mujer de Paros que cooperó con Milcíades en su campaña contra la isla: VI 134, 135.
TINDÁRIDAS, hijos de Tindáreo,

mítico rey de Esparta (= Cástor y Pólux): V 75.
Tirea, ciudad de la costa nororiental de Laconia: VI 76 (4).
Tirinto, ciudad de la Argólide: VI 76, 77, 83 (4).
Tirrenia (= Etruria): VI 22 (6 B 1).
Tirrenos (= etruscos): VI 17.
Tisámeno, descendiente de Polinices: VI 52.
Tisandro, noble ateniense, padre de Iságoras: V 66.
Tisandro, padre de Hipoclides: VI 127, 128, 129.
Tisias, padre de Liságoras: VI 133.
Titormo, famoso luchador de Etolia: VI 127.
Tmolo, monte de Asia Menor: V 100, 101 (8 E 3).
Toante, mítico rey de Lemnos: VI 138.
Tracia, región de Europa oriental: V 2, 14, 23, 24, 126; VI 33, 95 (8 C-F 1).
Tracios, habitantes de Tracia: V 3, 4, 5, 6, 8, 10, 126; VI 34, 39, 41.
Trapezunte, ciudad de Arcadia: VI 127 (8 B 3).
Trasibulo, tirano de Mileto: V 92.
Trasilao, padre del estratego ateniense Estesilao: VI 114.
Trausos, pueblo de Tracia meridional: V 3, 4 (8 D 1).
Tróade, región noroccidental de Asia Menor: V 26, 122 (3).
Troya, ciudad de Asia Menor: V 13 (8 D 2).

Vía Sacra, ruta que unía Eleusis con Delfos: VI 34.

Yámidas, familia de adivinos encargados del templo de Zeus en Olimpia: V 44.
Yatrágoras, natural de Mileto: V 37.
Yolco, ciudad de Tesalia: V 94 (8 B 2).

Zábato, río de Asia afluente del Tigris (= Gran Zab): V 52 (2 D 2).
Zábato, río de Asia afluente del Tigris (= Pequeño Zab): V 52 (2 D-E 2-3).
Zacintios, habitantes de Zacinto: VI 70.
Zacinto, isla del mar Jónico: VI 70 (8 A 3).
Zancle, ciudad nororiental de Sicilia: VI 22, 23, 24 (7 B 2).
Zancleos, habitantes de Zancle: VI 22, 23.
Zeus, principal divinidad del panteón griego: V 49, 105; VI 67.
Zeus Agoreo, advocación de Zeus como protector de la plaza pública: V 46.
Zeus Cario, advocación de Zeus

venerado en la ciudadela de Mégara: V 66.

Zeus Estratio, advocación de Zeus en Caria como divinidad guerrera: V 119.

Zeus Herceo, advocación de Zeus como protector de la casa y la familia: VI 68.

Zeus Lacedemón, advocación de Zeus como patrón de Esparta: VI 56.

Zeus Uranio, advocación de Zeus como supremo señor del cielo: VI 56.

Zeuxidamo, hijo del rey de Esparta Leotíquidas: VI 71.

ÍNDICE GENERAL

Págs.

LIBRO QUINTO: *Terpsícore* 7
Sinopsis.. 9
Variantes respecto a la edición oxoniensis de Hude 13

LIBRO SEXTO: *Érato*.. 205
Sinopsis.. 207
Variantes respecto a la edición oxoniensis de Hude 211

ÍNDICE DE NOMBRES 421

[ÍNDICE DE MAPAS]
1. El mapa de Hecateo, 91. — 2. La ruta real entre Sardes y Susa, 99. — 3. La campaña de Jonia, 229. — 4. La guerra Esparta /Argos, 319. — 5. Maratón, 375. — 6. El mundo mediterráneo, 418. — 7. Sicilia y Magna Grecia, 419. — 8. Grecia y Asia Menor, 420.